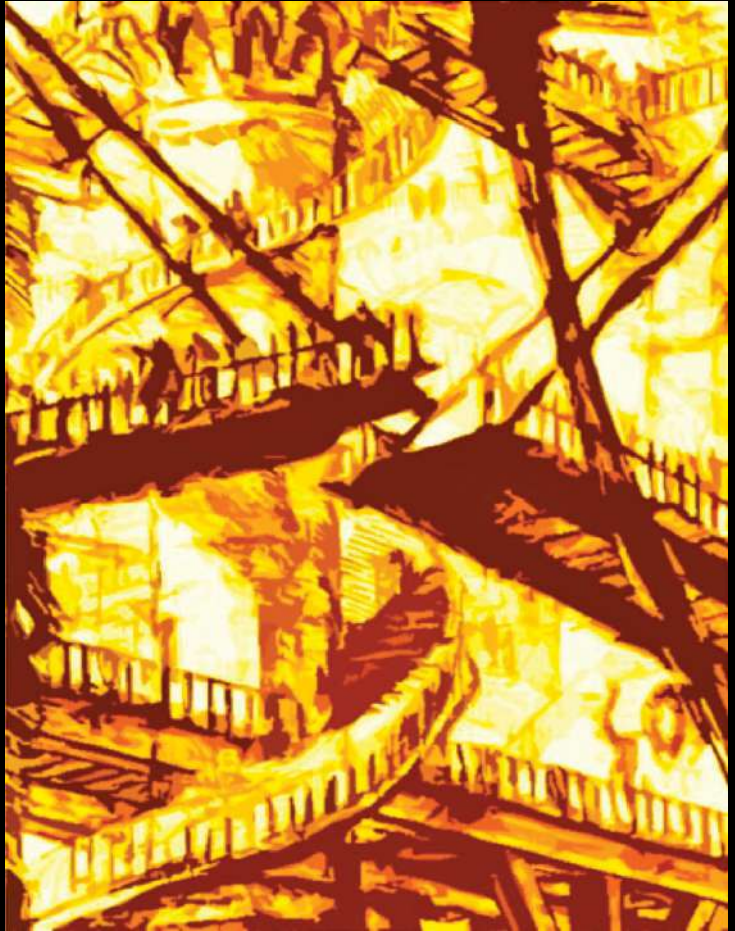


Omar Osorio Amoretti

José Rafael Pocaterra y la escritura de la historia



colección
INDAGA

 **EQUINOCCIO**
Editorial UNIVERSIDAD SIMÓN BOLÍVAR

**JOSÉ RAFAEL POCATERRA
Y LA ESCRITURA DE LA HISTORIA**

COLECCIÓN INDAGA

Omar Osorio Amoretti

**JOSÉ RAFAEL POCATERRA
Y LA ESCRITURA DE LA HISTORIA**

c o l e c c i ó n
INDAGA

La Colección Indaga reúne estudios y trabajos de investigación en diversas disciplinas del conocimiento.



JOSÉ RAFAEL POCATERRA Y LA ESCRITURA DE LA HISTORIA
Omar Osorio Amoretti

Todas las obras publicadas bajo nuestro sello han sido sometidas a un proceso de arbitraje.

© 2018 EDITORIAL EQUINOCCIO

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía, la digitalización y cualquier otro tratamiento informático, así como su difusión parcial o total por los distintos medios de comunicación incluyendo los electrónicos.

Director

Cristian Álvarez

Editor Jefe

Evelyn Castro

Coordinadora de producción

Patricia González

Administración

Nelson González

Diseño gráfico

Cristin Medina

Luis Müller

Corrección

Patricia González

José Antonio Domínguez

Imagen de portada

Giovanni Battista Piranesi (1720-1778)

Le carceri d'invenzione, 1761

(Intervención plástica de la reproducción de la plancha número 7 de las 16 que integran la segunda edición de los grabados)

Hecho el depósito de ley

Depósito legal DC2018000683

ISBN 978-980-237-453-3

Universidad Simón Bolívar, Caracas, Venezuela

RIF. G-200000063-5

Teléfonos +58 212 9063162

equinoccio@usb.ve

www.equinoccio.com.ve

Índice

INTRODUCCIÓN	9
CAPÍTULO I	
Definiendo el objeto. Algunas visiones sobre el testimonio, la memoria y la historia	17
La memoria, acción abstracta mediada por creaciones concretas	18
Relaciones y diferencias entre la memoria y la historia	25
Concepción básica del testimonio	32
El surgimiento del término testimonio en la academia como objeto independiente de estudio	37
Primera causa de su aparición: las dictaduras militares latinoamericanas	37
Segunda causa de su aparición: su canonización como género en el Concurso Casa de las Américas	41
Fracaso en el intento por canonizarlo como género y establecer parámetros consensuados de identificación	43
Concepción del testimonio a los efectos de este trabajo	45
Relación entre el testimonio y la memoria. Su uso ejemplar	53
CAPÍTULO II	
Itinerario de una obra... ¿proteica? La recepción de las <i>Memorias de un venezolano de la decadencia</i>	57
Primera generación de lectores: desde el año 1927 hasta 1950	59
Divergencias en la exégesis: las lecturas desde 1950 hasta la actualidad	66

CAPÍTULO III

Denunciar es combatir. <i>La vergüenza de América</i> como primera fase de su proyecto de escritura	83
Prolegómenos al hombre detrás de la pluma	86
Orígenes y fines de <i>La vergüenza de América</i>	91

CAPÍTULO IV

Registrar para no olvidar. Superación de la fase testimonial e incursión en el discurso historiográfico	103
El giro programático. Reformulación del testimonio en pro de la historiografía	103
La interpretación político-social de la realidad venezolana del prefacio de las <i>Memorias de un venezolano de la decadencia</i> del año 1927 como preparación de las coordenadas futuras de su acción política e intelectual	110
Acentuación del discurso historiográfico de <i>Memorias de un venezolano de la decadencia</i> en su edición definitiva del año 1936	122
Adecuación de los elementos desarrollados en sus fases anteriores en función de la escritura de la historia de la dictadura andina	125

CAPÍTULO V

Nosotros, los decadentes. Puntos medulares en la interpretación histórica de José Rafael Pocaterra sobre la dictadura andina	143
La historia, un proceso político y social	144
Civilización y barbarie	147
Decadencia y biología: los alcances de la degeneración social	151
Contra la “verdad oficial”. El discurso contrahistórico de las <i>Memorias...</i>	165
Función ejemplar en la escritura de la historia	176

CONCLUSIONES	181
--------------	-----

REFERENCIAS	191
APÉNDICES	201
Textos escritos por José Rafael Pocaterra	
De las letras y de la vida. Cartas á un ingenuo	203
De las letras y de la vida. Segunda carta á un ingenuo	207
De las letras y de la vida. La humana crueldad	211
De las letras y de la vida. Las floristas	214
Prólogo de la primera edición de <i>Memorias de un venezolano de la decadencia</i>	217
Prefacio de las <i>Memorias de un venezolano de la decadencia</i>	222
Textos acerca de José Rafael Pocaterra	
Una visita a José Rafael Pocaterra. Juan Liscano	238
Un maestro contemporáneo desaparece con la muerte de José Rafael Pocaterra	249
Pocaterra, el gran memorialista. Guillermo Sucre	253
Pocaterra 2035 y los archivos del exilio Eduardo Fuenmayor	256
ANEXOS	258
Ilustración 1. Interior de la primera edición de <i>La casa de los Abila</i> del año 1946	259
Ilustración 2. Contratapa de la primera edición de las <i>Memorias de un venezolano de la decadencia</i> del año 1927	260
Ilustración 3. Portada de la primera edición de las <i>Memorias de un venezolano de la decadencia</i> del año 1927	261
Ilustración 4. José Rafael Pocaterra, embajador de Venezuela en Estados Unidos, condecora a un funcionario del Departamento de Estado. Washington, 1950	262
Ilustración 5. Primera edición de <i>La casa de los Abila</i> del año 1946	264
Ilustración 6. Foto <i>post mortem</i> de José Rafael Pocaterra	265

*A Omar Osorio, mi padre.
Lo que fue vida en él nunca dejará de celebrarse.*

The one duty we owe to history is to rewrite it.

Oscar Wilde

E sarà mia colpa se così è?

Maquiavelo

Toda historia del sufrimiento clama venganza y pide narración.

Paul Ricoeur

Cuando la justicia y la libertad imperan, nacen los Heródotos; cuando la arteria y el despotismo se imponen, aparecen los Tácitos. Levantan aquéllos un Tabor donde se transfiguran las naciones por obra y gracia de la libertad; alzan éstos una picota donde quedan expuestos perpetuamente los déspotas en la horrible desnudez del crimen, que es el más cruel de los suplicios. Los primeros convierten en Némesis el trozo de mármol destinado a simbolizar el triunfo de la barbarie; los segundos dan voz a los sepulcros para que maldigan al parricida, por más que lo cubra la púrpura del imperio. Los Heródotos bendicen, los Tácitos maldicen, y la Providencia escribe las bendiciones de unos y las maldiciones de otros, en el libro de la justicia eterna.

Marco Antonio Saluzzo

Introducción

A lo largo del tiempo, la tradición occidental le ha atribuido a la cultura china la autoría de tres adagios cuyos conceptos, en apariencia inocuos o triviales, transmitirían de manera encubierta una serie de desgracias a sus remitentes. Estas son: “Ojalá te toque vivir tiempos interesantes”, “Sea que gente importante conozca bien tu nombre” y “Ojalá se cumplan todos tus deseos”. Aunque a principios del siglo xx las leyes nacionales prohibían la inmigración oriental al país, tales palabras parecieran haber llegado de alguna manera a la Venezuela castro-gomecista y con especial énfasis a la vida de José Rafael Pocaterra Mac Pherson.

En efecto, las primeras décadas están marcadas por la vivencia de momentos de un interés álgido, a veces trepidante. Es la etapa de la irrupción petrolera junto a una producción agraria y cafetalera en el plano económico; de una ruptura radical de los patrones clásicos de composición estética (como ocurrió con la generación poética del 18 o los colaboradores de la revista *válvula* diez años después) frente a un modernismo ejecutando su canto de cisne en el campo cultural; de la aparición de una generación civil y civilista en medio de un ejercicio autocrático del poder en el ámbito político; del advenimiento de la historiografía científica gracias al positivismo en medio de una amplia, fortísima y cambiante escritura de la historia marcada por la narración de hechos, por lo general bélicos y políticos. En medio de estos extremos, de estos antagonistas por excelencia,

encontramos de manera dialéctica y un tanto amalgamada una dinámica de grises muy rica y, quizá por esa razón, en algunos casos difícil de comprender, de clasificar, de categorizar dentro del orden del discurso, de esas palabras que, como ya señaló Miguel de Unamuno alguna vez, son más que un envoltorio del pensamiento: son el pensamiento mismo.

Esos “tiempos interesantes” formaron parte de la existencia de Pocaterra. Víctima y enemigo de unas circunstancias históricas percibidas por él como degradadas o decadentes, su nombre será “muy bien conocido” por gente muy importante dentro de las esferas del poder gomecista, capaz de hacer de su vida algo muy diferente de lo que esperaba, a saber, un hombre político por encima de un hombre de letras. Este proceso, que va desde el literato que publica en principio obras ficticias hasta el intelectual interesado en responder políticamente a los problemas de su tiempo e interpretar a su sociedad para la posteridad, aparece sintetizado en la producción de las *Memorias de un venezolano de la decadencia*.

El interés que motivó la investigación del texto que ahora el lector tiene en sus manos se relaciona con lo expresado anteriormente. Rescatadas del olvido por la crítica literaria gracias a la impronta que su autor dejó en el área del arte, estas páginas, de un marcado talante político y de un alto compromiso con la realidad venezolana, han sido valoradas según los patrones que esa disciplina tiene para interpretarla. Con esto, no solo se le ha considerado el exponente máximo de la calidad de la prosa pocaterrana (¡ni siquiera los *Cuentos grotescos* superan a estas en cuanto a posibilidades expresivas!), sino también una especie de *rara avis* a la cual no le calzan los conceptos, tan afín como parece estarlo con casi todos.

La lista, como se verá después, raya en lo caótico: crónica, ensayo novelado, novela antidictatorial, novela-ensayo y, en el

mejor de los casos, narrativa testimonial. Pero es bien sabido que si algo encaja con todos los conceptos probablemente no se esté atinando con ninguno de ellos, y en nuestro caso particular si nada limita la naturaleza textual o genérica de las *Memorias...* entonces tampoco nada las contiene, con lo cual el conocimiento científico de las mismas se torna una entelequia.

Esto nos lleva a indagar por qué este escrito es tan ambiguo en su exégesis cuando demuestra intenciones tan claras, qué ocurre a nivel de la construcción verbal que permite tantas y tan diversas aproximaciones conceptuales. Parte de las respuestas a esta interrogante se descubre cuando percibimos que, a diferencia de la mayoría de los otros libros publicados, esta obra de Pocaterra es la sumatoria de otros materiales escritos con anterioridad (lo cual delata la unificación de dos proyectos en principio antagónicos tanto en sus alcances como en sus fines) en una época donde cohabitan múltiples formas para abordar el conocimiento histórico, desde la prosa conceptual hasta la plástica. Estos componentes legítimos para la producción intelectual, aunados al hecho de que Pocaterra siempre rehuyó la barrera tradicional entre vida y literatura imperante por las corrientes del romanticismo y del modernismo, contribuyen en la confusión antes mencionada.

En ese sentido, el presente trabajo está enmarcado dentro de dos grandes categorías de conocimiento, las cuales forman un maridaje tenso, complejo y, como todo lo difícil (si habremos de creerle a José Lezama Lima), bastante estimulante. Por una parte, está el estudio de la narrativa testimonial, la cual nos servirá para entender la escritura de *La vergüenza de América* en el año 1921 y sus objetivos inmediatos. Por otra, la investigación se encuadra dentro de la historiografía a fin de comprender cómo esa primera etapa escritural, por motivos contextuales imperativos luego de dieciséis años de exilio, se inscribe dentro

de un proyecto mayor como lo fue la interpretación histórica del período andino, comprendido entre los años 1899 y 1935 y materializado en las *Memorias de un venezolano de la decadencia* en sus dos fases: la de reformulación de los materiales testimoniales en pro de un proyecto histórico y sustentador de la empresa magnicida del “Falke” (1927) y la de exégesis historiográfica de la dictadura castro-gomecista (1936).

Para la confección de este trabajo fue fundamental la lectura de las ediciones primarias de cada uno de los títulos que al final conformarán lo que hoy en día conocemos como las *Memorias...* (*La vergüenza de América*, 1921; *Memorias de un venezolano de la decadencia*, 1927 y su edición definitiva en 1936). Esto nos permitió comprender que no estamos ante una suerte de texto inicial que se desarrolla sin variaciones hasta su versión definitiva (que es la visión principal de la crítica: para ella no hay cambio alguno en su elaboración desde 1921 hasta 1936, solo aditamentos) sino ante un proceso compuesto por etapas, por pasos y por adecuaciones no exentas de contradicciones en su composición. Por desgracia, nos fue imposible acceder a la primera edición de *La vergüenza de América*, pero trabajamos con la edición inglesa del año 1928 que, comparada con la de 1936, tiene menos modificaciones e interpolaciones, lo que nos permite considerarla como la más “pura” o afín a lo que en 1921 habría escrito Pocaterra desde su celda. También fue de valiosa ayuda la lectura de su archivo personal, el cual fue editado por el Banco Industrial de Venezuela en 1973, donde se percibe las peripecias del hombre en el exilio y el cambio de sus intereses como intelectual. Sin duda alguna, el conocimiento de estas cartas permitió atar los cabos necesarios para comprender la naturaleza de un escrito que, por este mismo desconocimiento, ha devenido para muchos en algo proteico, maleable, escurridizo.

La estructura del estudio está compuesta de cinco capítulos. El primero se titula “Definiendo el objeto. Algunas visiones sobre el testimonio, la memoria y la historia”, en donde se establecen las bases conceptuales de lo que habremos de entender por testimonio y las causas por las cuales adquirió un estatuto autónomo, haciendo un especial énfasis en las primeras personas que la elevaron a dicho nivel (Miguel Barnet, aunque su concepción del género esté en las antípodas del presente estudio) y las instituciones que le dieron –y aún le dan en este momento– visibilidad y persistencia en el tiempo (como el concurso que propicia Casa de las Américas, en Cuba); se conceptualiza lo que es la historia y cuáles serían las implicaciones que estas tienen con la memoria. Las diferencias entre estas, supuestamente obvias y notorias desde el punto de vista teórico, suelen difuminarse en la práctica en no pocas ocasiones, como ocurre en el caso del texto de Pocaterra, donde ambas están presentes.

En el segundo capítulo, “Itinerario de una obra... ¿proteica? La recepción de las *Memorias de un venezolano de la decadencia*”, se rastrean las múltiples lecturas que ha tenido el texto desde su primera publicación hasta la actualidad. En ella se aspira a percibir las principales diferencias exegéticas así como las causas por las cuales dichos cambios han ocurrido, con lo cual se pretende conocer las condiciones conceptuales, sociales y culturales de quienes han emitido esos juicios con el fin de comprender la pasmosa pluralidad conceptual que se le ha endilgado a la obra del escritor valenciano.

“Denunciar es combatir. *La vergüenza de América* como primera fase de su proyecto de escritura”, tercer capítulo del trabajo, adelanta la idea central de que Pocaterra comenzó escribiendo con un interés político motivado por su reclusión en la cárcel de La Rotunda. El texto originario con el que se estrena en la denuncia social es de signo testimonial tanto en su condición

de registro para la historia como en discurso autónomo con particularidades e intereses exclusivos.

En el capítulo cuarto, “Registrar para no olvidar. Superación de la fase testimonial e incursión en el discurso historiográfico”, se expone cómo Pocaterra, de haber escrito un texto de corte testimonial, realiza ahora un giro drástico en sus intereses intelectuales y comienza a construir un libro con una finalidad histórica, depurando los aspectos principales del discurso anterior en aras de perseguir con éxito este nuevo fin.

Por último, en el quinto capítulo intitulado “Nosotros, los decadentes. Puntos medulares en la interpretación histórica de José Rafael Pocaterra sobre la dictadura andina” se expone, una vez comprobada la cualidad historiográfica de las *Memoorias...* del año 1936, los principales principios ideológicos que modelan y permiten la interpretación de la sociedad venezolana, tomando como materia de análisis los gobiernos de Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez. Dichos elementos, si bien son débiles en tanto el autor no los formuló de manera sistemática en ninguno de sus documentos, sí son perceptibles al momento de estudiar los temas que desarrolla, la forma en que los juzga y la manera en la cual estos son ampliados. Así, será significativo observar cómo, a pesar de rechazar por motivos de índole moral a los intelectuales de la escuela positivista (en su mayoría seguidores y defensores ideológicos de El Benemérito) y sus métodos de escribir la historia, mantiene una gran afinidad teórica con estos, en especial en lo concerniente al racismo, el biologicismo y el medio geográfico en las generaciones a lo largo de su desenvolvimiento histórico. Una vez leída esta sección, se encontrará después de las conclusiones correspondientes un apartado de apéndices y anexos de documentos importantes relativos a la visión de Pocaterra por sus contemporáneos y algunos testimonios suyos tanto sobre la política de su tiempo como del desti-

no que tenía previsto para algunas de sus obras, entre ellas los tomos tres y cuatro de las *Memorias...* relativas a los gobiernos de Eleazar López Contreras e Isaías Medina Angarita.

Considero propicia la ocasión para agradecerle a mi tutor Tomás Straka por la lectura de la tesis y sus comentarios que contribuyeron al mejoramiento de cada uno de sus capítulos (en especial el primero). Fueron no solo momentos de carpintería (tan natural en esas circunstancias de fragua discursiva) sino también de discusiones sobre temas de honda repercusión en la cultura de nuestro tiempo donde nos quedó un aprendizaje extra y valioso sobre el oficio del historiador y la historia difícilmente adquirible en un aula de clases.

Por último, pero no por ello menos importante, quiero agradecerle a mi madre, Nelly Amoretti y a mi esposa, Krislia Grímán. A ambas les debo el mejor apoyo que como hijo y esposo pude tener. Se trata de un soporte tan humano, un refugio tan bueno que siempre actúa sin hacer ruido y solo llega el estruendo cuando no está.

No quisiera terminar sin hacer referencia a la última maldición citada al principio: “Ojalá se cumplan todos tus deseos”. Pocaterra escribió las *Memorias...* con la idea de que la narración de lo ocurrido contribuyera a una compenetración ideológica del pueblo venezolano, en un acto de conciencia donde el horror de esos tiempos decadentes, signados por la violencia, el caudillismo y una aceptación/sumisión casi total por parte del pueblo, se fuera purificando en el alma nacional a través de las generaciones hacia una mejor conciencia histórica. Hoy, a cuatro años para cumplir la segunda década del siglo XXI, gobernados por una dictadura cuya llegada al poder se debió en parte al respaldo recibido por buena parte de la gente (ahora en franca merma), se hace necesario –para algunos hasta sanador– volver a sus páginas y luchar por cambiar esas constantes históricas. Tal

vez se trate de la maldición que le fue más difícil de conseguir en vida, pero también –si esto cabe dentro de una palabra de tal calibre– hubiese sido la única que habría sufrido gustoso.

CAPÍTULO I

Definiendo el objeto. Algunas visiones sobre el testimonio, la memoria y la historia

*No hay preguntas más apremiantes
que las preguntas ingenuas.*

Wisława Szymborska

A lo largo de los años, la crítica ha mantenido una lectura muy variada de las *Memorias de un venezolano de la decadencia* (1936) de José Rafael Pocaterra, las cuales han pasado de ser percibidas como un testimonio de la dictadura castro-gomecista a ser leídas como un texto historiográfico, cuya información es trascendental para el juicio de dicho período¹. Mayoritariamente visto como un registro de tiempos turbulentos, mantiene a su vez una relación importante con el conocimiento del pasado venezolano hasta el punto de relacionarse con la historiografía, con lo cual un intento de aproximación a esta obra requiere de una exposición teórica previa a fin de evitar las ambigüedades sobre el tema.

El siguiente capítulo establece de manera precisa los conceptos básicos que nos permiten conocer las conexiones de las

1 En el segundo capítulo trataremos a fondo este aspecto.

Memorias... con la historiografía, la memoria y su objetivo de dejar huella de unos tiempos difíciles en Venezuela.

El texto sujeto a estudio no mantuvo una misma finalidad en su elaboración. De hecho, sufrió varios procesos de escritura. En un momento las cuartillas de Pocaterra tienen un fin testimonial pero después, en la edición definitiva, estas se ensamblan dentro de un texto diferente. Conocer su carácter testimonial no implica percibir el enfoque de este trabajo como un tributo a la literatura propiamente dicha (pues ha sido su marcada incidencia social el motivo por el cual en un momento dado de la historia se le dio cabida como fenómeno digno de conocimiento). Por esto, el término “testimonio” es esencial para comprender cómo su función social tiene un papel clave en la construcción del discurso histórico.

Asimismo, una aproximación al concepto de “memoria” nos permitirá captar su incidencia en la colectividad en la medida que la historiografía y los textos testimoniales están presentes en ella y aspiran a preservar por generaciones ciertas ideas, valores y juicios sobre los sucesos del pasado.

LA MEMORIA, ACCIÓN ABSTRACTA MEDIADA POR CREACIONES CONCRETAS

Aunque se trate de una definición somera, las palabras del *Diccionario de la Real Academia Española* nos iluminan mucho la apreciación del fenómeno: “Facultad psíquica por medio de la cual se retiene y recuerda el pasado”². Se trata de la primera acepción, por lo cual es la más consabida de las muchas que

2 “Memoria”, en *Diccionario de la Real Academia Española*, España, Editorial Espasa Calpe, 2001, p. 1484.

contiene. Con esto sabemos algunas cosas importantes al respecto. La memoria es, antes que nada, un acto de carácter abstracto, surge de un espacio inmaterial y suele permanecer de la misma manera. Solo retiene lo que ha finalizado, pues resulta innecesario retener lo que se vive en el instante y, por ende, aún no está concluido como experiencia. De igual manera, no solo es un receptáculo de información en el sentido más lato de la palabra, también es un depósito del cual se obtiene, en un momento dado, según las conveniencias de la persona. Este poder es eminentemente humano, ya por la naturaleza biológica del hombre, ya por la complejidad de su ejercicio frente a otros seres con capacidades similares, y los datos preservados de esta manera son en principio intransferibles hasta que se encuentre una mediación intersubjetiva eficaz (la escritura, la pintura, la articulación sonora, la edificación, etc.).

Existen dos tipos de memoria: una es individual, la otra es colectiva. La primera, “radicalmente singular”³, según Paul Ricoeur, constituye el “modelo del *carácter propio* de las experiencias vividas del sujeto”⁴, es decir, aquello que permite establecer una identidad del sujeto, pues solo en el reconocimiento de sí mismo en sus cambios y permanencias radica la autoconciencia del hombre. Así, el acto de recordar lleva a una conexión consciente con el pasado desde el presente, por lo que se establece en esos espacios una relación simbiótica en donde lo anterior solo puede vivir en el instante y este a su vez mantiene su sentido en la medida que el tiempo pretérito ha existido.

La segunda es producto de la vida en sociedad. En este espacio muchos elementos son compartidos, la memoria entre

3 Paul Ricoeur, *La lectura del tiempo pasado. Memoria y olvido*, Madrid, Arrecife Producciones, 1999, p. 15.

4 *Idem*, p. 16.

ellos⁵. No le falta razón al autor cuando afirma que uno “no recuerda solo”⁶, y en consecuencia “nuestros recuerdos se encuentran inscritos en relatos colectivos que, a su vez, son reforzados mediante conmemoraciones y celebraciones públicas de los acontecimientos destacados de los que dependió el curso de la historia de los grupos a los que pertenecemos”⁷. Pero el carácter grupal de esta delata una arbitrariedad mayor en su construcción, pues si bien los individuos poseen más libertad al escoger los recuerdos dignos de permanecer con ellos, los grupos sociales los adquieren en la mayoría de los casos gracias a esfuerzos destinados a cohesionarlos. Esto le permite establecer que “la memoria colectiva sólo consiste en el conjunto de huellas dejadas por los acontecimientos que han afectado al curso de la historia de los grupos implicados que tienen la capacidad de poner en escena esos recuerdos comunes con motivos de las fiestas, los ritos y las celebraciones públicas”⁸.

Es necesario acotar que la memoria no solo opera como mera recolección de datos, sino también trae consigo un proceso de olvido selectivo. Ambos conceptos interactúan con insisten-

5 Ambas categorías, sin embargo, no son del todo antagónicas, tal y como lo explica Maurice Halbwachs: “Así pues, cabría distinguir dos memorias, que podemos denominar, por ejemplo, una memoria interior o interna y otra exterior, o bien una memoria personal y otra memoria social. Podríamos decir aún con más precisión: memoria autobiográfica y memoria histórica. *La primera se apoyaría en la segunda, ya que al fin y al cabo la historia de nuestra vida forma parte de la historia en general. Pero la segunda sería, naturalmente, mucho más amplia que la primera. Por otra parte, sólo nos representaría el pasado de forma resumida y esquemática, mientras que la memoria de nuestra vida nos ofrecería una representación mucho más continua y densa*” (cursivas nuestras), Maurice Halbwachs, *La memoria colectiva*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004, p. 55.

6 *Idem*, p. 17.

7 *Ibidem*.

8 *Idem*, p. 19.

cia en estos procesos sociales. Ya lo señalaba Henry Rousso al decir que:

La memoria, sea individual o colectiva, designa la presencia del pasado, una presencia viva, activa, transmitida por sujetos y, por tanto, por una palabra y no simplemente por huellas materiales [...] la memoria no es *todo el pasado*: la parte que continúa viviendo en nosotros es siempre tributaria de las representaciones y de las preocupaciones del presente. Pero ella es *todo lo que del pasado* continúa viviendo en nosotros, por el fruto de la experiencia directa, vivida o de una transmisión familiar, social o política⁹.

Al no ser todo el pasado, es apenas una selección de este, pero una selección notoriamente pensada. La memoria, pues, tiene usos específicos cuyas incidencias en la sociedad son diversas. Al respecto, Tzvetan Todorov establece dos funciones fundamentales. Por una parte, está la *memoria literal*, en la cual un “suceso (...) es preservado en su literalidad (lo que no significa su verdad), permaneciendo intransitivo y no conduciendo más allá de sí mismo”¹⁰. Es el típico caso del recuerdo por el recuerdo mismo sin importar si implica beneficio o perjuicio alguno. Por la otra se encuentra la *memoria ejemplar*, donde

Sin negar la propia singularidad del suceso, decido utilizarlo, una vez recuperado, como una manifestación entre otras de una categoría más general, y me sirvo de él como un modelo para comprender situaciones nuevas, con agentes diferentes. La operación es doble: por una parte, como en un trabajo de psicoanálisis o un duelo, neutralizo el dolor causado por el recuerdo, controlándolo y

9 Bruno Groppo, “Las políticas de la memoria”, en *Sociohistórica*, n.ºs 11-12, Buenos Aires, Universidad Nacional de la Plata, p. 191. Hay una versión en línea http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.3067/pr.3067.pdf (visitado el 7 de septiembre de 2015).

10 Tzvetan Todorov, *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Ediciones Paidós, 2000, p. 30.

marginándolo; pero, por otra parte –y es entonces cuando nuestra conducta deja de ser privada y entra en la esfera pública–, abro ese recuerdo a la analogía y a la generalización, construyo un *exemplum* y extraigo una lección. El pasado se convierte por tanto en principio de acción para el presente¹¹.

La diferencia entre ambas es de tal magnitud que una contribuye al mejor desarrollo de las sociedades mientras que otra las estanca y les impide liberarse del pasado, en especial cuando este tiene un marcado tono traumático:

La memoria literal, sobre todo si es llevada al extremo, es portadora de riesgos, mientras que la memoria ejemplar es potencialmente liberadora. (...) el uso literal, que convierte en insuperable el viejo acontecimiento, desemboca a fin de cuentas en el sometimiento del presente al pasado. El uso ejemplar, por el contrario, permite utilizar el pasado con vistas al presente, aprovechar las lecciones de las injusticias sufridas para luchas contra las que se producen hoy día, y separarse del yo para ir hacia el otro¹².

Esto solo se hace posible en la medida que los gobiernos de turno utilicen de manera orgánica las instituciones correspondientes para difundir esos recuerdos según sus propios intereses. Se trata de las llamadas políticas de la memoria, consideradas de la siguiente manera:

Una política de la memoria es una acción deliberada, establecida por los gobiernos o por otros actores políticos o sociales con el objetivo de conservar, transmitir y valorizar el recuerdo de determinados aspectos del pasado considerados particularmente significativos o importantes. Por la representación que propone del pasado, ésta apunta, como ya lo hemos indicado, a modelar la memoria pública y a construir, así, un cierto tipo de identidad colectiva. Utiliza el pasado reconstruyéndolo en función de los problemas y preocupaciones

11 *Idem*, p. 30. Cursivas del texto.

12 *Idem*, pp. 30-31.

del presente; aunque trabaja sobre el pasado, está vuelta hacia el futuro ya que ella dibuja implícitamente un cierto tipo de sociedad¹³.

Con esto, la memoria se convierte en algo más que una herramienta útil para los fines sociales básicos del hombre (reconocer a los amigos y a los enemigos, identificar la ruta de vuelta a casa, mantener al corriente las formas de conducir un automóvil); es ante todo un proceso complejo donde este conserva tanto la identidad individual como colectiva y encuentra un sentido a su existencia motivado a la actitud que este mantiene para con su pasado.

En aras de obtener estos resultados, la memoria requiere del empleo de símbolos que contengan un mensaje, una idea específica capaz de preservar ciertas nociones válidas para la colectividad. Así, la edición de libros salvaguarda un conocimiento necesario para la cohesión y buen funcionamiento de esa sociedad (la Biblia, las leyes, los diccionarios) y la erección de edificaciones y otros objetos, además de preservarlas, pueden representar ellos mismos un valor compartido por todos sus miembros (una estatua de un personaje ilustre, un castillo antiguo a orillas del mar, una bandera). Este uso sistemático de los objetos y su relación con el recuerdo conlleva a la configuración de aquello que Pierre Nora llamó “los lugares de la memoria”, los cuales:

Arise out of a sense that there is no such thing as spontaneous memory, hence that we must create archives, mark anniversaries, organize celebrations, pronounce eulogies, and authenticate documents because such things no longer happen as a matter of course. When certain minorities create protected enclaves as preserves of memory to be jealously safeguarded, they reveal what is true of all *Lieux de mémoire*: that without commemorative vigilance, history would soon sweep them away. These bastions buttress our identities, but if what the defended were not threatened, there would

13 Bruno Groppo, *op. cit.*, p. 192.

be no need for them. If the remembrances they protect were truly living presences in our lives, they would be useless. Conversely, if history did not seize upon memories in order to distort and transform them, to mold them or turn them to stone, they would not turn into *lieux de mémoire*, which emerge in two stages: moments of history are plucked out of the flow of history, then returned to it –no longer quite alive but no yet entirely dead, like shells left on the shore when the sea of living memory has receded¹⁴.

La memoria así empleada deviene en construcción deliberada de valores que bien pueden ser asumidos de buena gana por ciertos grupos sociales como también tienen la posibilidad de ser inducidos a través de la educación, la difusión programática en los medios de comunicación y la edición de textos históricos con una postura determinada.

14 “Surgen de la idea de que no existe una memoria espontánea, por tanto, debemos crear archivos, señalar aniversarios, organizar celebraciones, pronunciar elogios y autenticar documentos, pues tales cosas no ocurren por sí mismas. Cuando ciertas minorías crean enclaves protegidos como recipientes de recuerdos a ser celosamente custodiados, revelan una verdad de todos los *lugares de la memoria*: que sin vigilancia conmemorativa, la historia muy pronto los borraría. Estos bastiones refuerzan nuestras identidades, pero si aquello que defienden no estuviese bajo amenaza, no habría necesidad de ellos. Si los recuerdos que protegen fueran una presencia viva en nuestras vidas, serían inútiles. Por el contrario, si la historia no se valiera de las memorias para distorsionarlas y transformarlas, moldearlas o fosilizarlas, no se convertirían en *lugares de la memoria*, pues esta emerge a través de dos etapas: los momentos de la historia han sido arrebatados de su curso y luego han regresado a él –no del todo vivos pero tampoco enteramente muertos, como cáscaras abandonadas en la costa cuando el mar de la memoria viviente ha retrocedido”. Pierre Nora, *The Realms of Memory*, Columbia University Press, 1996, p. 7. Todas las traducciones en este trabajo son propias (a menos que se señale lo contrario).

RELACIONES Y DIFERENCIAS ENTRE LA MEMORIA Y LA HISTORIA

A medida que se complejiza el conocimiento de la memoria como producto cultural y político, esta adquiere importancia en las sociedades como un elemento constitutivo de su visión de mundo. Con esto, los lugares de la memoria, al materializarse en actos cívicos, museos históricos, filmografías documentales y ediciones librescas conmemorativas, parecieran fundirse con la escritura de la historia con hache mayúscula y transformarse en el elemento definidor de la misma. Y es que todo ha dado pie a una asimilación a primera vista entre ellas. Ya que ambas tratan algunos hechos del pasado, a alguien incauto le parecerá que los límites son inexistentes. Dentro de esta lógica, sin duda errada, la historia preservaría la memoria de los pueblos, a su vez que la memoria devendría en verdad histórica con el tiempo.

La realidad es otra, pues ambas pertenecen a ámbitos distintos del conocimiento humano y, por ende, cada cual ejerce una influencia dispar en la dinámica tanto intelectual como espiritual de los hombres. Para Ricoeur, por ejemplo, la historiografía se sitúa “como disciplina puramente retrospectiva en el movimiento de la conciencia histórica”¹⁵. Sin fuentes la historiografía es imposible, y eliminarla del proceso de escritura histórica conlleva la limitación de su principal recurso constructivo.

Las diferencias entre ambas nociones son lo suficientemente notorias como para usarlos como sinónimos, y si bien la historia puede contribuir a moldear la “memoria” de las naciones en ningún momento debe considerarse al historiador como un, si se nos permite la palabra, “memorialista”. Mucho menos puede

15 Paul Ricoeur, *op. cit.*, p. 48.

pensarse que quien favorece a la permanencia de la memoria histórica (es decir, aquella serie de materializaciones visuales, gráficas, auditivas, arquitectónicas o plásticas con miras a registrar y consolidar ideas y sucesos relacionados con el pasado de una sociedad determinada) en el mundo puede llamarse a sí mismo historiador.

Es por eso que la dilucidación de Pierre Nora no admite matices al respecto:

Memory is life, always embodied in living societies and as such in permanent evolution, subject to the dialectic of remembering and forgetting, unconscious of the distortions to which it is subject, vulnerable in various ways to appropriation and manipulation, and capable of lying dormant for long periods only to be suddenly reawakened. History, on the other hand, is the reconstruction, always problematic and incomplete, of what is no longer. Memory is always a phenomenon of the present, a bond trying us to the eternal present; history is a representation of the past. Memory, being a phenomenon of emotion and magic, accommodates only those facts that suit it. It thrives on vague, telescoping reminiscences, on hazy general impressions or specific symbolic details. It is vulnerable to transferences, screen memories, censorings, and projections of all kinds. History, being an intellectual, nonreligious activity, calls for analysis and critical discourse. Memory situates remembrance in a sacred context. History ferrets it out; it turns whatever it touches into prose. Memory wells up from groups that it welds together, which is to say, as Maurice Halbwachs observed, that there are as many memories as there are groups, that memory is by nature multiple yet specific; collective and plural yet individual. By contrast, history belongs to everyone and to no one and therefore has a universal vocation. Memory is rooted in the concrete: in space, gesture, image, and object. History dwells exclusively on temporal continuities, on changes in things and

in the relations among things. Memory is an absolute, while history is always relative¹⁶.

En el desarrollo histórico de la humanidad, después de la memoria surge la historia disciplinar, la cual a su vez tiene un proceso de cambio paulatino donde esta “which had become a tradition of memory, was transformed into social self-understanding”¹⁷. Todo esto demuestra que el punto en común entre ambos ha sido eso que Johan Huizinga llamara “la forma espiritual en que una cultura rinde cuentas con su pasado”¹⁸, nada más. Sus actitudes ante él darían cuenta de dos mentalidades cuyo rango de acción está desnivelado.

16 “La memoria es vida, siempre encarnada en las sociedades y como tal en permanente evolución, sujeta a las dialécticas del recuerdo y el olvido, inconsciente de las distorsiones a las cuales está sometida, en muchas formas vulnerable a la apropiación y manipulación, y capaz de yacer dormida por largos períodos para volver a despertarse súbitamente. La historia, por otra parte, es la reconstrucción, siempre problemática e incompleta, de aquello que ya no existe. La memoria es siempre un fenómeno del presente, un cordón atándonos al presente eterno; la historia es una representación del pasado. La memoria, siendo un fenómeno de emoción y magia, se acomoda a aquellos hechos que le encajan. Prospera en las reminiscencias telescópicas y vagas, en impresiones generales y brumosas o detalles simbólicos específicos. Es vulnerable a las transferencias, a los recuerdos encubridores, a las censuras y todo tipo de proyecciones. La historia, al ser una actividad intelectual y no religiosa, demanda análisis y discurso crítico. La memoria sitúa el recuerdo en un contexto sagrado. La historia la desvela, convierte todo lo que toca en prosa. La memoria emana de grupos tan cohesionados que se puede decir, como ya observó Maurice Halbwachs, que hay tantas memorias como grupos existentes, que su naturaleza es a la vez múltiple y específica, colectiva e individual. Por el contrario, la historia pertenece a todos y a su vez a nadie y por lo tanto tiene una vocación universal. La memoria está arraigada en lo concreto: en el espacio, los gestos, la imagen y el objeto. La historia habita exclusivamente en continuidades temporales, en los cambios y relaciones entre las cosas. La memoria es un absoluto, mientras que la historia siempre es relativa”. Pierre Nora, *op. cit.*, p. 3.

17 “que había sido una tradición de la memoria, se transformó en un autoconocimiento social”, Pierre Nora, *op. cit.*, p. 5.

18 “En torno a la definición del concepto de historia”, en *El concepto de historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, p. 95.

Por su parte, Ricoeur explica los alcances intelectuales de cada uno de estos términos. La historia ante todo “quiere *explicar*, en la medida en que busca, en primer lugar, las *causas* (término que se emplea en un sentido más o menos aparente al que adopta en las ciencias de la naturaleza y en otras ciencias humanas), y, en segundo lugar, los *motivos* y las *razones* por los que alguien hizo algo”¹⁹. Para él la historia tiene una intención explicativa y se expresa a través de tres elementos básicos: investigación, explicación y escritura. El hecho de ser un conocimiento dependiente de fuentes delata una evidencia documental que le permite ejercer “fundamentalmente una función crítica respecto a los fraudes de la memoria, es decir, no sólo respecto a sus errores, sino también respecto a sus falsificaciones”²⁰.

Siguiendo la misma línea de los autores anteriores está Tony Judt, para quien ambas orillas no son lógicamente incompatibles sino además necesarias:

Yo creo profundamente en la diferencia entre la historia y la memoria; permitir que la memoria sustituya a la historia es peligroso. Mientras que la historia adopta necesariamente la forma de un registro, continuamente reescrito y reevaluado a la luz de evidencias antiguas y nuevas, la memoria se asocia a unos propósitos públicos, no intelectuales: un parque temático, un memorial, un museo, un edificio, un programa de televisión, un acontecimiento, un día, una bandera. Estas manifestaciones mnemónicas del pasado son inevitablemente parciales, insuficientes, selectivas; los encargados de elaborarlas se ven antes o después obligados a contar verdades a medias o incluso mentiras descaradas, a veces con la mejor de las intenciones, otras veces no. En todo caso, no pueden sustituir a la historia²¹.

19 Paul Ricoeur, *op. cit.*, p. 45.

20 *Idem*, p. 41.

21 Tony Judt, *Pensar el siglo XX*, Madrid, Taurus, 2012, p. 325.

La memoria, primera entre las múltiples maneras de acceder a tiempos pretéritos, no proviene del ámbito académico (espacio de la historia por excelencia en nuestros tiempos), lo cual le provee de un número mayor de adeptos y practicantes, conscientes de eso o no. Apoyada sobre la muleta del recuerdo, tiene en la narración un mensaje concreto y total de aquello que es importante para el colectivo y le da razón de ser en el mundo, motivos por los cuales actuar de determinada manera en él. Esto hace indudable el matiz personal y no en pocos casos emotivo de esta operación (casi podría decirse ritual) que se arraiga con fuerza inusitada en las creencias del ser humano. La historia, al seguir un camino distinto, ha optado por abrazar el desarrollo de ideas argumentadas tomando como base criterios científicos, lo que lleva a Germán Carrera Damas a afirmar que “no es el alcanzar la verdad el objetivo del historiador, sino el llevar su conocimiento hasta más allá de la duda razonable. El compromiso del historiador con la verdad consiste, por consiguiente, (...) en registrar y comunicar lo hallado sin consultar otra conveniencia que la de adelantar el conocimiento, en pro del decoro y el prestigio de su disciplina”²². El abandono de la verdad absoluta, aunado a la exigencia de comprobación sistemática de los postulados expuestos, demanda a su vez el divorcio de la narración otrora en ristre y la delimitación del objeto de conocimiento a estudiar, de donde se desprende sus constantes citas, su exigente preparación intelectual tanto para el constructor del texto como para el receptor, su complejidad argumentativa y lingüística (el lenguaje analítico favorece la abstracción sobre la concreción).

Por eso Beatriz Sarlo considera a los libros productos del ejercicio de la memoria y el discurso literario (testimonios, biografías

22 Germán Carrera Damas, *Aviso a los historiadores críticos: ...“tantos peligros como corre la verdad en manos del historiador”... Andrés Bello*, Caracas, Ediciones Ge, 1995, p. 46.

noveladas, narrativas de grandes gestas militares y políticas, memorias, autobiografías, etc.) como formas no académicas con las cuales se accede a la historia. En ellos se encara “el asalto del pasado de modo menos regulado por el oficio y el método, en función de necesidades presentes, intelectuales, afectivas, morales o políticas”²³ de un atractivo infinitamente mayor para los consumidores al de las disciplinas científico-sociales. Y es que en general el lector común no entiende ni acepta el modelo académico, tan técnico en su preparación y tan frágil a veces en su relación con una verdad a la que se le pide que sea fuerte y eterna (aunque, como decía Boris Eichenbaum: “No existe ciencia acabada, la ciencia vive venciendo errores y no estableciendo verdades”²⁴). Este anhelo, en cambio, se satisface con las formas anteriores de escritura porque:

Parecen responder plenamente las preguntas sobre el pasado. Aseguran un sentido, y por eso pueden ofrecer sentido y sostener la acción. Sus principios simples reduplican modos de percepción de lo social y no plantean contradicciones con el sentido común de sus lectores, sino que los sostienen y se sostienen en él. A diferencia de la buena historia académica, no ofrecen un sistema de hipótesis sino certezas²⁵.

Ante la preferencia social de tener certidumbres inamovibles antes que teorías lógicas, el género testimonial, ese solicitante consuetudinario del monopolio de la exactitud, se convierte en uno de los varios instrumentos idóneos de los gobiernos para instaurar una serie de convicciones que con el tiempo habrán de

23 Beatriz Sarlo, *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, Buenos Aires, Siglo veintiuno editores, 2005, p. 16.

24 Boris Eichenbaum, “La teoría del ‘método formal’”, en Tzvetan Todorov, *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*, Buenos Aires, Siglo veintiuno editores, 2008, p. 32.

25 Beatriz Sarlo, *op. cit.*, p. 16.

configurar algunos rasgos constitutivos de la identidad nacional. Aunque no es historia en el sentido disciplinar de la palabra, al ingresar como parte de las políticas de la memoria, las instituciones cambian su estatuto genérico y este comienza a leerse, comentarse y asumirse como documento autorizado a dar fe de las condiciones del pasado.

Sin embargo, no podríamos decir que el lector cotidiano está en un error cuando considera a esa clase de textos como históricos, pues la existencia de esta visión contemporánea de la historia como exégesis verosímil, lógicamente argumentada y sustentada sobre la base de datos es breve en comparación con el paradigma historiográfico decimonónico venezolano –aún influyente entre las personas–. En otras palabras, si la gente ve al testimonio como historia, no es solo gracias a las políticas del recuerdo impulsadas por los gobiernos²⁶, sino también porque el testimonio y la escritura de la historia del siglo XIX tienen en común la presencia de una narración sobre el pasado que se expresa como una verdad sin fisuras, lo que en muchos casos genera el mismo efecto a pesar de las diferencias de origen.

26 Véase el siguiente caso de Alexis Márquez Rodríguez en el prólogo de la novela testimonial *Se llamaba SN*: “La reedición de *Se llamaba SN* se hacía urgente y necesaria. Últimamente hemos vivido en Venezuela la aberrante experiencia de ver cómo ciertas personas e instituciones, de una manera cínica e impune, se han dedicado a exaltar la figura y las presuntas ejecutorias progresistas del dictador Marcos Pérez Jiménez, usando como pretexto las fallas, desviaciones y vicios, que nadie niega, del sistema democrático que nos rige desde enero de 1958 (...) Esta nueva edición de *Se llamaba SN* busca contribuir al desenmascaramiento y rechazo de ese empeño inmoral de glorificar al dictador y la dictadura, valiéndose de las debilidades de la misma democracia a la cual se denigra y se vilipendia. La verdad sobre la dictadura perezjimenista, para conocimiento principalmente de los jóvenes, no está en esas voces nostálgicas e ideológicamente desviadas. Está aquí, en esta novela, testimonio directo de un hombre que padeció la trágica realidad que en sus páginas se cuenta”. “Prólogo”, en *Se llamaba SN*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1998, pp. 12-13. Cursivas del texto.

En todo caso, la memoria encuentra en la historia y el testimonio dispositivos idóneos con los cuales manifestarse y ejercer su grado de influencia en la construcción de identidades sociales, específicamente en áreas y personajes cuya vistosidad es alta y su existencia ha generado un impacto en la conciencia de las personas.

CONCEPCIÓN BÁSICA DEL TESTIMONIO

Primero fue el concepto amplio, poco desarrollado del testimonio, y sin duda su influencia fue inevitable con el advenimiento de la noción compleja, fruto de la academia y en gran medida creación discursiva de esta. Es así como el *Diccionario de la Real Academia Española* establece seis entradas cuyas definiciones no están muy alejadas de aquellas construidas por los universitarios de mediados del siglo xx:

(Del lat. *Testimonium*). / 1. m. Atestación o aseveración de algo. / 2. m. Instrumento autorizado por escribano o notario, en que se da fe de un hecho, se traslada total o parcialmente un documento o se le resume por vía de relación. / 3. m. Prueba, justificación y comprobación de la certeza o verdad de algo. / 4. m. Impostura y falsa atribución de una culpa. / 5. m. *Ecd.* Cada uno de los textos manuscritos o impresos que constituyen la tradición textual de una obra. / 6. ant. Testigo²⁷.

Aunque son diversas, todas mantienen vasos comunicantes que permiten establecer una impresión general del objeto: existe una información que prevalece sobre el enunciante (más que quién habla, importa el qué dice)²⁸; la naturaleza de los datos

27 “Testimonio”, en *op. cit.*, p. 2168.

28 En la crítica histórica, por el contrario, quien emite el testimonio suele ser un indicador nada desdeñable para elaborar una interpretación elocuente sobre el tema.

aportados son de carácter verídico (aunque la manera de formularlas tiene una alta capacidad de persuasión, de ahí la acepción número cuatro); asimismo tiene una finalidad extratélica, pues si no es útil para verificar o mostrar algo en la sociedad no vale la pena invocarse. Por último, el contenido es indivisible de su portador, por lo cual testimonio y testigo adquieren una fusión semántica tan estrecha como el baile y el bailarín. El acto de testimoniar tiene en consecuencia una notoria responsabilidad entre los hombres. Privilegia la función referencial del lenguaje sobre cualquier otra posible: los signos aspiran a representar acciones o sucesos acaecidos en el mundo empírico. Su portador deja huellas de un tiempo ausente y, gracias a estas, sabemos de alguna manera que se hizo presente en la historia²⁹.

Con estas cualidades no impresiona la posesión casi absoluta de la cual ha sido objeto por parte de profesiones como el derecho o el periodismo, aunque también sus términos han sido reinterpretados a la voluntad del hablante de turno. Hoy en día no solo son considerados testimonios por el común de la gente la información brindada en los juzgados o en los reportajes de calle: pictogramas de cuevas vetustas, vestimentas de otros momentos históricos, poemas populares recitados en los campos, discos de vinilo de setenta y ocho revoluciones, cualquier objeto es un registro.

29 Igual de interesante es la etimología de Hugo Achugar al respecto: “Originariamente ‘testimonio’ viene del griego ‘mártir’, ‘aquél que da fe de algo’, y supone el hecho de haber vivido o presenciado un determinado hecho. Entre los griegos, sin embargo, el uso de mártir no connota sufrimiento o sacrificio y atiende básicamente al hecho de ser fuente de primera mano. Al pasar al latín, y sobre todo con el advenimiento de la era cristiana, mártir adquiere el significado hoy vigente de aquel que da testimonio de su fe y sufre o muere por ello”. “Historias paralelas / ejemplares: la historia y la voz del otro”, en Hugo Achugar y John Beverley, *La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa*, Ciudad de Guatemala, Universidad Rafael Landívar, 2002, p. 71.

Desde el punto de vista de la escritura de la historia, el testimonio tiene un gran valor pues, como se vio líneas arriba, es una de las muchas maneras posibles de construir la memoria histórica de las naciones, por lo que se convierte en fuente privilegiada para la interpretación de los problemas históricos. De hecho, Germán Carrera Damas estima que incluso la historiografía dedicada al estudio de la historia contemporánea más actual no puede llegar al extremo de abandonar el documentalismo, pues “prescindir del documento hace del producto un testimonio, pura y simplemente; bueno para futuro empleo historiográfico”³⁰. El testimonio por naturaleza no se sirve de pruebas: es en sí mismo instrumento de comprobación para el historiador.

Esto significa que, a pesar de ser un producto con unos intereses y aspiraciones muy específicos (como veremos más adelante), para el historiador tales materiales deben someterse a la crítica con el objetivo de obtener un discurso histórico que conlleve a un conocimiento de semejante categoría, es decir, que el texto “se presenta fundamentalmente como una veta de datos potenciales, que se actualizan en función del interés del investigador y de su respaldo cultural general —en su más amplio sentido— y específico referido a la materia que investiga”³¹. Su empleo será diferente al de un lector común, por lo general inclinado a creer en su contenido, bien por causas morales, bien por falta de criterios científicos. Por el contrario, estos son sometidos a un estudio interno y externo destinado al conocimiento de su cantidad y calidad. Dependiendo de esto el investigador podrá generalizar con fundamento un fenómeno histórico dado. Es aquí cuando surge el llamado conocimiento histórico “en la medida en que se consiga

30 Germán Carrera Damas, “Los agregados de datos”, en *Metodología y estudio de la historia*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1972, p. 41.

31 Germán Carrera Damas, “Conocimiento histórico”, en *Metodología...*, p. 73.

ensanchar la frontera del conocimiento científico de los hechos mediante su comprensión e interpretación”, es decir, tan pronto abandone la mera exposición informativa de lo recaudado, y también en la medida en que “se logre revelar la naturaleza de tales hechos al descubrir su estructura y su dinámica, explicándolas con arreglo a conceptos que sólo pueden alcanzarse mediante la generalización hecha a partir de datos obtenidos”³². Los testimonios serán elementos básicos para la obtención de esta finalidad.

Paul Ricoeur considera que, debido a su peso considerable en la construcción de la memoria del presente y a su relación inminente con la historia, “es importante que dichos testimonios orales, una vez que salen de la esfera de la oralidad para entrar en la de la escritura, se separen del papel que desempeñan el testimonio en la conservación ordinaria”, es decir, que abandonen su disposición originaria con todos los privilegios ínsitos para ser utilizados según los fines de la disciplina social, lo que lo lleva a concluir que la fuente testimonial, materialización de la memoria histórica, “se encuentra archivada. (...) Ha adquirido el estatuto de resto documental. (...) Su estatuto adicional de archivo le confiere además una dimensión institucional, correlativa del estatuto profesional del historiador de oficio”³³.

Esto nos permite ver cómo el testimonio constituye en sí mismo un lugar de la memoria (en muchos casos resguardado en archivos, bibliotecas personales o institucionales, enseñado en cursos universitarios, etc.) y su existencia significa mucho para la consecución de la historia. Primero porque está el interés de no olvidar lo ocurrido —y esto tiene especial fuerza en países cuya historia reciente está signada por la violencia de las dictaduras—. El asunto trasciende lo identitario. No se debe olvidar por una

32 *Idem*, p. 67.

33 Paul Ricoeur, *La lectura del tiempo pasado. Memoria y olvido*, Madrid, Arrecife Producciones, 1999, pp. 44-45.

parte “para continuar honrando a las víctimas de la violencia histórica”³⁴, pero sobre todo para aplicar la debida justicia. Porque en estos períodos turbulentos la memoria se encuentra en grave peligro: peligro de tergiversarse, peligro de cercenarse, peligro de borrarse para siempre de la tierra. Esta manipulación “pasa por el uso perverso de la propia selección, puesta al servicio de la conminación dirigida contra el olvido”³⁵. La supervivencia del recuerdo es una victoria contra un proyecto histórico que, a través de la censura, aspiraba a formarse una imagen a la medida para la posteridad.

Segundo, porque su existencia agrega a la historiografía un dato que, de no haberse conocido jamás, probablemente hubiese otorgado una exégesis distinta sobre ese período. Sin embargo existe, y su presencia permite, en la medida que los crímenes son señalados y sus víctimas expuestas a la luz pública, conseguir una justicia que, aunque simbólica, no es menos poderosa. De esta manera el testimonio se convierte en material para la historiografía y se establece una dialéctica entre memoria e historia donde se demuestra el aforismo ricoeuriano: “No es posible ‘hacer Historia’ sin ‘hacer historia’”³⁶.

Junto con esta visión historiográfica del testimonio, a mediados del siglo xx otro sector de la academia, en general del área de literatura y con cierto compromiso ideológico con el pensamiento político marxista, se abocó a dar una teorización sistemática del fenómeno. Resulta perentorio explicar el origen de este debate porque gracias a este hecho (poco importa si fue exitoso o no) y sus circunstancias se visibilizaron aún más este tipo de narrativas, lo que les dio un espacio propio de estudio.

34 *Idem*, p. 40.

35 *Ibidem*.

36 *Idem*, p. 52.

Ambas perspectivas (el testimonio como fuente de la historiografía y como texto autónomo con intereses históricos precisos) tendrán importancia en el desarrollo de este trabajo, ya que en el momento en que José Rafael Pocaterra escribe *La vergüenza de América* esta obra tiene una función testimonial no solo en el sentido otorgado por los historiadores, sino también en la dimensión de ser un texto autónomo en sus intereses y modos de manifestarse. Estas características las explicaremos con mayor detalle a continuación.

EL SURGIMIENTO DEL TÉRMINO TESTIMONIO EN LA ACADEMIA COMO OBJETO INDEPENDIENTE DE ESTUDIO

Primera causa de su aparición: las dictaduras militares latinoamericanas

Durante mucho tiempo el testimonio fue visto dentro de las academias como una herramienta para alcanzar conclusiones y sustentar postulados dentro de sus respectivas áreas de investigación. Sigue siendo en la actualidad el caso, por ejemplo, de la historia, aunque disciplinas como el derecho y la sociología no lo desdeñan. Pero a mediados del siglo xx las cosas cambian y desde un sector académico, ligado al estudio de la literatura, se le concede autonomía como objeto de estudio. Ya no se trata de contemplarlo en su función auxiliar sino de estudiarlo como un fin en sí mismo. Los textos testimoniales tienen desde nuevas teorías hasta unos principios rectores que los diferencian de otras producciones intelectuales, persiguen intereses ajenos a ellas y generan sus propias estrategias discursivas con las cuales estimular la recepción de sus potenciales lectores.

En las páginas siguientes nos dedicaremos a explicar los motivos históricos de su surgimiento. El conocimiento de este proceso resulta de gran importancia, pues José Rafael Pocaterra inicia su actuación política precisamente a través de un testimonio (*La vergüenza de América*) que tiene, a diferencia del uso que le da la historiografía, un programa de acción a corto plazo, producto de una situación traumática y que no tiene, al menos en principio, el interés de ser documento para la posteridad. La visión elaborada por estos investigadores concuerda con los rasgos tanto formales como desiderativos expresados en su fabricación, lo que nos permitirá entender el fenómeno más allá de la concepción vulgarizada del término.

Desde los años cuarenta hasta la década de los ochenta, América Latina fue víctima de aquello que alguna vez se llamó “la internacional de las espadas”³⁷. Estas dictaduras ejercieron una práctica tiránica del poder cuyas consecuencias fueron traumáticas en el plano social, pues conllevó la persecución (no exenta de torturas, asesinatos y desapariciones) de ciudadanos opositores a su régimen; la censura de los medios de comunicación; la anulación de la libertad de pensamiento en cualquiera de sus espacios de gestación y con esto la difusión arbitraria y selectiva de sus acciones frente a la comunidad internacional. No sería exagerado mencionar que también construían su lugar en la historia, al configurar a su medida aquello digno de hacerse público y perpetuarse a través de la memoria y aquello cuyo olvido se hacía meritorio. Pero Fortuna no tiene favoritos en su rueda. Una vez defenestrados los militares del gobierno, bien

37 Una panorámica cronológica presidencial muestra la dimensión del hecho: Colombia: Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957); Venezuela: Marcos Pérez Jiménez (1952-1958); Chile: Augusto Pinochet (1973-1990); Paraguay: Alfredo Stroessner (1954-1989); Perú: Manuel Odría (1948-1956); Cuba: Fulgencio Batista (1952-1959); Argentina: Juan Domingo Perón (1945-1955); Brasil: Humberto de Alencar Castelo Branco (1964-1967).

por vía pacífica, bien por vía violenta, un fantasma recorrería Latinoamérica: el fantasma del testimonio. Esas heridas ocultas, tapadas a *peinillazos* y mordazas, productos de una violencia premeditada tuvo a fin de cuentas, al decir de Rhina Martínez, “su impacto en las letras con la finalidad concreta de aprehender el hecho histórico y darle un acercamiento más real”³⁸. Los acontecimientos políticos impulsaron su aparición bajo la necesaria premisa de denunciar el crimen a su vez que al testimoniar añadían un sustrato nuevo, una marca de nacimiento de tal claridad que hizo posible su aspiración como género.

Sin embargo, sería un tanto mecánico explicar estos productos culturales bajo la dicotomía de la causa y efecto focalizado. No hay una región específica capaz de considerarse padre, por ejemplo, de la novela testimonial, como podría reclamarlo España con la picaresca. Sí hay, en cambio, personajes por quienes el término fue acuñado y delimitado conforme a un producto dado. Uno de ellos es Miguel Barnet, quien con la publicación de su *Biografía de un cimarrón* en el año 1963 inicia el debate que hasta el día de hoy no deja de reformularse o reajustarse en sus postulados teóricos.

Lo curioso de este caso (según algunos investigadores, el punto donde se impulsa por primera vez el término “novela-testimonio”³⁹) es su atipicidad con el contexto de producción señalado líneas arriba: Barnet no testimonia, lo hace un esclavo fugitivo de

38 “La literatura del testimonio y la crítica”, documento en línea, enlace <http://cpdl.ufmt.br/meel/arquivos/artigos/32.pdf> (visitado el 20 de mayo de 2009).

39 “El éxito internacional de esta primera novela-testimonio—coadyuvado por la reflexión teórica del mismo escritor— fue crucial para la incorporación del término al vocabulario de la crítica latinoamericanista”, Elzbieta Sklodowska, *Testimonio hispanoamericano. Historia, teoría, poética*. Nueva York, Peter Lang Publishing, 1992, p. 1. Véase también, William Rowlandson, “Prólogo”, en Miguel Barnet, *Biografía de un cimarrón. Estudios y ensayos*. Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho, Colección Clásica, n.º 251, 2013, p. XIII.

más de cien años de nombre Esteban Montejo. No se encuentra en lo inmediato de la anécdota una experiencia tortuosa frente a los aparatos represivos estatales, mucho menos una postura acusatoria. Todos los elementos textuales del libro señalan en principio que se trata (¿y qué otra cosa podía ser si se recuerda su formación universitaria?) de una historia de vida, actividad propia de la etnología. Como ocurre en esta rama antropológica, existe una fuente viva perteneciente a un grupo antiguo de la sociedad cubana. La conversación sostenida, producto de años, fue parafraseada, pues “De haber copiado fielmente los giros de su lenguaje, el libro se habría hecho difícil de comprender y en exceso reiterante”⁴⁰. No solo eso: precavido quizá ante la presencia de un hombre anciano cuya larga vida le ha permitido conocer más cosas que cualquier otro hombre, su narración fue objeto de comprobación con otros contemporáneos⁴¹. Por lo tanto, no hay ninguna línea en la introducción delatora de ese proyecto del cual tiempo después será un abanderado⁴².

40 Miguel Barnet, “Introducción”, en *Biografía de un cimarrón. Estudios y ensayos*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2013, p. 7.

41 *Ibidem*.

42 De hecho, en el futuro confesará haberlo tenido entre sus planes, aunque sin métodos concretos de realización: “Yo me propuse algo distinto [se refiere al momento de realizar la investigación en cuestión], aunque siguiendo el patrón básico de Ricardo Pozas. Y ahí comencé a lucubrar sobre el *relato etnográfico, la novela realidad o la novela-testimonio*, como he venido calificando este género. La maldita palabra novela me oprimió bastante. Mis intenciones se resquebrajaron a veces, porque yo me negaba a escribir una novela. Lo que yo me proponía era un relato etnográfico y así fue como subtité al *Cimarrón*”. Miguel Barnet, “La novela-testimonio: socioliteratura”, en *Lectura crítica de la literatura americana. Actualidades fundacionales*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, Colección Clásica, n.º 196, 1997, p. 802. No deja de llamar la atención su inconsistencia terminológica, pues aunque su trabajo impone un patrón específico de construcción de la novela-testimonio admite haber deseado realizar en su momento un “relato etnográfico” (algo totalmente distinto a esta nueva corriente), lo cual refleja en su texto cierto carácter bicéfalo al ser dos cosas puestas al mismo tiempo.

Segunda causa de su aparición: su canonización como género en el Concurso Casa de las Américas

La edición constante de este tipo de narrativa tuvo tal conmoción en el sector cultural que se le llegó a percibir como una alternativa artística a la hegemonía literaria ejercida por el *boom*. Más importante aún: su persistencia entre los lectores incentivó en los críticos y escritores latinoamericanos una iniciativa de consecuencias trascendentes para el fenómeno: su ingreso como mención en el Concurso Casa de las Américas en el año 1970:

En enero de 1969, al concluir las deliberaciones de los jurados del premio Casa de las Américas, propuse en su reunión conjunta la institución de una nueva categoría a la que designaba con la palabra “Testimonio”, obteniendo el acuerdo de los colegas y de las autoridades de la Casa, quienes al año siguiente concedían por vez primera el Premio Testimonio, que recayó en la serie de reportajes que María Esther Giglio [sic] reunió en *La guerrilla tupamara*. La proposición buscaba preservar la especificidad artística de la narrativa que en períodos de máximo interés político puede ser preferida, pero sobre todo apuntaba a un conjunto de libros que crecen día a día y que situados aparentemente en los lindes de la literatura, son remitidos a la sociología y sobre todo el periodismo⁴³.

La anécdota es de Ángel Rama y resulta de gran interés. En un contexto de renovación estética y conflictos políticos internacionales, era inevitable la ruptura de las líneas divisorias entre arte e ideología y aquello que Alfonso Reyes llamara la *literatura ancilar* luchaba por ocupar un espacio, si no preponderante, al menos igual al de la vanguardia. Su propuesta en una institución prestigiosa ubicada nada menos que en el país más notorio a nivel político en el mundo como lo era Cuba (donde

43 Elzbieta Sklodowska, *op. cit.*, p. 56.

una supuesta nueva, genuina y promisorio izquierda se enfrentaba al sistema político estadounidense para instaurar la felicidad en el continente) no fue azarosa. La Casa de las Américas funcionaba como un aparato ideológico con el cual, a través de nuevas políticas culturales, la intelectualidad comunista aspiraba a revolucionar el concepto imperante de literatura (ese donde, al estilo de los García Márquez y Vargas Llosa, se realizaba una producción ombliguista y esteticista en extremo, de piruetas estructurales abstrusas, de espaldas a una realidad apremiante), patrocinando la imagen de una América Latina innovadora donde como pocas veces en su historia aportaba algo original para el resto del mundo⁴⁴.

Cierto, había una disposición hacia el arte y se difundía como cualquier otro espacio de atributos similares; pero la instauración de un fenómeno atípico dentro de un organismo reputado superó el simple principio de consagración de los talentos creativos. El establecimiento del testimonio como nueva mención alternativa en el certamen obligó a la comitiva de Casa de las Américas a ejercer desde su autoridad e influencia un intento de delimitación de sus diversas expresiones existentes. Con esto se esperaba que lo que había comenzado como una función adaptable tanto a cualquier modalidad discursiva como a cualquier temática, terminara por adquirir un patrón expresivo específico que lo codificara culturalmente a nivel de producción, es decir, que lo consolidara como género.

44 “A diferencia de novelas como *País portátil*, *El libro de Manuel* o *Abaddón el exterminador* escritos sobre la militancia revolucionaria en los sesenta y setenta, un testimonio guerrillero tiene el atractivo de ser algo producido ‘por nosotros’”. John Beverley, “Anatomía del testimonio”, en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año XIII, n.º 25, Lima, 1.º semestre, 1987, p. 16.

Fracaso en el intento por canonizarlo como género y establecer parámetros consensuados de identificación

Por desgracia, el requisito de Casa de las Américas para considerar un libro testimonial radicó en que documentara:

de fuente directa, un aspecto de la realidad... Se entiende por fuente directa el conocimiento de los hechos por el autor, o la recopilación, por éste, de relatos o constancias obtenidas de los protagonistas o de testigos idóneos. En ambos casos, es indispensable la documentación fidedigna, que puede ser escrita y/o gráfica. La forma queda a disposición del autor, pero la calidad literaria es también indispensable⁴⁵.

Cualquier lectura entre líneas podría traducirse de la siguiente forma y sería, aunque un poco pedestre, una extraordinaria paráfrasis: “Literatura testimonio es todo aquello que publica un investigador como le dé la gana, sobre lo que le dé la gana siempre y cuando no lo escriba con los pies”. Todo, o casi todo, era susceptible de tratarse como creación testimonial: crónicas deportivas de leyendas apagadas, reportajes sobre la vida indígena en el Matto Grosso, reconstrucciones noveladas de personajes pintorescos, ensayos sobre revueltas campesinas fallidas.

La dispersión generada ha sido tal que ni siquiera ha habido acuerdos con relación a su genealogía. Frente a quienes convienen en un nacimiento reciente del género (a saber: el siglo xx, década de los sesenta) están otros que la ubican desde mucho tiempo atrás:

(...) el testimonio empieza en América Latina como una narrativa de zona con los relatos de crónica, es decir con las primeras manifestaciones escritas referidas al continente, se mantiene vivo durante cinco siglos en sí y por sí, cobra un sentido más amplio

45 Elzbieta Sklodowska, *op. cit.*, p. 56.

a finales del siglo pasado y se afirma en nuestro siglo deslindando las fronteras habituales de la crónica, el reportaje, el relato testimonial estableciendo un pacto con el lector que lo acerca siempre más al campo de la literatura gracias a la imaginación y al montaje con que el autor se enfrenta a su material⁴⁶.

No les faltaría razón, dadas las circunstancias mencionadas: similar a las ediciones de la centuria anterior, las crónicas de Indias reflejan directamente un aspecto de la realidad; manejan fuentes directas, orales, escritas, incluso pictográficas, sin mencionar la condición literaria vista en alguno de sus autores⁴⁷. La solución propuesta al asunto del testimonio fue, entonces, peor que el problema y con ello se perdió una gran oportunidad para demarcar su término⁴⁸. Por eso hoy en día al hablar del tema siempre será prudente aclarar los criterios interpretativos pertinentes según el *corpus* escogido.

46 Alessandra Riccio, “La novela testimonio: una provocación. Lo testimonial y la novela-testimonio. El pacto testimonial”, p. 12, documento en línea, enlace <http://revistas.ucm.es/index.php/ALHI/article/download/ALHI9191110249A/23715> (visitado el 15 de junio de 2009).

47 Es lo que ocurre con Ramón Iglesia, quien considera el estilo de la *Historia verdadera de la conquista de Nueva España* (1632) de Bernal Díaz del Castillo “difícilmente superable en fuerza descriptiva y en la gracia de la narración. Tiene el sentido del detalle preciso, para lo cual le ayuda su memoria sorprendente”, Alfonso Mendiola, *Bernal Díaz del Castillo: verdad romanesca y verdad historiográfica*, México, Universidad Iberoamericana, 1995, p. 131.

48 No nos queda duda de que esta es una de las causas por las cuales, hasta el día de hoy, hablar de testimonio sigue siendo un reto teórico para los académicos que, como Sísifo, parecen condenados a levantar una piedra obstinada a estar siempre en caída. No obstante, ello no será impedimento para que en las páginas de este trabajo se le trate como “género”.

CONCEPCIÓN DEL TESTIMONIO A LOS EFECTOS DE ESTE TRABAJO

Para los efectos de este estudio y desde una perspectiva genérica del término (ya quedó claro que desde la historiografía es ante todo una *fuentes*), nos referimos al testimonio tomando como soporte la definición –ya clásica en la materia– de John Beverley, para quien:

Un testimonio es una narración –usualmente pero no obligatoriamente del tamaño de una novela o una novela corta– contada en primera persona gramatical por un narrador que es a su vez el protagonista (o el testigo) de su propio relato. Su unidad narrativa suele ser una “vida” o una vivencia particularmente significativa (situación laboral, militancia política, encarcelamiento, etc.). La situación del narrador en el testimonio siempre involucra cierta urgencia o necesidad de comunicación que surge de una experiencia vivencial de represión, pobreza, explotación, marginalización, crimen, lucha. En la frase de René Jara, el testimonio es una “narración de urgencia” que nace de esos espacios donde las estructuras de normalidad social comienzan a desmoronarse por una razón u otra. Su punto de vista es desde abajo. A veces su producción obedece a fines políticos muy precisos. Pero aun cuando no tiene intención política explícita, su naturaleza como género siempre implica un reto al *statu quo* de una sociedad dada⁴⁹.

Sin embargo, matizamos algunas de sus posturas, consideradas a nuestro juicio un poco limitantes para el conocimiento de algunos de los textos, como lo es la defensa del marcado carácter “iletrado” del testigo, pues esto estimula la formulación teórica de un modo de composición genérico donde existe por fuerza un compilador que, si bien forma parte del carácter canónico del testimonio, es incompatible con otros tipos alternativos como ocurre con *La vergüenza de América*.

49 John Beverley, *op. cit.*, p. 9. Cursivas del texto.

Quizá la consecuencia más destacada de este aspecto sea la afirmación de que, en tanto producto de un gestor que manipula la información de una persona, “el testimonio no tiene, en realidad, un autor”⁵⁰, en una suerte de cambio paradigmático escritural invariable, como mínimo, desde el Renacimiento. Inconvenientes como el aspecto de la oralidad en el proyecto de escritura del investigador y la duda de quién es el verdadero hablante en el relato se desvanecen ante la presencia de un texto producido por la pluma propia del sobreviviente de una experiencia límite.

Bien sea el producto de los hombres victoriosos, los poderosos, los verdugos o de los hijos de dolor y la injusticia, los creadores se sirven de la narración como vehículo transmisor de lo vivido en sus testimonios porque es la única forma que tienen para materializar su experiencia humana y hacerlas aprehensibles a otros. Sean cultivados o analfabetas, jóvenes o viejos, hombres o mujeres, ninguno ha superado a esta herramienta en su capacidad de concretar simbólicamente los hechos, pues a través de ella y en complicidad con la memoria se mueven “por el impulso de cerrar los sentidos que se escapan; no solo se articulan contra el olvido, también luchan por un significado que unifique la interpretación”⁵¹. Este uso de las palabras nunca es inocente (¿cuándo el uso del lenguaje lo ha sido?) y persigue un fin específico: en algunos casos se trata de propagar una apología a la labor realizada en el poder con miras a defenderse de los juicios de la posteridad⁵², en otras de denunciar la atrocidad padecida ante el

50 *Ibidem*, p. 12.

51 Beatriz Sarlo, “La retórica del testimonio”, en *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, Buenos Aires, Siglo veintiuno editores, 2007, p. 67.

52 Es el caso, por ejemplo, de *Confesiones de un esbirro* (1982) de Braulio Barreto, alias “Barretico”, quien fue funcionario de la Seguridad Nacional durante la dictadura de las Fuerzas Armadas de Venezuela y responsable de muchos de los crímenes cometidos por esa institución.

mundo y conmocionar al lector, hacerlo tomar postura ante lo ocurrido (en términos ideales, su postura). Dentro de este ángulo teórico en el cual nos adscribimos, es casi necesario enfocarse en estos últimos, pues mantienen relación directa con la producción testimonial de Pocaterra, lo que nos permitirá además reflexionar sobre su marcado carácter denunciador, su voluntad contestataria frente a un poder determinado y su afán por destronar un discurso histórico oficial para tomar con el tiempo su lugar.

El proceso de convicción del receptor implica, por una parte, persuadirlo a través de una retórica interna cuyos mecanismos lingüísticos funcionen con coherencia dentro del escrito y, por otra, iluminar o establecer las bases geográficas y cronológicas en las cuales el testimonio ha tenido lugar, en aras de señalar una íntima relación entre texto y contexto.

Explicaremos primero el último punto. La publicación de un producto testimonial corre el riesgo de perder credibilidad, en especial cuando recurre a formas plásticas de enunciación (narración, descripción, diálogo). Para evitar el desliz, el artefacto maneja dentro de sí una serie de componentes paratextuales⁵³ que, lejos de constituir un relleno innecesario, formulan, dirigen y condicionan las recensiones de los lectores potenciales. No se piense aquí en la famosa *tabula rasa* aristotélica ni en

53 Si bien en el ámbito de la historiografía esto se conecta con las llamadas referencias, y constituyen la médula de un proceso de conocimiento científico, nos apoyamos en la terminología de Gerard Genette, para quien estos están constituidos por elementos como “título, subtítulo, intertítulos, prefacios, epílogos, advertencias, prólogos, etc.; notas al margen, a pie de página, finales; epígrafes; ilustraciones, fajas, sobrecubierta, y muchos tipos de señales accesorias, autógrafas o alógrafas, que procuran un entorno (variable) al texto y a veces un comentario oficial u oficioso del que el lector más purista y menos tendente a la erudición externa no puede siempre disponer tan fácilmente como lo desearía y pretende”. *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*, Madrid, Taurus, 1989, pp. 11-12.

la fácil maleabilidad de la gente, como si siempre se le pudiese engañar a voluntad. Todo lo contrario: codificar el título de la obra; la información biográfica del autor en las solapas junto con su fotografía; el resumen en la contraportada; los prefacios de otras personas y los anexos a su disposición es un ejercicio hermenéutico complejo que conduce a concluir que la naturaleza del contenido no es fingida, sino cierta. Esto se potencia cuando los referentes expuestos en los libros (lugares, eventos, personajes, fechas) concuerdan con la realidad reciente y antigua de los habitantes, quienes están en capacidad de reconocerlos y certificarlos.

Y es por eso que, aunque es comparable en muchas de sus particularidades, no compartimos la visión de aquellos investigadores que estiman la credibilidad del lector ante el testimonio mediante un “pacto de lectura” con el texto donde este acuerda creer en su veracidad en vista de la existencia de una representación equivalente entre el autor (categoría trascendente), el narrador y el personaje (categorías inmanentes). La definición de Philippe Lejeune –teórico a quien se le debe el concepto de “pacto autobiográfico”– lo expone así:

¿Cómo distinguir entre la autobiografía y la novela autobiográfica? Hay que admitir que si permanecemos en el plano del análisis interno del texto no hay *diferencia alguna*. Todos los procedimientos que emplea la autobiografía para convencernos de la autenticidad de su narración la novela puede imitarlos y lo ha hecho con frecuencia. Esto es cierto si nos limitamos al texto excluyendo la página del título; en el momento en que la englobamos en el texto, con el nombre de autor inscrito en ella, disponemos de un criterio textual general, la identidad del *nombre* (autor-narrador-personaje). *El pacto autobiográfico es la afirmación en el texto de esta identidad, y nos envía en última instancia al nombre del autor sobre la portada*⁵⁴.

54 “El pacto autobiográfico”, en *El pacto autobiográfico y otros estudios*, Madrid, Megazul-Endymion, 1994, p. 64.

Lejeune no desconoce la fuerza de los paratextos en la generación de un sentido, pero no por eso deja de concebir el pacto como producto de una voluntad humana que, ante la imposibilidad de una certeza absoluta, se aferra a los pocos indicios encontrados y accede a “creer” que lo leído es en verdad autobiográfico⁵⁵. El caso del testimonio no siempre es ajustable a esta idea⁵⁶. Aunque ambos suelen compartir la fórmula autor = narrador = personaje (no obligatorio en su caso), el distinto funcionamiento de la autobiografía obliga a generar estrategias de lecturas disímiles. Las dos, es cierto, constituyen el “Relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia”, pero en una se hace énfasis “en su vida individual y, en particular, en la historia de su personalidad”⁵⁷, mientras que en la otra su vivencia es el representamen de una peripecia colectiva, motivo por el cual la singularidad del hombre es irrelevante en contraste con la historia que trae consigo. En este orden concordamos con Beverley cuando dice que el testimonio “no puede afirmar una identidad propia que es distinta de la clase, grupo, tribu, etnia, etc. a que pertenece el narrador”⁵⁸ pero no por la ausencia de un autor en la narración que colectiviza la trama, sino por la presencia de un evento traumático de alcance masivo que al ser acusado por uno engloba por fuerza a todos.

55 “Para el lector, que no conoce a la persona real pero cree en su existencia, el autor se define como la persona capaz de producir ese discurso, y lo imagina a partir de lo que produce”. Philippe Lejeune, *op. cit.*, p. 61.

56 En el caso de “La vergüenza de América”, por ejemplo, esto fue imposible, pues el autor del texto era anónimo: estaba firmado por “un exsecuestrado”. Para lograr su credibilidad se tuvo que recurrir a otras estrategias.

57 *Idem*, p. 50.

58 John Beverley, *op. cit.*, p. 13.

Asimismo, no hay “creencia” en el lector de que la naturaleza textual testimonial sea certera únicamente porque coincidan autor, narrador y personaje: *llega a la conclusión de que es verdad*, de que la anécdota no es producto de la invención libre, de que los personajes aparecidos en sus líneas son constatables en la vida real y de que las referencias históricas (crea en ellas o no) están generando consecuencias en la esfera pública gracias a un examen crítico de sus códigos paratextuales, los cuales han sido cotejados en el tiempo y espacio de su mundo⁵⁹. No hay pacto de lectura: hay estrategias de lectura. Así como no puede existir autobiografía bajo anonimato, tampoco puede haber testimonio sin evaluación de las circunstancias que rodean su aparición. Y es que “Todo testimonio quiere ser creído y, sin embargo, no lleva en sí mismo las pruebas por las cuales puede comprobarse su veracidad, sino que ellas deben venir desde afuera”⁶⁰. Incluso cuando el discurso asumido es novelesco, en la literatura testimonial el juego se suspende y asume una función referencial extraordinaria que privilegia la comunicación sobre la poética del lenguaje. Esto lo asume por primera vez quien lee cuando toma el libro y lo analiza, de manera que la lectura solo potencia ese ángulo adquirido con anterioridad.

59 Conviene mencionar la actuación de otros mecanismos cuya presencia en la vida social impulsan esta perspectiva de lectura y ante la cual el ciudadano no puede escapar: hablamos de los medios de comunicación impresos, audiovisuales y la publicidad tanto del producto como de la figura del autor. ¿O es que un texto de urgencia y su escritor, cuyo impacto e interés en una colectividad sensible al hecho son ineludibles, pueden permanecer ocultos ante la opinión pública al punto de ponerse en duda su legitimidad? La historia demuestra lo contrario y no son pocos los casos de creadores cuya apoteosis como emblemas de la literatura o la intelectualidad de su patria se celebra gracias a esta serie de libros (Rodolfo Walsh, José Vicente Abreu, Ángela Zago, Rigobera Menchú, Domitila Hernández, Alexandr Solzhenitsyn, etc.).

60 Beatriz Sarlo, “Crítica del testimonio: sujeto y experiencia”, en *Tiempo pasado...*, p. 47.

Esto nos lleva a exponer los empleos retóricos del testimonio. Para Sarlo estos se reducen a un sistema que denomina “modo realista-romántico”, compuesto por el despliegue de una primera persona (aspecto romántico) o una tercera colocada bajo el discurso indirecto libre donde “[e]l narrador confía en la representación de una subjetividad y, con frecuencia, en su expresión efusiva y sentimental, que remite a un horizonte narrativo identificable con las ‘notas de color’ del periodismo, algunas formas del *non fiction* o las malas novelas”⁶¹, y de una tercera persona (elemento realista) que posibilite la configuración de un espacio geográfico que tanto materialice con la escritura el ámbito donde la experiencia tuvo lugar como exhiba los detalles que permitan su credibilidad:

La proliferación del detalle individual cierra ilusoriamente las grietas de la intriga, y la presenta como si ésta pudiera o debiera representar un todo, algo completo y consistente porque el detalle lo certifica, sin tener que mostrar su necesidad. El detalle, además, fortalece el tono de verdad íntima del relato: el narrador que recuerde de ese modo exhaustivo no podría pasar por alto lo importante ni forzarlo, ya que eso que narra ha formado un pliegue personal en su vida y son hechos que ha visto *con sus propios ojos*⁶².

Tiene mucho sentido este término y su funcionalidad es más profunda de lo que parece. En la decodificación del texto ambas modalidades enunciativas se complementan. La individualidad del protagonista acentúa en el área extraliteraria la representación del autor-víctima, lo que permite generar un acercamiento no ficticio de la historia donde se registre, al decir de Primo Levi, la materia prima de una indignación. En estos momentos las condiciones se vuelven idóneas para recortar la distancia

61 *Idem*, p. 75.

62 *Idem*, p. 70. Cursivas del texto.

estética del relato y entablar una empatía con el narrador. El desarrollo descriptivo de su ámbito de sufrimiento, por el contrario, reinstala los límites emotivos entre el libro y el lector a través de la objetivación de los eventos en tanto construcción de datos verídicos señalados con coherencia y legitimados por un sujeto al que se le ha otorgado toda la confianza. Se trata de una actividad dialéctica que mientras más dinámica mayor es el valor de verdad percibido por la comunidad. Porque, no está de más reiterarlo, el testimonio “pretende sostenerse sobre la inmediatez de la experiencia”⁶³ y ante un pasado cuyo único camino de acceso es el de la memoria, el primer paso del enunciante para llegar a él es que permanezca con vida (ya lo decía Paul Celan: “Nadie / testimonia / por el testigo”⁶⁴) y emprenda la gesta de expresar el trauma sin importar la capacidad de recrear su intensidad.

La narración concluye el proceso memorístico que implica la formalización de la experiencia límite del sobreviviente. La linealidad de los acontecimientos construidos por la prosa ordena aquello que por naturaleza mantiene una conducta azarosa, irregular e inestable. La materialización de la memoria a través del relato impone así un sentido particular al momento histórico ya extinto. Lo interesante del caso radica en la aspiración congénita –también algo metonímica– del testigo a totalizar con ella un proceso colectivo sobre la base de unos conocimientos tan limitados como su vivencia. Cuando un tercero afirma haber sido torturado y vejado por un régimen específico no aspira a señalar las sombras de un sistema autoproclamado perfecto; anhela además desplazar cualquier otra posible lectura del mismo usando como herramientas persuasivas la potestad de su martirio y la

63 Beatriz Sarlo, “Crítica del testimonio: sujeto y experiencia”, en *op. cit.*, p. 55.

64 “Cambio de aliento”, en *Obras completas*, Madrid, Editorial Trotta, 2004, p. 235.

jerarquía moral que impone en momentos convulsos no darle la razón al victimario. Es así como en el caso del género testimonial el recuerdo forja en un principio la identidad del sujeto a través de una memoria individual, pero después, al entrar en contacto con otras personas, se posibilita una memoria colectiva no compatible con el “simple almacenamiento y recuperación sobre el pasado”, sino con “un proceso de construcción activa de significado sobre el pasado construido social y culturalmente, que opera a través de una dialéctica de recuerdo y olvido”⁶⁵. En este ímpetu difusivo descalifica opiniones divergentes, asume un rol protagónico en la pesquisa de certezas y se deshace de su estatuto primario para ocupar el lugar más encumbrado de las disciplinas sociales: la historia. Las palabras de quienes sufrieron el mal por otros hombres devienen en voces sagradas sin tacha alguna⁶⁶.

RELACIÓN ENTRE EL TESTIMONIO Y LA MEMORIA. SU USO EJEMPLAR

Si como bien señala Todorov, existen casos donde la memoria tiene un empleo literal que anquilosa el desarrollo de las sociedades⁶⁷, también hay casos en los cuales esta, a través de numerosas formas de expresión, tiene un objetivo ejemplar en las sociedades donde se desenvuelve. El testimonio es una de estas maneras. Es el momento en el cual lo ocurrido “permite utilizar el pasado con

65 Tomás Carrillo, “Rehaciendo memorias e identidades. La reconstrucción colectiva de la historia con organizaciones populares”, en Encuentro Internacional de Historia Oral “Oralidad y Archivos de la Memoria”, 5 al 7 de mayo, Bogotá, 2005, p. 4, versión en línea, enlace <http://es.scribd.com/doc/166008508/Rehaciendo-Memorias-e-Identidades-Alfonso-Torres> (visitado el 7 de septiembre de 2015).

66 Véase nota 27.

67 Véase nota 9.

vistas al presente, aprovechar las lecciones de las injusticias sufridas para luchar contra las que se producen hoy día, y separarse del yo para ir hacia el otro”⁶⁸ (aunque también consiente modificar un estatus previo promotor de la calamidad sufrida). Empero, para la consecución de ambas aspiraciones (ser didáctica y ser la explicación última del momento histórico), es insuficiente la transmisión primaria del texto (la publicidad informal “boca a boca”, el préstamo ocasional del libro, el comentario de foro, etc.); se hace apremiante apelar a estructuras de poder más complejas capaces de insertar de manera global y rápida en la ciudadanía dichos contenidos testimoniales, los cuales habrán de ser avalados, impuestos, y protegidos por las élites dirigentes. Esta remembranza concretada en ediciones masivas adquiere mayor orquestación al estar subordinada a una gerencia inteligente de su capital simbólico, actividad propia de las llamadas políticas de la memoria.

Esta ha sido una estrategia importante para los gobiernos de turno –y en especial las democracias recién nacidas– para establecer identidades colectivas⁶⁹. Siendo imposible asumir todos los eventos ocurridos en una nación como significativos (pues esto llevaría a absorber una cantidad de datos tan contradictorios entre sí que impediría una síntesis. Unificar implica por fuerza limitar), solo la selección es la respuesta, y esta demanda un método con el cual transmitir valores cónsonos con su proyecto ideológico. El resultado es una actitud dinámica donde “toda política de la memoria es también, al mismo tiempo e invariablemente, una política del olvido, ya que, al decidir prestar atención a ciertos aspectos del pasado, ella deja otros en la sombra –deliberadamente o no”⁷⁰, lo que no garantiza que aque-

68 Tzvetan Todorov, *op. cit.*, p. 32.

69 Bruno Groppo, *op. cit.*, p. 190.

70 Bruno Groppo, “Las políticas de la memoria”, en *Sociohistórica*, n.ºs 11-12, Buenos Aires, Universidad Nacional de la Plata, p. 193. Hay versión

llos recuerdos silenciados y relegados a sectores minoritarios de la comunidad se extingan sino que, por el contrario, siempre está latente la posibilidad de que estas puedan revivir con mayor fuerza de la imaginada indistintamente de las condiciones socio-políticas en las cuales se esté⁷¹. Este conflicto será una constante mientras las personas que las compartan vivan y la transmitan a otras generaciones y parte de los deberes que adquieren los gobiernos cuando inician tales campañas está en mantener una vigilancia de sus usos⁷². Con esto, la conjugación del testimonio y sus efectos en la opinión pública con la capacidad sugestiva de las instituciones gubernamentales son capaces de calar con tal impacto en la población que esta puede confundirlas con facilidad como verdades inamovibles.

Los señalamientos teóricos expuestos en estas páginas serán de utilidad para explicar y conocer el proyecto escriturario de José Rafael Pocaterra en sus *Memorias de un venezolano de la decadencia*, sus conexiones con la historiografía y el deseo de

en línea en http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.3067/pr.3067.pdf (visitado el 7 de septiembre de 2015).

71 Piénsese en los numerosos venezolanos de hoy en día que mantienen una ferviente adoración como modelo ideólogo y de gobierno nada menos que el castrense, liderado por el general Marcos Pérez Jiménez (1952-1958) a pesar de estar viviendo la (hasta ahora) dictadura militar más agresiva de la nueva centuria.

72 Después de más de tres décadas de democracia, Argentina aún los mantiene en vigencia a través de documentales que concienticen sobre la dimensión de lo ocurrido, procesos judiciales de los crímenes de los gobiernos militares, así como campañas en donde se exhorta a la población joven a realizarse exámenes de paternidad con la finalidad de reencontrar a los hijos que fueron separados de sus padres durante la dictadura, sin mencionar la escasa presencia militar en zonas civiles. Véase “Una lista para la esperanza: los 114 hijos de secuestradas recuperados en Argentina”, en diario *El País* (Argentina), enlace http://internacional.elpais.com/internacional/2012/07/05/actualidad/1341484432_107432.html (visitado el 7 de septiembre de 2015).

dejar huella de unos tiempos difíciles en Venezuela. Pero primero se hace oportuno observar qué ha significado para los lectores de la centuria pasada su aparición pues, a diferencia de ellos, nuestro trabajo aspira a una interpretación basada en los valores de su tiempo histórico.

CAPÍTULO II

Itinerario de una obra... ¿proteica? La recepción de las *Memorias de un venezolano de la decadencia*

Hay una escena en el canto IV de la *Odisea* bastante famosa cuyo recuento es pertinente. En ella, Menelao le relata a Telémaco cómo capturó al dios Proteo egipcio, quien habría de darle información importante sobre su destino. Oculto bajo unas focas con un puñado de hombres, apenas la divinidad se acostó en la playa se abalanzaron y lo tomaron de las extremidades. “Pero –dice el noble– el Anciano no olvidó sus capciosos artificios y se transformó en un león de larga melena, después en un dragón, luego en una pantera, en un enorme jabalí, en agua y en un árbol de espeso ramaje. Pero como le teníamos sujeto con fuerza y ánimo firme, viéndose reducido a pesar de sus argucias, me interrogó diciendo: ‘¿Quién de entre los Dioses te ha instruido para sujetarme contra mi voluntad? ¿Qué deseas?’”¹.

La recensión venezolana de las *Memorias de un venezolano de la decadencia* nos hace recordar este pasaje. La variedad de las conclusiones obtenidas llega al punto de dejar al lector tan desorientado como si nunca se hubiese escrito algo sobre ellas. Ya lo señalaba Fanny Ramírez: “La comparación de esta obra con los

1 Homero, *Odisea*, Madrid, Edimat Libros, 1998, p. 64.

géneros aceptados por la tradición literaria ofrece serias dificultades, lo que ha generado que para alguna crítica la obra se encuentre entre la historia, la crónica, el diario, el panfleto y el libelo”². Esta situación insta al investigador a abandonar la tentativa de clasificarla y afirmar la empresa como un acto quimérico, pues se tiene la impresión de estar ante un texto dispuesto a rechazar de muchas formas posibles su aprehensión racional³.

En las páginas siguientes resulta prioritario analizar cuáles han sido los testimonios de lectura realizados desde la publicación de las primeras *Memorias...* hasta principios del siglo XXI. En este sentido, la exposición cronológica de opiniones, análisis críticos y hasta adjetivaciones infundadas se dirigen a comprender aquellas estructuras mentales de los lectores que, en un momento histórico determinado y bajo ciertos contextos socioculturales estimuladores de dicha superestructura, permiten concebir la publicación de esa manera y no de otra y aceptarla o rechazarla según ciertos parámetros consagrados por la colectividad. Este fenómeno, que llamaremos aquí *horizonte de expectativas*, tiene al decir de Hans Robert Jauss tres elementos con los cuales se puede iniciar su reconstrucción, en especial cuando las señales del texto no son explícitas:

2 Fanny Ramírez, “*Memorias de un venezolano de la decadencia*”, en *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina*, tomo F-N, Caracas, Biblioteca Ayacucho / Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1996, p. 3081.

3 “José Rafael Pocaterra (1889-1955), el de la escritura áspera, de ciertos rasgos zolescos, si bien escribió varias novelas, entre las cuales la más importante fue *La casa de los Abila* (1946) brilló para siempre en nuestras letras como maestro de la narración corta, por sus *Cuentos grotescos* (1922), libro insuperable e insuperado. Y, desde luego, con sus inclasificables *Memorias de un venezolano de la decadencia* (1927)”, Roberto Lovera De Sola, “Nombres esenciales de la literatura venezolana”, en <http://www.arteenlared.com/lecturas/articulos/nombres-esenciales-de-la-literatura-venezolana.html> (visitado el 6 de octubre de 2015).

En primer lugar, a partir de normas conocidas o de la poética inmanente del género; en segundo lugar, de las relaciones implícitas con respecto a obras conocidas del entorno histórico literario, y en tercer lugar, de la oposición de ficción y realidad, función poética y práctica del lenguaje, que, para el lector que reflexiona siempre existe, durante la lectura, como posibilidad de comparación⁴.

Por lo antes expuesto, la necesidad de un acercamiento al estudio de la dimensión social de su recepción trasciende el recuento actualizado de sus comentarios bibliográficos. Partimos, pues, de la existencia de ese horizonte de expectativas inherente a los lectores cuya formación es de carácter histórico y las respuestas que estos produzcan delatan tanto sus aspiraciones frente al texto como los modos concretos de entenderlo. Esto permitirá entender por qué no hay un consenso en su catalogación, lo que ha generado la impresión de ser un texto ambiguo.

PRIMERA GENERACIÓN DE LECTORES: DESDE EL AÑO 1927 HASTA 1950

Una de las causas por las cuales la apreciación de las *Memoorias...* es tan disímil radica en que, a diferencia de lo creído por el público en general, Pocaterra no tiene un proyecto de escritura invariable desde el principio, pues pasa por dos fases de escritura no del todo antagónicas. La primera es la fase testimonial (ligada a una intencionalidad panfletaria) que surge con la aparición de *La vergüenza de América* (la mención de las “memorias” no aparece antes de 1924) desde los primeros escritos en

4 Hans Robert Jauss, “La historia de la literatura como provocación de la ciencia literaria”, en *La literatura como provocación*, Barcelona, Ediciones Península, 1976, pp. 173-174.

México y en el diario *La Reforma Social* de Nueva York desde 1921, pasando por las ediciones en libro en español (1927, en Colombia), francés (1928 en Canadá) e inglés (1929, en Estados Unidos). La segunda es la fase historiográfica, producto de la refundición de las páginas anteriores hasta producir la edición total de las *Memorias de un venezolano de la decadencia* en 1936 con la Editorial Élite, con pocas modificaciones finales en 1937. En consecuencia, no se está en principio ante una publicación que se estuvo escribiendo durante años (lo cual visto desde nuestro tiempo, pareciera lo más lógico), sino ante dos libros, dos proyectos escriturarios cuyas virtudes confluyen en un acto simbiótico en un momento dado⁵.

La recepción de *La vergüenza de América* en el marco histórico comprendido entre el vigor de la dictadura andina y su giro con la muerte del general Juan Vicente Gómez es limitada⁶. La composición originaria del texto y su finalidad en el ambiente político americano obligó a difundir por vía clandestina sus contenidos y seleccionar con criterios rigurosos sus potenciales lectores. Políticos, jueces y escritores en general, opuestos a la tiranía venezolana (o en su defecto no relacionados con ella), se convirtieron en los primeros exégetas de un escrito cuyo gesto tenía mucho peso en la comunidad intelectual del continente.

El hecho de haber tenido una dimensión privada de lectura contribuyó con la correspondencia de las expectativas de sus remitentes. La aceptación casi unánime es producto de su correspondencia e idoneidad como instrumento político con el

5 Esto se explicará con mayor detenimiento en los capítulos posteriores de este trabajo.

6 Para la comprensión cabal de las páginas que siguen, debe olvidarse por un momento de las *Memorias...* del año 1936 a las que se está acostumbrado ver en las bibliotecas. En cambio, tómese en cuenta que el texto al cual nos referimos es apenas la sección homónima del segundo tomo de esa edición definitiva, y con muchas modificaciones.

cual ejecutar acciones necesarias para los objetivos de la oposición contra el gomecismo: denunciar, persuadir y combatir, con la añadidura de estar escritos con buena pluma.

Otro punto importante dentro del sistema de valoraciones que hace positiva la aceptación del libro es la dimensión veraz de la escritura de Pocaterra. A pesar de exponerse en una prosa narrativa muy seductora desde el plano estético (aunque en su momento se percibe como antiliteraria)⁷, es indudable para el público su finalidad documental para alcanzar un objetivo político. Una de las primeras impresiones que recibe el autor es la del excandidato presidencial Félix Montes⁸, quien se siente satisfecho con lo que ha leído (aún no ha tenido el libro impreso, sino los artículos que publicó en *La Reforma Social* y servirán para aglutinar la primera versión de *La vergüenza de América*, los cuales a su vez permitirán construir las *Memorias de un venezolano de la decadencia*) pues:

Como su propósito no ha sido escribir una historia filosófica, ni una obra sociológica sobre la época de la vida nacional de Venezuela, que sirve de eje a la narración, usted se ha mantenido dentro de los límites de lo que realmente son unas memorias. No ha

7 En los capítulos siguientes se explicará su visión de la literatura y la conformación de su credo como creador.

8 “Ciudad Bolívar, 1878-Caracas, 26.10.1942. Abogado, profesor universitario, escritor y político. (...) El 11 de julio de 1913, desde las columnas del diario caraqueño *El pregonero*, el periodista Rafael Arévalo González lanza su candidatura para la Presidencia de la República, para el período 1914-1919. Sin embargo, ante las intenciones continuistas de Juan Vicente Gómez, esta candidatura aparece como una provocación. Arévalo González y sus colaboradores son encarcelados, Montes, por su parte, huye a Curazao y permanece en el exilio hasta 1936. No parece haber participado en ninguna de las conspiraciones antigomecistas promovidas desde el exterior”. José Antonio de Armas Chitty, “Félix Montes”, en *Diccionario de historia de Venezuela*, tomo 3, Caracas, Fundación Polar, 2011, pp. 234-235.

tenido usted, en consecuencia, que entrar en esas indagaciones y generalizaciones del que emprende una obra histórica propiamente dicha, de carácter impersonal, sino que usted ha contado lo que vio, lo que oyó, lo que sintió, usando las palabras requeridas por cada caso, según el tono y modalidades del cuadro y la situación descritos. Ciñéndose así a su objeto, usted relata sucesos, hechos, escenas, detalles y hasta menudencias de un ciclo pavoroso de la política venezolana de que usted ha sido testigo y víctima⁹.

Así, pues, existe un concepto en esta intelectualidad que concibe el discurso memorístico como un sinónimo de autobiografía, y en tanto tal su autor no ha desvirtuado su contenido. La narración de lo vivido excluye toda relación con el credo realista, pues no hay interés estético en ello. Más aún: a diferencia de un discurso historiográfico en el cual habría que ser impersonal, se asume la subjetividad del escrito como el elemento básico que certifica todo lo mostrado en sus páginas, las cuales al exponer horrores y vejámenes induce pasiones en quien las lee. No solo es que resulta materialmente imposible en ese momento escribir historia para Pocaterra, sino que no es relevante en la inmediatez de los hechos vividos. En 1927 no interesa hablar sobre lo que ha sido el andinismo en la historia (con el gomecismo como principal detentor del sistema); lo importante es desnudarlo ante el mundo civilizado, repugnarlo ante un exponente indigno del continente: Gómez no es un dictadorzuelo más, es la vergüenza de América.

El proceso de testimoniar conlleva un destino ulterior de gran valor: registrar para las generaciones futuras, en especial aquellos destinados a escribir la historia de la época. El afán documental constituye otro valor positivo por el cual se valoriza

9 José Rafael Pocaterra, *Cartas a José Rafael Pocaterra*, Caracas, Fundación Editorial El perro y la rana, 2007, p. 33.

la aparición del texto. Ello impulsa a Guillermo Egea Mier¹⁰ a vaticinar que ese libro “Constituirá en la bibliografía venezolana el auxiliar más eficiente a la orientación del historiador y del sociólogo, cuando apaciguadas las pasiones, el análisis frío explore la entraña lesionada que infestó el organismo. (...) Para mí es libro de profilaxia, catecismo de moral que pone talanque-
ras al desenfreno de nuestro ruin vivir”¹¹. Y es que al cumplir una función extratélica los elementos político-sociales determinan la pertinencia y calidad de la obra. La buena escritura es soporte sustentador de la violencia y la barbarie padecida, y su misma construcción es un acto heroico en una colectividad donde predomina la apatía, el miedo y la complicidad. Más aún: su existencia brinda una mínima posibilidad de cambiar la conciencia del hombre y con ella de transformar la nación. Las palabras, dentro de la mentalidad de los lectores de los años veinte, son más que esa vacuidad señalada por Hamlet: “palabras, palabras, palabras”. No. Son ideas, contención de cosas serias, importantes y dignas de defenderse, pues tienen peso en las sociedades civilizadas.

En la búsqueda de una acción de parte de las naciones poderosas, la persuasión del testimonio es de carácter pasional. Este efecto repercute más en las personas que han vivido los hechos muy de cerca. La conmoción de Román Delgado Chalbaud al leer el capítulo 22 fue tal que afirmó en mayo de 1927 haber revivido “esa hoguera interna que cada hombre lleva por dentro. Leyéndolo [a Pocaterra] he sentido a mi lado la presencia de tantos compañeros muertos, he visto de pie ese cortejo de

10 (Venezuela, 1870-México, 1935). “Político de larga aventura como desterrado. Escritor y periodista”, José Rafael Pocaterra, *ibidem*, p. 53. En las *Memorias...* de Pocaterra se señala que para 1908-1909 era director de Marina en el Ministerio de Guerra y en la sección cuarta destinada a la oposición y la expedición del Falke participa en la conspiración con el cargo de comandante de Marina.

11 José Rafael Pocaterra, *ibidem*, p. 56.

víctimas pidiendo justicia y qué quiere Ud. mi amigo, oigo también la voz de mi conciencia que me grita justicia, sanción...!! [sic]¹², algo que comparte con Leopoldo Baptista¹³, quien afirma que “La lectura de esta obra, con frecuencia me debe causar desazón (...) porque el recuerdo de faltas cometidas en política, siempre será para mí una de las penas más vivas”¹⁴. Cinco meses después, aún leyendo los tomos, a Delgado Chalbaud le parece estar ante una obra de calidad superior, incluso a la de grandes plumas europeas:

El sepulcro de los Vivos y Mis Prisiones, dos obras que desgarran el alma y arrancan lágrimas al revelarnos las injusticias de orden social, apenas van paralelas con las Memorias de un Venezolano de la Decadencia. Si [Fiodor] Dostoiewski y [Silvio] Pellico conquistaron renombre y gloria, *José Rafael Pocaterra está llamado a destacarse en el Continente, porque su libro producirá una revolución en la psicología de las democracias de América, y constituye una alerta a los pueblos contra todo atentado en lo porvenir*¹⁵.

12 “R. Delgado Chalbaud, 25 mayo de 1927”, en José Rafael Pocaterra, *Archivo de José Rafael Pocaterra. La oposición a Gómez. I (1922-1929)*, Caracas, Banco Industrial de Venezuela, 1973, p. 130.

13 “Ingeniero, abogado y político. Contribuye a organizar el golpe de Estado que lleva a Juan Vicente Gómez al poder (19.12.1908). (...) Ante los ojos de la opinión pública, es Baptista quien lleva a Juan Vicente Gómez a asumir el poder. (...) ve declinar su estrella política al ser confinado al Consejo de Gobierno de 1909 a 1913; en este último año, protesta ante el propósito reeleccionista de Gómez y abandona el país, estableciéndose en Canadá y luego en Nueva York, donde funda, en 1918, una Sociedad Patriótica Venezolana junto con otros exiliados políticos sin llegar a establecer un plan concreto de acción (...) Muere en el destierro y sus restos son repatriados en 1938”. Fundación Polar, “Leopoldo Baptista”, en *Diccionario de historia de Venezuela*, tomo 1, Caracas, Fundación Polar, 2011, pp. 357-358.

14 “Leopoldo Baptista, New York, 6 de setiembre de 1927”, en *Archivo de José Rafael Pocaterra...*, p. 146.

15 “R. Delgado Chalbaud, París, 15 de octubre de 1927”, en *Archivo de José Rafael Pocaterra...*, p. 154.

No es poca cosa su afirmación, considerando la dimensión de estos autores citados. El carácter de la prosa, aunado a la realidad de la anécdota, pronostica buena suerte a un texto que funciona como brazo armado de una élite política incapaz de ejercer acciones de fuerza efectivas contra la tiranía. Su segunda opción está en convencer a las naciones democráticas fuertes para ejercer presión contra un dictador que, ante todo, es cruel con sus habitantes. Esta conmoción moral solo es posible con el testimonio de Pocaterra, el cual cumple a cabalidad con los intereses grupales de los exiliados venezolanos.

Por último, Trino Baptista¹⁶ ve en ellas “terribles verdades”, “ajeno” en las páginas y una “admirable forma en que se expresan dolores intensos y terribles acontecimientos”¹⁷. La impresión que deja en los lectores de su tiempo no permite lecturas alternas con otros géneros (como la historiografía) debido a las estrategias discursivas personales desarrolladas en sus páginas. Su existencia misma está medida por la función extraliteraria imperante en la coyuntura política venezolana de los años veinte y el lenguaje plástico forma parte fundamental de una expresión del intelecto ligado a espacios públicos donde la ficción es inexistente y la estética está subordinada a una intencionalidad ideológica. La recepción de las *Memorias...* (aún inconclusas como concreción de una praxis historiográfica) no presenta dentro del horizonte de expectativas de sus lectores imprecisiones o lecturas desviadas en cuanto a sus usos y potencialidades.

16 “Trujillo, c. 1870-Caracas, 1944. Abogado y político. Involucrado en la conspiración del general Román Delgado Chalbaud (17.5.1913), debe abandonar el país y permanece exiliado hasta la muerte del general Juan Vicente Gómez, participando en los proyectos de invasión a Venezuela promovidos por José María Ortega Martínez (1922) y por el propio Delgado Chalbaud”. Fundación Polar, “Trino Baptista” en *op. cit.*, p. 358.

17 “Trino Baptista. Aibonito, P. R., 16 de octubre de 1927”, en *op. cit.*, p. 154.

De hecho, la edición definitiva de 1936 a pesar de adquirir un estatus público no generó un número significativo de testimonios de lecturas. Las que surgieron mantuvieron la misma dinámica similar a la de los tiempos de la clandestinidad: cartas particulares con opiniones similares. Vicente Lecuna opina que es un libro “fuerte y moral”¹⁸, si bien no está de acuerdo con lo que se afirma ahí del doctor Román Cárdenas, y el expresidente colombiano Eduardo Santos está convencido de que el libro “será toda una novedad y para la historia de Venezuela tiene un valor inapreciable a la vez que es una obra de justicia, de castigo, y de merecido recuerdo para tantas desventuradas víctimas”¹⁹, vaticinio ya promulgado años atrás por el mismo Guillermo Egea Mier. El contexto vivido, la pervivencia de sus protagonistas y la cercanía de los eventos traumáticos aún ejercían influencia en los modos de lectura de las (*Memorias...*), las cuales no superaban el carácter comprometido, político, moral y subjetivo del discurso iniciado a principios del siglo xx.

DIVERGENCIAS EN LA EXÉGESIS: LAS LECTURAS DESDE 1950 HASTA LA ACTUALIDAD

El distanciamiento de los hechos a medida que la nación siguió su curso y la muerte de Pocaterra el 18 de abril de 1955 traen de nuevo el recuerdo de sus memorias como su producto mejor hecho entre los tantos libros escritos, aunque ya comienzan a variar un poco las interpretaciones. Es el caso de Pedro Sotillo quien afirma que “Su obra máxima que son los tomos de *Memorias, sin duda que se resienten del tremendo dolor que llena buena*

18 José Rafael Pocaterra, *Cartas a José Rafael Pocaterra*, Caracas, Fundación Editorial El perro y la rana, 2007, p. 50.

19 José Rafael Pocaterra, *Ibidem*, p. 150.

*parte de la vida del autor, pero allí hay muchas, pero muchas páginas magistrales que perdurarán en la historia literaria de nuestro país*²⁰. El comentario es importante. A tan solo unos veintiún años de haberse publicado el libro de manera íntegra (y diez de haber sido desplazado el andinismo del poder político), aquello que le daba validez total ante el colectivo y razón para existir (el contenido histórico negativo sobre la dictadura andina) comienza a verse como un desperfecto de fábrica. La crueldad de esos tiempos “decadentes” expone el dolor de una persona y estos ya no son un valor en sí mismo que legitimen el texto. Solo la manera en la cual estos son expuestos es capaz de dársela. Con esto comienza, aunque con pasos pequeños, a perder relevancia la referencialidad de sus páginas (cada día más lejana e incomprensible al lector de las generaciones futuras) y a ganar terreno la “descubierta” función poética de su lenguaje. Los personajes representativos del campo literario comienzan así a reivindicar el carácter estético de este libro de Pocaterra y a preservarlo en la conciencia cultural de la nación, si bien para ello este debió pagar un precio alto: afirmarse en los manuales de literatura como la obra cumbre de su creador sin tener la posibilidad de ser estudiada dentro de ese ámbito artístico que, se dice, contiene. Después de todo, no es propiamente un texto literario, y no deja de ser significativo que, de todos los estudios y registros críticos existentes sobre la obra de Pocaterra, donde más se toma en cuenta las *Memorias...* sea entre los críticos literarios y los artistas, no así en los historiadores. Curioso fenómeno si se consideran los profundos motivos (y objetivos) históricos incentivadores de su producción.

20 “Un maestro contemporáneo desaparece con la muerte de José Rafael Pocaterra”, en *El Nacional*, 20 de abril de 1955, p. 34. Véanse los apéndices colocados al final de este trabajo.

Pero lo citado anteriormente es apenas un indicio. Junto a ese comentario se encuentra la opinión de Humberto Cuenca, quien señala que “‘Memorias de un Venezolano en la Decadencia’ [sic] tendrá siempre un perdurable valor, por ser literatura de carne y hueso, que no es producto de meditación, cultura, lectura o cátedra, sino de experiencia vívida, de atmósfera vital, obra que tendrá siempre profundo arraigo en la conciencia del pueblo”²¹. A pesar de haber tenido una actividad política antigomecista (llegó a estar preso por apoyar las protestas estudiantiles del año 1918), no le parece relevante enfocarse en la trascendencia de su contenido, quizá porque él mismo es escritor y percibe en la forma lo genuino de su herencia. Era probable que con el pasar de los años la historia de la represión castro-gomecista sufriera cambios; sin embargo, la manera con la cual el autor valenciano la había transmitido era personalísima y nadie podría igualar su empresa en la construcción del tono y las voces narradoras. Tampoco sería descabellado afirmar que no hay mejor elogio póstumo (y la mayoría de estos textos no pasan de ser notas conmemorativas de su recuerdo) para un intelectual que el haber legado un estilo, un modelo ejemplar en el uso del lenguaje.

Algo similar ocurre con Miguel Otero Silva, quien no difiere mucho de Cuenca (ambos son coetáneos, fueron antigomecistas, estuvieron presos en sus mazmorras, publicaron libros de narrativa y ensayo) salvo en su formación como periodista, y tal vez se deba a esta actividad (tan proclive a tratar con frecuencia frenética tanto la viñeta como el artículo, pasando por la entrevista y los editoriales), que diversifique la interpretación del texto de Pocaterra, e inicie con ella su futura exégesis como discurso cuasi inclasificable:

21 *Ibidem.*

Esa obra [se refiere a las *Memorias...*], más de 800 páginas sus dos primeros tomos, aún inéditos el tercero y el cuarto²², es una prodigiosa crónica de las dictaduras de Castro y Gómez, vistas desde la conspiración, las cárceles y el exilio. Un libro torrencial en cuyos raudales se mezclan diversos géneros con inagotable pasión y con infranqueable maestría. Sus páginas son canteras de agudas notas de crítica literaria, de perspicaces interpretaciones históricas, de meditaciones filosóficas, de dolorosos retazos de poemas, de apuntes de un delicioso humorismo y de una sátira inexorable, de sobrecogedoras descripciones dantescas, de patéticos clamores esquilianos, de diatribas de un furor apocalíptico, de periodismo decantado y culto, de relatos que se escapan del texto como gemas de brillo propio. Toda una inmensa malla tejida por una inteligencia vivísima, alumbrada por un interés apasionante que nos conduce a todo lo ancho del libro, sacudida por una angustia que nos exprime el ánimo como un limón²³.

Y sin embargo, tiene fallas importantes: “Por su carácter de memorias, y a causa del individualismo avasallante del autor, el libro peca sin duda al opacar hechos históricos de importancia, si Pocaterra estuvo ausente de ellos, y al agrandar otros desproporcionadamente, si Pocaterra participó en el acontecer”²⁴. Aquí hallamos por primera vez la duda que surgirá en muchas de las valoraciones críticas del texto en los años venideros: ¿qué son, si son o poseen tantas cosas, las *Memorias...* de Pocaterra? Es válido que coexistan varios discursos en un texto, pero no es congruente que todos mantengan la misma jerarquía y función en su lectura. En otras palabras: no es posible que una obra sea

22 En algún momento el autor señaló que tenía en mente continuar sus *Memorias...* con el tomo tercero (*La democracia venezolana y el gobierno de López Contreras: 1935-1941*) y el cuarto (*La democracia en crisis y el gobierno de Medina Angarita: 1941-1945*), aunque afirmaba no tener prisa en publicarlos. Véanse los anexos del presente trabajo.

23 Miguel Otero Silva, “Prólogo”, en José Rafael Pocaterra, *Obras selectas*, Madrid-Caracas, Ediciones Edime, 1956, p. XVII.

24 *Ibidem*.

crónica e historiografía al mismo tiempo, cuento y novela, dramaturgia y cinematografía o todas las anteriores. Llama la atención cómo en Otero Silva no existe contradicción en considerar las *Memorias...* crónica (actividad por tradición ligada al diarismo, altamente narrativa, donde toda la información es producto de la experiencia inmediata del sujeto con fines divulgativos, en la mayoría de los casos destinada a una realidad un tanto efímera [algo de eso intuía Borges al decir que “el periodismo es literatura para el olvido”]), y admita al mismo tiempo la naturaleza memorística del texto (en general realizada por figuras públicas, de lenguaje en esencia analítico, fruto de la reflexión de una persona ansiosa por defender y resguardar su imagen, su actuación y sus ideas para los tiempos venideros)²⁵. La multiplicidad de formas con las cuales se manifiesta el libro socava las bases architextuales del lector²⁶, y por encima de estas el aspecto político pareciera darle su valor superlativo, por lo cual el escritor acentúa la incógnita sin solventarla: “Es justo considerarlo como extraordinaria afirmación de personalidad y de garra literaria tanto como *obra maestra del género panfletario en América Latina*”²⁷.

25 “Ya que el sueño de todo hombre público es convertirse en un personaje histórico, las memorias, al evidenciar la participación de su autor en determinados eventos, lo insertan en un discurso historiográfico. Por otra parte (...) las memorias dan ocasión de presentar su visión de los hechos, su ‘verdad’, y defenderse de acusaciones. A la larga, las memorias constituyen un documento histórico porque presentan los eventos desde el punto de vista del protagonista o del testigo”, Violeta Rojo citada por Edgardo Mondolfi Gudat, “Entre el documento y la memoria. Reflexiones sobre la *Autobiografía* de José Antonio Páez”, en revista *Almanaque*, año 1, n.º 2, octubre, Caracas, Universidad Metropolitana, 2012, pp. 63-64.

26 Seguimos la teoría de Gerard Genette, para quien el architexto es, “el conjunto de categorías generales –tipos de discurso, modos de enunciación, géneros literarios, etc.– del que depende cada texto singular.”, en *op. cit.*, p. 9.

27 Miguel Otero Silva, *op. cit.*, p. XVII.

Diez años después pervive aún esa lectura. En un artículo sobre las cualidades de Pocaterra en la narrativa breve, Guillermo Meneses se refiere a las *Memorias...* como un “gigantesco testimonio de la cárcel, de la tortura y del desprecio por el hombre durante la dictadura de Juan Vicente Gómez”²⁸; a su vez, José Fabbiani Ruiz señala que “Todo allí es verdad. Lo que se dice y los instrumentos de los que se vale el escritor para decirlo. Verdad horriblemente sencilla y escueta”²⁹. Es esta especie de “verdad originaria” lo que motiva a escritores como Carlos Augusto León a colocarse en las antípodas de Pedro Sotillo y afirmar que “Lo que hace de Pocaterra un escritor profundamente significativo es la calidad de testimonio que tiene su obra”³⁰. Se ha vuelto, una vez más, a reivindicar el fondo de la obra, aunque con un detalle mayúsculo: quienes así se expresan son escritores y no políticos como los de 1927. Esto manifiesta cómo la apreciación de los elementos constitutivos de las *Memorias...* ha tenido un asidero impredecible, por lo que no es correcto esgrimir, a la manera maniquea, que todos los literatos las aprecian en su dimensión estética y todos los políticos en su ideológica gracias al perfil que han desarrollado en su vida.

Si se observa con detenimiento, en estos autores pervive un elemento en común que permite mantener en el tiempo esta interpretación: son sobrevivientes al gomecismo, algunos incluso lucharon en su contra. Esta experiencia de vida les permite contextualizar el sentido de la prosa de Pocaterra dentro de una finalidad ideológica, cuando no de verdadero registro del mundo (de ahí surge la consabida relación con el realismo tan

28 Guillermo Meneses, “José Rafael Pocaterra, cuentista”, en *El Nacional*, 18 de abril de 1965.

29 “Los escritores recuerdan a José Rafael Pocaterra”, en *El Nacional*, 18 de abril de 1965.

30 *Ibidem*.

atribuida por la crítica) sin importar cuán llamativa esta pueda llegar a ser. No obstante, tanto la internacionalización de la obra como su relectura por lectores desligados en buena parte de las condiciones históricas, políticas, culturales e intelectuales motivadoras de su aparición trajeron como consecuencia una nueva percepción del objeto gracias a la atención privilegiada de la composición de sus elementos formales. Así, se produce un proceso contrario al que ocurría décadas atrás, pues ahora la percepción del contenido y sus maneras de estructurarse señalan las posibles aproximaciones epistemológicas del texto.

Después de esta época es poco lo que se dice que sea diferente a lo anteriormente dicho. Los textos críticos relativos a la literatura venezolana (*Panorama de la literatura venezolana contemporánea* [1973] de Juan Liscano; *Ochenta años de literatura venezolana* [1980] de José Ramón Medina; *Narrativa venezolana contemporánea* [1988] de Orlando Araujo) se abocan a comentar las novelas de Pocaterra, no así a las *Memorias...*, y cuando lo hacen apenas le otorgan un par de líneas. Con todo, comenzamos a ver una valoración por parte de académicos, si bien algunos de ellos son creadores³¹. Lo significativo de esto radica en que se ha producido un desplazamiento peculiar: en un principio ensalzado en la calle tanto por los protagonistas

31 Es el caso de José Balza, quien estima que se trata de “uno de los grandes libros de testimonio de nuestra América (...) Obra desde la cual nacerán futuros testimonios de desconsoladora importancia: *Se llamaba SN* (1964) de José Vicente Abreu, sobre la tortura en la época de Pérez Jiménez y sus connotaciones; *Aquí no ha pasado nada* (1972) de Ángela Zago, sobre la guerrilla en la década de los sesenta”, una “obra de síntesis (política, historia, archivo de injusticias y de aspiraciones) para un género siempre cultivado fragmentariamente en Venezuela”, perspectiva reminiscente a la que emitiera en su tiempo Otero Silva. Véase José Balza, “Literatura venezolana: notas para una historia actual”, en *Lectura crítica de la literatura americana. La formación de las culturas nacionales* (pp. 705-714). Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1998, p. 710.

testigos de esa época como por sus amigos, ha venido ahora a legitimarse en las universidades. De alguna manera, aquí se ha resguardado de los embates del olvido, y se ha dado el primer requisito para una posible consagración como texto canónico: estar constantemente en la mano de los lectores, en el comentario de los críticos, en la conciencia de sus ciudadanos cuando se le nombre.

Así, en la década de los noventa nos encontramos con nuevas reediciones del libro por dos editoriales (Biblioteca Ayacucho, 1992; Universidad Simón Bolívar, 1997)³² y un par de textos sobre el autor. Uno de estos es *José Rafael Pocaterra: ficción y denuncia*, de María Josefina Tejera, quien ha elaborado hasta el presente el estudio más sistemático y completo de la producción pocaterrana, si bien llega a estipular que existe en el libro “la frescura del testimonio y resulta una mezcla de crónica y biografía”³³, o el prólogo de Jesús Sanoja Hernández, quien además de ver a Pocaterra como el paradigma del lector testigo lo cataloga como el hombre que “sublimó la herencia panfletaria y le inyectó al género testimonial una savia renovadora, dándole coherencia y quitándole la hojarasca retórica”³⁴. En todo caso, quienes realicen el ejercicio crítico lo harán a partir

32 Esta serie de reediciones no nos parece un gesto azaroso ni ingenuo, pues conjuntamente con las *Memorias de un venezolano de la decadencia* está saliendo a la luz a lo largo de la década nada menos que *Puros hombres* (1990) de Antonio Arráiz y *Se llamaba SN* (1992) de José Vicente Abreu, todos textos emblemáticos contra las dictaduras de Gómez y de las Fuerzas Armadas respectivamente. Por el contrario, consideramos que forma parte de esa campaña de concientización social expuesta por Alexis Márquez Rodríguez en el prólogo a la obra de Abreu en momentos donde la crisis institucional llegó al extremo de hacer que la gente añorase gobiernos militares.

33 María Josefina Tejera, *José Rafael Pocaterra. Ficción y denuncia*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1991, p. 188.

34 Jesús Sanoja Hernández, “Prólogo”, en José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, tomo I, Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho, 1990, p. VII.

de este momento con una distancia vivencial mayor que la de los venezolanos de la generación anterior, sobre todo con la mirada puesta ante un *objeto sujeto a estudio* más que a un *estudio sobre un sujeto histórico*.

Con la llegada del siglo XXI aparecen las primeras apreciaciones de las *Memorias...* como exponente literario de ciertas tendencias genéricas, si bien en su mayoría son apenas comentarios. Elio Gómez Grillo advierte en este “soberbio testimonio carcelario”³⁵ un exponente de la literatura carcelaria producida en Venezuela, sin duda para él “lo mejor del género dentro y fuera de Venezuela y Latinoamérica”³⁶. Debido a su formación como criminólogo, Grillo hace de Procusto al establecer un estatus penitenciario a toda la obra (¿o producto quizá de ese impacto, no del todo superado por la crítica, que fue *La vergüenza de América*, base de las futuras *Memorias...*?).

En todo caso, no es el único. José Miguel Oviedo comparte la idea, admitiendo otras cualidades importantes:

Es un texto impresionante por su minuciosa y directa información sobre los vericuetos del poder político entre 1898 y 1922 [sic], aunque su verdadero valor está en su dramática descripción del infierno carcelario, en páginas que tienen más animación que sus novelas. Escrito con una prosa del todo llana y sin embargo indignada, este libro debe figurar *entre los mejores escritos carcelarios de América y justifica que hablemos aquí de Pocaterra como escritor realista*, sobre todo porque la crítica ha pasado por alto esta obra: en el abundante memorialismo venezolano sobre la violencia política ocupa un lugar importante, y en nuestra historia de la defensa de los derechos humanos es un documento que no puede faltar³⁷.

35 Elio Gómez Grillo, *Apuntes sobre la delincuencia y la cárcel en la literatura venezolana*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana / Fundación Guillermo Morón, 2000, p. 45.

36 Elio Gómez Grillo, *ibidem*, p. 4.

37 José Miguel Oviedo, *Historia de la literatura hispanoamericana. 3. Postmodernismo, vanguardia, regionalismo*, Alianza, Madrid, 2001, p. 219.

Oviedo pareciera haber sido capturado por la impresión fuerte generada por la sección “La vergüenza de América”, lo cual lo ha llevado a insertarlo como texto de referencia de la “literatura” del continente latinoamericano, prevaleciendo, pues, el criterio moral sobre el estético (lo que lo emparenta con la percepción de los años veinte del siglo pasado). Sin embargo, puede apreciarse una imprecisión de carácter teórico no menos relevante para el conocimiento del libro: ¿es un texto carcelario, memorialístico, testimonial o cronístico? No hay una aprehensión total del mismo, todo lo contrario: en el mejor de los casos se trataría de un híbrido entre recuentos políticos (cuya naturaleza de estructuración desconocemos, pues estos recuentos pueden pertenecer al género memorístico, pero también al testimonial, al epistolar, incluso historiográfico) y denuncia de la violencia dictatorial (cuya naturaleza de estructuración también desconocemos), con lo cual se estaría ante un producto no solo heterogéneo, sino además incongruente en sí mismo como proyecto. Tomando en cuenta esta situación, no sería del todo errado considerar que la apreciación literaria es producto de la asunción de “La vergüenza de América” como la parte narrativa más consistente, fácil de aprehender y por ende considerada como de mayor jerarquía dentro de los numerosos discursos encontrados en los tomos de la edición final.

Esto además explicaría que Rafael Arráiz Lucca señale en otra panorámica literaria que “*Memorias de un venezolano de la decadencia* (1927) recoge la experiencia del autor en la cárcel gomecista. Es un libro estremecedor. *No es propiamente una novela, aunque se lee como tal*, ya que los personajes no son fruto de la imaginación”³⁸. Para empezar, se toma la edición de

38 Rafael Arráiz Lucca, *Literatura venezolana del siglo XX*, Caracas, Editorial Alfa, 2009, p. 23.

1927 cuando la diferencia entre esta y la de 1936 es enorme; sin embargo, prevalece la idea de ser esta parte editada lo más representativo del libro, por lo cual resulta clara su naturaleza genealógica: es un panfleto³⁹. Con todo, ofrece nuevas precisiones: la obra se lee como novela⁴⁰. Si se obvia el elemento de los personajes reales como aspectos incompatibles con el género (algo cuestionable, más aún hoy en día)⁴¹, este detalle delata un punto clave de por qué las interpretaciones han tenido un itinerario oscilante desde la política (las cartas de 1927) hasta la literatura (texto crítico del 2009) sin mayores inconvenientes: el discurso plástico. Y es que a principios del siglo XXI un texto político no suele desplegar la narrativa para referirse a hechos de la sociedad; esta ha caído en territorio del arte, motivo por el cual toda expresión de estas características indica al lector contemporáneo un artefacto lingüístico de pretensiones estéticas.

39 Es la visión que desde los años setenta postuló una de sus críticos más acuciosos: “A pesar de la fuerza de su estilo y de la veracidad de los hechos narrados, las *Memorias* no logran la independencia del autor que requiere una obra artística de primera clase. El tono de panfleto y el mencionar personas identificadas con nombre y apellido, la mantiene en los límites del libelo político”, María Josefina Tejera, *José Rafael Pocaterra...*, p. 190. Cursivas del texto.

40 Percepción vigente hoy en día. Léase el siguiente comentario de Luis Pérez Oramas: “Los venezolanos que frecuentan la literatura venezolana recordarán la mejor novela nacional de comienzos del siglo xx, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, en la que José Rafael Pocaterra ofreció brillante forma literaria al inquietante tartamudeo de nuestra historia”, *La república baldía. Crónica de una falacia revolucionaria (1995 / 2014)*, Caracas, La Hoja del Norte, 2015, p. 255.

41 En el siglo xx venezolano son muchos los casos en donde personajes reales forman parte del discurso literario. Desde las novelas históricas de Arturo Uslar Pietri (*Las lanzas coloradas*) o Denzil Romero (*La tragedia del generalísimo*) hasta las de Argenis Rodríguez (*Relajo con energía, La fiesta del embajador*) pasando por algunos relatos de Salvador Garmendía (*El inquieto anacobero*), la narrativa nacional ha mantenido un constante juego con la realidad que no elimina su estatus literario.

Las *Memorias...* han adquirido de esta manera una reivindicación artística que ha desplazado su antigua finalidad ideológica. “El talante libertario de Pocaterra –dice Javier Lasarte Valcárcel–, ya sin acentos nostálgicos, acompañará la novela antidictatorial de los últimos años treinta (Nelson Himiob, Antonio Arráiz, Miguel Otero Silva, José Fabbiani Ruiz) que él mismo propiciase una década antes con sus *Memorias de un venezolano de la decadencia*”⁴². Más que un antecedente de la profusa literatura testimonial, vendría a constituir un pilar de la llamada “novela antidictatorial” un género que surge según Ani Levi desde 1970 gracias a “una ola de novelas que combina los logros artísticos de la ‘nueva novela’ con uno de los aspectos más acuciantes de la realidad latinoamericana: el del ‘dictador latinoamericano’ tristemente célebre en el mundo entero”⁴³.

Y si vemos cómo Nelson Guzmán enuncia a diestra y siniestra adjetivos es inevitable pensar que mientras más alejado se está en el tiempo de su edición más difusa parece ser su clasificación:

Memorias de un venezolano de la decadencia historia la tortura, la muerte, las persecuciones, y el psiquismo de unos hombres que creyeron en la libertad (...).

En *Memorias de un venezolano de la decadencia* se desmonta el oportunismo de la época, este escrito se presenta como *una voluntad testimonial* (...)

42 Javier Lasarte Valcárcel, “Identidad y fabulación: narrativa venezolana del siglo xx”, en Trinidad Barrera (coord.), *Historia de la literatura hispanoamericana, tomo III, Siglo XX*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2008, p. 320.

43 Ani Levi, “La ‘novela antidictatorial’ en Hispanoamérica (raíces históricas y literarias)”, versión en línea en http://ebox.nbu.bg/cel/lit02_en.html (visitado el 10 de octubre de 2015). La obra de Pocaterra aparece dentro del catálogo de obras pertenecientes al género. Cabe acotar las sospechas que este suscita, en especial cuando no logra diferenciarse de otro de mayor peso y presencia en la crítica como lo es la “novela del dictador”. Véase al respecto el libro de Carlos Pacheco titulado *Narrativa de la dictadura y crítica literaria*, Caracas, Ediciones Celarg, 1987.

Memorias de un venezolano de la decadencia realiza la crónica del carácter del venezolano (...)

Pocaterra *testimonia* con pequeñas variaciones el hondo malestar que le tocó vivir a la República de Venezuela⁴⁴.

En caso de ser usados como sinónimos, de todas maneras quedaría por averiguar cuál de todas las palabras empleadas categoriza el texto.

Por último, tenemos la lectura de Simón Alberto Consalvi, quien abre una nueva perspectiva interpretativa del texto al señalar que si bien “*Memorias de un venezolano de la decadencia* es novela, es denuncia (...), es, finalmente, autobiografía” también afirma que es “historia”⁴⁵ y le otorga en dicho campo un peso inaudito desde los inicios de su recepción.

La contribución de Pocaterra al conocimiento histórico de las dictaduras de Castro y Gómez quizás no haya sido apreciada en sus dimensiones. *Memorias de un venezolano de la decadencia* es la historia de la dictadura de Cipriano Castro, desde su invasión de 1899 hasta su caída el 19 de diciembre de 1908. Es la historia de Juan Vicente Gómez desde el golpe de 1908 hasta su muerte de 1935, y la historia de la oposición a Gómez desde el exilio, con episodios como la invasión del Falke de la cual el escritor fue protagonista, en 1929⁴⁶.

Con estas palabras Consalvi marca distancia con la visión testimonial y supera la simple asimilación de sus formas estéticas como indicadores de una pieza narrativa cuya intención radica en el ejercicio del juego ficcional. Su contenido es valioso, y los elementos con los cuales los dispone potencian en el

44 Nelson Guzmán, “*Memorias de un venezolano de la decadencia* o de un mundo convulsionado”, en *Panorámica de la literatura en la Venezuela moderna*, Caracas, Casa Nacional de las Letras Andrés Bello, 2014, pp. 124-125.

45 Simón Alberto Consalvi, *José Rafael Pocaterra*, Biblioteca Biográfica Venezolana, n.º 99, Caracas, El Nacional / Fundación Bancaribe, 2009, p. 90.

46 *Ibidem*, p. 90.

tiempo su significado. Ya no se trataría de un mero registro (algo factible y hasta concebible para el sobreviviente de la dictadura) sino de la interpretación de un momento político y social de transcendencia en la nación venezolana. Con esto lo afirmado por Fanny Ramírez en su momento se cumple a cabalidad. Libelo político, panfleto, testimonio, crónica, autobiografía, memoria, narración-ensayo, literatura, novela carcelaria, novela antidictatorial y ahora historiografía.

¿Cómo puede un texto ser tan versátil en poco menos de cien años de existencia?

Las palabras de Jauss, a pesar de estar enfocadas en la literatura, contribuyen a dilucidarlo en el plano de la historiografía: “Una obra literaria, aun cuando aparezca como nueva, no se presenta como novedad absoluta en un vacío informativo, sino que predispone a su público mediante anuncios, señales claras y ocultas, distintivos familiares o indicaciones implícitas para un modo completamente determinado de recepción”⁴⁷. La presencia de fuentes documentales alusivas a una estructura de conocimiento no ficcional (el ordenamiento riguroso de los índices, la naturaleza del título principal, el prefacio del autor donde se erige como figura autorizada en los parámetros de su lectura), citas profusas de fuentes bibliográficas, cartas y fotografías junto con la exposición de unos datos verificables en la realidad (el autor es un protagonista del hecho y muchos de sus personajes descritos son reales) generan en los primeros lectores un acercamiento conceptual antiliterario, más aún cuando la narración es la forma habitual con la cual los intelectuales formulan su pensamiento en cualquier área del saber y no es –como en nuestros tiempos– un monopolio del arte. Por lo demás, quienes esgrimen a su favor el carácter estético del texto son personas

47 Hans Robert Jauss, “*La historia de la literatura...*”, *op. cit.*, pp. 170-171.

de finales de siglo, es decir, ajenas a todo lo que este producto jugó en su tiempo. Las valoraciones de sus contemporáneos son particularmente morales (la valentía de contar y exponer los crímenes de los dictadores, la contundencia de su emisión). A finales del siglo xx, las *Memorias...* pasan por un proceso gradual de concienciación estética de su construcción lingüística, producto de la proliferación de obras con la misma temática aunque no necesariamente con una finalidad extratética y antiartística⁴⁸. Esto explica por qué durante el proceso de cambio del horizonte de expectativa, no hay un rechazo abierto a la concepción anterior sino una conciliación entre sus múltiples formas discursivas, lo cual, lejos de definir con claridad dos mentalidades históricas contrarias, incita una mezcolanza terminológica enigmática en grado superlativo.

Esto nos lleva a la conclusión de que el horizonte de expectativa de la recepción histórica de las *Memorias de un venezolano de la decadencia* nunca se ha visto defraudado porque la heterogeneidad de su discurso ha permitido que cada lector tome solo los elementos reconocibles según los patrones formados en su biblioteca mental y con ellos reconstruya sin trauma su sentido como texto. Al momento de su aparición su lectura estuvo condicionada por el contexto político, y las peculiaridades de su formato no fueron obstáculo para su consagración como producto ideológico en grado sumo. Con el paso del tiempo, la

48 La irrupción de una literatura testimonial de los años setenta –algunas de ellas con alta calidad estética– junto con la edición de libros exponentes de la llamada literatura carcelaria, tienen responsabilidad en la conformación de esta conciencia de las diversas manifestaciones de lo artístico: *Guasina. Donde el río perdió las 7 estrellas* (1959) y *Se llamaba SN* (1964) de José Vicente Abreu; *Retén de Catia* (1972) de Juan Sebastián Aldana; *Los Cachorros del Pentágono* (1973) de Ángel Raúl Guevara; *Soy un delincuente* (1974) de Ramón Antonio Brizuela; *Los topos* (1975), de Eduardo Liendo, *Cárcel del tiempo* (1978) de Carlos Jesús Farías y, últimamente, *Peregrino interno* (2014), de Gustavo Luis Carrera.

influencia que tuvo el fin de la dictadura de Gómez se fue apaciguando junto con la muerte de sus sobrevivientes más cercanos. Esto generó en las futuras generaciones de lectores (en su mayoría con formación en el área de la literatura) una aproximación sobre la base de la composición formal para encontrarle un sentido nuevo. Así, la recensión de las *Memorias...* de principios del siglo xx estuvo altamente restringida por las necesidades del contexto, mientras que en las de finales del xx y principios del XXI privó ante todo su decodificación inmanente sin considerar la dimensión histórica de su escritura.

Si debiésemos exponerlo de una manera más simple diríamos que la recepción siempre fue positiva porque, por una parte, se valoró un texto escrito en su momento con una intencionalidad política, obviando después (quizá por la cercanía de los hechos) que la edición final mostraba una intención trascendente y, por otra, las generaciones posteriores, desconectadas del momento histórico o al menos distanciadas, se caracterizaron por leerlo desde sus valores contemporáneos y no desde los de la época en la cual esta fue pensada, escrita y posibilitada, lo que conllevó entre otras cosas desconocer el estado en el cual se encontraban aspectos fundamentales como la forma de escribir la historia y el concepto dominante subyacente en la palabra *estética*.

Ahora bien, lejos estamos de suponer que la propiedad de su contenido no ejerció en los años posteriores una legitimación tácita frente a las posibles irregularidades presentes. No importa cuánto tiempo haya pasado, la mayoría de los lectores están conscientes de estar ante una obra que materializa por la escritura la gestión y la dimensión de la dictadura más larga en la historia de Venezuela, con el valor añadido de ser un testigo excepcional de mucha de la información expuesta. Sin embargo, el potencial uso ideológico del texto y su inserción dentro de uno de los grandes discursos modeladores de las identidades

colectivas (la historiografía) ahora se atenúa ante la forma literaria percibida en su enunciación. En otras palabras, si desde el punto de vista de la temática el texto tiene el riesgo de perder aceptación por parte de los lectores (algo muy difícil en este caso: Gómez y su gobierno han sido presa de la fascinación de historiadores y público en general) la pluma del autor reivindica cualquier desilusión. Más aún: no se yerra al decir que gracias a esta la lectura de sus *Memorias...* adquiere su plena aprobación.

Una vez expuesto este proceso receptivo, cabe cuestionar el adjetivo con el cual se definió. ¿Son en realidad las *Memorias...* un texto “proteico”? La selección de la palabra no es fortuita. Esto implicaría por su parte una independencia absoluta frente al estudioso y un reto hermenéutico tan grande como solventar una aporía. Cada lectura sería en sentido estricto única, como las pruebas de Rorschach, y por ende sería imposible establecer un consenso colectivo con relación a *lo que es*. En nuestro caso, nos gustaría abandonar esta apreciación y emplear una metáfora diferente. Así, en esta tentativa exegética del libro de Pocaterra nos aproximamos viéndolo como una obra-ornitorrinco, vale decir, como un producto acabado, fijo, aunque sus diversas partes aludan a otros ejemplares de una fauna inconsecuentes con su particularidad.

CAPÍTULO III

Denunciar es combatir. *La vergüenza de América* como primera fase de su proyecto de escritura

Si sale vivo de este antro... ¡diga, cuente lo que han hecho con nosotros!

Padre Antonio Mendoza

La exposición del capítulo anterior ha demostrado la ambigüedad existente en la clasificación de las *Memorias de un venezolano de la decadencia*, en general percibida como texto panfletario ensanchado a través de los años. Sin embargo, la calidad de su escritura, aunada al empleo de métodos expositivos ajenos al testimonio (verificación de datos, documentación visual o escrita, empleo de registros orales, interpretación global de procesos político-sociales donde no se estuvo en persona) nos ha impelido a ponerla en tela de juicio, al menos en parte. Esto ocurre porque la prosa de José Rafael Pocaterra responde a necesidades personales ajustadas a los diversos momentos históricos por los cuales transcurre.

Contrario a la tradición crítica, partimos de la idea de que *La vergüenza de América* es un proyecto distinto al de las *Memorias...* del año 1936 y que la unión entre esta y la última forma parte de

una maduración progresiva durante la que Pocaterra redirige la función de su escritura. Así, existen tres momentos distintivos.

La primera etapa es la que podríamos llamar *testimonio de la barbarie*, y comprende el espacio cronológico ubicado entre 1919 hasta 1921, fecha que va desde su prisión en La Rotunda hasta su posterior excarcelación. En ella, su pluma se aboca en denunciar los crímenes del gobierno de Juan Vicente Gómez para con los presos políticos, sustentándose en el sufrimiento padecido en carne propia y por muchos de sus compañeros de celda. El objetivo aquí es doble: por una parte la conmoción (construida sobre funciones narrativas) a las naciones civilizadas para que promuevan una acción enérgica y disuasoria contra la violencia política gomecista; por la otra, deslegitimar la buena imagen internacional del régimen, la cual había sido erigida por sus funcionarios mediante una sistemática propaganda apologética de la obra del caudillo.

La segunda es un período intermedio entre la fase inicial y la última que podría denominarse como de *reformulación historiográfica del testimonio*, en donde comienza un proceso de redefinición de sus objetivos tanto intelectuales como políticos y realiza una decantación de la experiencia subjetiva para subsumirla dentro de un registro objetivo del fenómeno, garante de que el “yo lo vi, yo lo viví, yo lo sufrí” propio de la primera etapa no se resienta de ser aquello que en algún momento se le señaló al creador para su propia molestia: mera autobiografía. Su tránsito está comprendido desde la publicación de las *Memorias de un venezolano de la decadencia* del año 1927 en Bogotá y la traducción al francés y al inglés de *La vergüenza de América* (publicadas en 1928 y 1929 en su orden respectivo) con evidentes modificaciones a través de anexos y

párrafos¹. Estos no están destinados a la sola acusación testimonial sino a un señalamiento sustentado de las acciones de la dictadura andina desde su arribo al poder que sirva de fundamento, entre otras cosas porque el período gomecista sigue su curso, a la acción armada en ciernes hasta el año 1929.

El ciclo final correspondería a la *exégesis historiográfica de la dictadura andina*, alcanzado con la edición del año 1936 (con pequeñas modificaciones en 1937 por la Editorial Élite), que incluye todo lo escrito antes más nuevo material. Aquí se hace gala de una metodología investigativa donde el documento priva sobre la experiencia subjetiva (más aún: esta deviene en instrumento probatorio en sí) y están dispuestos en aras de inter-

1 Aunque nos fue imposible acceder al folleto del año 1921 (de hecho, María Josefina Tejera afirma no haber encontrado los ejemplares de las primeras ediciones en el *Boletín de la Universidad de México*, donde según Pedro Manuel Arcaya y el mismo Pocaterra habrían comenzado a publicarse), hay elementos que nos permiten afirmar estas palabras. La más notoria de todas radica en que en la versión inglesa el autor cuenta cómo descubrió que sus cuartillas ya habían logrado salir de Venezuela y estaban siendo editadas en Nueva York. ¿Es acaso posible que durante la escritura inmediata de *La vergüenza de América* Pocaterra hubiese predicho con tal precisión la propia suerte de su texto?

Asimismo, en carta a Trino Baptista el 4 de diciembre de 1924, comenta sobre el folleto lo siguiente: “Un alma heroica se atrevió a sacarlo por fragmentos. Ni siquiera le puedo dar públicas gracias porque matarían al pobre muchacho”, desconociendo por motivos comprensibles que Macedonio Guerrero había sido asesinado un año antes. En la edición inglesa, en cambio, aparece su nombre completo como forma de agradecimiento, por lo que se evidencia interpolaciones al texto original.

A lo largo de este capítulo, sin embargo, tomaremos esta edición para comentar la primera fase de escritura de su autor, pues aunque ya tiene cambios importantes, estos son ínfimos en comparación con la reconstrucción, que tendrá ese apartado en la edición del 36. Se trata, pues, de la edición más original que poseemos de lo que expresaba Pocaterra al escribir en la celda de La Rotunda. Para la lectura de la carta citada véase a José Rafael Pocaterra, *Archivo de José Rafael Pocaterra*, tomo I, Caracas, Banco Industrial de Venezuela, 1973, p. 94.

pretar a través de la lógica y la razón el significado histórico de los gobiernos de Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez.

De tal manera, si bien en el transcurso de las siguientes líneas los capítulos se abocan en demostrar cómo se producen estas grandes diferencias programáticas entre el folleto publicado en 1921 y las ediciones de los años 1927 y 1936, resulta menester indicar algunos elementos representativos de la personalidad de su autor para comprender las condiciones que posibilitaron la calidad determinada de su producción.

PROLEGÓMENOS AL HOMBRE DETRÁS DE LA PLUMA

El hombre que nace el 18 de diciembre de 1890 en el municipio catedral de la ciudad de Valencia, hijo de un comerciante marabino llamado Jaime Demetrio Pocaterra Nones y una ama de casa andina (no se sabe si de Táchira o de Trujillo) de nombre Mercedes Mac Pherson Ramírez, pertenece a esa Venezuela históricamente paupérrima de la que diría Rómulo Betancourt años después que el “hambre danza una danza patética”². La muerte de su padre a temprana edad privó a la familia de un sustento mayor, lo que impulsó en José Rafael el deber de colaborar desde muy joven con el trabajo.

Ese contacto prematuro con lo cotidiano que trae consigo el acto de laborar conforma en él un carácter duro del cual él mismo será no

2 “Discurso de Don Rómulo Betancourt en su regreso del exilio en 1958”, en YouTube, <https://www.youtube.com/watch?v=PW94bHOCJCo> (visitado el 12 de julio de 2015). La versión transcrita cambia la frase por “en la que el hambre es una realidad patética”, véase Rómulo Betancourt, “‘Reencuentro con el pueblo’, discurso de Betancourt, retornando al país, tras una década de exilio político (9 de febrero de 1958)” en *Selección de escritos políticos*, Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 2006, p. 273.

solo su principal beneficiario, sino además su difusor más persistente. En una carta publicada el 5 de abril de 1917 en la revista *Venezuela Contemporánea* expone su infancia de la siguiente manera:

No he sido niño prodigio, ni bachiller, ni toco ningún instrumento. Estudié solo, sufrí solo, solo luché contra el trágico cotidiano. A mi madre le debo la vida; a los demás, nada. Cuando murió mi padre todavía no terminaba yo de echar los dientes. Después la existencia me enseñó a tener colmillos y garras; más tarde la piedad humana me ha enseñado a sonreír [sic]. Mi aprendizaje paseó una adolescencia precoz y turbulenta entre esos dos extremos. He sido a los doce años mandadero de zapatería con tres pesos de sueldo y el calzado. Le rompí las narices a uno de la casa y entonces me echaron: ascendí a mandadero de una camisería; ganaba ocho pesos, cinco más que en la zapatería pero sin los zapatos³.

Este acto de sobrevivencia, donde más que un camino de perfección hay uno de superación, configura los elementos básicos de su futura escritura analítica. La formación autodidacta lo mantuvo alejado de las prácticas e ideas modernas en torno a disciplinas propias de la época que vive: en el plano historiográfico, el positivismo y toda su revolución metodológica (aunque, como veremos más adelante, esto es relativo); en el plano artístico, el modernismo, el nativismo, el vanguardismo y cualquier corriente literaria que englobe una estética concreta. No se trata de un asunto de ignorancia incapaz de ser subsanada, sino todo lo contrario: la vivencia de una realidad difícil (y esta será mucho peor cuando debute como político en los diarios y en las conspiraciones, las cuales le llevarán varias veces a prisión) le impone una visión ética del mundo donde la *vida real* es prioritaria ante cualquier otra manifestación cultural que anteponga la forma y el modo en detrimento de aquello que él llamó *lo verdadero*. Esto lo llevará a catalogar al sector letrado de su momento como entes pasi-

3 Efraín Subero (coordinador), *Contribución a la bibliografía de José Rafael Pocaterra*, Caracas, Ediciones de la Gobernación del Distrito Federal, 1969, p. 7.

vos sin ningún sentido de responsabilidad como figuras públicas en una sociedad atrasada en grado superlativo:

Existen también los contemplativos... Pero no se figure que nadie tenga el derecho de invocar su torre de marfil y declararse filósofo y crítico cuando a las horas de merienda, se apea de la torre, se arremanga la filosofía y la túnica viene a disputar su pitanza entre la gente holgazana en asueto y el estiércol de los camellos... No imaginen los de “la escritura artística” que su actitud es airosa, con José Enrique Rodó bajo el brazo y una longaniza en la otra mano. ¿Acaso el título de “intelectual” que aspira a ostentar cuanto quídam harto de ajos va atropellando los talones de la publicidad le confiere el derecho de adornarse llamándonos “compañeros” mientras deshoja pétalos de rosa en las escupideras de bandido?⁴

El rechazo a los intelectuales que, a pesar de sus estudios, son cómplices y sustentadores teóricos (con todos aquellos métodos modernos en apariencia garantes de la objetividad científica de sus disciplinas) de la dictadura andina pasa por desestimar una técnica a la cual no ve como indispensable para sustentar la verdad. Además, al momento de iniciar su carrera de escritor resalta por su deliberada renuncia a cualquier uso estético de la pluma.

A lo largo de su vida Pocaterra dejará varios testimonios de esto. Ya desde 1912, con apenas veintidós años y una imagen positiva como exponente de la literatura nacional a cuestas, en el prólogo a su novela *Política feminista* se perfila esta actitud: “Yo no aspiro a ser criollista del Distrito Federal, ni a formar atmósferas criollas a fuerza de terminologías populares o de ‘floraciones rojas de cafeto’ (...) Mis personajes piensan en venezolano, hablan en venezolano, obran en venezolano”⁵. Este

4 José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, tomo II, Bogotá, Ediciones Colombia, 1927, p. 79.

5 José Rafael Pocaterra, “Política feminista”, en *Obras selectas*, Madrid-Caracas, Ediciones Edime, 1956, p. 3.

rechazo a las corrientes literarias no implica en su momento la irrupción de una nueva que se oponga a la anterior (eso será una percepción posterior de la crítica), sino algo mucho más complejo de captar a primera vista: la ausencia de toda estética concreta en su narrativa. Cinco años después demandará en las cuartillas enviadas a *Venezuela Contemporánea* algo impensable para alguien considerado como artista: “Repito que quiero que se me considere fuera de la literatura”⁶, y ya en pleno apogeo de su actividad política, formulará con mayor elocuencia esta visión indisoluble entre el contexto y el texto (que a nuestros efectos equivale a enunciar la inexistencia de ambos espacios en la práctica):

Mis libros, buenos o malos, no son para que los juzguen cacógrafos displicentes o críticos aliñados en la pasividad y el pesebre fácil y tranquilo. Son resultado de la fiebre ambiente, del dolor, de la injusticia, de la reacción profunda y sincera. Son músculos vivos y sueltos que latén dolorosamente al aire libre. Por eso estoy divorciado de una generación de literatos convencionales, escritoruelos de la clase media mental. Mis lectores están entre los hombres –cuatro o cinco o seis– que sienten la purificación de la cólera y la responsabilidad de la requisitoria y que han sufrido la injusticia y la persecución en su carne y en su alma. Mi público es el pueblo rudo y bajo que me ha visto siempre a su lado, no por demagogia ni por utilitarismo como nos dicen los aderezadores de adjetivos oficiales –¡qué prestigio artístico pueden conferir los ignorantes y los humildes!– sino porque por encima de lo útil está lo verdadero y la suprema virtud del arte es la verdad, aun rasgando “el diáfano manto de la fantasía”⁷.

La postura artística pocaterrana (la cual no la hacía necesariamente compatible con los ideales del resto de los creadores de

6 Efraín Subero (coord.), *op. cit.*, p. 8.

7 José Rafael Pocaterra, *Memorias de un Venezolano de la decadencia*, Bogotá, Ediciones Colombia, 1927, pp. 243-244.

su momento⁸) le permite a su debido tiempo producir textos dentro de parámetros considerados hoy en día propios del discurso literario, cuando para él constituían la herramienta básica con la cual honrar su sentido del deber como intelectual.

Así, pues, el autodidactismo de Pocaterra, producto de una existencia plena de estrecheces a su vez que de una constante superación personal, conforma en su personalidad un marcado carácter práctico ante la vida en la cual la voluntad cívica se impone ante los convencionalismos y sutilezas intelectuales (percibidos como viciados y por ende ineficientes). Esto lo incita a aprovecharse del mejor medio que maneja (la narración) para servir a fines necesarios. En este sentido, a diferencia de algunos personajes que han sido mirados como escritores prestados a la política (Rómulo Gallegos), José Rafael Pocaterra puede considerarse sin menoscabo alguno de sus facultades como un político prestado a la escritura. La conformación de sus *Memorias...* será el proyecto que le absorberá todo su talento durante más de diez años para no saberse más –hasta ahora– de ninguna otra obra suya de semejante envergadura.

8 Hay sin embargo una influencia fundamental para su formación como escritor: Rufino Blanco Fombona, personaje con el cual compartió credos estéticos y políticos, como confesó en una carta a su compañero de batallas: “El hombre de hierro *fué* [sic] para mí una revelación; yo caí en ese camino de Damasco desde el asno cansino, campanillador y pueblerino, en que venía... La lectura de ese libro me hizo romper cuartillas y hacer trizas la papelería ridícula de los veinte años, con la atenuante de que no publiqué jamás nada de aquello; sentía ese pudor instintivo de los seres deformes para desnudarse ante los demás. Ahora no: al sol, al aire. ‘Tenemos un árbol, un panal y un nido’. ¡Qué gran labor es la suya! Dios lo ayude y á [sic] mí no me olvide” [cursivas y redondas del texto]. José Rafael Pocaterra, *El doctor Bebé*, Madrid, Editorial América, 1918, pp. 7-8.

ORÍGENES Y FINES DE *LA VERGÜENZA DE AMÉRICA*

Pocaterra va a estar en prisión en los gobiernos de Castro (castillos de Puerto Cabello y San Carlos, en 1907) y Gómez (La Rotunda, 1919) pero solo será durante este último cuando decida comenzar a exponer lo que ha vivido dentro de las cárceles, hecho que conformará para la posteridad venezolana el *imaginario gomecista*.

El motivo surge con el silencio que mantiene el Gobierno ante una carta firmada por representantes de los Comités Latinoamericanos de Nueva York en donde piden dos cosas. La primera es la liberación de los presos políticos; la segunda es proponer una comisión mixta que visite Venezuela y compruebe el estado de salubridad de las prisiones donde estos se encuentran detenidos. Su proyecto, pues, radicó en principio en ser los ojos de ese mundo civilizado poco interesado en saber qué ocurre en el país. Es el momento de la escritura de *La vergüenza de América*, pues de eso trata la imagen central de sus cuartillas: “The shame of the entire Continent which looked on, accepted and did not protest against the shame of Venezuela, the shame of that degenerate nation [sic] which aollwed [sic] such thing to take place”⁹. Una vez fuera del país gracias al cabo de presos Macedonio Guerrero, salen las cuartillas en forma de cigarrillos y en 1921 son editadas en México y luego tanto en Estados Unidos como en Europa. Con esto, Pocaterra entra en la denuncia política y se plantea, a través de la construcción de un

9 “¡La vergüenza de América!, la archivergüenza del Continente que la presencia, la acata y la agasaja; la vergüenza de los venezolanos degenerados que la determinan” (tomamos la traducción de José Rafael Pocaterra siempre que coincidan en sus *Memorias de un venezolano de la decadencia*, tomo II, Caracas, Editorial Élite, 1936, p. 245. José Rafael Pocaterra, *Gomez, The Shame of America*, París, André Delpuech Editeur, 1929, p. 244.

discurso testimonial, sacudir a la opinión pública internacional para que cambie su política ante la dictadura¹⁰.

Resulta comprensible encontrar en *La vergüenza de América* la predominancia del diarismo personal y no una narración ordenada con desarrollo sostenido de la vida de la víctima. Aislado tanto del mundo exterior como de un acceso libre a la información, lo único que puede realizar en esas cuatro paredes de su celda es anotar los instantes que vive y sobre esa intermitencia darle continuidad a la novedad.

Eso no debe verse como una desventaja, pues el formato es perfecto para los fines trazados. Por una parte, dentro de la mentalidad de los lectores comunes la escritura del diario no forma parte de los modos escriturales propios de la ficción, sino de la realidad en su perspectiva más independiente: la individual. Y como bien decía Miguel de Unamuno, nada hay más público que un diario íntimo. Su lectura estimula el interés de lo privado y conlleva tanto la veracidad como la credi-

10 Tal peso tendrá este tipo de acciones que en 1923 circula en Estados Unidos un memorándum en donde se exhorta la producción de este discurso para fines jurídicos: “A los compatriotas interesados en el esclarecimiento que abrirá la American Federation of Labor acerca de la tiranía dinástica de Juan Vicente Gómez, se les indica la conveniencia de dirigir al señor Luis Muñoz Marín –526 Teaneck Road, Teaneck, New Jersey– en forma de declaración jurada (affidavit) y legalizándola ante notario público o autoridad civil de su residencia, *la relación de los atentados que se hayan cometido contra ellos o los que les consten cometidos contra otro. Se recomienda brevedad, exactitud y precisión, toda la precisión posible en fechas y nombres y actos punibles.* Los que tengan conocimientos de Derecho pueden hacer uso de los lícitos recursos en cuanto a citar las leyes violadas, la gravedad de los atentados, etc. Y deben favorecer con sus luces y práctica a los menos preparados para redactar esa clase de documentos. Con estos ha de formarse el expediente que se ha de presentar a la sede de la Federación Obrera en Washington. (...) Queda, pues, en manos de los venezolanos hacerse justicia ante el tribunal de los obreros de las dos Américas”. José Rafael Pocaterra, *Archivo de José Rafael Pocaterra. La oposición a Gómez. I (1922-1929)*, Caracas, Banco Industrial de Venezuela, 1973, pp. 52-53.

bilidad de lo que solo esos ojos han visto y ahora plasmado en ciertas páginas.

Pero el camino estuvo lleno de obstáculos y uno de ellos fue la ausencia de autoría. Firmar el folleto con el nombre de “A former prisoner”¹¹ no otorgaba la suficiente autoridad para legitimar la información relatada, pues la posibilidad de falsificación testimonial o de exageración de ciertos crímenes se incrementaba cuando estos eran hechos bajo anonimato. La superación de estas dificultades se logró gracias a la coordinación de dos operaciones, una de tipo extraliterario y otra de carácter propiamente textual. La extraliteraria implicó la difusión y certificación de su autenticidad por parte de personalidades tanto locales como internacionales, con lo cual se conminaba a confiar en el carácter real de la narración testimonial, como bien lo señaló Miguel Zúñiga Cisneros:

El folleto de Pocaterra, anónimo (pues el autor yacía en La Rotunda), pero avalado por sendos prefacios de [Rafael] Pulido Méndez y yo, se publicó antes de que finalizara ese año de 1921, en Ciudad de México, gracias a la generosidad de los exiliados venezolanos allí residenciados, doctor Humberto Tejera¹² y señor Horacio Blanco

11 “Un antiguo prisionero”.

12 “Abogado, poeta, jurista y periodista. (...) Hizo sus estudios en Mérida, graduándose de doctor en Ciencias políticas en la Universidad de Los Andes el 5 de julio de 1913. (...) Viaja a Panamá donde ejerció la docencia (...) y luego a México donde fijó definitivamente su residencia a partir de 1920. En la capital azteca participó en la fundación del Partido Republicano, junto con Carlos León, M. A. Pulido Méndez, Miguel Zúñiga Cisneros y el general Emilio Arévalo Cedeño (1922), así como en la fundación del Partido Revolucionario Venezolano (1926). (...) En México publicó varias recopilaciones de versos, trabajos de carácter histórico y panfletos políticos dirigidos en contra del régimen de Juan Vicente Gómez”. Fundación Polar, “Humberto Tejera”, en *Diccionario de historia de Venezuela*, tomo 4, Caracas, 2010, p. 30.

Fombona¹³. *Lo hicimos circular ampliamente en las Américas y en Europa, tarea que nos fue facilitada por las relaciones que adquirimos en el Congreso Internacional de Estudiantes de Ciudad de México (septiembre de 1921), el empeño noble del Lic. José Vasconcelos y del poeta Carlos Pellicer, la prensa universitaria, los grandes periódicos y revistas, quienes lo reprodujeron íntegro o en buenos trozos*¹⁴.

La acción textual fue la primera en materializarse, aunque la última en superarse en el plano de lectura. Consistió en realizar de manera verosímil la exposición de lo vivido sin caer en el patetismo literario pero a su vez sin olvidar la necesidad de conmover la conciencia ciudadana del mundo civilizado, en espera de acciones políticas precisas de los gobiernos internacionales, aunque también de la propia dictadura gomecista.

La narración del testimonio, modo primario de reconstrucción de la tortura y el horror por parte del sujeto, facilita el conocimiento de las situaciones irregulares ejercidas por el régimen a aquellas personas incapaces de corroborarlo por sí mismas. Aceptada por estas como un texto de contenido verdadero, su descripción del mundo carcelario impresiona por la precisión minuciosa

-
- 13 “Poeta, periodista y político. (...) En 1920, es electo presidente del I Congreso de la Prensa Dominicana, reunido en Santo Domingo. Ese mismo año, es expulsado y se dirige a Ciudad de México, donde es secretario de Redacción de *El Universal* (1920-1925) y editorialista de *El Globo* en el tiempo que dura este periódico. (...) es designado vicepresidente del Partido Republicano de Venezuela (PRV, 1926), fundado en Ciudad de México por Carlos León, Salvador de la Plaza y otros. Desde las columnas del periódico del PRV *Unión Cívica*, se opuso a la posición antitachirense de *Venezuela futura*, en donde Rafael Bruzual López y Guillermo López Bustamante reducían todo el problema venezolano a la liquidación del elemento andino, especialmente tachirense, del ejercicio de las funciones públicas (1930-1931)”. Yolanda Segnini, “Horacio Blanco Fombona”, en *Diccionario de historia de Venezuela*, tomo 1, Caracas, 2010, pp. 457-458.
- 14 Miguel Zúñiga Cisneros, “Testimonio”, en José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, tomo I, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana / Universidad Simón Bolívar, 1997, p. 23. Cursivas del texto.

tanto de su geografía como de sus habitantes, los cuales mantienen una dinámica donde queda en claro cuáles son los buenos y cuáles son los malos en términos morales.

La Rotunda viene a convertirse en la suma de una insalubridad producto de una política de gobierno que, a pesar de tener una economía boyante, mantiene sus cárceles en condiciones deplorables a sabiendas de las consecuencias fatales en los prisioneros:

It was impossible to sleep the first nights one spend down in these cells. In addition to the cold, cutting weight of the grillos, there were the cockroaches, the fleas, the unbreathable air, the filth with all the unpleasant [sic] accompaniments, hunger with all its attendant ills, for besides the loathing one had to swallow the fetid soup there was the constant fear of being poisoned which made the slightest cramp seem the preliminary symptom of a fatal illness. If one was able to overcome by force of will power one's physical [sic] discomforts a still more hideous torture still lurked the background –namely insomnia. Sleeplessness people with terror and nightmarish sounds such as the clanking of the chains, shrieks from neighboring cells, or alarming visions of shadowy forms slipping silently across the corridor, pausing here there on some devilish mission, or lurking in the darkness to surprise the delirious muttering and whispered protest that die away when a warning 'sh,sh' runs along the row of cells as the bolt rattles. Or again hoarse followed by the sound of savage blows as though some one [sic] somewhere was being ill treated¹⁵.

15 “Las primeras noches allí, en aquella celda, es imposible dormir. Aparte el frío mordisco de los grillos, las cucarachas, las chinches, el aire irrespirable, el desaseo con todas sus penas, el hambre con todas sus exasperaciones –porque hasta venciendo el asco de engullir el potaje fétido queda la desconfianza de ser envenenado y cada retortijón de estómago es la inquietud de un tóxico–dominando a fuerza de pepsina y despreocupación el malestar orgánico queda todavía un suplicio peor: el insomnio, el insomnio poblado de angustias... Ruidos [sic] de grilletes sacudidos, gritos ahogados que parten de alguna celda, sombras de seres silenciosos que se deslizan por el pasadizo y penetran aquí y allá, escuchándose interrogaciones ahogadas, protestas que se acallan con un ‘pssss! pssss!’ [sic] mientras rechina una especie de tuerca y sucedense una serie de golpes como si alguien asido por... ¡cualquier parte! se debatiese, desesperado, en la oscuridad”. (Traducción de José Rafael Pocaterra en *Memorias de un venezolano de la decadencia*, tomo II, Caracas, Editorial Élite, 1936, p. 5). José Rafael Pocaterra, *Gomez, The Shame of America*, op. cit., pp. 100-101.

Esa necesidad de lúcida concreción llega al punto de incluir en conjunción con sus frases imágenes de la cárcel dibujadas por el creador mismo. Son figuras hechas a lápiz, cuya técnica se corresponde con el interés documental¹⁶. La verosimilitud del discurso se fortalece con la inserción de estos anexos, pues no solo se relata un ambiente hostil: también se contribuye a configurarlo en aquellos puntos donde ni siquiera las palabras son capaces de llegar.

Tiene sentido. La idea de mazmorra en los países desarrollados difiere en muchos aspectos a la de países como Venezuela, donde decir que “el aire es irrespirable” no se capta con la misma efectividad que con el retrato de su propia víctima, en la cual se ve una celda donde solo cabe una persona pequeña y tanto el hoyo que funge de entrada como la ventana adyacente están tapadas por una cortina oscura que imposibilita la entrada de luz. La evidencia no solo demuestra consistencia entre la letra y el esbozo gráfico, sino además delata la condición humana de quienes están a cargo de esa área. En suma, es innecesario recurrir a la arenga política y denostar la maldad de quienes gobiernan, pues solo se requiere de ojos para ver (o leer) los actos y conciencia para juzgarlos de manera espontánea.

Comoquiera que se vea, la presencia del mal demanda trascender la simple abstracción y donde el gomecismo actúa como sistema político coloca a sus acólitos para ejercer la violencia. Denunciar la crueldad pasa por mostrar la figura de sus perpetradores. En este caso, un solo personaje basta para ejercer semejantes prácticas sobre los reos: Nereo Pacheco, carcelero de un peso tan relevante en la construcción negativa de La

16 José Rafael Pocatererra, *op. cit.*, pp. 112-123. En realidad los dibujos están entre esas dos páginas, pues no era común en ese tiempo enumerar los anexos visuales, impresos en papel de mejor calidad.

Rotunda que el ambiente cambia cuando es destituido por una sentencia judicial que lo declaró culpable del asesinato de su concubina. En un Gobierno donde la relación personal con el caudillo es primordial para el cumplimiento de ciertos roles y la ostentación de algunos privilegios, su liderazgo en ese sitio le otorga un libre ejercicio de la autoridad cuyo coto no está en la ley sino en la voluntad del Benemérito¹⁷. El mensaje del texto para los lectores es explícito: ellos se encuentran ante uno de los pilares de la tiranía, un hombre que ha abandonado las funciones correctas de esa área y se ha convertido en un verdugo solapado. Durante su regimiento no mostrará ningún rasgo de bondad o piedad para con los presos:

Nereo¹⁸ never joked. Daily he walked in front of Porras lifting up each curtain but never cracking a smile or relaxing his sterns features. He exercised his horrid mandate with a grim conscientiousness. He was as stolid as fate, as inflexible, as sinister as the most incorruptible state executionner [sic]. He worked hard to earn his reward, the escape to curacao or Trinidad which he had been promised should the court find him guilty of a murder charge, sentence of which was still pending. What must he do to win this reward? Nothing much, only

17 “Cada una de las piezas ocupa un lugar diferente en el sistema político y, sobre todo, produce diferentes tipos de información que van a ser ‘procesados’ y sintetizados por el mismísimo General Gómez, excepto cuando él decida no hacerlo así y deja que el asunto lo resuelvan instancias inferiores. Cada una de estas piezas y la ‘información’ que producen ‘alimentan’ cada uno de los diferentes aspectos o tendencias que es posible distinguir en el régimen político gomecista”. Diego Bautista Urbaneja, “El sistema político gomecista”, en Elías Pino Iturrieta (comp.) *Juan Vicente Gómez y su época*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1993, p. 64.

18 Gracias a esta obra Nereo terminó por convertirse tanto en un personaje icónico dentro del sistema carcelario gomecista como en el símbolo de la máxima crueldad en el ejercicio de la represión dictatorial venezolana. Su proyección llegó a tal nivel que su muerte no pasó desapercibida y fue reseñada en la prensa nacional.

see to it that those incriminated in the ‘barrack’s plot’ *disappear* with sufficient rapidity¹⁹.

La vergüenza de América, a través de la forma de un diario íntimo, anota la persistencia de agresiones tanto de naturaleza física como psicológica en el resto del colectivo. De esta manera, si bien Pocaterra es la figura estelar gracias a la cual conocemos ese mundo silenciado por la censura gomecista, el dolor transcrito por su estilo narrativo es ante todo colectivo. Y es que a pesar de la identidad de cada una de las víctimas, para quien detenta el poder represivo no son más que números o rasgos caricaturescos de su personalidad (un quince, un negrito cabezón, un plumífero, etc.). Ninguno es llamado por su nombre sino por otro tipo de motes: “Hie there, n° 27! don’t rattle your chains like that! You’re disturbing my beauty sleep”²⁰. Solo hay números en esas celdas o nombres generales, a cual más detestable: ajos, vergajos, presos. Y es que el único prisionero común es el mismo Nereo, pues hasta los ordenanzas dispuestos a auxiliarlo no son acólitos del régimen, sino personas humilladas al extremo de verse obligados a practicar la vigilancia de sus compañeros para evitar el dolor

-
- 19 “Nereo no bromea, marcha delante de Porras todos los días levantando las cortinas, hosco y serio; tiene una espantosa y digna circunspección en su cargo. No le calan chascarrillos; no los admite; es inflexible como el mal [sic]; es siniestro en su incorruptibilidad de verdugo. Le han ofrecido, que –caso de serle adversa la sentencia que pende sobre su cabeza en los tribunales ordinarios por haber asesinado a su manceba– si los del ‘asunto de cuarteles’ *desaparecen*, le darán dinero y le harán escaparse a Trinidad o a Curazao”. (Traducción de José Rafael Pocaterra en *Memorias de un venezolano de la decadencia*, tomo II, Caracas, Editorial Élite, 1936, p. 7). José Rafael Pocaterra, *op. cit.*, pp. 103-104.
- 20 “¡Mira, 27, no sigas moviendo el grillo que no me dejas dormir!”. (Traducción de José Rafael Pocaterra en *Memorias de un venezolano de la decadencia*, tomo II, Caracas, Editorial Élite, 1936, p. 124). José Rafael Pocaterra, *op. cit.*, p. 173.

de los grillos y el hambre²¹. Cada uno de ellos es grabado en el papel, en una lucha por su conocimiento público (Juan de Dios García Mogollón, Manuel Olivares, Ernesto Carías, Narciso García), así como la muerte de sus compañeros que hallaron en la comida el veneno inesperado que los llevaba “a la libertad” del presidio, en la desesperación el impulso para cometer suicidio²², cuando no en los tormentos en donde las partes íntimas fueron las más afectadas²³.

Al mostrar el castigo corporal de esta manera, no solo se señalaba la condición sanguinaria, cruel y despótica de unas personas con el objeto de indignar al lector. La lectura completa de *La vergüenza de América* generaba una visión antagónica a la exhibida por los intelectuales de la administración del César democrático, quienes ante el mundo lo defendían esgrimiendo estos argumentos:

¿Qué es, entonces, lo que necesita un país como Venezuela donde no existen clases sociales, ni prejuicios de razas; donde todos los caminos se hallan abiertos para todos los hombres aptos, *donde las más altas posiciones han sido, son y serán siempre accesibles para todo el que se sienta capaz de escalarlas?* ¿Qué es lo que pide y lo que necesita un pueblo donde el régimen de la propiedad permite que el pobre de hoy sea el capitalista de mañana, que el peón se convierta en propietario, y donde no ha habido necesidad de una guerra mundial, para que surja de ese ente singular que se llama en Francia el *nouveau riche*, porque aquí no existe una sola fortuna que date de un siglo? *Pues lo que necesita Venezuela es lo que se le está dando: paz, orden, disciplina, garantías para el trabajo, vías de comunicación, repartición legal de la tierra, higiene, protección y asistencia social, instrucción y educación técnicas.* Lo demás está hecho, lo demás ha surgido lógicamente de todos los factores físicos, étnicos, sociales y políticos que han determinado nuestra evolución histórica.

21 José Rafael Pocaterra, *op. cit.*, p. 111.

22 *Idem*, p. 169.

23 *Idem*, p. 150.

Y es fácil comprobar que aun dentro de las democracias latinoamericanas, Venezuela ocupa todavía una situación excepcional²⁴.

La imagen idílica del gobierno gomecista (no exenta de cierta finalidad propagandística) choca de golpe con lo expuesto por José Rafael Pocaterra en sus cuartillas y contradice sin sutilezas este tipo de ideas, expresadas desde los inicios del régimen. Para los lectores entendidos, una vez más, el mensaje es claro: ¿cómo es posible que Venezuela sea una nación promisoría para los hombres aptos cuando son precisamente estos (los periodistas como Lucas Manzano, alias Gonfalon; los intelectuales como Pocaterra; los clérigos como el padre Antonio Mendoza, los militares como Román Delgado Chalbaud) los que se encuentran aprisionados por motivos políticos? ¿Es tan efectiva la higiene, protección y asistencia social para con sus habitantes como la de esos reos sometidos a rancho, donde el prisionero mejor tratado puede jactarse de tener su propia bacenilla?

Al discurso oficial le había surgido un contradiscurso desde la periferia geográfica (la cárcel), política (un opositor, estatus cercano al de desclasado, cuando no de apestado), y cultural (central urbano, en contraste con la hegemonía andina rural). Su rúbrica es anónima por necesidad, habla mucho de sí porque ha sido víctima y no tiene mayores pruebas que su experiencia y las cicatrices del martirio. Su mera existencia es un triunfo sobre el olvido y un intento de gritar mentís a la autopresentación civilizatoria de un Gobierno hermanado *de facto* con la barbarie. Lo destacable del fragmento anterior (escrito por Laureano Vallenilla Lanz para *El Nuevo Diario* de Caracas), no obstante, es la fecha de su publicación: 16 de diciembre de 1925. Entiéndase: a pesar del problema que significó el libelo cuatro años antes para la imagen de la tiranía (y que representará cualquier denuncia en su contra, pues “desde los tiempos de la Guerra de Independencia, y ni siquiera bajo el guzmanato, un

24 Laureano Vallenilla Lanz, “Por la democracia venezolana”, en *Cesarismo democrático y otros textos*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991, p. 203.

gobierno se había preocupado tanto por la opinión que de él se tuviese en el exterior”²⁵), sus defensores mantuvieron un discurso invariable que pretendió silenciar a los demás.

La retórica testimonial de *La vergüenza de América* se transforma en un documento que registra los eventos inmediatos realizados en secreto por una tiranía confiada en la intrascendencia de sus acciones en el recuerdo de la población (manifiesta apenas en unos rumores no confirmados o la congoja de unos familiares anónimos cuya pervivencia en las generaciones posteriores resulta imposible) y los hace públicos con una finalidad moral y política: que las naciones civilizadas se escandalicen ante las atrocidades ejecutadas por un Gobierno apoyado y protegido por ellos, que asuman una conducta beligerante en pro de la libertad venezolana y presionen por que se realicen cambios positivos en la política nacional²⁶.

25 Manuel Caballero, *Gómez, el tirano liberal*, Caracas, Alfadil Ediciones, 2007, pp. 85-86.

26 Idea similar se volverá a ver con los estudiantes de la generación del 28, en especial Rómulo Betancourt y Miguel Otero Silva, quienes afirmarán al final de su testimonio, editado en 1929, las siguiente aspiración política (¿preámbulo de la futura doctrina Betancourt?): “Es este el momento de demostrar que existe en Indoamérica un celo colectivo de todos sus pueblos por la defensa de patrimonios que le son comunes, una fraternidad real, para hoy y mañana, hecha a base de raza de historia, algo que sea más prácticamente *americano y humano* que las alambiqueces retóricas de los congresos de ‘acercamiento’ o las vagas fórmulas abstractas de apóstoles ingenuos. *Que los pueblos americanos echen a puntapiés de sus respectivos territorios a los que en ellos visten la librea de diplomáticos de este Calígula de pacotilla y que sus gobiernos declaren a la dictadura venezolana el boicoteo internacional, poniéndola al margen del derecho de gentes* y entonces podremos presentar un dato concreto –barrera a las agresiones exteriores del imperialismo capitalista y frontera de los delirios autocráticos del cacicaje interno– de la efectiva existencia de AMÉRICA UNA”. *En las huellas de las pezuñas*, Caracas, El Nacional, 2007, pp. 98-99. Cursivas del texto. Son muchas las similitudes entre *La vergüenza de América* y este escrito (empezando porque el nombre recuerda a uno de los títulos con que Pocaterra pensó intitular su folleto: *Entre las patas del paquidermo*. Además él mismo prologó la edición de esos estudiantes, en una clara sintonía ideológica con estos) lo que demuestra la existencia de un mismo objetivo intelectual por parte de la oposición.

No se debe olvidar que se está en una sociedad donde, a pesar de salir a la luz más de un millar de publicaciones, no se denuncian los delitos de la tiranía²⁷. Ni siquiera sus redactores se molestaban en investigarlos para corroborar su veracidad. Al atreverse a escribir –y aunque hoy parezca cliché, en su contexto suena todo lo contrario– con entera valentía sobre aquello que el común prefería mantener un silencio cómplice o una solidaridad irresponsable, José Rafael Pocaterra desarrolla una profunda conciencia histórica (al punto de formar en el exilio su archivo, algo hasta entonces inexistente) como hombre y como escritor de un texto cuya naturaleza la condena a ser igualmente histórica.

No en balde, durante la notación de agravios recibidos al edecán Roberto González (quien se había rehusado a suministrar información a los torturadores) afirma que estos emplearon una estratagema en su contra y que “I only mention as a matter of historical information”²⁸. La observancia de los hechos indignantes de la barbarie andina, concebida al principio como una labor de combate, se transformará pronto en un “asunto” de producción de “información histórica”. Estos serán en el futuro los basamentos (su *res gestae*²⁹) con los cuales realizará una interpretación historiográfica sobre ese período una vez muerto Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez³⁰.

27 1075, para ser exactos, al menos desde 1909 hasta 1935. Véase el trabajo de Yolanda Segnini, *Las luces del gomecismo*, Caracas, Alfadil Ediciones, 1987, p. 91.

28 José Rafael Pocaterra, *op. cit.*, p. 195.

29 Tomamos los términos del historiador polaco Jerzy Topolsky, quien lo explica de la siguiente manera: “a través de los siglos el término historia adquirió al menos dos significados básicos: 1) hechos pasados (*res gestae*) y 2) narración sobre los hechos pasados (*rerum gestarum*). La historia como hechos pasados tiene a su vez varias interpretaciones”. Véase Napoleón Franceschi G., “Una reflexión sobre la historia y otras disciplinas conexas”, en *Almanaque*, año 1, n.º 2, octubre, Caracas, Universidad Metropolitana, 2012, p. 94.

30 Esto de alguna manera también lo percibió Manuel Caballero al manifestar que una vez en el Canadá, Pocaterra “completará su trabajo, transformando aquel panfleto de denuncia [se refiere a *La vergüenza de América*] en un análisis de la política, la historia, la vida venezolana después de la llegada de los andinos al poder en 1899”. Manuel Caballero, “Testimonio y ficción en la literatura carcelaria”, en *Polémicas y otras formas de escritura*, Caracas, Editorial Alfa, 2008, p. 53.

CAPÍTULO IV

Registrar para no olvidar. Superación de la fase testimonial e incursión en el discurso historiográfico

EL GIRO PROGRAMÁTICO. REFORMULACIÓN DEL TESTIMONIO EN PRO DE LA HISTORIOGRAFÍA

A partir de 1922, José Rafael Pocaterra sale de prisión. No pareciera ansioso en continuar el combate político, a juzgar por la intensa actividad cultural ejercida en *La Lectura Semanal*. Sin embargo, las circunstancias no le deparan esa vida tranquila de muchas víctimas que, una vez torturadas, mantienen un bajo perfil a fin de evitar segundas partes (¡y cuán peor no le sería si ya iba por la tercera!): la actividad panfletaria le pasa factura. Un compañero, Atilano Carnevali, le notifica que su autoría de *La vergüenza de América* ha sido descubierta. Comienza ahora un período tan complejo, o más complejo, que el anterior: el exilio. Con esto moría –tal vez para siempre¹– el hombre dedicado a la literatura y nacía el político e intelectual.

1 Pocaterra dejó una serie de novelas y relatos inéditos, probablemente realizados durante su exilio en Venezuela. No obstante, se presume que estos documentos estarían en la caja de tiempo que su viuda, Marthe Arcand, creó en Canadá al morir su esposo en 1970, los cuales debían permanecer resguardados hasta pasados los cien años. Al momento de escribir estas líneas, apenas han pasado cuarenta y cinco. Valga como argumento de lo expresado el siguiente detalle: su última publicación literaria (*La casa de los Abila*, 1946) fue escrita estando en La Rotunda (1920-1921). Véase los anexos de este trabajo.

Desde su estadía en Nueva York, pasando las rutas de Curaçao y el peregrinaje por Puerto Rico, hasta su residencia definitiva en Canadá motivada por las presiones del servicio diplomático de la dictadura al gobierno norteamericano, se dedica a escribir artículos en contra del gobierno gomecista, señalando los crímenes que se cometen casi a diario, los abusos constitucionales perpetrados por el caudillo o denostando a quienes son serviles con este.

Ya alejado el escritor del peligro que representaban los agentes del régimen, todo lo producido podría considerarse como una extensión, algo intermitente del proyecto expuesto en el folleto de 1921: un llamado constante a la conciencia de las élites del mundo civilizado, un registro de abusos que poco a poco engrosa la carpeta de reclamos a cobrar frente a instancias legales.

Pero esta actitud va a cambiar cuando se dé cuenta de la ineffectividad de sus textos en la consecución de sanciones contra la dictadura a nivel internacional. La carta recibida desde San Juan de Puerto Rico el 6 de noviembre de 1923 por un seguidor del Benemérito de nombre Jesús Marcano Villanueva es el detonante de este giro. Por la trascendencia de sus ideas, consideramos citarla en su extensión:

A José Rafael Pocaterra
En el Canadá.

En el periódico “El mundo” de esta ciudad he leído un artículo suyo “valiente” como todos los suyos, y en el cual juzga Ud. al poeta [José Santos] Chocano en la forma que Ud. acostumbra juzgar [sic] a todos aquellos que no están de acuerdo con sus fantásticos caprichos.

Debo advertirle que a mí no me importa que Chocano sea lo que Ud. dice, ni que sea Ud. el fino producto de su auto-examen. A mí lo que no me convence es que *un hombre que se dice tener talento como Ud. se haya dado a la tarea de gastar su cerebro en asuntos y en cosas que no dan para la historia.*

Los artículos suyos siempre cargados de bilis, siempre llenos de frases que no cuadran a la cultura literaria del autor de “Patria la Mestiza...”, *no tienen otro objeto sino el de la cantaleta permanente de decir que el General Gómez es un “tirano” y el de gritar como plañideras de zarzuela: “¡la libertad!” “¡mis abuelos los libertadores!” “¡la cárcel!” “¡la vergüenza de América!” “¡Maracay!” “¡el castillo!”* Vaya, vaya señor Pocaterra, con esta gritería de parroquia no se va a ninguna parte, con esta chacotería de escritores consagrados porque escriben una novelita a la Tierra del Sol Amada o a la Tierra amada del Sol no se llega a ninguna parte; insultando al Poeta de América [se refiere al poeta Chocano], al coronado del Perú no se conquistan glorias literarias, ridiculizando o pretendiendo ridiculizar a sus paisanos de Maracaibo, orfebres como Ud. dice, que fueron a recibir a Chocano a La Guaira, no se consigue nada que con esa quejumbre que Ud. dora con un poco de vacua ironía no se le quita de la mano la espada a un hombre completo como el General Gómez.

Le repito que a mí me importa Chocano tanto como Ud. A mí no me importa que Chocano ya no sea el poeta imaginativo de “La Magnolia”, ni que Ud. baje a los pantanos a recoger larvas para arrojarlas desde su escondrijo a los intelectuales venezolanos; ni que se vaya con Ginés de Pasamonte a guarecerse en las alquerías para salir de allí “fragante” a “aperos sudados” (palabras suyas) para presentarse criticando a Chocano, ofendiendo a su patria de Ud. y arrojando una frase cursi sobre las mujeres a quienes el Cantor de América ofreció las flores del corazón del Avila [sic] convertidas en hidalgos versos y la música del cerro armonioso en eclosión de ritmos.

Así no se hace patria; así se acaba con la patria. *Uds. los quijotes fracasados, los “rebeldes” de chafarote y los “escribidores” de parroquia, no mellan la obra poderosa del General Gómez.* Uds. lo que hacen es acabar con esa patria que enfáticamente dice Ud. costó tan cara a sus abuelos los libertadores; Uds. han acabado, han profanado, han insultado a ese girón de tierra gloriosa que tiene para los Pocaterras que la presentan como cortesana de pacotilla una fuerte cox propinada por el Caballo blanco de su Escudo.

Las pasiones políticas no deben llegar al extremo a que han llegado en estos últimos tiempos las de Ud. ¡Pobre Pocaterra! da [sic] lástima que

un buen declamador del “Nocturno” de [José Asunción] Silva y de “El Cuervo” de [Edgar Allan] Poe en los calabozos del Castillo de San Carlos cuando los sombríos tiempos de Cipriano Castro, *venga hoy al extranjero a echar sombras sobre una patria (porque ni Andrés Bello se le escapa) que no necesita de su talento*, que no quiere ni espera nada de sus ideales de feria, ni se emociona con sus arranques de “patricio”.

Cambie Ud. su vida. No se ocupe de Venezuela que allí nadie se acuerda de Ud. Su nombre no es allí un símbolo; guarde la pluma injuriosa que Ud. esgrime para los intelectuales de Venezuela que seguramente tienen ideales más hermosos que los suyos y si Ud. se siente herido porque el General Gómez le castigó severamente no eche su mal de rabia sobre el poeta Chocano, no sobre los intelectuales de Venezuela, ni sobre las bellas mujeres de Caracas: *póngase a la cabeza de los cien mil venezolanos que novelescamente dice Ud. andan por el exterior y vaya a derrocar al Gobierno del General Gómez*.

No escriba tantos artículos injuriosos, guarde su hígado, sea venezolano sobre todo y no se confunda con esos patriotereros que se presentan como los “lindos” guardianes de los harenes turcos ante el concepto de la gente extraña².

Pocas correspondencias de ese talante recibió Pocaterra en su vida. Como las suyas, iba directo al blanco, sin rodeos, cáustica, con una factura estética de idéntico tenor. Es muy probable que este ataque no hubiese dejado resquicio de su personalidad humana y política a salvo, y tan relevante debió parecerle que optó por archivarla en sus papeles. No sería errado pensar más allá de lo obvio y decir que se trató, además, de una crítica generadora de autocrítica. La interpretación negativa de su labor por parte de sus coterráneos (poco importa su filiación gomecista) es síntoma de un desgaste de la táctica política de la oposición. Más aún: de que los fines propuestos no están siendo apreciados como tales. Las ideas de Marcano Villanueva se convierten así

2 José Rafael Pocaterra, *Archivos de José Rafael Pocaterra*, tomo I, Caracas, Banco Industrial de Venezuela, 1973, pp. 49-50.

en una hoja de ruta de problemas que deben superarse dentro de su futura labor intelectual.

El primer escollo será la marcada subjetividad de su escritura. En su momento visto como recurso predilecto para denunciar y condenar el horror presidiario vivido, fuera de la cárcel esa individualidad se transforma ahora en un simple acto de opinión de cosas de las cuales no se es testigo directo y que al construirse con una voluntad pugnaz deviene en líneas injuriosas que, más que revelar el crimen, atacan a la figura del delincuente. Eso explica la acusación de “antipatriotismo” endilgada por su remitente: se ha construido un retrato nacional que solo puede verse con un pañuelo en la nariz. Se percibe, además, como el desahogo de un hombre dolido y atormentado que denuncia de su patria en el ostracismo. La nueva coyuntura le demanda la adopción de otro tono si no desea perder credibilidad ante el resto del mundo ni minimizar la dimensión del conflicto político-social venezolano bajo el mote de ser simples “pasiones políticas”, ya presente en la carta³.

La segunda barrera tiene que ver con la revalorización de su obra como político y hombre de letras. A pesar de su prestigio como escritor y figura rutilante de la literatura de su país⁴,

3 Dicho temor lo acompañó hasta la edición final de sus memorias: “En el futuro se han de creer muy escasamente nuestros dolores y vuestra cobardía [se refiere a los verdugos del gomecismo a través de la figura del apóstrofe]. En una frase trivial y usual, en la clásica reflexión de que se trata de ‘antiguas pasiones políticas’, va a quedar arropado todo”. José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, tomo I, Caracas, Editorial Élite, 1936, p. 199.

4 Léase el comentario que le hace Nicolás Hernández: “Por aquí conversé largo rato con el antiguo amigo Vargas Vila (J. M.) y me complace decirle que oí hablar muy bien de usted calificándole de el primer novelista venezolano”. José Rafael Pocaterra, *Archivo de José Rafael Pocaterra*, Caracas, Banco Industrial de Venezuela, tomo I, 1973, p. 76.

Pocaterra (de unos treinta y seis años para el momento) es visto oficialmente como uno de esos “malos hijos de la patria” señalados por el gobierno de Gómez. Es un fracasado ante un importante sector intelectual de su sociedad que, como buen personaje de baja ralea, solo ataca por entregas. De hecho, el problema según Marcado Villanueva no radica en su peligrosidad, sino en lo bochornoso de su actuación que pretende ser revolucionaria cuando en realidad habla mal de la familia en casa ajena. Este hecho fue lo suficientemente contundente como para entender que lo realizado hasta entonces no llevaba a ninguna parte (es lógico: si lo escrito daba una mala imagen de la nación era porque los lectores solo prestaban atención a la pintura y no al contenido de la historia, con lo cual demostraban no tener la menor intención de cambiar la situación de un país que no era el suyo por un sufrimiento que no les alcanzaba).

Independientemente de si esto fue determinante o no en él, lo cierto es que en ese breve período comienza un proceso creativo durante el cual busca rectificar su comportamiento anterior. En el plano de hombre político, esto se materializa en la planificación a partir del año 1928 de la conspiración del Falke, última en la cual participa en un intento por quitarle algo más que “la espada de la mano” a Juan Vicente Gómez. En el ámbito intelectual, comienza desde el mismo momento en el cual recibe la misiva de su detractor e implica ya no denunciar, sino escribir la historia de lo que ha significado el andinismo desde su llegada al poder en 1899, trabajo que no culminará sino hasta un año después de la muerte del Benemérito.

Ya en 1924 hay indicios de investigación de su parte, pues el 2 de octubre, en una carta fechada en la ciudad de Nueva York, Trino Baptista le confiesa haber vivido una existencia tan errante que no ha podido formar un archivo ni sacar su papeles del país, sin mencionar que nunca ha sido un hombre de memoria prodigiosa. “De modo que al fin me he convencido de que

nada importante podría ofrecerle para su trabajo”⁵. ¿A qué trabajo se refería?

El 14 de noviembre, aún sin saber del todo el proyecto del libro, este le estimula: “Usted tiene el talento y el valor necesarios para ese gran empeño, pero debe acompañar esas cualidades con la de una imparcialidad serena y una justicia verdadera. Piense en que su obra será de alta trascendencia en el país y de profunda significación en el exterior, capaz de abrir un amplio surco en la suerte de nuestra patria”⁶. Luego responderá una serie de preguntas relacionadas con su desempeño como miembro del gabinete del primer gobierno de Gómez, en una clara labor investigativa⁷. No será sino el 4 de diciembre de ese mismo año, en una carta al mismo Baptista, cuando le comente que está en proceso de escribir otro texto hasta entonces desconocido: “[las copias de *La vergüenza de América*] las presté, se las cogieron y hoy paso la pena de no poder facilitarle la mía *porque de un momento a otro echaré mano de ese que tengo [sic] para refundirlo en las ‘Memorias’*”⁸.

Han nacido las *Memorias de un venezolano de la decadencia*. El proyecto aún no tiene un ejercicio historiográfico en su totalidad, pero demuestra interés en trascender su vivencia mediante la recopilación de documentos y testimonios de terceros que le permitan establecer una *res gestae* sustentada: “Lo que yo quiero –lo que yo trato de hacer con buena fé [sic] y sin paliativos– es descarnar el asunto de todo convencionalismo, llevándolo al extremo de que mi libro sea el reflejo, vivo y sincero de cuanto muchos piensan y no se atreven a expresar”⁹.

5 José Rafael Pocaterra, *ibidem*, p. 89.

6 *Ibidem*, p. 91.

7 *Ibidem*, p. 93.

8 *Idem*.

9 *Ibidem*, p. 94.

**LA INTERPRETACIÓN POLÍTICO-SOCIAL DE LA REALIDAD
VENEZOLANA DEL PREFACIO DE LAS *MEMORIAS*
DE UN VENEZOLANO DE LA DECADENCIA DEL AÑO 1927
COMO PREPARACIÓN DE LAS COORDENADAS FUTURAS
DE SU ACCIÓN POLÍTICA E INTELECTUAL**

Dicho programa se materializa en 1927, con la primera publicación en Ediciones Colombia¹⁰. En ella escribe un prefacio de poco más de treinta páginas que no aparecerá en la edición de 1936 y cuyas ideas son relevantes en la comprensión de las ideas de Pocaterra en el ámbito de la escritura. En ese proceso de cambio oscilante entre el testimonio contestatario y una exégesis de corte historiográfico hay un espacio intermedio en el que ambos conviven en una suerte de simbiosis ambigua, por lo cual las ideas expuestas en este prólogo conforman tanto los rastros ideológicos distintivos de ambas aspiraciones como la “poética” que habrá de conformar el texto en su totalidad nueve años después.

La primera de estas se relaciona con los motivos de su labor. Como un remanente de su aspiración testimonial, el autor afirma haber escrito las *Memorias...* impelido por un marcado carácter de urgencia¹¹, en un afán por crear conciencia política en la comunidad americana ante un fantasma autóctono que recorre sus espacios: la tiranía. No en vano señala que “El caso de Venezuela es quizás estímulo para alguna sombría dictadura

10 La edición de 1927 tiene dos tomos (I: 1898-1908: Castro / II: 1908-1919: Gómez). Cuando surge la de 1936, estas se funden en una y forman parte del tomo I de la edición definitiva. En otras palabras, más allá de algunos cambios paratextuales, la diferencia entre la publicación primigenia y la última está en que esta tiene un nuevo tomo con dos apartados (III: *La vergüenza de América* / IV: La oposición. Apéndice documental).

11 José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, Bogotá, Ediciones Colombia, 1927, p. 11.

en proyecto¹²” al mismo tiempo que confiesa odiar a “los déspotas de Lima tanto como los de Caracas y los de Bolivia, al igual de los de la América-Media (...). Mi batalla no es contra los Gómez de Venezuela sino contra los Gómez de la América indo-española”¹³.

No obstante, esa cruzada personal de narrar el mal sufrido por su nación ha perdido el ímpetu agresivo del período anterior. Hay un abismo entre la descarnada presentación de la violencia política y estas páginas. Lexicográficamente, el motivo ha sido decantado. Erigido tiempo atrás bajo la égida del “ataque” (ataque a la censura dictatorial; ataque a la pasividad de sus conciudadanos; ataque a los adláteres de Gómez cómplices de la tortura, ufanos ante la impunidad de sus actos; ataque, al fin, a toda esa visión pseudocivilista forjada por los discursos oficiales), vemos izar un nuevo lema en el horizonte: “La justicia. La justicia seca, fría, sin piedad, sin odio, sin amargura. Y sobre todo y por encima de todo: sin miedo”¹⁴. Es así como el cumplimiento de ese deber cívico, concretado en la exposición de aquello cuya publicidad deslegitima al poder y que su autor denominó *el mandato de los muertos*, se articula en miras de una finalidad trascendente: legar al futuro las huellas de la infamia andina. Por eso escribe lo siguiente:

Los que vengan a buscar en sus páginas diatribas políticas y retaliaciones personales, ya pueden terminar aquí su lectura; los que soliciten en ellas una atenuante convencional a su conducta, harán mejor con no leerlas.

12 *Ibidem*, p. 8.

13 *Ibidem*, p. 9.

14 *Ibidem*, p. 8.

Yo no escribo para los energúmenos ni para los cínicos.

*Yo escribo para la historia. Escribo para la justicia. Escribo para la libertad*¹⁵.

Este proceso de objetivación comienza por un estado psicológico donde el creador deja pasar el tiempo para “enfriar la masa” de sus recuerdos “y vaciarla en un molde preciso de mesura y serenidad”¹⁶. La afirmación resulta interesantísima desde una perspectiva epistemológica pues, ¿cuál sería la naturaleza de ese “molde preciso” capaz de garantizar la fidelidad a la verdad y obtener justicia si se trata (otra vez) de sus propias memoraciones? En teoría, el proceso estaba condenado a ejecutarse a través de la narración, siendo la herramienta por excelencia con la cual totalizar y direccionar el sentido de la experiencia humana, más aún cuando no había formas alternas para resguardarla del olvido. En la práctica, *La vergüenza de América* era el resultado lógico. ¿Cómo ahora Pocaterra podía ser imparcial con el mismo modo de recolección de datos (la vivencia de los hechos), la misma medida expositiva (su comunicación narrativa, memoración mediante) y aspirar con estos a una radiografía destinada a las generacio-

15 *Ibidem*, p. 11. No deja de llamar la atención que en la versión inglesa escribiese exactamente lo contrario: “What I am writing is History” (“lo que estoy escribiendo es Historia”. Gómez, *The Shame of America*, p. 7). ¿Se tratará de una indecisión programática? No pareciera, pues en la edición francesa mantiene la misma idea que en la española: “J’écris pour l’histoire. J’écris pour la Justice. J’écris pour la Liberté” (José Rafael Pocaterra, *La tyrannie au Vénézuéla. Gomez, la honte de L’Amérique*, París, André Delpeuch Éditeur, 1928, p. 6). Tal vez la expresión sea la resultante de las barreras naturales de una lengua extranjera aprendida en la cárcel, con la desventaja añadida de ser atípica frente a la presencia y prestigio del francés. Baste recordar que en las *Memorias...* se registra cómo Nereo entendía los diálogos de los prisioneros en otros idiomas, excepto el inglés. Véase la sección de apéndices de este trabajo para leer el texto en su totalidad.

16 José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, Bogotá, Ediciones Colombia, 1927, p. 11.

nes futuras en vez de una condena enérgica o la demanda de una actuación inmediata por parte de las naciones civilizadas? ¿Cómo era posible que los mismos procedimientos generaran diversos resultados?

Pocaterra soluciona esta incógnita gracias a la inclusión de otros discursos que, en cohabitación con el de su vivencia, sustenten, complementen, y potencien la función histórica del texto:

La mayor parte de los episodios que refiero los he presenciado; he sido actor en algunos; *otros reposan sobre datos pacientemente acumulados y depurados desde diez y siete años atrás*. Todos tienen la garantía de quienes en ellos actuaron; y unos cuantos la solemne sanción de la tumba. Del fondo de ella van a hablarnos los que sucumbieron¹⁷.

La aparición de fuentes, aunque en condiciones todavía incipientes, ya le concede un estado diferente a las *Memorias...*, pues pierde su naturaleza contestataria y se reviste de un carácter investigativo, incluso científico. En efecto, en el capítulo VIII del primer tomo el narrador nos cuenta cómo fue el arribo al castillo de Puerto Cabello. Justo después de una exclamación sobre la triste jefatura del general Jorge Bello, quien era jefe de la fortaleza, coloca una nota al pie donde podemos leer lo siguiente:

El infortunado general Antonio Paredes dejó un libro, escrito con una sencillez admirable y con todos los datos que puedan importar a quienes suelen imaginar que estos horrores son novelas escritas para conmovier a bandidos. El libro de Paredes se llama “Diario de mi prisión en San Carlos.” En el Apéndice de esta obra irá la lista de víctimas y detalles¹⁸.

El recuerdo de José Rafael Pocaterra como preso político del gobierno de Cipriano Castro ya no funge como prueba acusatoria, sino como material con el cual reconstruir cronológicamente parte de un tiempo pasado. Al mismo tiempo, y en aras de

17 *Ibidem*, p. 12.

18 *Ibidem*, pp. 141-142.

fortalecer lo dicho, hace uso de información adicional –producto de la averiguación y selección crítica del autor– de la cual no fue actor principal ni testigo. Lo curioso es que se trata de un testimonio, es decir, de algo de lo que su autor ha buscado alejarse deliberadamente y que, a pesar de tener una función similar a la de *La vergüenza de América*, ahora se le toma como información autorizada. Esta forma de investigación, si pretende un estatuto serio y objetivo, es bastante heterodoxa, tomando en cuenta que son las personas más que los documentos escritos los verdaderos constructores del relato de estas *Memorias...* del 27. Así, descubre numerosos datos, tanto menudos como relevantes. Sabe por un informante que una copla escrita después de la Revolución Libertadora fue realizada por Baltazar Vallenilla¹⁹, hermano de Laureano Vallenilla Lanz, y gracias a una entrevista al coronel Manuel Quevedo conoce los detalles de los hechos ocurridos en San Carlos durante el bloqueo a Venezuela (1902-1903), cuya versión es contraria a la oficial²⁰.

En el capítulo XV hay una nota al pie significativa sobre este tema:

En los capítulos XI y XII del presente tomo de esta obra [se refiere al segundo, relativo a Gómez] algunos episodios adolecen de falta de exactitud en cuanto a la disposición cronológica, así como también de ciertos errores u omisiones muy lejos del ánimo y de la buena fe del autor, todo ello contingente a un relato de memoria y sobre acontecimientos ocurridos hace catorce o quince años. Por suerte el autor ha obtenido últimamente –ya impresos en “La Reforma Social” los citados capítulos,– [sic] diversos documentos y apuntaciones de testigos oculares y actores en los sucesos, lo que le permite, al imprimirse la obra, dejar debidamente rectificadas esta parte de su labor. Todo detalle en este sentido cobra especialísimo interés e importa fijarlo

¹⁹ *Ibidem*, p. 145.

²⁰ *Ibidem*, p. 187.

bien, no sólo por los requerimientos de la exactitud histórica cuanto por impedir esas falsificaciones y esas mixtificaciones tardías de que suelen revestirse los hombres que no son de acción cuando la acción ha pasado. Aunque ausente de la capital, el autor en breve estuvo en lugar desde donde poder observar, del lado dentro, el desarrollo de los acontecimientos. *En historia, y particularmente en historias de este género, es menester haber [sic] visto las cosas muy de cerca* y no desde las perspectivas románticas en alas de imaginaciones juveniles, muy bien intencionadas pero absolutamente ineficientes a la hora grave de los acontecimientos²¹.

Como se ve, el acto mismo de acotar las posibles fallas delata una vocación de expresar la verdad histórica de los hechos. Si bien estos no son verídicos por razones humanas, cuando una de las fuentes falla (y el testimonio es ahora *una* de las muchas utilizadas) el discurso es subsanado gracias a la presencia de otros documentos iluminadores del proceso. Así, aunque no se llame a sí mismo historiador, Pocaterra realiza algunas de sus operaciones: recopilar datos, evaluar su calidad, confirmarlos, reconstruirlos y finalmente interpretarlos en su dimensión histórica.

Curiosamente, su objetivo no es historiar el pasado lejano, sino el reciente, alejado de cualquier idealización romántica o simplismo explicativo, asumiendo de alguna manera el método proclamado por Simón Bolívar al tratar de ver las cosas muy de cerca pero de juzgarlas (objetivo no del todo logrado en sus planes, en parte por su intrínseca función ejemplar) muy de lejos. En todo caso, si algo de lo narrado llega a ser objeto de disputa no será debido a opiniones infundadas, pues estas han tenido un debido proceso de estudio y comparación con otros elementos probatorios.

De manera progresiva, Pocaterra reconstruye una vivencia histórica que expande su campo de estudio más allá de su individualidad.

21 José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, tomo II: Gómez, Bogotá, Ediciones Colombia, 1927, pp. 81-82.

En aquellos espacios donde sus ojos no estuvieron, están los de otros. Esos momentos de tensión ajenos a su espacio personal los vivieron terceros. Y no basta que digan: “Yo lo viví”, porque todos pasan por un proceso de decantación donde se evalúa su verosimilitud y relevancia en los hechos: ¿quién mejor para sustanciar los horrores del castillo de San Carlos que el mismo Paredes? ¿Quién más autorizado para dibujar la angustia del bloque que un soldado que estuvo frente al peligro como Quevedo? Será común encontrar esta actitud en frases como “Yo estuve cerca, yo lo ví [sic] todo”²², “a juzgar por lo que me han referido”²³, “Personalmente he verificado esta información como queda escrito”²⁴, “según propia referencia. Si mis notas no están erradas”²⁵, “...siguiendo el plan que me he trazado de no afirmar nada sin que guarde en archivo el documento que respalde las afirmaciones...”²⁶ o “cada averiguación que hago es un asco”²⁷. Esto le permitirá más adelante, al mejor estilo de la historiografía decimonónica, formular desde el punto de vista narrativo *la verdad de lo que ha sido* el andinismo, pero desde una perspectiva contemplativa, documentada y rigurosa²⁸. Sobre este punto volveremos más adelante.

22 José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, tomo I, Caracas, Editorial Élite, 1936, p. 59.

23 *Ibidem*, p. 67.

24 *Ibidem*, p. 90.

25 *Ibidem*, p. 91.

26 *Ibidem*, p. 235.

27 José Rafael Pocaterra, *Memorias...*, tomo II, *op. cit.*, p. 57.

28 De hecho, el texto ya es visto en este período como obra histórica. En la contraportada de la edición de 1927, se publicitan las obras que ha escrito Pocaterra. Estas se clasifican en dos tipos: novelas e historia. En esta última se encuentran los tomos editados (“Memorias de un Venezolano de la Decadencia: Tomo I, ‘1898-1908: Cipriano Castro.’ Tomo II: ‘1909-1919: Juan Vicente Gómez.’”) y por editar (“En prensa: Tomo IV, ‘1920-1925: La Vergüenza de América.’ Tomo V, ‘Apéndice: La Oposición. Documentos’”). De las *Memorias...* se ignora cuál habría podido ser el tercero. En una parte se refiere a estas como “Obra documentada de la realidad contemporánea

La segunda reflexión está enmarcada dentro de una interpretación sociopolítica dedicada a responder una pregunta: ¿qué es lo que pasa en Venezuela? Ya los años tanto adentro como afuera del país le han permitido ver la actitud persistente de la élite que la domina.

En el plano social cataloga a sus congéneres como miembros de una decadencia vergonzosa. Según su experiencia, ellos no fueron estímulo para luchar a favor de la libertad, pues en ellos residían “los estigmas de la decadencia: la pequeña intriga, la desidia, una suerte de voluntad enferma; y una propensión malsana al análisis disolvente y al elogio romántico de la acción”²⁹. Es la primera vez que hace pública esta apreciación. Todavía no está revestida por una perspectiva biologicista (decadente = degenerado), sino de una apatía lindante con el conformismo³⁰. Con este panorama pesimista se responsabiliza a los miembros del cuerpo social de su propia desgracia. Salvo un puñado de valientes, el pueblo venezolano, más que víctima, es cómplice de su propio verdugo, mucho más si los llamados intelectuales ejercen de “parásitos de poderosos de centros protectores”, cuya corrupción los impulsa a que “las dictaduras abominables asuman un aspecto exterior de normalidad”³¹.

La descomposición moral del pueblo, materia prima de las naciones, conlleva a la lógica formulación de un sistema político descolocado en su funcionamiento. Es la exposición de una organización del poder acorde al estado social que lo domina. Así, con

de Venezuela a través de un tercio de siglo (1898-1926)”.

29 *Ibidem*, p. 9.

30 Sin embargo, como veremos más adelante, dentro de la perspectiva biológica ciertas condiciones internas de los organismos vivos se manifiestan a través de conductas negativas externas, por lo que no debería descartarse de pleno su influencia en este momento.

31 *Ibidem*, p. 7.

toda la virulencia del caso, el presidente no es tanto la primera figura de las instituciones republicanas como un “tiranuelo estúpido” apoyado por una serie de “sicofantes que recogen desperdicios por debajo de la mesa entre las coronas marchitas maculadas de vómito”³². Este declive de la imagen gubernamental, percibido tanto por los venezolanos de la oposición como extranjeros, le hace mantener una posición crítica frente al régimen: su permanencia en el mando la ha convertido en una patria paupérrima en comparación con otras del continente. No obstante, esta culpa tácita también se dirige al pueblo, y con ella se delata la imposibilidad de un cambio político desde adentro en el mediano plazo.

Y justo cuando las trabas sugieren la violencia a través de la oposición exiliada, Pocaterra las cierra: no existe una oposición en el buen sentido de la palabra. La decadencia también los ha tocado muy hondo. Solo tienen en común el rechazo visceral de la tiranía gomecista, pero le falta el compromiso necesario para unificar las fuerzas y dirigir las a un plan de acción concreto; la flexibilidad para olvidar las diferencias con otras personas y la humildad para asumir sin rencores el cargo que se les asigna. Esto lo lleva a la siguiente conclusión:

En síntesis, (...) mientras el régimen absolutista de Venezuela tenga de frente al régimen covachuelista de la oposición, su anarquía grotesca y sus aspiraciones insensatas, ya podemos pensar en remitir al gastado organismo de Gómez y al ácido úrico que lo está corroyendo, la solución del problema nacional³³.

Los elementos expuestos le permiten formular de manera sistemática por qué Gómez permanece en el poder sin grandes esfuerzos, a pesar de su precario intelecto: “La razón de existir del nepotismo de Gómez es sencillamente el predominio de la fuerza bruta que él representa y a favor del cual las clases dirigentes de Venezuela –con muy contadas excepciones– directa e indirecta-

32 *Ibidem*, p. 18.

33 *Ibidem*, p. 24.

mente especulan”³⁴. Entonces, ¿cuál es la solución al problema del gomecismo si la vía internacional fracasó³⁵ (Estados Unidos no realizó la tan esperada suspensión de las relaciones diplomáticas³⁶), las condiciones objetivas y subjetivas para una revolución interna en Venezuela no están dadas y los potenciales combatientes proscritos están sumidos en la anarquía? Pocaterra estaba convencido de que en el país “casi todos los venezolanos son revolucionarios, enemigos del actual gobierno... pero ‘confidencialmente’”³⁷; de que había “un deseo de ‘cambiar’ de sistema”³⁸ y sin embargo no hay una respuesta clara al final de sus páginas más allá de la incorporación de una nueva generación “sin ridiculeces ni megalomanías: pura, sencilla, fuerte, con la tolerancia que da la fuerza consciente”³⁹. ¿Se refería a la juventud estudiantil que siempre admiró, cuya confrontación con la dictadura sería abierta un año después?

En todo caso, esta lectura de la realidad nacional fue el paso previo para la elaboración de un itinerario político e intelectual a transitar a corto y a largo plazo respectivamente. El primero lo

34 *Ibidem*, pp. 24-25.

35 Ya desde inicios de la Primera Guerra Mundial el Gobierno de los Estados Unidos se planteó (incluso antes de la aparición del folleto de Pocaterra) derrocar a Gómez por ser una dictadura deshonrosa, pero las opciones no eran viables: ya habían visto, por ejemplo, que “desconocer el gobierno de Gómez no traería ningún beneficio. Ese gobierno es financiera y económicamente independiente”, motivo por el cual no le podrían afectar bloqueos ni la ruptura de relaciones diplomáticas, más aún en un Estado que carecía de una lista larga de países como Italia, Chile, Argentina, Cuba, Portugal, México, Bolivia, Perú y Uruguay y, con todo, se desenvolvía sin problemas. La única que vieron viable “Eliminar a Gómez de raíz” nunca se propuso como solución. Esto resulta curioso porque es casi la misma peripecia trazada por la oposición en el extranjero años después, desde la literatura de denuncia hasta la gesta del Falke. Véase Manuel Caballero, *op. cit.*, p. 169.

36 José Rafael Pocaterra, *Archivo de José Rafael Pocaterra...*, *op. cit.*, p. 53.

37 *Idem*, p. 27.

38 *Idem*, p. 29.

39 *Idem*, p. 30.

conducirá a la actuación –tal vez un poco novelesca, como señalara en su momento Marcano Villanueva– conspirativa del “Falke”⁴⁰ a pesar de no haber aglutinado a todas las fuerzas opositoras del exilio, convencido de penetrar en tierra donde todos son enemigos secretos del gomecismo⁴¹. El segundo por los momentos constituye un registro objetivado de lo que ha realizado la dictadura andina desde el advenimiento de Cipriano Castro hasta su defenestración por parte de su compadre. Pero no captemos mal el asunto. El proyecto es de esa manera solo por motivos coyunturales⁴², pues el caudillo sigue vivo, manda y lo obedecen, es decir, la historia sigue su curso “decadente”.

40 “Expedición armada preparada en Europa y dirigida por el general Román Delgado Chalbaud, que habría de ser el más importante movimiento insurreccional contra el régimen de Juan Vicente Gómez. (...) El plan para derrocar a Juan Vicente Gómez constaba de 2 etapas. Una primera expedición, liderada por Delgado Chalbaud, desembarcaría en las costas orientales de Venezuela, estableciendo allí una cabeza de puente para la segunda expedición, con armamento y fuerzas superiores, que se encargaría entonces de la marcha rumbo a Caracas; al mismo tiempo, una acción concertada con los jefes guerrilleros antigomecistas refugiados en Colombia, particularmente Juan Pablo Peñalosa, llevaría una invasión desde el Táchira”. Nikita Harwich Vallenilla, “Expedición del Falke”, en *Diccionario de historia de Venezuela*, Caracas, 2010, pp. 295-296.

41 “Yo creo que usted asintió conmigo en que *no se puede pensar en revolución que dure si quiera dos semanas*; pero con recursos, un golpe de estado es más fácil; y respaldado por una homogeneidad en el extranjero *hay maneras de abrir proposiciones en el seno mismo de los cuarteles de Gómez y a su alrededor*”, le escribe Pocaterra a Leopoldo Baptista el 21 de mayo de 1927 en Montreal. José Rafael Pocaterra, *Archivo de José Rafael Pocaterra...*, op. cit., p. 128. Cursivas del texto, subrayado propio.

42 Coyuntura que exigirá, a pesar de no ser su fin último, mantener su uso político, como ocurrió antes con *La vergüenza de América*. Así lo atestigua Atilano Carnevali en carta fechada en Nueva York el 10 de octubre de 1928, en plenos preparativos para el Falke: “Mientras llega el momento de disparar tiros, hay que hacer algo. Nuestro decoro lo exige imperiosamente así. Esto de permanecer con los brazos cruzados, en esta hora, es una vergüenza para nosotros. A falta de ametralladoras, que trabaje la literatura heroica”. *Ibidem*, p. 243.

No es un ocio reiterarlo: en vista del fracaso que significó la sanción por la vía judicial en la mayoría de sus casos, en el momento en el cual se publican las *Memorias...* no se persigue denunciar, sino registrar históricamente la historia venezolana a raíz de la llegada de los andinos y legitimar ante el mundo la acción que está a punto de suceder: una empresa tiranica⁴³. La acción armada tendría así argumentos objetivos (sustentados, comprobados y rescatados del olvido) para justificar la defenestración por la fuerza de un Gobierno legalmente constituido⁴⁴. Solo su fracaso estrepitoso lo llevará a recluírse de la política para dedicarse de lleno a construir lo único que parecía posible: la conciencia histórica de las generaciones del futuro.

43 Ya se lo recordaba Pablo César Peñaloza: “Como Ud. bien dice, es necesario acabar primeramente con el déspota y sus asociados para entonces entrar a –Hacer Patria– (...) [el régimen] es el cáncer que corrompe y acaba con nuestra nacionalidad”, José Rafael Pocaterra, *Archivo de José Rafael Pocaterra...*, op. cit., p. 283. Esta actitud la mantendrá incluso cuando se aparte de toda actividad conspirativa, por lo cual en una correspondencia a Rufino Blanco Fombona afirma que: “Queda una solución. Es lo único que afirmé en el prólogo de mis *Memorias* y que fue suprimido pero queda impreso en el número de *La Reforma Social* en que salió: matar a Gómez”. José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, tomo II, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1990, p. 449.

44 No es casualidad que en ese período sea cuando surjan las ediciones inglesa y francesa de *La vergüenza de América*. Simón Betancourt le escribe a Pocaterra en una carta fechada en Curazao el 1.º de septiembre de 1928, ya en los retoques finales para concretar el golpe, lo siguiente: “En su primera [carta] me anunciaba que de Colombia vendrían para mí en consignación unos ejemplares de las ‘Memorias’; a esta fecha aún no los he recibido. Si le quedan aun [sic] ejemplares de la ‘Vergüenza de América’ [sic] envíeme unos cuantos. *Este es el momento propicio de hacerla conocer de la mayor cantidad de gente*”, aunque ya desde el 25 de agosto de 1928 le había señalado la labor realizada por César Zumeta para evitar la circulación del libro en Francia. José Rafael Pocaterra, *Archivo de José Rafael Pocaterra...*, op. cit., p. 237. El objetivo sin duda se consiguió, si tomamos en cuenta las aseveraciones de Gonzalo Carnevali en su misiva del 17 de septiembre de 1928 en Bogotá: “Por lo que se refiera a la opinión pública se halla preparada a maravilla, y en ello tienes tu [sic] una parte enorme. Gómez y de la Rosa no cuentan con un solo amigo verdadero en Colombia”. José Rafael Pocaterra, *ibidem*, p. 239.

ACENTUACIÓN DEL DISCURSO HISTORIOGRÁFICO DE *MEMORIAS DE UN VENEZOLANO DE LA DECADENCIA* EN SU EDICIÓN DEFINITIVA DEL AÑO 1936

Una vez perdida la esperanza de derrocar al longevo dictador por la vía golpista, la imagen de Pocaterra sufre un duro revés frente a sus coterráneos. De ser “el mejor escritor revolucionario (...) quien también es partidario del tiranicidio y quien tiene toda la fuerza moral para hablar que le dan los sufrimientos bajo las tiranías de Castro y Gómez”⁴⁵ proclamado por Nicolás Hernández; aquel cuyas palabras eran para Tácito “una autoridad y un soplo de empuje”⁴⁶ y la figura más rutilante de la oposición al punto de que Román Delgado Chalbaud lo igualara a su nivel (“En ciertos momentos recuerde lo que le he dicho: Que Ud. soy yo y que allí donde yo no deba o no pueda estar allí estará Ud.”)⁴⁷, pasó a convertirse de pronto en un traidor, un cobarde y algo peor a su juicio: “Yo para ellos soy un muerto político”, le confiesa a Carlos Delgado Chalbaud⁴⁸. Esta condición negativa le servirá de acicate para continuar con su escritura y perfeccionar lo que por ahora es su objeto de vida: penetrar en la conciencia de los venezolanos de la posteridad sobre la dimensión de lo ocurrido en Venezuela desde 1899⁴⁹.

45 *Ibidem*, pp. 105-106.

46 *Ibidem*, p. 297.

47 *Ibidem*, p. 287.

48 *Ibidem*, p. 293.

49 En carta fechada en San José de Costa Rica el 2 de septiembre de 1934, años después de que la intentona era algo muerto y enterrado, encontramos a Rómulo Betancourt dándole detalles a Pocaterra, quien continúa sus pesquisas para las *Memorias...*: “Le cuento estas cosas porque lo veo a usted en plan de historiador; y si es que se va a referir a este incidente –ojalá a él no se refiera– lo haga poniendo las cosas en su lugar”. Rómulo Betancourt, *Antología política. Volumen primero. 1928-1935*, Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 1990, p. 495.

La muerte del dictador el 17 de diciembre de 1935 es un acontecimiento trascendente en la consecución de tal propósito. El motivo de su lucha política y en buena medida de su sufrimiento como persona había cesado. También –y esto lo percibe con mucha clarividencia– culminaba un período histórico cuyas consecuencias en el futuro podían ser fatales para la nación de no incentivarse una conciencia histórica sobre lo que representó en un tiempo y un espacio determinados. Asimismo, conocer lo que fue implicaba indagar cuáles habían sido las causas de su aparición, razones estas necesarias y útiles para una sociedad aislada por décadas del conocimiento de la cosa pública nacional; aletargada por la precariedad intelectual de sus habitantes; incapaz de entender la dimensión de lo que habían vivido, tan menesterosa de cuidar la propia vida; habituada a padecer el hambre y las enfermedades.

La nueva edición había sufrido un cambio considerable en su volumen. Los dos primeros tomos del año 1927 habían sido fundidos en uno solo, al cual se le sumó otro, compuesto por las secciones que nunca salieron de la imprenta: “La vergüenza de América” (el mismo texto que salió en 1921, pero con cambios y retoques que cambian la fisonomía del texto) y “La oposición. Apéndice documental”. La dimensión del texto había llegado a su final y con ello su función –su sentido– había cristalizado de manera definitiva.

En el prefacio de la segunda edición venezolana del año 1937, Pocaterra señala haber escrito confiado en que en el futuro la gente podría leer “*algún día lo que había pasado en Venezuela*”⁵⁰, con lo cual se ha abandonado para siempre el

50 José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, tomo I, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1990, p. 11. Cursivas del texto. Citamos desde esta editorial porque este prefacio solo apareció en la reedición del año 1937.

carácter testimonial del período 1919-1921. Las cosas ahora no importan o son verdad porque las haya vivido él; importan, son verdaderas porque (violentas o no) ocurrieron a lo largo y ancho del país y han sido verificadas por testigos y documentos. Su libro ha adquirido una función historiográfica. No se escribe con imparcialidad para justificar una posible intentona violenta, como en aquellos tiempos entre 1927-1929. Ya en 1936, se escribe con la pretensión del que ha reconstruido sobre la base de investigación para comprender y concientizar a los venezolanos sobre aquellos eventos que pervivían fragmentariamente en el recuerdo de sus protagonistas o espectadores. Sin embargo –¿consciente quizá de la incapacidad totalizante de la historia?– no se abroga la suprema verdad:

Hemos escrito nuestra verdad –deficiente y todo– pero verdad. Sonó la hora de que se llamen las cosas por su nombre y no los nombres por su cosa. Estas Memorias, prontuario de una época cercana, “agenda” para los días futuros en la pugna civil, documento imperecedero en la trayectoria de la barbarie, han tenido por eso y seguirán teniendo, la difusión necesaria e irán logrando lenta y seguramente la compenetración ideológica que han menester los venezolanos de la juventud sacrificada ayer con la vasta perspectiva histórica que se abra ante las generaciones que van llegando⁵¹.

El primer elemento que delata esta afiliación radica, pues, en el rescate de lo verdadero, sin importar su dimensión o alcance. Aquí la frase “nuestra verdad” no remite a la reivindicación de una subjetividad, como algunos estudiosos han visto⁵², a la cual por solidaridad

51 *Idem*. Cursivas y redondas del texto.

52 “Desde las *Memorias...* se perfila con claridad la visión de los hechos de un protagonista que (...) quiere mostrar al país su versión de los acontecimientos, valiéndose para ello, de un discurso literario”, Fanny Ramírez, *José Rafael Pocaterra. Dos vertientes y un destino*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2006, p. 21.

debe creérsele, sino al rescate que hace una intelectualidad de aquellas acciones colectivas constitutivas de la dictadura andina en riesgo de olvidarse para así falsificar o idealizar su papel en la historia. No hay, entonces, una tergiversación obediente a intereses ideológicos específicos (no se pretende falsear, por ejemplo, los acontecimientos para disminuir la importancia de un gobernante), todo lo contrario. Existe el empleo de uno de los intereses más elementales del discurso historiográfico: el registro de las cosas pasadas para evitar lo que él llamó “la absolución histórica a fuerza del olvido”⁵³. Y si hay algo por lo que intelectualmente Pocaterra manifestó haber luchado fue por la prevalencia de la verdad por sobre todas las cosas.

Ahora bien, este objetivo histórico no tiene un fin en sí mismo. Aquellos resultados obtenidos sobre la base de la investigación no deben morir en los anaqueles: deben tener incidencia en la mentalidad de la nación, pues esta ha vivido esos hechos y de su conocimiento depende su actuación futura. Por ello confía en que esa “compenetración ideológica” habrá de ocurrir pronto en la juventud venezolana en la medida que se lean las *Memorias...*, pues incentiva en ellos la percepción historicista del mundo y con ello su conciencia histórica⁵⁴.

ADECUACIÓN DE LOS ELEMENTOS DESARROLLADOS EN SUS FASES ANTERIORES EN FUNCIÓN DE LA ESCRITURA DE LA HISTORIA DE LA DICTADURA ANDINA

Como se deduce de todo lo expuesto en estas páginas, el problema que generan las *Memorias...* en materia de definición genérica

53 José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, tomo II, Caracas, Editorial Élite, 1936, p. 37.

54 Nos referimos al historicismo en el sentido en que lo explicaba Marco Antonio Saluzzo. Véase la nota 62 en el presente capítulo.

está en que en un momento determinado su autor escribió con intereses testimoniales (la violencia de 1919 a 1921), luego pretendió señalar hechos generales documentados (las acciones básicas de la dictadura andina desde 1899 a 1911) y finalmente realizó una exégesis histórica sobre un período concluso (inicio y fin de la tiranía andinista de 1899-1935) sin excluir ninguno de los textos escritos en los lapsos anteriores. Más aún: cartas destinadas a opositores en el exilio, relatos orales de sobrevivientes o testigos de los hechos y artículos publicados en periódicos extranjeros se incorporaron a la edición final. Esto es lo suficientemente significativo como para que el lector contemporáneo se sienta, por una parte, muy confundido con su lectura como para decir a ciencia cierta qué tiene entre sus manos y, por otra, muy reacio a categorizarlo, puesto a escoger entre los términos “testimonio” e “historiografía”, como historia. No obstante, esos son problemas propios del pensamiento académico actual, donde las disciplinas y sus respectivos lenguajes han sido delimitados con un rigor inexistente a principios del siglo XX, especialmente en esta área de las ciencias sociales⁵⁵.

Impulsado por un objetivo histórico –aunque limitado por su formación autodidacta–, José Rafael Pocaterra emprende la adecuación de los componentes formales e informativos de sus fases anteriores en función de escribir la historia de la para entonces última dictadura nacional.

55 No debe olvidarse que, si bien la aparición del positivismo en el círculo intelectual venezolano influencia y contribuye al progresivo cambio del paradigma historiográfico, no es sino en la década de los sesenta cuando adquiere un estatus profesional, período cuando “De quehacer que daba expresión intelectual a la conciencia nacional de la élite ilustrada, pasó a ser una actividad que permitía a jóvenes portadores de una licencia universitaria, si no ejercer de una vez como historiadores, dedicarse de forma integral al oficio de la historia”. María Elena González Deluca, *Historia e historiadores de Venezuela en la segunda mitad del siglo XX*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2007, p. 49.

En un contexto donde la corriente positivista es hegemónica en ese campo, el primer paso para su realización es la reformulación conceptual de la historia y sus formas de edificarse. Al respecto, poco le importa si reviste carácter científico, tiene métodos avanzados de investigación o maneja una cantidad mayor de documentos. Para él sus practicantes son apenas “cucarachas de archivo”, “cagatintas” corrompidos al servicio de una dictadura. Su experiencia con los intelectuales gomecistas era la prueba más elocuente de que para expresar la verdad eran innecesarios los procedimientos académicos. ¿Quién de esa escuela tendría la autoridad suficiente para negarle carácter histórico a su empresa con el argumento de no seguir tendencias modernas y acreditadas? ¿Acaso Laureano Vallenilla Lanz (ese que estipulaba casi aforísticamente que “La historia se escribe con documentos”⁵⁶), quien erigió la apología de Gómez a través de la tesis del “gendarme necesario”? ¿O tal vez César Zumeta, quien buscaba la censura de las publicaciones opositoras en el extranjero con la misma inteligencia con que argumentaba que: “El que se limita a la pura enunciación de los hechos, es simplemente cronista”⁵⁷? Si estos eran el camino, la luz y la vida de esta nueva doctrina, Pocaterra ya podría proclamar su apostasía.

En ese sentido, su visión historiográfica es mixta –típico de su formación intelectual autodidacta–, pues está en parte asociada al paradigma decimonónico venezolano en el cual la exposición de los sucesos conforman el modo más seguro de alcanzar la verdad de las cosas. Por otra parte se hermana –muy a su pesar– al nuevo paradigma de los positivistas (en el cual se realiza una exégesis verosímil del pasado mediante argumentaciones lógico-críticas de los hechos o datos obtenidos).

56 Elías Pino Iturrieta, *Positivismo y gomecismo*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2005, p. 33.

57 *Ibidem*.

Sus palabras no pueden ser más claras cuando en un pasaje, visiblemente modificado con respecto a la edición de 1927, del capítulo XXIII de *La vergüenza de América* señala que “La historia son los hechos, secos, desnudos”⁵⁸. Con ese fin cristaliza a través de la narración eventos concretos: acciones, personajes, palabras, descripciones geográficas. Estos al ser certificados con antelación se tornan en elementos sustentadores de la elaboración del discurso histórico, lo cual genera un carácter de objetividad durante su lectura. Cumplidos estos pasos, se llega a construir la verdad de lo que ocurrió en realidad y así esta puede legarse imperecedera a las generaciones del mañana.

La sustentación de los hechos no va a estar sujeta al “documento” en el sentido positivista del término (el archivo, la carta, la lista, el libro, el catálogo, el testamento, la estadística oculta en una biblioteca) cuya autoridad se presume superior a la de cualquier otro instrumento probatorio. En desconfianza con la mayoría de la información escrita –por lo general mediada por el *imprimatur* gubernamental– en las *Memorias...* se toman aquellos registros marginados por la ciencia histórica de aquel momento y se les brinda calidad demostrativa. Así, el testimonio de las personas que estuvieron en los acontecimientos importantes del suceder político-social venezolano es absorbido por un discurso dominante (el narrativo de función histórica) que redirige su fin y lo transforma en información veraz con la cual escribir la historia en su vertiente de *res gestae*:

Mejor que las historias redactadas por quienes escriben sin sangre, sin fuego, *sin emoción directa y vivida* de la vida venezolana desde la comodidad de un bufete o pensionados en Europa, estos tipos [se refiere a la gente común] me han enseñado a mí *la historia no escrita*; y por eso conozco las raíces de la Venezuela contemporánea. El documento es una

58 José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, tomo II, Caracas, Editorial Élite, 1937, p. 63.

cosa redactada, convencional. El hombre rústico puede mentir hablando, pero mentirá siempre menos que escribiendo⁵⁹.

En un régimen de censura donde se impone una versión de los hechos hasta el punto de no existir disidencia, la voz no autorizada, la fuente viva o “el documento parlante” (como lo llamaba el escritor) es el acceso efectivo a la verdad. Esto demuestra con creces cómo, a pesar de que en *La vergüenza de América* y en las *Memorias...* del año 1927 existe narración mediada por un sujeto, en esta última etapa hay una superación de tal subjetividad y sus aspiraciones más próximas (la denuncia social, el reclamo de prerrogativas, la búsqueda de solidaridad y de sanción frente el criminal, etc.) para realizar una exploración ecuaníme de la realidad histórica a través de pruebas (“Lanzadas las cosas por este camino y siguiendo *el plan que me he trazado de no afirmar nada sin que guarde en archivo el documento que respalde las afirmaciones*”⁶⁰, comenta Pocaterra con relación al momento en el cual Gómez vuelve a tomar la presidencia en 1913, en una clara exposición de sus herramientas metodológicas).

Parte de esta preocupación y peligro fueron denunciados en su momento por Luis Level de Goda, quien empleó testimonios para su *Historia contemporánea de Venezuela, política y militar*, consciente como estaba de lo pernicioso que resultaba confiar en fuentes acreditadas por gobiernos autócratas:

Y es lo peor que, hasta la actualidad, “*quod scripsi, scripsi*”; y lo que se ha dicho, consignándose en periódicos, en documentos y en folletos, por miserables aduladores, estando por supuesto en el poder de los adulados, ha tenido que quedar sin contradicción, y muchísimos puntos importantes aun sin ser aclarados, á [sic] causa de no haber existido la libertad de

59 José Rafael Pocaterra, *ibidem*, p. 56. Cursivas del texto.

60 *Idem*, p. 235.

imprensa y por justo temor. ¡Quién había de atreverse á contradecir semejantes aserciones á [sic] costa de la odiosidad de los poderosos y seguro de ser víctima si decía verdad!... *Y es natural que la mayor parte de lo escrito, sin contradicción oportuna, se haya creído y se tenga por cierto, con mayor razón más tarde, si con tiempo no se aclaran los hechos y se refiere la verdad*⁶¹.

En ese modo de contar está la clave tanto de la corrección de las falsedades históricas promovidas por la tiranía como de la creación de una conciencia social al respecto. En algunos casos, las imágenes plásticas dicen mucho más que los tratados filosóficos. Mostrar hechos bajo la lupa de la veracidad influye en el pensamiento de los lectores hasta el punto que, tomando en cuenta lo leído, estos podrían pensar lo siguiente: “La tragedia narrada no es solo personal; es nacional. Todo lo notificado en esas páginas ocurrió en realidad; los delitos los hicieron de esa manera y por tales razones”. Con eso interactúan los valores del espectador frente a lo que lee, los obligan a tomar parte ante ellos y sobre todo a aprender de los hechos, pues comprender que su presente es el resultado de ese pasado y solo en la medida que tomen conciencia de esos errores podrá modificar su vida social hacia un mejor futuro.

Se trata de la inoculación de una conciencia histórica en la colectividad, esa que al decir de Marco Antonio Saluzzo entiende que, “La historia es el testamento de las edades pasa-

61 Luis Level de Goda, “Historia contemporánea de Venezuela, política y militar. Discurso preliminar (fragmento)”, en Germán Carrera Damas, *Historia de la historiografía venezolana. (Textos para su estudio)*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1961, p. 296. No está de más destacar que mucho antes que él, Feliciano Montenegro y Colón empleó estos recursos en la construcción de su *Historia de Venezuela*. Véase Lucía Raynero, *Clío frente al espejo. La concepción de la historia en la historiografía venezolana (1830-1865)*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2007, p. 285.

das (...), la expresión razonada de lo presente; el presentimiento lógico de lo porvenir”⁶². La generación que nace de este nuevo período político y que no lo vivió directamente debe estar al tanto de cuáles son las coordenadas que lo han llevado hasta ese punto como ser social, así como también debe estar al tanto de cuáles son las amenazas que lo instigan a mantenerse en esa espiral decadente.

En el plano de los recursos formales, existe un mejoramiento en la manera en la cual el antiguo libelista, ahora en “plan de historiador”, diseña la formulación de los datos recabados. Su manifestación más notoria se encuentra, por una parte, en el empleo de un lenguaje expositivo capaz de permitirle abstraer frente a la concreción narrativa y descifrarla, analizarla, juzgarla; por otra, en la organización metódica de dicha información, de manera que se limite dentro del texto el espacio destinado a los acontecimientos y aquel consignado para el uso de las fuentes.

Estamos ante la irrupción del carácter crítico que tanto ha hecho titubear a sus lectores, confundiéndolos con el reportaje periodístico y el ensayo. La sola presencia de estos aspectos obliga a rechazar –nunca será suficiente reiterar este punto– la connotada lectura del libro como testimonio, heredada desde los primeros lectores del año 1927 pero precisamente, como ya explicamos, desplazada desde la misma aparición de ese texto. Las referencias anecdóticas de testigos relacionados con los años dictatoriales son apenas una parte de esas múltiples fuentes con las cuales el escritor indaga el significado histórico del andinismo. En consecuencia, las *Memorias...* están permeadas por un proceso de investigación impensable en todo producto

62 David Ruiz Chataing, “Ideas históricas y políticas en Marco Antonio Saluzzo”, en *Historia intelectual de Venezuela*, Caracas, Universidad Experimental Pedagógica Libertador, 2011, pp. 81-82.

testimonial inmediato (al menos en aquellos donde la víctima tiene la instrucción básica para elaborarlo sin ayuda)⁶³.

En el capítulo XXXIX se señala en una carta que dicha aspiración viene de antaño, aunque la impronta testimonial no había sido desterrada del todo por sus compañeros: “Se ha dicho, y yo lo deploro por quienes lo han dicho y lo han de sentir en este momento, *que mis trabajos históricos se resienten de la autobiografía*”⁶⁴. Este rechazo a la naturaleza personal de su escrito por parte de una camada de lectores se manifestará en esta edición definitiva, donde el empleo sistemático de recursos paratextuales tales como las fotografías de los conspiradores de la intentona del 7 de abril de 1928 en prisión⁶⁵, las copias fotoestáticas de los documentos originales referentes a la revolución de José Rafael Gabaldón⁶⁶ o los retratos de sacerdotes como Tomás Antonio Monteverde⁶⁷ y Evaristo Ramírez⁶⁸ (inmolados en las mazmorras gomecistas), complementan y ratifican lo señalado por medio de la escritura. Los nombres de los personajes adquieren mayor consistencia, veracidad, fundamentación objetiva. Si las palabras de Pocaterra peligraban de ser inexactas, la aparición de la imagen o los anexos asentaba la veracidad de los diversos enunciados relativos al tema.

63 Estamos conscientes de que con el Concurso de Casa de Las Américas la investigación llegó a ser algo válido para el género; pero no debe olvidarse que el fracaso de esta empresa se debe en parte a la admisión indiscriminada de casi cualquier recurso como elemento de producción testimonial, motivo por el cual no es un exponente válido a los efectos de esta investigación.

64 José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, tomo II, Caracas, Editorial Élite, 1936, p. 352.

65 *Ibidem*, entre páginas 356 y 357.

66 *Ibidem*, entre páginas 358 y 359.

67 *Ibidem*, entre páginas 48 y 49.

68 *Ibidem*, entre páginas 58 y 59.

Igualmente, la voz que guía el texto es de una primera persona en singular inquisidora. En la exposición de la historia del Falke expresa que “No se basa en informes adulterados ni acomodaticios a veces tan de mala fe que resultan contradictorios o tan vehementes que llegan a la puerilidad”, denominador común de alguien convencido de estar produciendo algo que quede para el futuro, esto es, para la historia, por lo que remata señalando que su silencio ante el tema “ha tenido un doble objetivo que hemos alcanzado plenamente: ratificar documentalmente –*como en todo el transcurso de esta obra*– cuanto contenía el extracto del parte oficial”⁶⁹. ¿Podría ser autobiográfico o testimonial un texto donde, si bien se fue partícipe en muchos de los sucesos políticos, se incluye y se estudia también la declaración oficial en vez de imponer la subjetividad de su propia perspectiva?

Véanse las palabras preliminares de la cuarta sección intitulada “La Oposición. Apéndice Documental – 1922-1935”:

Si en el volumen anterior traté –y creo haberlo logrado plenamente– *de que se conociese el origen y desarrollo de las dos sucesivas dictaduras*, en éste me propongo *estudiar, o mejor, exponer* para que otros analicen y estudien más tarde, las diversas fases de lo que se ha venido llamando convencionalmente oposición y que bosquejé en algunas líneas del prefacio de esta obra hace ya diez años⁷⁰.

De este párrafo se puede deducir mucho de lo expuesto en este capítulo. En primer lugar, le resulta imposible ilustrar el surgimiento de ciertas cosas sin tener en mente una actitud o consciencia historicista del mundo. Desde el mismo momento en el cual dicha conexión se plantea en la mente del Pocattera historiador (porque no está amparado en el recuerdo, sino en la pesquisa y su inevitable hermenéutica), se establece una

69 *Ibidem*, p. 365.

70 *Ibidem*, p. 272.

clara relación de continuidad entre el pasado y el presente. El descubrimiento de ese eslabón constituye la clave de la comprensión histórica: se ha captado el proceso de continuidad y ruptura vigente en el devenir político-social venezolano y las causas generadoras de la realidad del investigador.

El procedimiento, empero, no está exento de escollos ni de complejidades. Es curioso que parte de su plan tenga dos intereses complementarios (estudiar, exponer) como si no fuese precisamente eso lo que hubiese estado haciendo. Exponer con el objetivo de que otros enjuicien es una labor que él mismo en algún momento puso en práctica en 1927 (la potencial indignación de los lectores, por ejemplo, es consecuencia del libre criterio del lector ante unos acontecimientos “no adulterados”). Pero al mismo tiempo los estudia, pues no admite esa asepsia del cronista; y cuán contradictoria no podrían ser estas palabras para su recepción ulterior si de pronto los lectores se encuentran con otras de este estilo, donde hallamos no solo interpretaciones... ¡sino además tesis históricas!:

Si se releen los ataques que en parecidas circunstancias se han hecho los venezolanos unos a otros, llegamos a la conclusión a que *el autor llegó desde que esta obra formóse como concepto vivo dentro de la realidad ambiente, en los fosos de la fortaleza de San Carlos, bajo Cipriano Castro en 1907, a través del despotismo que se está muriendo, en el destierro, en la lucha, en el fracaso sangriento. Esto es, que los venezolanos están surgiendo del largo crepúsculo de una reciente noche de barbarie, encandilados y dando tumbos, y que el fenómeno no es andino ni central: es biológico*⁷¹.

Para lograr demostrarlas fue perentorio unificar los diversos escritos y redirigirlos para una función historiográfica que modifica significativamente las ideas anteriores, bien por anejiación de datos, bien por elisión de los mismos.

71 *Idem*, p. 380.

Un cotejo a las diferentes ediciones comprueba nuestro punto. En *Gomez. The Shame of America* (la versión más fiel –aunque ya tiene modificaciones– de lo que, presumimos, fue la escritura original de *La vergüenza de América*), se denuncia el asesinato del poeta zuliano Eliseo López. Sin embargo, la redacción no se corresponde en su totalidad con la de 1936. Esto es lo que dice la versión inglesa:

Another of the men who was poisoned was the poet Eliseo Lopez. He was a young man of high moral character, fine and good. One day in December 1910 he had been accused of having planned to murder Gomez while the latter was attending the funeral of one of his relatives at the Southern cemetery. Andres Eloy de la Rosa, Diego Bautista Ferrer Junior and Gregorio Jose Riera testified as witnesses during this trial. I note this in order that these gentlemen may have a chance to come forward and say what happened during the examination of Eliseo Lopez, Who was the man who accused him and what attitude they and Delgado Briceño, the secretary who presided the trial, adopted at the time. Lopez entered La Rotonde in February 1916. He died five months later⁷².

En la versión definitiva, de matiz historiográfica, agrega algo más:

Otro de los envenenados fué [sic] el poeta zuliano Eliseo López, joven de un gran carácter, noble y bueno. Un día de diciembre de 1917 se le denunció de que proyectaba [sic] darle muerte a Gómez cuando asistiera éste al sepelio de un miembro de su familia al Cementerio General del Sur. Declararon en este asunto y supieron de él los señores Andrés Eloy de la Rosa, Diego Bautista Ferrer, hijo, y Gregorio José Riera. Hago esta apuntación a la espera de que estos señores, cómo haya lugar, [sic] dejen saber qué ocurrió en el interrogatorio de Eliseo López, quién fué [sic] el delator y cuál la actitud respectiva y

72 José Rafael Pocatterra, *Gomez. The Shame of America*, París, André Delpeuch Éditeur, 1929, p. 152.

la del Secretario de la Gobernación, Delgado Briceño, quien conoció del “caso”. *Mientras esto no se ponga en claro y se depuren tales responsabilidades queda abierta en esta página por la historia y por la sociedad una interrogación tremenda.* Pasó López a La Rotunda en febrero del año 18 y sucumbió a los cinco meses⁷³.

En 1920, 1921, aún quedaba la posibilidad de una aclaratoria por parte de los cómplices; en 1936, casi ninguna. El olvido volvía a atender contra los hechos históricos. Pase lo que pase, la colectividad tendrá en ese registro una prueba de las acciones de los partidarios del régimen, una duda que, si bien queda por siempre abierta, incide en la valoración de ese momento.

Pero eso no es todo. El compromiso con la verdad le ha obligado a rectificar la información y donde había colocado 1916 ahora escribe 1918. El trabajo constante le ha permitido investigar mejor y solventar los errores comprensibles en un prisionero que huía de los acólitos gomecistas en el extranjero y tenía acceso limitado a la información.

Asimismo, en el capítulo XXVIII de la versión inglesa se mantiene el tono testimonial del que pretende intimar con el espectador y hacerlo copartícipe del sufrimiento con el empleo de la primera persona del singular:

Up till now my companion and I have taken refuge in discussions or conversations on philosophic, literary, or political themes. This intellectual comradeship makes us willing to accept the little annoyances of every day. After having spent long months with a man in the same cell a state of friction is likely to develop which begins with hostile silences, rapidly degenerating into absurd and violent quarrels. In some of the cells the prisoners are on the point of flying at one another's

73 José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, Caracas, Editorial Élite, 1936, p. 59.

throats. The only thing that restrains them in [sic] Nereo's obvious delight when anything of the kind occurs⁷⁴.

El patetismo no puede ser mayor. Asfixiados de tanta compañía, las secuelas de la tortura adquiere visos psicológicos: el encierro los trastorna por dentro. No le basta a la tiranía con la malnutrición y las pésimas condiciones de aseo; ahora incentivan la perturbación de sus mentes y la violencia (expresión suprema de la barbarie) resultante de esta situación forma parte del entretenimiento para la autoridad de la cárcel, quien ya había mostrado impiedad al tocar música inmediatamente después de que sacaran a un prisionero fallecido. En la edición definitiva, esta parte ha sufrido una radical transformación:

Hasta ahora mi compañero y yo nos hemos refugiado en las reminiscencias y en las discusiones de historia, de filosofía, de literatura o de política. Este contacto intelectual nos reconcilia. Pasamos sobre rencillas tontas. *Ello entraña, en el fondo, una poderosa demostración: el hombre, aun concediéndole al instinto gregario que preconizan los antropólogos toda su importancia, más que un "animal social" es un ente sujeto entre sí por invisibles lazos de afinidad intelectual. De ahí que entre estos bárbaros y nosotros, los medianamente civilizados, toda la comprensión posible no basta a colmar el abismo que nos separa*⁷⁵.

74 "Hasta ahora mis compañeros y yo nos hemos refugiado en discusiones y conversaciones sobre filosofía, literatura o temas políticos. Esta camaradería intelectual nos hace aceptar las pequeñas molestias diarias. Después de haber pasado largos meses con un hombre en la misma celda es probable que se genere un estado de fricción que comienza con silencios hostiles, los cuales desembocan en peleas absurdas y violentas. En algunas de las celdas los prisioneros llegan al extremo de intentar ahorcar al compañero. Lo único que los detiene es el evidente placer de Nereo cuando ese tipo de actos ocurre". José Rafael Pocaterra, *Gomez. The Shame of America*, París, André Delpeuch Éditeur, 1929, p. 181.

75 José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, tomo II, Caracas, Editorial Élite, 1936, p. 132.

De súbito, la cotidianidad en el calabozo no es algo que vale la pena dibujar. Como si esa tertulia sesuda se estuviera llevando a cabo en ese mismo instante en el cual recorreremos sus líneas, Pocaterra hace del horror materia reflexiva sobre la naturaleza humana (para más señas, de las poderosas facultades mentales del hombre instruido) para rematar en una explicación histórica del conflicto que se está llevando a cabo mientras está entre rejas: una confrontación descarnada –no por ello menos maniqueísta– entre civilización y barbarie, fuerzas antagónicas cuyas razones de ser y existir se explicitan a lo largo de la obra (si bien en la mayoría de los casos esto ocurre de manera figurativa). Las *Memorias...*, pues, han sido ajustadas a intereses más intelectuales y menos pasionales; más sistemáticos y menos anecdóticos; mucho más históricos y mucho menos panfletarios, por mucho que aún permanezcan algunos fragmentos remanentes.

Lo mismo se nota en sus dos ediciones. En el texto de 1927, al hablar sobre un caso de una visita diplomática un poco ingrata para el gobierno venezolano (a un embajador argentino de apellido Naón le había quedado la impresión nada menos de que en el país “nadie estaba en su puesto”⁷⁶), solo existe narración; en la edición de 1936 ya tiene una nota al pie que profundiza las secuelas de ese talante: “En 1931, la actitud de ese mismo señor, Naón como Intendente de Buenos Aires, dió [sic] lugar a una interpelación en el Congreso Argentino y a que se le destituyera del cargo por sus manejos ‘petroleros’. Véase el ‘Diario de Sesiones’, setiembre 9 de 1932”⁷⁷. Asimismo, en el capítulo XVI de la publicación colombiana vuelve a narrar los conflictos entre Gómez y sus miembros de gabinete durante su incipien-

76 José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, Bogotá, Ediciones Colombia, 1927, p. 156.

77 José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, tomo II, Caracas, Editorial Élite, 1936, p. 208.

te mandato, donde algunos de ellos como Zoilo Vidal (para el momento presidente del estado Sucre) son apresados, mientras que otros como Pedro Jugo Delgado habían roto relaciones con el dictador supremo⁷⁸ y logrado escapar. Consciente de que debía superar la simple plasticidad de hechos, en la edición definitiva agrega en ambas afirmaciones notas al pie de página que remiten a los anexos VI (compuesto de fotografías de Vidal antes de entrar a prisión y luego de salir, acompañado de una entrevista realizada a su esposa) y VIII (integrado por una nota enviada al autor por un exoficial de marina venezolano, testigo presencial de lo ocurrido en esa fecha) para confirmarlo⁷⁹.

Si bien estos pueden considerarse como cambios menores (y abundan muchos de este estilo en sus páginas hasta tal punto que resulta imposible considerar las ediciones de 1927 y de 1936 como libros de igual tenor, función y alcance), no todos son iguales. Junto a esto nos encontramos con modificaciones propias no solo de carácter coyuntural, sino también programático. Así, en 1927 al escribir sobre la conspiración del año 1918 que se fraguaba en Zulia y en la cual participó, señala en una nota que “A su hora, tiempo y momento, cuando ello no constituya un peligro para quienes formaban el comité del Zulia, hoy residentes en Venezuela, precisaré con nombres propios, fechas y circunstancias algunos detalles de nuestras labores. Los sucesos ulteriores han justificado y explicado nuestra actitud de entonces”⁸⁰, mientras que en la definitiva salen de las sombras para entrar a la historia: “Como ofrecimos en 1926

78 José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, Bogotá, Ediciones Colombia, 1927, pp. 163-164.

79 José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, tomo II, Caracas, Editorial Élite, 1937, p. 212.

80 José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, Bogotá, Ediciones Colombia, 1927, p. 239.

[sic], al editarse este tomo, es hoy cuando podemos dar los nombres de quienes componíamos el comité del Zulia: el general Ulises Faría, el doctor Pedro José Rojas y el autor”⁸¹. Igualmente, al narrar los hechos de la gripe española del año 1918, en los que denuncia el desamparo del régimen a la población azotada, anuncia lo siguiente:

En el Apéndice de esta obra se reproducirán los documentos que forman la base del relato y un opúsculo inédito de enorme interés histórico debido a la pluma del doctor Salvador de la Plaza, uno de los jóvenes republicanos de mayor valer moral e intelecto en el escaso grupo de incontaminados que ha compartido con nosotros las tragedias de la prisión y las angustias del destierro. Se titula “La Vida del Estudiante Venezolano en los últimos veinticuatro años”. La Universidad permaneció clausurada desde octubre de 1912 hasta el 4 de julio de 1923. El origen de esta clausura, de la que es responsable en primer término el doctor F. Guevara Rojas, –uno de esos hombres para quienes dijera el Libertador aquello de que “el talento sin probidad es un azote”– y sus efectos están analizados y comentados sobria y concisamente por de la Plaza⁸².

En contraste con esto, la de 1936 sin explicación alguna elude toda la promesa, dejando solo aquella parte relacionada con el cierre universitario y la figura de Guevara Rojas. ¿Qué habría pasado? ¿Sería que el documento *La vida...* tuvo independencia como escrito y se prefirió no colocar un texto que resultara inarmónico con el conjunto? Más verosímil parece la hipótesis de que De la Plaza nunca realizó el documento que serviría como material probatorio de lo expuesto en esa epidemia, lo que motivó a editar el comentario.

81 José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, tomo II, Caracas, Editorial Élite, 1936, p. 257.

82 José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, Bogotá, Ediciones Colombia, 1927, pp. 252-253.

Comoquiera que haya sido, el análisis comparativo nos demuestra cómo desde 1927 existe en la escritura de Pocaterra un marcado interés por analizar con una metodología los eventos constitutivos de los gobiernos de Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez, que le permitirán, en la medida que añada comentarios, reflexiones narrativas y argumentativas en las escenas o secciones donde originalmente no existían, interpretarlos como el resultado de ciertas causas, leyes o principios generales incidentes en la dinámica político-social de Venezuela (ahí el concepto de decadencia tendrá un rol fundamental como exégesis historiográfica).

En otras palabras, José Rafael Pocaterra en las *Memorias de un venezolano de la decadencia* del año 1936 ejecuta un proceso historiográfico complejo en el cual recaba los datos testimoniales y bibliográficos para levantar los hechos ocurridos durante la tiranía andina (su *res gestae*) para posteriormente decodificar hermenéuticamente su sentido profundo, su peso y sus consecuencias en el devenir del gran tiempo histórico venezolano (su *rerum gestarum*). Con ello ha abandonado la acusación furibunda, ansiosa de acciones inmediatas –propia de la intención testimonial– para cumplir con tres fines presentes (con sus altos y bajos) en la escritura de la historia desde la Antigüedad hasta hoy.

La primera es registrar los acontecimientos del pasado para evitar que los fagocite el olvido (recuérdese la obra de Herodoto⁸³). La segunda es heredar su contenido a las sociedades futuras a través de la memoria, la cual en este caso adquiere una función ejemplar que, por una parte, concientiza a la gente

83 “La publicación que Herodoto de Halicarnaso va a presentar de su historia, se dirige principalmente a que no llegue a desvanecerse con el tiempo la memoria de los hechos públicos de los hombres, ni menos a oscurecer las grandes y maravillosas hazañas, así de los griegos, como de los bárbaros”. Herodoto, *Los nueve libros de la historia*, tomo I: Clío, versión digital de Ediciones Elaleph.com, 2000, p. 19.

sobre la dimensión de lo acaecido y, por otra, genera una justicia de carácter simbólico, en tanto que los nombres de los protagonistas están expuestos para que sus conciudadanos los juzguen (recuérdese, por ejemplo, la tan conocida *damnatio memoriae* aplicada por los antiguos romanos a las personalidades públicas como forma de castigo: ser obliterado era peor que ser recordado malamente, pues equivalía a una doble muerte: física e histórica). La tercera es interpretar los hechos ocurridos con herramientas de estudio que garanticen un mínimo de lógica y coherencia argumentativa.

CAPÍTULO V

Nosotros, los decadentes. Puntos medulares en la interpretación histórica de José Rafael Pocaterra sobre la dictadura andina

Es el alma nuestra, la de nosotros los venezolanos de la decadencia.

José Rafael Pocaterra

A pesar de la variedad de temas, personajes y acontecimientos que se suceden a lo largo de sus páginas, las *Memorias de un venezolano de la decadencia* mantienen una serie de conceptos basales que articulan su función historiográfica. Ya no se trata solo de elementos formales como la narración, los cuales lo emparentan con una amplia tradición (crónicas de Indias, cartas de relación, anales) inclinada a la exposición de los hechos como fórmula infalible para el correcto conocimiento histórico. Nos referimos a estructuras ideológicas generadoras de un sentido subyacente a lo percibido en la superficie de la escritura. En el presente capítulo nuestro interés está dirigido a aproximarnos a algunos de esos componentes mentales. Su desvelamiento contribuye a conocer con mayor profundidad las bases de sus ideas y prácticas en este campo de conocimiento.

LA HISTORIA, UN PROCESO POLÍTICO Y SOCIAL

Para José Rafael Pocaterra, aunado al hecho de concebir la historia como la materialización de hechos en el mundo (los cuales deben contarse para traerlos a la vida) resulta indisociable su escritura fuera de los ámbitos de lo estrictamente humano. Si bien la geografía es el hogar donde este se desenvuelve y la economía es un factor sugestivo en su dinámica gregaria, solo en los ámbitos del poder y sus alrededores tiene su expresión superlativa. El discernimiento de un pasado (ya cercano, ya lejano) está unido a las acciones de personas relevantes en el ejercicio político, el cual repercute de manera dialéctica en la comunidad que sufre o goza las decisiones tomadas desde esa esfera. Dicho de otra guisa, solo los grandes acontecimientos (el adjetivo tiene una dimensión cualitativa, no moral) tienen cabida en la reflexión de lo histórico: grandes personajes y grandes sucesos.

Eso no quiere decir que el autor escriba a la manera de la historiografía romántica, pues si algo nos delata algunos de sus valores en el área es el testimonio de lectura que deja de *Historia de España*, escrito por un tal Miguel Morayta, obra que admira por ser “tan sincera, tan sin épica, tan virtual y profundamente afinada en la propia alma del pueblo español”¹, en un campo caracterizado por dos ramificaciones llenas de vicios: “los ‘científicos’, unos pedantes que no dominan ni aún [sic] el lenguaje” y “los ‘brillantes’ que cabrillean con la historia y le cosen lentejuelas al severo manto de Clío”².

Si resultase necesario emplear una terminología disciplinar moderna, podríamos apropiarnos de las palabras de Fernand Braudel y decir que la idea historiográfica Pocaterrana enfoca

1 José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, tomo II, Caracas, Editorial Élite, 1936, p. 199.

2 *Idem*.

su atención en la llamada “espuma de la historia”, vale decir, en aquellos acontecimientos breves pero notorios en el gran discorrir del tiempo de los hombres.

Nada distinto encontramos en la redacción final del libro. Desde la presencia de Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez, pasando por sus adláteres y apóstatas (otrora sus fieles acólitos), en el altar de la historia solo aparecen los personajes connotados, como si fueran los únicos timoneros del proceso. De hecho, la narración contribuye con creces a esta percepción: las páginas comienzan con el paso por Valencia de la Revolución Liberal Restauradora, *alias* Revolución de los Sesenta, liderada por *el siempre vencedor, jamás vencido* que lo catapulta a la presidencia, y culmina con el fallecimiento del *hombre fuerte y bueno* en su hacienda de Maracay. El transcurso histórico venezolano, pues, inicia y muere con su desaparición física. Poco importa que su sucesor, Eleazar López Contreras, sea un miembro destacado del sistema (más aún, uno de los pioneros del mismo: a los dieciséis años se había unido a la marcha de los Sesenta). La verdadera acción, el peso de ese relato padecido por toda Venezuela moría en 1935 con la ausencia de sus cabecillas.

Es cierto que la población ocupa un lugar nada desdeñable en las *Memorias...*, pero solo en relación con esta gran esfera política. Lejos estamos de una historia de Venezuela desde un prisma exclusivamente social³. Cuando el pueblo aparece, suele tener nombre y apellido, con lo cual existe un proceso individualizador incompatible con este enfoque, mucho más colectivo. Además, solo aparece bajo dos categorías: los intelectuales y

3 Aunque al parecer no fue un proyecto ajeno a los intereses del valenciano. Se presume que habría dejado inédito (quizá en aquella caja de tiempo instalada por Arcand) entre tantos escritos un trabajo titulado *Historia del pueblo venezolano*. Véase la página 452 del tomo segundo de la cronología realizada en la edición de Biblioteca Ayacucho.

los “hombres de a pie”. Y es que la única manera de señalar una visión decadente de la nación es colocando la mirada en quienes lo hacen posible: su gente. El resto siempre será algo colateral.

Junto con la exposición de estos eventos pretéritos por vía de un lenguaje plástico, se acentúa una historia ubicada en las antípodas de los parámetros oficiales, por lo general apoyada en resultados de carácter estadístico y no social. Es el caso de una carta de Pedro César Dominici (anexada a las *Memorias...*) donde la figura de Gómez –áurea como solo podía serlo ante la mirada de sus servidores– y su enlace con el país es único:

El hombre que el Destino llevó al poder (...) construyó la obra que hoy señala a Venezuela como *el único país del mundo* que no tiene deuda exterior, ni empréstitos, ni debe a nadie un centavo. El único país donde no hay desocupados, donde no se ha rebajado el sueldo de sus empleados, ni disminuido el presupuesto, ni suprimido empleados; y cuyo gobierno es citado por eminentes estadistas de Europa y América como un modelo digno de ser imitado⁴.

Escribir esta nueva historia (la irrefutable, pues cada nombre citado está confirmado por una tumba y un testimonio; la superpuesta por la divulgación de hechos fríos como el alcance de una mayor fuerza económica o la obtención de la paz territorial) de la dictadura andina pasa por tomar como tema aquello que dicho sistema tuvo siempre como materia pendiente.

4 José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, tomo I, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1990, pp. 320-321. Cursivas del texto. A pesar de estar basada en la edición de 1937, este anexo no está allí. En la publicación de la Editorial Élite hay un error en la enumeración: del anexo VI se salta de pronto al IX (en Biblioteca Ayacucho es el VII) y llega hasta el X (en Ayacucho, VIII). En todo caso, no hay forma de saber de dónde la sacó, aunque la información corresponde con cartas que tiene guardadas en su archivo.

CIVILIZACIÓN Y BARBARIE

La primera tesis está imbricada con la interpretación histórica del arribo de los andinos como expresión de atavismos biológicos ingé-nitos en la nación. Estos no podían venir de otra forma distinta a la de la violencia, con la llamada invasión del 23 de mayo de 1899. A pesar de que una vez culminado el combate (cuyos visos en la pluma de Pocaterra revelan más una matanza entre pobres que una gesta de próceres) el general Castro conmina a su hueste a estar orgullosa por la batalla entablada y a cuidar su obra “para que os hagáis dignos del alto renombre que habéis conquistado en la Historia”⁵, en las *Memorias...* esto se interpreta como la encarnación de una fuerza retrógrada y centenaria en el territorio: “Habían llegado los bárbaros otra vez”⁶.

A lo largo de los numerosos actos que transcurren cronológicamente y conforman la trayectoria de unos tiempos duros, las *Memorias...* formulan una respuesta sistemática de su presencia en la historia nacional. Los andinos son el resultado de unas fuerzas oscuras, abstractas y poderosas pululantes en toda la región. La barbarie, percibida más como un fenómeno esencial de la raza venezolana que como un hecho cultural, se transforma en un concepto riguroso de interpretación social⁷. No es

5 José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, tomo I, Caracas, Editorial Élite, 1937, p. 18.

6 *Idem*.

7 De hecho la teoría vuelve a repetirse, esta vez ligado a factores de orden castrense: “Hace veintitrés años, una horda de montañeses de la frontera venezolana del Táchira, arrojados al corazón de la república por un estúpido azar que quizás responde a una evolución sociológica cuyo atavismo se perfila en la penumbra de la barbarocracia militar americana, impera y predomina por la corrupción y por el hierro”, José Rafael Pocaterra, *Memorias de...* (edición de Élite), p. 303. Asimismo, es pertinente señalar que estas ideas no se distancian mucho del pensamiento de la intelectualidad de su tiempo. Piénsese en las ideas positivistas presentes en textos tanto científicos como *Civilización y barbarie* (1919) de Julio César Salas o literarios como *Doña Bárbara* (1929), de Rómulo Gallegos.

solo un insulto (aunque puede incluir tal uso): es una hipóstasis irresoluble. Por eso sus palabras del capítulo quinto, mientras se estrena como preso (o “pensionista”, si aceptamos el eufemismo de los esbirros) en el castillo de Puerto Cabello, tienen el tono categórico de quien ha encontrado el molde secreto de una figura a ratos incomprensible:

Estos hombres de 1899 *han traído una doctrina de la ferocidad; en su incultura, en su concepto primitivo de las cosas*, para ellos no existe el adversario político sino como un enemigo a quien deben asesinar, eliminar, envenenar, destruir. Todo es lícito contra el “enemigo”: el enemigo es el *malo*, el enemigo está fuera de la humanidad: debe matársele a palos, a hierro, haciéndole ingerir arsénico o vidrio pulverizado... El asunto es que desaparezca: o en la emboscada del tiro de “cachito”, a la vuelta de cualquier sendero, o pagando a un asesino urbano, o dejándole perecer en un calabozo... ¡Hablan de infidencias y de traiciones los que sólo han surgido a fuerza de traiciones y de infidencias! Por eso viven sospechando de todo; por eso están en el sobresalto perenne de sucumbir a mano airada... Por eso están condenados a entredevorarse, a asesinarse, a traicionarse... *Estos hombres sin moral ni rudimentarios principios de sociedad; estos hombres, que permanecen en la penumbra de la selva, en la frontera de la civilización, más allá del derecho de gentes, más acá del simple instinto troglodita, han alcanzado la audacia y la impunidad de sus hábitos porque la sociedad, sorprendida, desconcertada, aterrada, finalmente, aún no se ha atrevido a trazarles el límite a plomo, a hierro, a latigazos...*⁸

Se trata de un grupo tan aislado de todos los modos de concebir la nacionalidad que todavía en 1931 había quienes, como un tal Pedro José, los consideraban como una fuerza extranjera: “Para cumplir con el deber que nos hemos impuesto, no por los venezolanos de la Decadencia que sólo aspiran al favor de

8 *Ibidem*, p. 51.

los bárbaros triunfantes –*los colombianos de la Mulera*–, sino por la patria de nuestros padres (...) debemos tener armas”⁹. Al igual que él, su lectura de los andinos está marcada por un carácter periférico en todas sus aristas, si recordamos cómo termina la victoria de los Sesenta en las líneas finales del primer capítulo de las *Memorias...*: “Una fanfarria cucuteña tocaba el himno nacional”¹⁰. La más notoria es la territorial. Mientras que “el relámpago de la libertad trazaba su parábola de fuego en el alma nacional” durante la guerra de Independencia, estos “descendientes de los comerciantes los isleños” se escondían en las cordilleras andinas, motivo suficiente para cuestionar su patriotismo: “¡Qué van a sentir por la Patria los hijos de peones huidizos o de cuatrerros errantes!”¹¹. Nada en común, más allá de las leyes y algunas relaciones comerciales, les conectaba con el resto de la nación.

El contraste tiene sentido. A diferencia de las demás zonas, no hubo grandes guerreros andinos durante la emancipación y sus planicies tampoco se vieron afectadas por el curso de esa guerra ni de las siguientes. Sus condiciones geográficas los habían aislado de tal manera que pocos nombres oriundos de Mérida, Trujillo y especialmente Táchira pueden recogerse en las páginas de la historia republicana decimonónica¹². Esto generó una solidaridad regional que contribuyó a erigir el sistema político

9 *Archivo de José Rafael Pocaterra*, tomo II, Caracas, Banco Industrial de Venezuela, 1973, pp. 253-254.

10 José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, tomo I, Caracas, Editorial Élite, 1937, p. 18.

11 *Ibidem*, p. 123.

12 Esta reclusión fue tan prolongada que, ya avanzado el siglo XX, el expresidente Carlos Andrés Pérez, quien era natural de Rubio (estado Táchira), recordaba estar al tanto de las noticias políticas del país... ¡por los diarios de Colombia! Véase Caupolicán Ovalles, *El otro Pérez. Antimemorias*, Caracas, Libros marcados, 2007, p. 7.

personalista de Juan Vicente Gómez como una respuesta a la reacción general por parte del resto de la población.

En consecuencia, su cultura y sus cualidades fenotípicas se aúnan con el factor local para generar una impresión coherente y ontológica del andino como el bárbaro, es decir, como *ese ser diferente a uno*, portador de antivalores, en contraste con el hombre central, que está más cerca de los organismos de poder republicano (y más relacionado con estos), pues vive en territorio citadino (a diferencia de la curiosa “penumbra de la selva” andina) y es un consumidor y productor de cultura con ce mayúscula (lo que los marxistas considerarían hoy en día como un acto eurocentrista, cuando no neocolonial) a diferencia de hombres como Gómez, para quien “el ruido de una carreta le parece un endecasílabo”¹³.

Es así como los hechos de fuerza típicos de estos exponentes históricos son representados simbólicamente con figuras no occidentales. Estando en prisión Pocaterra escucha un ruido: “Abren de nuevo las rejas; y en la nuestra aparece *el otomano antipático* con su manojito de llaves mohosas”¹⁴; al analizar las implicaciones de la germanofilia del gomecismo señala que “para estas mentes rudimentarias, *semiturcas y medio tártaras*, podía considerársele como a un municipio sin importancia”¹⁵; una vez capturado por la conspiración de 1918, señala que uno de sus verdugos, Pedro García, “procede con una obediencia ciega *de turco boshandí, de tártaro*. No lleva a la víctima *el cordón dorado del sultán*, la estrangula con sus propias manos”¹⁶; otro de ellos es el apodado “*Cara e Caballo*, me observa con una

13 José Rafael Pocaterra, *Memorias...* (de Editorial Élite), tomo I, p. 198.

14 *Idem*, p. 84.

15 *Ibidem*, p. 242.

16 *Ibidem*, p. 279.

repugnante atención. El apodo no le va bien. Se insulta de un modo grosero al animal. Es una faz lombrosiana, de mandíbula enorme, de ojos tártaros” y le agrega una nueva analogía: “Los que conocen a esa variedad de saurios que llaman ‘baba’ en nuestros llanos hallarán en aquel cráneo achatado con dos protuberancias frontales y un maxilar de pesadilla el perfecto símil para este malhechor”¹⁷; el general Castro es definido como “un régulo de barba en punta y mandíbula prognática bajo unos *ojos árabes* que se velaban en *sensualidades simiescas*”¹⁸ y Gómez viaja en una ocasión a su aldea “en medio de dos brigadas de *genízaros*”¹⁹. Sin duda, un fenómeno biológico ha sacudido el cuerpo social de raíz y ha venido para quedarse por un buen tiempo.

DECADENCIA Y BIOLOGÍA: LOS ALCANCES DE LA DEGENERACIÓN SOCIAL

Como segunda proposición histórica del texto, Pocaterra se aboca a revelar, sin embargo, las causas de su permanencia prolongada en el poder. Y es que, siguiendo la lógica de su exégesis, un hombre representado de forma tan estúpida no debería estar más tiempo del permitido por el asombro social implícito en descubrirse gobernado por semejante persona. Poco podría hacer la lealtad andina frente a una hipotética coalición entre el resto de los habitantes de Venezuela. Pero el problema es sistemático y engloba a la misma sociedad. Ya lo notaba desde 1923 y en una carta que le envía a un compañero anónimo, incluida en sus *Memorias...*, lo expone una vez más:

Esa actitud que Ud. denomina “expectante” en nuestros compatriotas no

17 *Ibidem*, p. 289.

18 José Rafael Pocaterra, *Memorias...*, *op. cit.*, tomo II, p. 105.

19 *Ibidem*, p. 231.

sólo autoriza interrogaciones como las de su atenta carta sino que renueva en quien va a contestarlas la tristísima idea que tienen hace ya mucho tiempo –aún antes de la dictadura de Gómez– de que *los venezolanos* “a la expectativa”, *los intelectuales* “a la aprovechativa” y *los políticos* “a la especulativa” forman la trilogía consciente y paciente en que asientan veinticuatro años de barbarie en ejercicio, de barbarie que paga cortesanos, que concede prebendas, que pensiona espías en el exterior en forma de Ministros y de Cónsules o so capa de simples espectadores; de barbarie en fin que no teniendo mejores razones para justificar las infamias y los delitos que a diario comete ni cómo enmudecer las acusaciones de los crímenes que la caracterizan se acoge a estas dos argumentaciones: el hecho de su *perdurabilidad* y, por desgracia Ud. mismo comulga con la idea, “la rehabilitación económica del país”²⁰.

Es la famosa expresión de la decadencia nacional, de alguna manera expuesta en el prólogo de la edición de 1927. En la de 1936, sin embargo, sus pinceladas son mucho más hirientes, en especial con estos dos últimos. Además de andar “a la especulativa”, la frivolidad de los políticos opositores contribuyó a la ineficacia de sus acciones en contra del Gobierno, tal y como se ve en la pintura de uno que fue atrapado por el jefe civil del Táchira gracias a una causal tan hilarante como patética: “Pues ¡cómo le parece, que el amigo llevaba paso de conspirador!”²¹, aludiendo a la innecesaria espectacularidad del comprometido. Tampoco contribuían en nada aquellos que estaban siempre “‘a la orden’ para ‘todo lo que signifique patriotismo’ y ‘acabar con esto’. Eso sí, nada de ‘disparates’ como amarrar a un policía o brincar una tapia. ‘Las cosas bien hechas’ y estar ‘con el ojo abierto’ para cuando se presente ‘la evolución’”²². Al final resultaban ser los que menos participaban, encontrando la excusa

20 *Ibidem*, p. 312.

21 José Rafael Pocatererra, *op. cit.*, tomo I, p. 283.

22 *Ibidem*, pp. 283-284.

perfecta para no hacerlo y al mismo tiempo mantener impoluta su imagen de revolucionarios.

Mayor sistematicidad se encuentra en la exposición de los intelectuales que aparecen con nombre y apellido. En contraste con la tradición oficial que los ubica como miembros de un “gabinete estrella” como pocos en la historia nacional, las páginas de las *Memorias...* tienen recuerdos, anécdotas, frases íntimas reveladoras de esa actitud camaleónica e interesada de personajes en muchos casos sin credenciales para ejercer las funciones que desempeñan. En una ocasión, un redactor de *El Nuevo Herald* le preguntó a Laureano Vallenilla Lanz por qué los retratos de Gómez y Bolívar publicados en un periódico eran tan diferentes en su magnitud, pues el del Benemérito era mucho más grande, tal y como ocurría en tiempos del general Antonio Guzmán Blanco. La respuesta vino acompañada de la clásica pulitura de sus espejuelos: “Muy sencillo. El general Gómez pega grillos y Bolívar nó [sic]”²³, con lo cual ponía en evidencia su beneplácito ante el carácter tiránico del Gobierno.

Pero la sumatoria no culmina ahí. Conversando en otro momento con él sobre si es verdad, como decía la gente, que Juancho Gómez sufre una “goma sifilítica en el cerebro” dio una respuesta que delataba, una vez más, el cinismo del sector intelectual gomecista:

No, no creo... Lo que tiene es una *tiitis* [sic] aguda.

El derivativo en *itis* no me hizo entender en pronto la clase de enfermedad, mielitis, meningitis, y le dije extrañado: —¿Tíftis? ¿Qué enfermedad es ésa?

En el rostro fino, cadavérico, brillaron los dientes perfectos:

Chico! Una enfermedad necesariamente mortal...

23 José Rafael Pocaterra, *op. cit.*, tomo II, p. 123. Debe advertirse que dicha escena aparece en la sección titulada “La vergüenza de América”, en sus orígenes inexistente debido a su marcado interés testimonial. Ahora el nuevo proyecto escriturario le permite agregar información que apoye la finalidad historiográfica sin perjuicio de un texto cuya finalidad ha sido reformulada.

Y de súbito comprendí aquel “calembour” siniestro:

¿Es posible?

Pero, chico! Tú no conoces la historia de Venezuela: ¿cuándo no ha salido el sucesor de las mismas filas del gobierno? De setenta y pico de revoluciones, sólo han triunfado unas cuatro o cinco... *Si yo no tuviera esa convicción ¿crees tú que un hombre como yo estaría metido en esta vaina?*²⁴

Los registros finales terminan por desmitificar al estadista cuya erudición en las artes de Clío le sirvió en cierta medida como brújula con la cual adquirir un salvoconducto de cara a los embates de la política.

Igual o peor tratamiento tendrá con Pedro Manuel Arcaya, “hasta no mucho un desconocido”:

De vez en cuando había salido por ahí en un número del extinto “Cojo Ilustrado” un ensayo histórico-sociológico suyo sobre Páez o sobre Falcón, que calcaba mañosamente en la tesis de [Lucas] Ayarragaray, pero adaptando el caso que estudia el escritor argentino en el gaucho a nuestro llanero. Para Arcaya se reduce el proceso de la guerra larga –del que extrajo material de primer orden Lisandro Alvarado para su excelentísima *Historia de la Revolución Federal*– a que “al viejo Páez querían suplantarle con el joven Falcón”. Mas luego acometió a Bolívar. En su artículo sobre el Libertador, la frase “Flor de la raza” va a pescarla en el célebre juicio que publicaron por esos mismos días los periódicos y en el que [Ferdinand] Brunetière –refiriéndose a Anatole France– conságrale con su pensamiento muy francés y muy explicable como “la flor más perfecta del genio latino”. Respecto de su otro ensayo (y esta denominación no es por modestia sino por Lord Macaulay) sobre el retroceso de Bolívar bajo la presión hereditaria mística, inquisidora, en los últimos años y que le valió del áspero Unamuno el calificativo de “pedante”, no era ni originalidad y sólo reproducía lo que con talento y documentación han dejado ver todos los historiadores desde Gil Fortoul hasta Carlos Villanueva. Sólo que Arcaya se ha integrado al grupito ese de los autograduados en

24 *Ibidem*, p. 189. Cursivas del texto.

ciencias infusas que en prosa de suelto de crónica y con el coste oficial editan tonterías en las mejores imprentas y se van fosilizando con la tácita tolerancia y la cansada indiferencia pública²⁵.

La labor filológica del autor cumple una función: demostrar la poca calidad de este “intelectual” del régimen, presentándolo no tanto en su carácter inmoral (que, a juicio del autor, algo de eso tiene, y de alto rango) como en su faceta de plagiador de medio pelo. El impacto en su contra es peor de lo esperado, pues quien delata su fachada es precisamente alguien que no ha sido condecorado con ese marbete. El efecto es profundamente irónico: el plebeyo ha señalado que el rey está desnudo, y los papeles se han invertido. Pocaterra demuestra mayor inteligencia al rastrear los orígenes de sus ideas y Arcaya queda en descrédito al quedar expuesto por la autopsia crítica del valenciano. El asunto de fondo que transmite de manera tácita el libro está en ese gran quiasmo en el cual se desarrollaba la vida nacional, donde los que podían hacer algo por el bien de la libertad no querían y los ansiosos por llevarla a cabo no podían, pues estaban marginados de las instituciones de poder. Todo esto, como se ve, conformaban los pequeños incentivos de esa situación nacional a largo plazo.

Saturada la sociedad por individuos de estas características, pareciera que no hay nada que hacer y el miedo (dentro de la dimensión interpretativa pocaterrana, suena mejor decir la cobardía) entabla connivencia con el despotismo. Esto le permite ofrecer, después de una larga narración atestada de conflictos, digresiones y pensamientos, una conclusión para nada maniquea a la muerte del dictador de Maracay, algo bastante inusual cuando se expone una tensión social entre dos fuerzas tan antagónicas como la opresión y el deseo de libertad por parte de sus ciudadanos: “Hallamos que no fue Juan Vicente Gómez

25 *Ibidem*, pp. 189-190.

quien emasculó a Venezuela durante veintisiete años, sino una Venezuela emasculada la que se tendió a dormir bajo un manzanillo de bienestar soporífero con el más alto representante de todos los vicios de deformación que la veían caracterizando”²⁶. Hubiese sido más fácil aprovechar la situación política y endosarle toda la culpa a un régimen algo descolocado por el fallecimiento de su caudillo. Sin embargo, para su autor la verdad de los hechos se impone y exige ser honrada al descubrir una inercia en la colectividad imposible de cambiar. La barbarie había encontrado un apoyo inusitado porque la decadencia (vale decir desde el punto de vista pocaterano, esa fuerza biológica que se manifiesta en el tiempo histórico a través de las generaciones y cuyas características consisten en una serie de manifestaciones morales, intelectuales, espirituales y raciales negativas tanto para el correcto desempeño del poder político del Estado como para el mejoramiento de la estructura social de las naciones) estaba en el interior tanto de la presa como del cazador. La narración histórica adquiere con esto un sentido profundo que lo aleja de la crónica periodística y lo inserta en una visión espacio-temporal determinada según ciertos principios rectores de la vida social venezolana.

En las *Memorias...* hablar de decadencia es más que un simple descalificativo: es el componente vital que vertebra la interpretación histórica nacional de José Rafael Pocaterra. Ciertamente no son pocas las oportunidades donde su uso es agresivo, en una suerte de condena *a posteriori* a una sociedad vista como cómplice y sumisa ante la tiranía (el país, los ciudadanos y sus acciones entran en esta categoría). Pero su insistencia en emplear esta palabra como elemento delimitador de los eventos de ese período no puede interpretarse solo en términos emocio-

26 *Ibidem*, p. 395.

nales, mucho más si ha dejado, como dice, reposar los recuerdos (¡gracias a Dios!) y escribir con la serenidad requerida para la consecución de la verdad y la justicia. Sin contar sus posibles variaciones, el vocablo se repite unas treinta y cuatro veces a lo largo de la obra, un rasgo lo suficientemente significativo como para que María Josefina Tejera lo viera desde una perspectiva mucho más profunda: “La decadencia para Pocaterra es un estado espiritual del pueblo venezolano”²⁷. La cosa suena a metáfora, a una explicación simple sobre el comportamiento inmoral de esos venezolanos de principios del siglo xx. La corrupción, la connivencia, la violencia, la pobreza, la prevaricación y la adulación mórbida formarían parte de un síntoma generalizado del momento.

El inconveniente de esta interpretación de Tejera radica, a nuestro juicio, en haber focalizado el problema solo en ese momento, llegando a considerarlo una consecuencia un tanto coyuntural y, en consecuencia transitoria, sin mayor trascendencia en el devenir histórico del país. Para nosotros esto contradice la concepción pocaterrana de la decadencia y su alcance.

En primer lugar porque esta idea contiene de manera tácita otro término: el de esplendor. Solo en la medida que existen las cosas positivas puede señalarse la calidad negativa de otras, y esta relación de continuidad delata asimismo una teoría de la historia en Pocaterra donde esta se percibe como el resultado de una continuidad ininterrumpida que, vista orgánicamente, tiene períodos de florecimiento, vigor, decaimiento y muerte. Estos primeros dos estadios, tanto para él como para cualquier venezolano de esas décadas, se encontrarían en la guerra de la Independencia, cuando “el relámpago de la libertad trazaba su

27 María Josefina Tejera, *José Rafael Pocaterra...*, op. cit., p. 183.

parábola de fuego en el alma nacional”²⁸ manteniéndose más o menos así hasta la llegada de los andinos²⁹.

En segundo lugar porque esa decadencia no culmina con la hueste andina, sino que se extiende. En la primera edición de *La casa de los Abila*, se puede observar una hoja donde se señalan las obras publicadas por José Rafael Pocaterra y las que se encuentran en preparación. En este último renglón se puede ver que junto a “Gloria al Bravo Pueblo (para imprimirse)” y “Cuentos Grotescos, 2do volumen (para imprimirse)” se encuentran también las “Memorias de un Venezolano de la Decadencia”, con la salvedad de que no se trata de ninguna reedición, sino del tomo tercero y cuarto de la serie iniciada con Castro y Gómez: “La Democracia Venezolana y el Gobierno de López Contreras: 1935-1941’ [sic] tomo III” y “La Democracia en crisis y el Gobierno de Medina Angarita: 1941-1945’ [sic] tomo IV”³⁰. Esto hace insostenible la idea de un simple “estado espiritual” muy parecido a una “situación momentánea” del comportamiento nacional y acentúa el carácter historiográfico del título (escamoteado por los estudiosos tal vez por su desconocimiento de estos textos mencionados), pues implica la interpretación, evaluación y juicio de los gobiernos que han existido desde su debut en la vida política, primero por el ejercicio de las armas, luego por el empleo de la pluma y las ideas. Aunque estos volúmenes aún no hayan visto la luz pública por motivos ajenos a nues-

28 Véase la nota 11 del presente capítulo.

29 Sin embargo, hay quienes, como Nicolás Hernández, llegan a advertir la decadencia desde mucho antes: “Todavía en el Septenio hubo congresos dignos. De allá para acá es que comenzó la carrera descendente hasta llegar a esta indecencia actual”. *Archivo de José Rafael Pocaterra*, tomo I, p. 77.

30 José Rafael Pocaterra, *La casa de los Abila*, *op. cit.*, 1946, s/p.

tra voluntad³¹, es evidente que *Memorias de un venezolano de la decadencia* bien pudo haberse llamado “Historia de la decadencia del pueblo venezolano”, en consonancia con una visión histórica no muy alejada quizá de autores como Oswald Spengler con *La decadencia de Occidente* (1918) o José María Vargas Vila con *Los césares de la decadencia* (1907), sin presumir con esto influencia alguna.

Por otra parte, la decadencia para Pocaterra se encuentra hermanada con dos fuerzas indisociables, a saber, la barbarie y la biología, cuya forma de manifestarse es a través de las generaciones. Aunque no es sociólogo ni tiene formación de corte positivista, en el plano intelectual mantiene muchos puntos en común con los doctores del gomecismo. En consecuencia, el carácter nacional no está condicionado por elementos superficiales, sino por principios y leyes inmatriciales influyentes en el comportamiento colectivo, en una suerte de determinismo similar al postulado alguna vez por Vallenilla Lanz:

Las pasadas generaciones han desconocido que ese conjunto de sentimientos que se llama carácter y que son los verdaderos móviles de la conducta, el hombre los posee cuando viene al mundo; pues como están compuestos por la herencia de sus antepasados, influyen en él con un peso del cual nada es capaz de liberarlo, y desde el seno de la tumba todo un pueblo de muertos le dicta imperiosamente su conducta³².

31 Es la denuncia que hacía Alfredo Tarre Murzi, *alias* Sanín, en la sesión del Congreso celebrada en agosto de 1989 por motivo de la discusión relativa al traslado de los restos de Pocaterra al Panteón Nacional: “Yo sé que existe un tercer tomo, un cuarto tomo, un quinto tomo [?] de las ‘Memorias de un Venezolano de la Decadencia’, que corresponden a los gobiernos de López Contreras y Medina [Angarita], y no sé por qué la viuda de Pocaterra se ha negado sistemáticamente a la publicación de esos dos, tres o cuatro últimos tomos de sus recuerdos como escritor y como político”. Véase el excelente trabajo de Argenis Rafael Zuloaga, de momento el mejor trabajo biográfico realizado sobre el personaje, titulado *La proyección política de José Rafael Pocaterra Mac Pherson*, Valencia, Venezuela, Clemente Editores, C. A., p. 143.

32 Elías Pino Iturrieta, *Positivismo y gomecismo*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2005, p. 28.

Dicha doctrina además eslabona los elementos fenotípicos con los genotípicos, tal y como señala Arcaya al establecer un diagnóstico sobre los pueblos de América Latina: “El peligro es evidente para la mayoría de estos pueblos. Y se comprende su mayor gravedad al pensar en la profunda *degeneración, conjunto raro de incapacidad y desdén*, a que hemos llegado en algunas parte de las naciones iberoamericanas”³³. De manera que todos los factores externos e internos de un país se conjugan en la cocción de un carácter nacional estático, o al menos de cambios muy lentos.

Así las cosas, la presencia de la barbarie sería un síntoma más que una causa de esa “degeneración” nacional y los andinos un representante anticivilizatorio que no ha terminado de borrarse del mapa geopolítico venezolano. En varias ocasiones Pocaterra lo señala, aunque algunas veces de pasada, como si el lector estuviese al tanto de lo que fundamenta su posición. El primer ejemplo ya lo citamos líneas arriba, con el caso de *Cara e Caballo*, cuya fisionomía estaba compuesta de “una faz lombrosiana, de mandíbula enorme, de ojos tártaros”³⁴; el segundo lo hallamos en una nota al pie del capítulo XIX donde dice de Aparicio Gómez (jefe del cuartel “San Carlos o de La Trinidad” y hermano de Eustoquio Gómez) que es un “tipo lombrosiano”³⁵, para terminar anunciando más adelante que toda esta familia es “una raza de criminales natos”³⁶, aludiendo en todos ellos a las ideas del criminólogo positivista Cesare Lombroso, quien con la publicación en 1897 de *L'uomo delinquente* fundamenta de forma científica el concepto de “criminal nato” sobre la base

33 *Ibidem*, p. 40.

34 Véase la nota 17 del presente capítulo.

35 José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, tomo I, Caracas, Editorial Élite, 1936, p. 261.

36 Véase la nota 60 del presente apartado.

de rasgos orgánicos de carácter atávico o degenerativo³⁷. Así, en el plano físico este presenta los siguientes “estigmas”: “Frente huidiza y baja, gran desarrollo de los arcos supraciliares, asimetrías craneales, fusión del hueso atlas y el occipital, gran desarrollo de los pómulos, orejas en forma de asa, tubérculo de Darwin, gran pilosidad braza superior a la estatura, etc.”³⁸; en cuanto al ámbito de las costumbres sociales detentan numerosas taras como “insensibilidad afectiva, falta de sentido moral y remordimiento, cinismo, vanidad, impulsividad, crueldad, afán vindicativo, ociosidad, tendencia al juego, a las orgías, uso frecuente del argot”, entre otros³⁹.

Esto concuerda con la descripción fenotípica de algunos esbirros andinos como *Cara e Caballo* (cuya faz es, si aceptamos la referencia, francamente deforme), Cipriano Castro (quien posee una “mandíbula prognática”⁴⁰) y sobre todo de su máximo representante racial: Gómez, quien es un hombre constituido por “la ingenua tosquedad de las razas ordinarias, deformadas por labores duras”⁴¹. Más aún, muchos de los señalamientos de Lombroso concuerdan con el registro de sus actos en las *Memorias...* En una ocasión el Benemérito comentó reunido entre amigos que “el General Norberto Borges, al ser colgado por donde ya se sabe, sufrió un derrame de la orina que le bañó la cara. –‘Porque el amigo estaba con las patas de a para arriba...’

37 Hay quienes consideran que, si bien esto es cierto, solo lo es en parte, pues su pensamiento cambia con el tiempo al respecto. Véase Antonio García y Pablo de Molina, *Tratado de criminología*, Valencia, España, Editorial Tirant Lo Blanch, 2003, pp. 405-406.

38 *Ibidem*, p. 411.

39 *Ibidem*, p. 412.

40 José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, tomo II, Caracas, Editorial Élite, 1936, p. 105.

41 Véase la nota 5 del capítulo 5 de este trabajo.

–informó el chistoso ‘general’⁴², con lo cual se evidencia la “falta de sentido moral y remordimiento” ante la banalización del dolor ajeno (pues lo toma como motivo de chanza conversacional), así como la “crueldad propia” del que, en su “afán vindicativo” le otorga carta blanca a sus acólitos para hacer lo que les plazca a los opositores políticos, que dentro de su visión de mundo (según la versión del libro) no son más que “enemigos”.

Otra anécdota refleja en cambio el carácter cínico del gobernante, pues se trata nada menos que de la burla de una petición de clemencia de carácter familiar:

Una tarde, en Macuto, la esposa del general Delgado Chalbaud, mujer bella, joven, de distinguidísima familia, enloquecida de pena, sin noticias de su esposo en prisión por años y años, con dos niños, arrójase a sus plantas y le toma las manos llorando:

¡Compadre! se lo pido por mis hijitos, suélteme a Román...

El “general”, bondadoso, la ayudó a incorporarse:

¡Sí, comadre, cómo no!

Regresó, furioso del paseo. Dió [sic] órdenes severas de que no le dejasen acercar más a “esa señora”.

Y en la noche, durante la comida, refirió a sus familiares lo que había ocurrido.

¿Y tú qué le dijiste? –preguntóle Indalencia, una de sus hermanas.

Pues que le soltaría a su marido al encargarme de la Presidencia...

Y como tú no te piensas encargar por ahora... –subrayó la misma con una sonrisa completando el pensamiento de su hermano⁴³.

Rasgos que, como familia que son, comparte con el vicepresidente José Vicente Gómez Bello, alias Vicentico, y señala en el apartado XXVII:

42 José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, tomo II, Caracas, Editorial Élite, 1937, p. 6.

43 *Ibidem*, p. 41.

Al subteniente Pedro Betancourt-Grillet le ocurrió un incidente que da la media de la psicología del hijo de Gómez:

Cuando le amenazó en “Villa Zoila” de que lo haría cantar (es decir, delatar a sus amigos) colgándolo por... parece ser que él se atrevió a apelar: ¡Oh, no; yo no creo que usted, general, deshonre sus presillas con un acto semejante!

Y el gordinflón estúpido saltó iracundo:

¿Qué no lo cree? Ya lo va a ver.

Y lo vió [sic]. Le quitaron la blusa; se la pusieron a manera de capuchón y mordaza, fuertemente atada con las mangas alrededor del cuello. Y cuando el cuerpo dió [sic] vuelta en el aire, pendiendo de las partes, en la angustia del tirón, la víctima trató de apoyarse en la mano, y el dedo índice se le partió por la falange como si fuese un dedo de cartón⁴⁴.

Es la obra de una casta menguada, heredera de una maldad imposible de cambiar y condenada a transmitirla a la siguiente generación. ¿Qué otra cosa se esperarí­a de un hombre de occipucio plano y ojos reptiles sino ejercer los bajos instintos que su raza no ha podido superar, esos atavismos recónditos presentes incluso en un “civilizado” como el mismo Pocaterra⁴⁵? ¿Podría imaginarse algo distinto de una inmensa cantidad de andinos, expulsada del fondo de la “selva” (paradigma antiguo del despectivo y contemporáneo “monte y culebra”, muy popular entre los ciudadanos) por un “estúpido azar” para inculcar en el corazón de la civilización la “doctrina de la ferocidad”?

Si bien su formulación teórica no tiene la misma calidad que la de un Gil Fortoul o un Vallenilla Lanz, en la práctica no deja de anunciar desde ese mismo prisma en un momento dado que “los venezolanos están surgiendo del largo crepúsculo de una reciente noche de barbarie, encandilados y dando tumbos,

44 *Ibidem*, p. 122.

45 José Rafael Pocaterra, *op. cit.*, tomo I, p. 23.

y que el fenómeno no es andino ni central: es biológico”⁴⁶, es decir, que esa gran decadencia que había empañado en su totalidad a la nación comenzaba a cambiar su fisonomía, un fenómeno que, aunque no dice cuáles son las causas modificadoras, se debe al surgimiento de una nueva generación: la de los estudiantes, cuya actitud abiertamente pugnaz frente el régimen contrasta con la suya, tan dócil, logrera y felicitadora. Esta perspectiva se manifiesta desde 1929, con relación a los protagonistas de los eventos del año 1928:

Nunca como en esta hora, en esta fecha y sobre la portada de este libro [se refiere al testimonio *En las huellas de la pezuña*] se cumplirá el voto con que consagré mi labor hace veinte años: “Soy el postrer representante de una generación sacrificada e invoco a la que nos sucede porque traerá las manos limpias y una estrella en la frente”.

Yo la esperaba desde la cárcel y desde el destierro. Héla aquí, que ha llegado. Al pronóstico de ayer responde toda en pie, con un alarido heroico: “¡Venezuela será!”⁴⁷

Es la mejor generación que ha existido desde, (y cómo pensar lo contrario, si de ahí saldría a fin de cuentas la nación) el “milagro” de la Independencia⁴⁸, por lo cual se comprende la aparición después de tantos lustros de una nueva camada de elegidos. Si en los partos de la patria la barbarie nació como gen recesivo, pronto enmendaría el error con el fruto de los dominantes. Aunque pareciera un contrasentido, Venezuela comenzaba a progresar a pesar de sí misma.

46 José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, tomo II, Caracas, Editorial Élite, 1936, p. 380.

47 José Rafael Pocaterra, “Una página para la historia” en Miguel Otero Silva y Rómulo Betancourt, *En las huellas de la pezuña*, Caracas, El Nacional, 2007, p. 11.

48 *Idem*, p. 9.

En la visión de la historia pocaterrana la colisión entre civilización y barbarie es inevitable: ambas fuerzas siempre han estado en duelo por el dominio del territorio, como el bien contra el mal, como Dios contra Satán, como aqueos contra troyanos. Sobre la decadencia venezolana dirá el escritor que “la velocidad del descenso no implica extinción. Sigue esa raya tremenda, marcada a hierro, sangre y llanto, en demanda del vértice lejano”⁴⁹. Solo que esta lucha para él es el motor del cambio histórico nacional, de donde se desprende cierto carácter dialéctico como paradigma historiográfico y a su vez un optimismo a largo plazo, sintetizado en una frase acuñada a fuerza de repetirla en el texto y fuera de él: “Venezuela será lo que debe ser, porque una vez ha sido”⁵⁰.

CONTRA LA “VERDAD OFICIAL”. EL DISCURSO CONTRAHISTÓRICO DE LAS *MEMORIAS*...

Alineado con estas tesis encontramos numerosas versiones del período histórico contrarias a las expuestas por los documentos públicos, en especial al período de Gómez. Muchos de estos aparecen en las *Memorias...* con la intención de rebatirlas. La desacreditación de estos postulados por medio de pruebas y argumentos racionales persigue su desplazamiento como interpretaciones autorizadas del fenómeno, lo que le da una naturaleza vicaria a las ideas vencedoras (es decir, las suyas). Nos encontramos así ante una contrahistoria, un discurso historiográfico orgánico y antagónico sobre los gobiernos de Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez tanto en sus materiales interpretativos

49 José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, tomo I, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1990, p. 12.

50 *Idem*, p. 11.

como en su exégesis final en pugna con una visión histórica oficial a la cual se pretende deponer para ocupar su trono, vale decir, convertirse ella misma en historia hegemónica y no lo que desde sus inicios hasta su publicación definitiva fue para el despotismo gomecista —e incluso algunos revolucionarios—: autobiografía, pasquín, sarta de injurias de “eternos descontentos” resentidos por la labor civilizatoria del Rehabilitador⁵¹.

La más evidente de todas y que no necesita explicación es la visión de esos treinta y cinco años como una atroz dictadura. Ciertamente, hoy en día esto no es un gran descubrimiento de Pocaterra, pero la vigencia de esta lectura en la actualidad delata al menos la caída de uno de los conceptos con los cuales figuras emblemáticas como Victorino Márquez Bustillos defendía la importancia del gobierno del general Gómez, pues este dirigía a un pueblo “que nació por la Democracia y para la Democracia” (de la cual sobra decir quién era su principal demiurgo), cuyo caudillo se dedicaba a continuar la “obra magna de Rehabilitador”⁵², y su vigilancia era la garantía de que en el futuro “no se subvertirá el orden mientras esté velando por sus destinos el Pacificador de la República”, más aún cuando señalaba que los políticos fracasados andaban por el exterior “convertidos en plañideras, trazando un cuadro tan ficticio como sombrío de prisiones crueles, de mártires, de viudas y de huérfanos por redimir; todo con el fin de inspirar la compasión o de mover la fibra del sentimentalismo en quienes no conocen la efectiva situación interna de este país”⁵³. La exposición en toda la obra —aunque con especial énfasis en el apartado tercero titulado “La vergüenza de América”— del mundo carcelario

51 Por su variedad y en muchos casos profundización de eventos que lo componen, solo señalaremos brevemente algunos de estos puntos.

52 *Memorias...* (edición Biblioteca Ayacucho), *op. cit.*, p. 262.

53 *Ibidem*, p. 229.

padecido por un colectivo político y el ejercicio de la tortura por parte de los aparatos represivos gomecistas contribuyeron en buena medida a derribar esa fraseología pomposa (la muerte del dictador también, pero esto es solo una pieza dentro de todo el proceso).

Quizá la más representativa sea la configuración histórica de Juan Vicente Gómez, sobre quien recayó un halo heroico y cuasidivino de su personalidad hasta su muerte, si bien la adulación hacia su persona no era moneda corriente sino, como señala Manuel Caballero, “producto de una determinada circunstancia, o sea que se integra dentro de una manera, o de una necesidad de manipulación política”⁵⁴. Era en principio el “Pacificador de Venezuela”, debido a su protagonismo en la batalla de Ciudad Bolívar en 1903, durante el peligro de la Revolución Libertadora; luego fue la salvación de la república, al ponerse como figura sustitutiva de Castro después de ejecutarse la llamada “evolución dentro de la causa” en 1908. En el tapiz de las *Memorias...* estos hechos se consideran el resultado de una imposición política dictada por la necesidad de halagar al gobernante de turno. En el apéndice tercero del primer tomo, Pocaterra incluye una entrevista realizada al coronel Gregorio Olivo en el diario *Ahora* el 12 de febrero de 1936. Su testimonio desmiente aquella versión repetida *ad nauseam* de que Gómez fue el principal responsable de la victoria de la operación bélica de Ciudad Bolívar. Según su visión, el general nunca estuvo presente en dicha refriega. Se quedó en un sitio llamado Cañafístolo, mientras el resto de las fuerzas entablaban combate. Una vez finalizada, se le encomendó a Olivo notificarle la victoria, con la sorpresa de que Gómez le respondió de la siguiente manera: “A mí se me ponía que el general [Emilio] Rivas iba a tomar hoy el

54 Manuel Caballero, *Gómez, el tirano... op. cit.*, p. 268.

Cementerio. Dígale al general Rivas que lo felicito y me felicito yo”, con lo cual se abroga el mérito cuando en realidad “El [sic] no estaba por todo eso (...) Gómez fué [sic] sólo un espectador lejano de la contienda”⁵⁵.

Asimismo, en los capítulos XI y XII los eventos del 19 de diciembre de 1908 son representados como la preparación y consumación de un golpe frío en donde imperó la alevosía de los acólitos de Castro, quienes se valieron nada menos que de una de las personas máspreciadas por él: su compadre. Los matices psicológicos permiten interpretar la dimensión humana de un personaje afectado por una situación trascendente. Gómez, pues, además de ser el malvado y estúpido por naturaleza, será también el cobarde sumergido en el dilema de seguir siendo el servidor de siempre o convertirse en el perro traidor que muerde la mano bienhechora: “El mero miedo físico [de Gómez] quizás no le dominó tanto [sic] como el pánico y la turbación de su conciencia y ese estado de terrible incertidumbre que caracteriza a los seres sujetos por una larga domesticidad a tolerarlo todo y que, de repente, se hallan dueños y señores de su propio destino”⁵⁶. Esto dibuja un mal inicio en la historia para quien habría de gobernar a la nación por veintisiete años.

Otro tanto ocurre con su imagen, en especial con las pinceladas del capítulo XIV, las cuales abarcan desde su personalidad hasta sus mañas campechanas⁵⁷. Para empezar, Juan Vicente Gómez es percibido como el producto de factores biológicos e históricos que determinaron la negatividad de su carácter, tal y como expresa en el apartado XLI, donde sintetiza históricamente el período, pues nace “hacia 1859 [sic]” con “los ojillos tardos

55 José Rafael Pocaterra, *Memorias...*, *op. cit.*, p. 315.

56 *Ibidem*, p. 147.

57 *Ibidem*, pp. 176-180.

a la luz, los movimientos zurdos, la ingenua tosquedad de las razas ordinarias, deformadas por labores duras”⁵⁸. Esta conformación lo limita y lo delimita como ser social, y con el tiempo vendrá a ser “una de las vidas extraordinarias que haya parido con más penas la desarticulación conceptual de una época”⁵⁹, por lo cual no resulta extraño verlo escribir que “[e]s una raza de criminales natos la de los Gómez”⁶⁰. Más allá de sus crímenes (todos asociados con la tortura, el asesinato y la corrupción) sus acciones son el resultado de factores históricos complejos. Lejos estamos del preclaro hombre necesario e insustituible de la patria, pues en realidad se trata de un palurdo sin ningún tipo de modales, fenotípicamente inferior si tomamos en cuenta que es un “hombretón de occipucio aplastado” (propio de personas genéticamente enfermas) y “ojillos de aligator”, con lo cual está más próximo a la escala animal que a la humana⁶¹. Esta apreciación surge en más de una ocasión, como aquella vez que tuvo la oportunidad de verlo jugar con un saurópodo, golpeándolo con una varita mientras este retozaba:

Gómez sonreía, complacido, hurgando el cocodrilo, que dejando ver su larga serie de colmillos, como si respondiese a la sonrisa del otro, comenzó a arrastrarse hasta el agua; y antes de zambullirse para evitar que le molestase más, alzó un instante la armada mandíbula, vio al agresor con una expresión turbia, siniestra, de estupidez colérica velada en esas nieblas de animalidad digestiva que tienen los ojos de los saurios y de los gastrónomos, y *al contemplar de súbita a ambos, por un instante no supe cuál era el caimán y cuál era Gómez*⁶².

58 *Ibidem*, tomo II, p. 391.

59 *Ibidem*, p. 397.

60 *Ibidem*, p. 304.

61 *Ibidem*, tomo I, p. 84.

62 *Ibidem*, tomo II, pp. 201-202.

Dosificadas según los hechos, estas frases, a todas luces lindantes con el insulto, acentúan la decadencia nacional, hasta el punto de que la feroz satrapía del país se le debe a un tonto de capirote ubicado en contubernio con las élites. Quizá si fuera la bota de Guzmán Blanco, todavía habría algo que rescatar... ¡pero de un casi analfabeta funcional proveniente de una tierra casi extranjera era el colmo para la gente civilizada!

Esta decadencia, como se ha señalado, se interpreta como la responsable de tener a ese personaje en el devenir histórico nacional. Esto se comprueba en sus archivos, donde encontramos una carta abierta al Benemérito fechada en La Habana el 10 de marzo de 1924. Técnicamente, es un borrador, pues la redacción está trunca, por lo que debe suponerse que nunca fue remitida a su destinatario. Sin embargo, dentro de las numerosas ideas desarrolladas hay un párrafo que demuestra uno de los principios elementales de su conciencia histórica, como es el conocimiento de que las cosas no surgen *ex nihilo* y en consecuencia:

Usted [se dirige a Gómez] es lógica resultante de un medio corrompido del cual son solidarios y beneficiarios muchos de los que descaradamente escriben, censuran y protestan contra ese régimen; de un pueblo, noble, sano, inteligente, que no ha sido ilustrado por sus gobernantes a pesar de más de un siglo de vida independiente; de un grupo de políticos amorales empeñados en llamarse “representativos”, por haber pasado de moda la palabra “liberal”, cuando jamás han representado al sufrido pueblo, y por último, con honrosas excepciones, de una intelectualidad, parte real y parte imaginaria, ésta la más insufrible por lo pretenciosa, ambas flexibles, megalómanas, que alquilan sus plumas a los que mejor satisfagan sus insaciables vientres⁶³.

63 *Archivos de José Rafael Pocaterra*, tomo I, Caracas, Banco Industrial de Venezuela, 1973, p. 69.

Finalmente, podríamos exponer la contraversión relativa a la llegada de la gripe española en 1918⁶⁴. Oficialmente, el Gobierno de Juan Vicente Gómez tomó medidas pertinentes para evitar la propagación del contagio: prohibición de reuniones, habilitación de hospitales, servicio de entierros, entre otros. Incluso llegó a publicarse un informe detallado de la situación una vez superada. La lectura de *La epidemia de la gripe en Caracas. Informe al Gobierno Nacional* nos arroja datos concluyentes de la dimensión del daño. Por ejemplo, al finalizar el episodio de la gripe en Caracas el número de muertos había sido de 1491 personas, aunque si se le adjuntan 469 de algunas parroquias foráneas bastantes cercanas la cifra llega a 1960⁶⁵. Tomando en cuenta que se contabilizó alrededor de 70.000 enfermos de gripe, es evidente que las medidas tomadas por el Gobierno minimizaron la tasa de mortalidad a niveles envidiables en otros países⁶⁶, más aún cuando se estipula que la gripe española acabó

64 Aunque no existe una fecha precisa de cuándo llegó y en qué barco, se tiende a considerar que a mediados de octubre de 1918 hizo presencia en el puerto de La Guaira y que de ahí se extendió al resto de Venezuela. Probablemente fuera el día 15 de octubre cuando el general Ignacio Andrade, para el momento ministro de Relaciones Interiores, ya en Caracas y, sobre la base de lo vivido, notificara en un telegrama a Juan Vicente Gómez al día siguiente la supuesta falsedad de los hechos: “La novedad que le han comunicado de epidemia en La Guaira, es exagerada. Yo vine anteayer de allá y acaba de llegar ahora mi hijo José // Sólo hay un catarro que da con fiebre que dura 2 días”. “Telegrama de Ignacio Andrade al general Juan Vicente Gómez. De Caracas a Maracay el 16 de octubre de 1918”. *Boletín del Archivo Histórico de Miraflores*, abril-diciembre de 1979, n.ºs 107-108, p. 8.

65 Junta de Socorros del Distrito Federal, *La epidemia de la gripe en Caracas. Informe al Gobierno Nacional*. Caracas, Litografía del Comercio, 1919, p. 72.

66 “Sólo en Río de Janeiro, [la gripe española] ha venido matando 500 personas diarias por término medio, y como verá por el recorte acompañado, ayer hubo 619 defunciones, sin contar las de dos parroquias importantes. (...) Ha habido casas en que murieron todas las personas, y en algunas se han encontrado los muertos de cinco días!”. “Telegrama de Emilio Constantino Guerrero al General Juan Vicente Gómez, Río de Janeiro, 31 de octubre de 1918”, en *Boletín del Archivo Histórico de Miraflores*, abril-diciembre de 1979, n.ºs 107-108, p. 13.

en pocas semanas con 25.000 venezolanos⁶⁷, cifra que duplicaba las aproximadas 12.000 que había dejado la Revolución Libertadora quince años atrás.

Según las *Memorias de un venezolano de la decadencia* las cosas habían transcurrido de diferente forma. Aquí, Caracas estuvo abandonada a su suerte: “¡No se les vió [sic] en una obra de caridad, en una recaudación pública, en el ejemplo vivo que hasta el último limpiabotas daba llevando víveres y medicinas por los vecindarios!”⁶⁸. La única gente que actúa de tal forma pertenece al sector civil: estudiantes, médicos, periodistas. Los militares, por el contrario, o fueron un estorbo para la ejecución de algunos planes sanitarios o bien figuras ausentes del escenario público. Es el caso una vez más de Gómez, quien ante la noticia de la epidemia “voló a refugiarse en una aldea de aguas sulfurosas que está ante el abra de los llanos. (...) se llevó a su hermano, *Juanchito*, Gobernador vitalicio del Distrito Federal”⁶⁹. De manera, pues, que quienes estaban en el poder y tenían que estar al frente de la situación no cumplieron su deber y fueron a salvarse. Sin liderazgo visible que dirimiera el problema, el autor observa cómo precisamente ese sector que tanta molestia le había causado a la tiranía andina se organiza con los pocos recursos que tiene y articula una serie de acciones para mitigar la violencia de la “peste blanca”. Esto resulta revelador, pues a pesar de que en los documentos oficiales hay pruebas de que se tomaron medidas ante la crisis, un sector de la población no vio –incluyendo al escritor– por parte del Gobierno una respuesta visible, y tratándose de un hecho ocurrido durante el período abiertamente dictatorial del régimen gomecista es evidente que esta dicotomía pueblo activo vs.

67 Alberto Silva Álvarez, “Salud. Siglo XX”, en *Diccionario de Historia de Venezuela*, tomo 3, Caracas, Fundación Empresas Polar, 2010, p. 1041.

68 José Rafael Pocaterra, *Memorias...*, *op. cit.*, tomo 1, p. 264.

69 *Ibidem*, p. 262.

Gobierno pasivo tendrá una interpretación de carácter político. La conclusión al final de la tragedia salta a la vista y bien puede formularse en forma interrogativa: ¿cuán necesaria ha sido la presencia del Benemérito y su cáfila de andinos si la población pudo valerse por sí misma en momentos totalmente adversos?

Tres sectores específicos participaron de una u otra forma durante la gripe. El primero es el castrense, principalmente andino, caracterizado por un uso excesivo de la violencia. Su participación, como se vio líneas arriba, fue nula si quitamos la función represiva que tuvo, a veces francamente exagerada⁷⁰. El segundo, el ya mencionado sector letrado, integrado por una clase media joven con acceso a la cultura y, contrariamente a los militares, de pensamiento más avanzado. Son los voluntarios que administran las medicinas junto con la Cruz Roja Venezolana y mantienen un contacto estrecho con todos los sectores sociales, pero en especial con el tercero, a saber: el pueblo corriente, ese que sufre directamente los estragos de la enfermedad y no puede valerse por sí mismo⁷¹.

70 Pocattera cuenta cómo la policía una vez intentó apresar a Eduardo Coll Núñez, dueño del diario humorístico *Pitorreos*, por haber impreso un cuento de Edgar Allan Poe titulado “La máscara de la muerte roja”. El personaje encargado de esta acción, Delgado Briceño, “estaba empeñado en que eso de Poe era un seudónimo mío o de otro, ‘enemigo del gobierno’... y que aquello era una alusión al “general Gómez” (*op. cit.*, p. 263). Coll Núñez tuvo que demostrarle la existencia de Poe, ya bastante conocido para esa época, a través del diccionario Larousse.

71 La lista de arrabales que visita es amplia: Agua Salud, Vuelta del Manicomio, Catia, Camino Nuevo, Colombia, Monte de Piedad, Canarias, Placer de Palo Grande, Boca del Túnel, Guarataro, Cerro del Obispo, Empedrado, Tosta García, Altos del Paraíso, Buenos Aires, Roca Tarpeya, Mamón, Rincón del Valle, Caserío del Cementerio, Santa Rosa, San Isidoro, La Quebrada, Pueblo Nuevo, Caserío de la Fábrica de Vidrio, Sarría, Imataca, Boulevard del Cristo, Calle del Medio (Misericordia), Sabana de San José, Caserío del Instituto Anatómico, Barriada del Hospital Vargas, Casa Madre, Sabana del Blanco, La Lagunita, Puerta de Caracas, El Polvorín, Alto de las Niguas, Sabana de Crespo, Bloqueo, Bajo la Tierra, Pagüita, Tinajitas, San Francisquito, Horno Negro, Venado y Guayabal.

No debe olvidarse que el movimiento es, según la versión del libro, espontáneo. Ayuda con lo que tiene y hace lo que puede. Conviene tocar un aspecto que contradice, aunque solo en parte, la tesis general de la obra: la gratitud del pueblo sufriente. En las *Memorias...* hay dos casos particulares y fue, si se quiere, la tendencia general por la que pasó la gente. El primero ocurre con unas viejitas cuyos antepasados, próceres de la independencia, que no solo estaban felices de que les hubiesen prestado auxilio, sino también de volver a ver gente joven. Así, Pocaterra llega a escuchar a una de las señoras decir: “No debía morirme sin volverlos a ver. ¡Y mira cómo vienen ellos ahora que hay peste y hay necesidad! ¡Si parece cosa de Dios!”⁷². El autor termina la narración preguntándose cuánto tiempo habrían estado sin tener contacto con otras personas, señalando así otros rasgos de esa historia social que levanta sobre la base de datos: la soledad y la tristeza.

No hay duda. Hay en este pasaje de manera implícita un juicio negativo hacia la dictadura. Esta interacción entre las personas a raíz de la gripe ha delatado una condición humana que probablemente pocos conocían y que de una u otra forma da cuenta de una situación político-social negativa que se vive gracias a los andinos: un pueblo aislado, desconectado internamente, abandonado por la autoridad e incluso por los mismos habitantes. Es la experiencia del venezolano en plena decadencia que, a pesar de la fuerza con la cual esta lo golpea, no consigue doblegar un carácter que, aunque moldeado a base de dolor, no ha sido corrompido del todo.

A esta conclusión se llega en la visita a una herrería, donde una familia se hallaba muy enferma:

72 José Rafael Pocaterra, *Memorias...*, *op. cit.*, tomo I, p. 267.

Al lado del taller, tres chiquillos convalecientes, tres criaturitas que tosián hasta querer estallarles la laringe... El padre los veía, tosiendo también, tosiendo hasta el llanto, impotente, febril.

Estoy solo –explicó–, la madre está en el hospital; me dicen que ha muerto. Usted ve: yo no podría tenerla aquí, grave. Déme [sic] algo, présteme algo, para esta tos que me va a matar las criaturas, para mí... ya que ella habrá descansado de esta pobreza.

Vegas vino corriendo, escribió algo: abrigos, jarabe, víveres⁷³.

Hasta aquí la escena es típica de lo que habían vivido durante la campaña de auxilio. El ambiente, la pobreza, incluso la condición mendicante de las personas. Pero la respuesta que este da después mientras lo auxilian es lo que termina por convencer al escritor del carácter honrado del ciudadano común y corriente. Mientras Rafael Vegas escribe sobre los papeles, el herrero les dice algo a todas luces inesperado, tomando en cuenta la situación en la cual se encuentra: “–Yo trabajaré, yo les pagaré algún día. Un hierro, cualquier cosa del automóvil...”⁷⁴.

Lejos de arrodillárseles a aquellos hombres que tienen la posibilidad de salvarlo promete retribuir la ayuda. Hay aquí la mentalidad del hombre que no admite una actitud mendicante y jura pagar, aunque nadie se lo haya pedido. Con una honestidad muy cercana al orgullo, el herrero ve en este tipo de ayuda desinteresada un acto necesario aunque impropio de él. Prefiere obtener las cosas gracias al “sudor de su frente” y no por caridad, cónsono con la mentalidad del que nunca ha tenido nada y ha hecho de la lástima su fuente de sustento diaria. “Un proletario de otro país probablemente hubiera tratado de besar la mano caritativa; pero los dioses bendigan al menesteroso venezolano que no lo hace nunca”, dice Pocaterra, “[e]s preferible que aprenda a

73 *Idem*, pp. 269-270.

74 *Ibidem*, p. 270.

morderla!”⁷⁵. El amor propio del venezolano en estas circunstancias no es vanidad: es producto de un espíritu honorable que prefiere cancelar sus deudas a vivir de manera servil, a la espera de alguien que lo salve. Que estos valores se hayan presentado durante una crisis como esta son un indicio de que una parte de la nación venezolana es buena, aunque está infestada por la decadencia, cuya distinción recae primero en los andinos y luego en el resto del escalafón: intelectuales, soldados, gaceteros y un sinfín de etcéteras.

FUNCIÓN EJEMPLAR EN LA ESCRITURA DE LA HISTORIA

Finalmente, la función ejemplar de la historiografía de las dictaduras de Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez en *Memorias de un venezolano de la decadencia* se formula mediante la inclusión y combinación de las fuentes documentales, testimoniales y orales recabadas por José Rafael Pocaterra. Esta información, no siempre de tono sereno, perfila una serie de eventos sociales que de manera inevitable generan una tensión moral en el lector. Esto se debe al acentuado carácter narrativo de la historia (pues permite simbolizar las diversas experiencias humanas de una manera vívida), pero también a la enunciación personal del historiador, quien, al utilizar su vivencia como fuente primaria para el conocimiento histórico de la época, direcciona en muchos casos el sentido profundo y superficial de lo expuesto en las páginas.

Marcado por un sentido ético para con su sociedad y consciente del peligro que representa la política del olvido por parte de la tiranía andina con relación a los actos negativos de los que se valió para mantenerse en el poder, el autor los rescata y

75 *Idem.*

escribe con el objetivo de legarle a la posteridad una enseñanza. La posible indignación o compasión del lector surgida del conocimiento de las peripecias registradas ya no tiene conexión con intereses vindicativos, sino que constituyen elementos depuradores y aleccionadores de la integridad ciudadana. El dolor, la muerte y la confabulación con el opresor que aparecen como datos fidedignos de una realidad pretérita incentivan de esta manera la conciencia histórica colectiva en aras de su mejoramiento conductual en el futuro. Y esto solo es posible en la medida en que se proyecte una moralidad determinada sobre los hechos ocurridos.

Por eso su autor realiza una aclaratoria en el capítulo XV que resulta perentorio citar lo más fielmente posible:

En estas *Memorias de un Venezolano* [sic] yo no armo alharacas porque hayan ocurrido tales o cuales actos de fuerza. Ni éstos nacieron de Castro y de Gómez. Los hubo siempre. Fatalmente los habrá. Pero de esto a los hechos delictuosos y sádicamente crueles, de esto al veneno, al tortol, a la incomunicación, a los grillos restauradores o rehabilitadores de setenticinco [sic], al robo, al sitio por hambre, a la expulsión de mujeres, al vergonzoso y tácito pacto de persecutores y de agentes que creen borrar su responsabilidad moral y social excusándose con la víctima de que es “orden superior”; de esto a sacrificar generaciones enteras en la cárcel o en los cuarteles; de esto a dividir en dos la juventud de un país, la mitad acorralada, perseguida, aterrada, la otra porción envilecida en puestecillos y encargada de burlarse de su propia mitad y de hacer la apología de los déspotas burlándose de la impotencia de los despotizados; de todo este conglomerado, de esta pelota de lombrices entrelazadas flotando suculentamente ante las fauces de un besugo cualquiera, a lo otro, hay una distancia considerable, una distancia que quizás no pueda recorrer la planta cansada de nuestros nietos, un poco abúlicos, un poco descreídos, hombres formados en otro ambiente e incapacitados para poder creer de buena fe cuanto hemos escrito. Consolaos los cómplices y los encubridores; regocijaos los que insultáis con la denegación y os reís de nuestra protesta mientras el intestino se os sumerge

de toda clase de vapores y a toda hora del día: en el futuro se han de creer muy escasamente nuestros dolores y vuestra cobardía. En una frase trivial y usual, en la clásica reflexión de que se trata de “antiguas pasiones políticas”, va a quedar arrojado todo. (...)

Que se crea o no lo que en estas páginas registran, que en ellas se suponga violencia o serenidad, exactitud, error, mala fe, evangelio, que las imiten, las desvirtúen o las admiren insidiosos, tontos, corridos de incapacidad o apóstoles en gestación, ni quiero saberlo ni me importa. De ellos recogeré una ortiga o una sierpe debajo de cada piedra. La admiración literaria –regalos de necios– o el desdén simulado –inútil e inofensivo ante mi vida y ante mi obra– me hacen igual efecto y despiertan idéntico interés: úno [sic] se debe a cosas más altas que al voto de unas millaradas de estúpidos y de unas centenas de lenguaraces, y ello influye tanto [sic] en mi labor como el insecto fastidioso que revuela en la lámpara mientras trabajamos. Anónimos, indirectas, alusiones. Una lejana tarde, en una sala del hospital Vargas de Caracas, observaba al cirujano Acosta Ortiz, operando: tenía al paciente tendido, cloroformizado, roncando como una bestia derrengada. La herida del vientre era de a tercia: el puño armado del bisturí, fulgurante en la niebla roja y abullonada de tripas azulentas, estaba suspenso, vacilante: los ojos fríos, claros y crueles del cirujano buscaban, buscaban en aquel horrible dédalo de arterias y de tejidos y de órganos palpitantes. De súbito el cuchillo partió certero como un pequeño rayo y se clavó en una víscera: hasta el rostro del hombre que trabajaba, saltó, recto, un chorro de pus. Y cuando se limpió la cara coloradota y genial, en la sonrisa de aquel hombre estaba la sonrisa de Dios. Era allí donde había que herir⁷⁶.

La dimensión de lo ocurrido no solo es histórica –en tanto se trata de reconstruir *lo que fue*–; también tiene una repercusión inmediata en la sociedad que requiere denunciarse, es decir, notificarse, señalarse, burlarse de las fauces voraces del olvido, porque no tiene el peso de una infracción menor, sino la mancha de una degeneración social que, si bien momentáneamente ha cesado, es

76 José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, tomo I, Caracas, Editorial Élite, 1937, pp. 198-199.

la pausa de un proceso que puede avanzar con prisa. Las pinturas pueden ser horribles, las tragedias patéticas, los entresijos políticos indignantes. Pero son horrores reales que demandan sanación por parte de una nueva descendencia social joven y maculada por un pasado negro que cargan a cuesta.

El proyecto historiográfico que plantea Pocaterra no tiene relación con una idea aséptica del oficio, para la cual la historia solo interesa por la historia misma. La pluma con que delinea los trazos de ese tiempo reciente, aunque ya ido, es el bisturí con el cual abre una herida social que pretendió retenerse (como aquel cuajo de pus cortado por el doctor Acosta Ortiz) en el cuerpo social. Y solo desde el dolor inmenso que inflige ese contenido (que no es ficticio, sino documentado, cotejado, confirmado) súbitamente arrojado a la faz del lector, directo, con crudeza, sin cortapisas será posible superarlo y aprender de él. Es por ello que las *Memorias...* seguirán teniendo “la difusión necesaria e irán logrando lenta y seguramente la compenetración ideológica que han menester los venezolanos de la juventud sacrificada ayer con la vasta perspectiva histórica que se abra ante las generaciones que van llegando”⁷⁷. Aprender de lo pasado y con ello construir el mejor camino hacia el porvenir, esa es la lección. Se mienta fácil, pero Pocaterra sabe de los tropiezos humanos con la misma piedra.

En 1967, Rómulo Betancourt escribía lo siguiente en el segundo prólogo de su *Venezuela, política y petróleo*:

Ningún historiador es imparcial. Majadería es negar que el acontecer de los pueblos es rememorado por quien sobre esos temas escriba enfocando hombres y sucesos a través del prisma de sus propias convicciones ideológicas. Lo que no es válido ni respetable es el historiador distorsione hechos e invente situaciones para falsificar, en beneficio de su propia tesis, lo acontecido en una nación. (...) La posición de neutralidad

77 *Ibidem*, p. 11.

asexuada es un imposible en quien escribe historia. Su propia pasión; su manera de interpretar los fenómenos sociales; su simpatía o antipatía por quienes hayan protagonizado los hechos que se relatan gravitan en una forma perceptible en el ánimo del relator”⁷⁸.

Hombre contemporáneo con Pocaterra y cónsono en muchos aspectos ideológicos e incluso intelectuales, estas palabras definen a la perfección el proyecto historiográfico de su antiguo compañero de luchas. Quizá él no estaba consciente de estar cumpliendo esta idea y por eso siempre eludió, a diferencia de Betancourt, denominar su vasta producción (si los primeros dos tomos abarcan más de ochocientas páginas, ¡cuántas podrían tener con los otros dos tomos inéditos!) como abiertamente histórica. Es probable que puesto en el banquillo de los acusados hubiese preferido ser tildado de panfletario o libelista antes que de historiador. Pero a veces la ignorancia es un factor decisivo en la edificación de ciertos productos del espíritu. Y si alguien llegase a formular que el valenciano no cumple dicho programa porque nunca lo concibió así, siempre podremos recurrir a aquellas palabras de Marx⁷⁹ y responderle que, dentro de la inconmensurable naturaleza de los hombres, hay procesos que estos no saben, y sin embargo los hacen⁸⁰.

78 Rómulo Betancourt, *Venezuela, política y petróleo*, tomo I, Caracas, Editorial Alfa, 2014, p. 29.

79 Karl Marx, *El Capital. Tomo I. El proceso de producción del capital*, México, Siglo veintiuno editores, p. 9.

80 De hecho, ya se ha comenzado a reconocer esta faceta de su vida, al menos de forma nominal. En el *Diccionario de escritores venezolanos*, Rafael Ángel Rivas Dugarte y Gladys García Riera lo señalan como “Narrador, ensayista y poeta. Historiador y columnista. Político”. Lo mismo ocurre en el *Diccionario General de la Literatura Venezolana*: “Narrador. Ensayista. Historiador. Político”. Véase con detalle: Rafael Rivas y Gladys García, “Pocaterra, José Rafael”, en *Diccionario de escritores venezolanos*, tomo L-Z, Caracas, Americana de Seguros / Universidad Católica Andrés Bello, 2012, p. 361. “Pocaterra, José Rafael (1889-1955)”, en *Diccionario General de la Literatura Venezolana*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2013, p. 471.

Conclusiones

La presencia en la conciencia crítica de nuestro siglo de las *Memorias de un venezolano de la decadencia* de José Rafael Pocaterra ha revelado cuán extremos y contradictorios han sido los intentos por definirlos, lo que ha creado un matiz tan amplio que incluso llega al extremo de ser catalogadas como ficción y no ficción a la vez.

El fenómeno se entiende si se toma en cuenta que se trata en la mayoría de los casos de lecturas contemporáneas signadas por unos tiempos en los que “todo lo sólido se desvanece en el aire”, como bien se vaticinaba en el *Manifiesto comunista*. En términos discursivos, eso se traduciría en una hibridación deliberada de los géneros literarios y en la apropiación, para muchos indebida, de lenguajes y fórmulas impropias del campo estético. Así las cosas, las cualidades del texto permitirían, para bien o para mal, casi cualquier lectura, convirtiéndolo diacrónicamente en un texto proteico bastante peculiar si tomamos en cuenta que su contexto de producción no es precisamente el más cónsono con la mayoría de las etiquetas recibidas.

Pero en el convite de las interpretaciones no hay mesa redonda. Todas tienen su jerarquía (marcada por el volumen de textos críticos que se han reproducido esgrimiendo tal o cual disquisición) y su vigencia (dependiente de la transmisión y aceptación que estas lecturas tengan en el tiempo). Dentro de ellas, la categoría “testimonial” ocupa sin discusión el trono.

Es comprensible: las *Memorias...* son el producto final de una voluntad en sus orígenes denunciante. Así lo hizo ver el mismo Pocaterra en cartas a sus compañeros de exilio a principio de los años veinte. Estos lo percibieron de igual forma, y de ahí a difundirla al resto de la nación era solo cuestión de tiempo. Además, en esos días parecía inevitable pensar que aquel que escribía sobre su misma época (así no hubiera visto o vivido los hechos) apenas era un testigo activo en la historia.

A nadie se le hubiese ocurrido pensar que hay textos cuyas funciones no son las mismas, por muchas relaciones encontradas con otros géneros. En literatura, por ejemplo, hay casos en los que un cuento inicial con un nombre específico ha sido material posteriormente incluido en la materialización de una novela¹, sin que por eso se considere una continuación de lo anterior. Por desgracia, eso fue lo que ocurrió con el libro de Pocaterra. Se le vio como una suerte de “texto humanizado”, y de manera similar a todo hombre que nace tuvo una etapa de niñez (*La vergüenza de América*), juventud (*Memorias...* de 1927) y de adultez (*Memorias...* de 1936). Todo sería la curiosa obra de un personaje que, durante dieciséis años de vida, misteriosamente nunca cambió.

Las *Memorias de un venezolano de la decadencia* son el resultado de un proceso de escritura largo y complejo, oscilante según las inclinaciones intelectuales de su autor y en el cual, antes de descartar lo ya escrito, prefirió amalgamarlo lo mejor posible y redirigir su sentido hacia los nuevos intereses formulados. De esta manera, desde la publicación de *La vergüenza*

1 Sin ir tan lejos, Ángel Gustavo Infante publicó en 1987 el libro de relatos *Cerrícolas*, donde una de sus piezas, “Dilia ya la rubia”, formará un apartado de su novela *Yo soy la rumba* (1992). Asimismo, Rómulo Gallegos publicó el 23 de marzo de 1919 en la revista *Actualidades* el cuento “La ciudad muerta”. Este material luego fue incluido íntegro en su novela *Reinaldo Solar*, publicada al año siguiente.

de América hasta la edición definitiva de las *Memorias...* no hay una simple añadidura de una disposición fija en el tiempo, como si fuera una pelota de nieve rodando desde el pico hasta la falda de la montaña: hay una redefinición de un proyecto letrado motivado por causas políticas y sociales cambiantes.

En realidad, solo existe una sola fase eminentemente testimonial en Pocaterra: la de la escritura de *La vergüenza de América*. Es el período de la vivencia de la experiencia límite “pura y dura”, la de la muerte sistemática de sus compañeros de prisión, la del sufrimiento por hambre, por sed, por enfermedad. Víctima de las ergástulas gomecistas, vive la materia prima de un horror y tiene las condiciones objetivas (vive en el lugar; tiene acceso a lápiz y papel; tiene un contacto que puede ayudarlo a sacar las cuartillas) y subjetivas (el deseo de escribir lo que vive) para denunciarlo.

Todo su discurso concuerda con las formas naturales del testimonio inmediato. Utiliza una primera persona del singular que pretende garantizar la fidelidad informativa del narrador (“yo lo vi, yo lo viví, yo lo sufrí”, es una de las fuentes de su credibilidad, pero hay otras, como por ejemplo la intervención de quienes difunden el texto por el mundo); solo existe la narración como forma de reconstruir la experiencia vivida; esta exposición de los eventos está mediada por esa voz y no por algún tipo de fuente externa a la vivencia misma (una nota al pie, una cita de un libro, un anexo documental, etc.²); existe una modalidad de escritura intermitente (el diario) como registro casi instantáneo de lo que ocurre; los eventos reconstruidos están marcados por la violencia y el dolor patéticos, lo que genera cierta conmoción en el lector, pues espera de este una actitud solidaria, cuando no una respuesta salvadora.

2 Ya hemos señalado que la versión inglesa, aunque ha sido la versión más pura que se ha encontrado, ha sufrido modificaciones que son menores comparadas con la edición de 1936.

Este proyecto escriturario cumple dos funciones de primer orden. La primera es publicitar ante el mundo aquello que el Gobierno de los Estados Unidos de Venezuela siempre negó internacionalmente pero ventiló a voluntad puertas adentro: el ejercicio de la tortura y la crueldad para con los presos políticos. La segunda es golpear a la tiranía en su imagen, ámbito muy delicado para su legitimidad y aceptación. El mantenimiento de esta actividad llegará a su fin tan pronto las condiciones socio-políticas le demuestren su ineffectividad.

Entonces surge un proyecto de corte histórico. Es el inicio propiamente dicho de las *Memorias de un venezolano de la decadencia* de 1927. El problema está en que el período que busca historiar aún no ha concluido, por lo cual solo puede levantar los orígenes de la dictadura andina y señalar los eventos principales realizados hasta el momento en calidad de *res gestae*. Ello lo obliga a utilizar herramientas metodológicas de aproximación al fenómeno pretérito que no había utilizado con *La vergüenza de América*, más enfocada a dibujar un presente oculto a los ojos del mundo civilizado. La narración deja de ser registro de la vivencia inmediata de un sujeto para devenir en reconstrucción objetivada de una época: la tiranía andina, llamada por el autor *barbarocracia* o *decadencia*. Estos eventos son el resultado de una investigación caracterizada por el acopio de datos sustentadores de su escritura. Se trata, como se puede deducir, del empleo de fuentes en la elaboración de un discurso historiográfico.

El problema de Pocaterra en este sentido es de carácter doble. Primero porque la labor la realiza un paria (forma metafórica mas no por eso menos precisa de referirnos a un exiliado en esa época) acosado por necesidades económicas y limitado por razones comprensibles al acceso documental necesario para la correcta construcción del pasado reciente. Segundo porque,

aunque pueda acceder a buena parte de esa información, la mayoría está contaminada por la censura gubernamental, con lo cual resulta inútil repetir lo que el sistema político afirma. Por fortuna, encuentra una respuesta creativa, y es la concepción del “documento parlante”, ubicado en el testigo conocedor de aquello que la letra oficial oculta o destruye. Así, el autor reivindica la fuente oral como documento legítimo para construir *lo que fue* sin sentirse por ello culpable de tergiversación o falta de rigurosidad investigativa.

Porque de eso se trata en este nuevo período de escritura: de averiguación. Es lo que hace cuando, a sabiendas de no haber estado ahí y poder dar fe de lo sucedido, interroga a un general cercano a los hechos para saber cómo ocurrieron con el mayor detalle posible; cuando señala en una nota al pie libros que pueden dar fe del horror delatado en las cárceles; cuando inserta dibujos de la cárcel como recursos visuales que complementen la descripción de la obra.

A partir de este momento en el cual, en contraste con el paradigma historiográfico positivista, hace epistemológicamente hablando de lo *no documentable* algo *documentable* el discurso subjetivo que marcó buena parte de la primera producción pierde su autonomía testimonial y es asimilado como una de las muchas fuentes empleadas en la construcción de su *res gestae*. Ya lo señalaba en una nota al pie del capítulo XIV: “En historia, y particularmente en historias de este género, es menester habr [sic] visto las cosas muy de cerca y no desde las perspectivas románticas en alas de imaginaciones juveniles, muy bien intencionadas pero absolutamente ineficientes a la hora grave de los acontecimientos”³. Con esto, como dijimos en otros apartados,

3 José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, Bogotá, Ediciones Colombia, 1927, p. 82.

Pocaterra se acerca al credo historiográfico proclamado por Bolívar y asume la tarea de ver las cosas “muy de cerca” pero de juzgarlas (objetivo no del todo logrado en sus planes, en parte por la función ejemplar que lo impulsa) muy de lejos.

Solo con la muerte del dictador supremo encontramos la culminación de ese ciclo histórico en su escritura. La edición de 1936 (con pequeños acomodos finales en la de 1937) anexa dos volúmenes más a la de 1927 y la complementa como lectura concluyente del período. La trascendencia de esta fase se caracteriza por tres cosas. Uno: todo lo redactado o publicado con anterioridad en diarios, revistas o folletos viene a integrarse como sustento de su trabajo final, cuyo efecto para los lectores contemporáneos es el de sentirse ante una obra nada homogénea. Dos: una acentuación de la metodología escuetamente desarrollada nueve años antes hasta el punto de que nos encontramos con que textos como la cuarta parte del libro (relacionada con el movimiento conspirativo del Falke) constituye, más que una defensa de su actuación pública, el primer estudio documentado de las causas internas de su fracaso, simbolizado en ese epígrafe casi aforístico de Winston Churchill colocado en el inicio del capítulo: “*It is easy for those who are wise after the event to see what ought to have been done when time had brought full knowledge of what was really taking place*”⁴. Tres: la presencia de mayor reflexión sobre los eventos expuestos, hasta el punto de delatar una teoría, si bien débil no por ello inexistente, de la historia. Pero no solo eso: simultáneamente, con el despliegue de una *res gestae* entabla una interpretación de estos, enmarcándolos dentro de principios abstractos y trascendentes que rigen históricamente su curso. Es la superación del mero “cronismo”

4 “Después de los eventos, es fácil para aquellos que son sabios ver qué debió haberse hecho una vez que el tiempo les ha brindado el conocimiento completo de aquello que realmente estaba llevándose a cabo”.

denostado por Zumeta gracias a la inclusión de la *rerum gestarum*. Solo en esta fase (imposible de captar sin haber conocido las anteriores) se pueden señalar los principios historiográficos que motivan el proyecto pocaterrano.

Para el valenciano la historia es ante todo la formulación de hechos. Debido a su inevitable ausencia –pues todo lo que existe en el mundo es finito– el historiador debe reconstruir el pasado por medio de la narración una vez obtenidos los datos correspondientes mediante un arqueo. Estos no deben ser adulterados, por lo que debe emplear una metodología que filtre la calidad de la información recaudada. En las condiciones político-sociales donde se mueve el autor, emplea en la mayoría de los casos aquellas de carácter oral, aunque también asume las visuales y escritas. No obstante, la desconfianza por estas últimas será pública⁵.

Todo esto es lo suficientemente significativo como para entender que, aunque no es un hombre formado en una escuela histórica determinada, su modelo historiográfico se hermana en gran medida con el paradigma decimonónico venezolano, conocido ante todo por el culto que tiene al acto de narrar como el método más eficaz para alcanzar la verdad histórica, pues con él se materializan los hechos pretéritos. Y es que estos (en especial cuando han sido comprobados) son percibidos como pruebas objetivas frente a las simples opiniones, en apariencia siempre refutables desde el prisma de los argumentos.

Asimismo, la perspectiva de su trabajo sigue estando enfocada en los grandes eventos que mueven al mundo: la política. Los protagonistas de esta historiografía son los individuos poderosos o aquellos que durante esos años dejaron cierta impronta durante la lucha por el poder. Incluso el pueblo cuando aparece

5 Véase nota 34 del capítulo 4 del presente trabajo.

está supeditado a esta dinámica. Si bien es cierto que su acercamiento al fenómeno histórico permanece depurado del heroísmo folletinesco tan criticado en sus páginas, no menos cierta parece ser su convicción de que, al igual que Rafael María Baralt hace poco más de ochenta años, los actos de la paz no sirven para la historia.

Pero, contrario a la opinión de algunos historiadores, Pocaterra está convencido de que no vive tiempos pacíficos sino profundamente violentos, aunque esta guerra no sea entre peninsulares y criollos, ni siquiera entre liberales y conservadores, sino entre dos fuerzas abstractas, sempiternas: la civilización y la barbarie, las cuales se materializan en las generaciones nacionales.

Lo social, pues, prevalece sobre lo militar en su visión de la historia, lo cual no deja de tener importancia. Primero porque se trata de un giro un tanto atípico dentro de la historiografía de su momento. En un ámbito donde tanto lo político como lo militar han sido los motores tradicionales de la escritura de la historia, incluir lo social, por muy ligado que esté a lo político, implica abandonar lo heroico de su gesta y adentrarse en lo moral de su desempeño, más aún si se trata de *su sociedad*.

Porque nunca ha habido épica en la historia de un pueblo que sufre y una élite que golpea y ríe.

Esto se conecta con el segundo elemento, a saber: su carácter ejemplar, pues solo desde esa perspectiva es posible asumir una función historiográfica aleccionadora y a su vez comprender el sentido profundo de lo ocurrido en ese tiempo.

La función ejemplar de su escritura de la historia de la tiranía andina radica en el rescate o exposición de hechos que, aunque dolorosos, deben saberse si la nación desea superar los males heredados históricamente. En este sentido se aleja mucho de los preceptos de Baralt, quien recomienda al historiador que “Estudie y medite los sucesos (...) con calma y sereno, como si pertenecieran a las remotas edades, y él los viera desde la

orilla del sepulcro: no a pretexto de ostentarse imparcial riegue a diestro y siniestro verdades inútiles y amargas que manchen las familias o turben el reposo público”⁶. Son precisamente esas verdades imparciales y acerbas (objetivadas por una metodología que ha corroborado la fidelidad del dato recogido) objeto predilecto de difusión, sin importar a quién pueda herir, pues en el plano simbólico tienen la finalidad tanto de sanar un mal social interno de los venezolanos (herederos e infectados por una decadencia inveterada) como de resarcir a las víctimas y colocar en el lugar correspondiente a los victimarios, con lo cual la ejemplaridad del discurso historiográfico es una herramienta para la consecución de la justicia. Si señalarlos para la posteridad como cómplices de dictadores o camaleones de raza es un acto vengativo o malsano, bien podría el autor responderles con una pregunta popular atribuida al Benemérito: “¿Qué culpa tiene la estaca si el sapo salta y se ensarta?”.

Uno de los sentidos profundos del texto lo encontramos en el concepto de decadencia. Al emplearse como una fuerza telúrica encarnada de manera biológica en los habitantes y cuya organización social compleja desemboca en la barbarie, Pocaterra desarrolla en las *Memorias de un venezolano de la decadencia* una fuerte consciencia historicista donde el decaimiento moral, intelectual y espiritual de su tiempo es el producto de un esplendor anterior perdido gradualmente por atavismos inherentes a la “raza” venezolana. Así, Gómez es la encarnación de la barbarie, pero en algún momento el escritor llega a sentir dentro de él mismo (hombre central e ilustrado) las taras de la violencia y la furia; los andinos muestran rasgos fenotípicos del “criminal nato” lombrosiano y la gente en general mantiene la abulia ante la tiranía, cuando no una directa complicidad con la perversión

6 Lucía Raynero, *Clío Frente...*, op. cit., p. 299.

de los gobernantes (signo ineludible de la ausencia de valores morales, otro rasgo del pensamiento de Lombroso).

De la misma manera en que materialmente emplea los métodos de la historiografía decimonónica, Pocaterra se aprovecha de una estructura de pensamiento cónsona con su tiempo para explicarlo, como es la escuela positivista, en una suerte de simbiosis pragmática entre una narración que no cae en los terrenos del cronista y una exégesis que no raya en el cientifismo que trata los hechos protagonizados por personas con la profilaxis del bacteriólogo.

Con esto observamos, no sin cierta perplejidad, cómo a pesar de su rechazo a los intelectuales del gomecismo mantiene, sin embargo, una estructura intelectual afín a estos, hasta el punto de que podría decirse que no hay (salvo en algunos métodos y la consistencia teórica, francamente débil en el caso de Pocaterra) mucha diferencia en sus modos de concebir y abordar mentalmente a su sociedad. Más aún cuando, como decía Caballero:

Con excepción de los muy contados pensadores cristianos (Caracciolo Parra León, Mario Briceño Iragorry, Renato Esteva Ríos) todos los intelectuales venezolanos de la época eran positivistas. (...)

Pocaterra, al hablar de la 'decadencia', estaba aceptando que Gómez, como pensaba Vallenilla, era un César, pero de la decadencia⁷.

7 Manuel Caballero, *Historia de los venezolanos en el siglo XX*, Caracas, Editorial Alfa, 2010, p. 95.

Referencias

Bibliografía directa

- Andrade, Ignacio. “Telegrama de Ignacio Andrade al general Juan Vicente Gómez. De Caracas a Maracay el 16 de octubre de 1918”, en *Boletín del Archivo Histórico de Miraflores*, abril-diciembre de 1979, n.ºs 107-108, p. 8.
- Baptista, Leopoldo. “Carta a José Rafael Pocaterra. New York, 2 de octubre de 1924”, en José Rafael Pocaterra, *Archivo de José Rafael Pocaterra. La oposición a Gómez. I (1922-1929)*, Caracas, Banco Industrial de Venezuela, 1973, p. 89.
- . “Carta a José Rafael Pocaterra. Aibonito, Puerto Rico, 14 de noviembre de 1924”, en José Rafael Pocaterra, *Archivo de José Rafael Pocaterra. La oposición a Gómez. I (1922-1929)*, Caracas, Banco Industrial de Venezuela, 1973, pp. 91-93.
- . “Carta a José Rafael Pocaterra. New York, 6 de setiembre de 1927”, en José Rafael Pocaterra, *Archivo de José Rafael Pocaterra. La oposición a Gómez. I (1922-1929)*, Caracas, Banco Industrial de Venezuela, 1973, p. 146.
- Baptista, Trino. “Carta a José Rafael Pocaterra. Aibonito, P. R., 16 de octubre de 1927”, en José Rafael Pocaterra, *Archivo de José Rafael Pocaterra. La oposición a Gómez. I (1922-1929)*, Caracas, Banco Industrial de Venezuela, 1973, pp. 154-155.
- Betancourt, Rómulo. *Antología política. Volumen primero. 1928-1935*, Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 1990.
- . “Carta a José Rafael Pocaterra. Costa Rica, 2 de setiembre de 1934”, en Rómulo Betancourt, *Antología política. Volumen primero. 1928-1935*, Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 1990, pp. 495-496.
- Betancourt, Simón. “Carta a José Rafael Pocaterra. Curazao, 9 de setiembre de 1928”, en *Archivos de José Rafael Pocaterra, La oposición a Gómez (1922-1929)*, Caracas, Banco Central de Venezuela, 1973, p. 237.
- Carnevali, Atilano. “Carta a José Rafael Pocaterra. Nueva York, 10 de octubre de 1928”, en *Archivos de José Rafael Pocaterra, La oposición a Gómez. I (1922-1929)*, Caracas, Banco Industrial de Venezuela, 1973, pp. 242-243.

- Carnevali, Gonzalo. “Carta a José Rafael Pocaterra. Bogotá, 17 de septiembre de 1928”, en *Archivos de José Rafael Pocaterra, La oposición a Gómez. I (1922-1929)*, Caracas, Banco Industrial de Venezuela, 1973, pp. 238-240.
- Constantino Guerrero, Emilio. “Telegrama de Emilio Constantino Guerrero al General Juan Vicente Gómez, Río de Janeiro, 31 de octubre de 1918”, en *Boletín del Archivo Histórico de Miraflores*, abril-diciembre de 1979, n.ºs 107-108, p. 13.
- Delgado Chalbaud, Román. “Carta a José Rafael Pocaterra. 25 mayo de 1927”, en José Rafael Pocaterra, *Archivo de José Rafael Pocaterra. La oposición a Gómez. I (1922-1929)*, Caracas, Banco Industrial de Venezuela, 1973, pp. 130-131.
- “Carta a José Rafael Pocaterra. París, 15 de octubre de 1927”, en José Rafael Pocaterra, *Archivo de José Rafael Pocaterra. La oposición a Gómez. I (1922-1929)*, Caracas, Banco Industrial de Venezuela, 1973, pp. 153-154.
- “Carta a José Rafael Pocaterra. París, 23 de enero de 1929”, en José Rafael Pocaterra, *Archivo de José Rafael Pocaterra. La oposición a Gómez. I (1922-1929)*, Caracas, Banco Industrial de Venezuela, 1973, pp. 286-287.
- Hernández, Nicolás. “Carta a José Rafael Pocaterra. La Habana, Cuba, 10 de junio de 1924”, en José Rafael Pocaterra, *Archivo de José Rafael Pocaterra*, Caracas, Banco Industrial de Venezuela, tomo I, 1973, p. 76.
- “Carta a José Rafael Pocaterra. La Habana, Cuba, 7 de julio de 1924”, en José Rafael Pocaterra, *Archivo de José Rafael Pocaterra*, Caracas, Banco Industrial de Venezuela, tomo I, 1973, p. 77.
- “Carta a José Rafael Pocaterra. La Habana, Cuba, 15 de febrero de 1925”, en José Rafael Pocaterra, *Archivo de José Rafael Pocaterra*, Caracas, Banco Industrial de Venezuela, tomo I, 1973, pp. 106-107.
- José, Pedro. “Carta a José Rafael Pocaterra. 25 de diciembre de 1931”, en *Archivos de José Rafael Pocaterra, La oposición a Gómez (1929-1935)*, Caracas, Banco Industrial de Venezuela, 1973, pp. 253-254.
- Marcano Villanueva, Jesús. “Carta a José Rafael Pocaterra. San Juan, Puerto Rico, 6 de noviembre de 1923”, en José Rafael Pocaterra, *Archivos de José Rafael Pocaterra, La oposición a Gómez. I (1922-1929)*, Caracas, Banco Industrial de Venezuela, 1973, pp. 49-50.
- Peñalosa, Pablo César. “Carta a José Rafael Pocaterra, Cúcuta, 15 de enero de 1929”, en *Archivo de José Rafael Pocaterra. La oposición a Gómez. I (1922-1929)*, Caracas, Banco Industrial de Venezuela, 1973, pp. 283-284.
- Pocaterra, José Rafael. *El doctor Bebé*, Madrid, Editorial América, 1918.
- *Memorias de un venezolano de la decadencia*, dos tomos, Bogotá, Ediciones Colombia, 1927.

- *La tyrannie au Vénézuéla. Gomez, la honte de L'Amérique*, París, André Delpeuch Éditeur, 1928.
- *Gomez, The Shame of America*, París, André Delpeuch Editeur, 1929.
- *Memorias de un venezolano de la decadencia*, dos tomos, Caracas, Editorial Élite, 1936.
- *La casa de los Abila*, Caracas, Editorial Élite, 1946.
- *Obras selectas*, Madrid-Caracas, Ediciones Edime, 1956.
- “Política feminista”, en *Obras selectas*, Madrid-Caracas, Ediciones Edime, 1956, pp. 2-119.
- *Archivo de José Rafael Pocaterra*, dos tomos, Caracas, Banco Industrial de Venezuela, 1973.
- “Carta a Juan Vicente Gómez. La Habana, Cuba, 10 de marzo de 1924”, en *Archivos de José Rafael Pocaterra, la oposición a Gómez (1922-1929)*, Caracas, Banco Industrial de Venezuela, 1973, pp. 67-72.
- “Carta a Trino Baptista. Montreal, 4 de diciembre de 1924”, en *Archivo de José Rafael Pocaterra*, Caracas, Banco Industrial de Venezuela, 1973, pp. 93-95.
- “Carta a Leopoldo Baptista. Montreal, 21 de mayo de 1927”, en *Archivo de José Rafael Pocaterra*, tomo I, Caracas, Banco Industrial de Venezuela, Caracas, 1973, pp. 127-128. (Existe un error en la numeración: en vez de 127 aparece 217, pero la continuación del contenido no está alterada).
- *Memorias de un venezolano de la decadencia*, dos tomos, Caracas, Biblioteca Ayacucho, Colección Clásicos, n.ºs 127 y 128, 1990.
- *Memorias de un venezolano de la decadencia*, dos tomos, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana / Universidad Simón Bolívar, 1997.
- *Cartas a José Rafael Pocaterra*, Caracas, Fundación Editorial El perro y la rana, 2007.
- “Una página para la historia” en Miguel Otero Silva y Rómulo Betancourt, *En las huellas de la pezuña*, Caracas, El Nacional, 2007, pp. 9-12.
- Tácito. “Carta a José Rafael Pocaterra. Washington, D. C., 28 de febrero de 1929”, en *Archivo de José Rafael Pocaterra, La oposición a Gómez (1921-1929)*, Caracas, Banco Industrial de Venezuela, 1973, pp. 296-297.

Fuentes auxiliares

Diccionarios

- AA. VV. “Pocaterra, José Rafael (1889-1955)”, en *Diccionario General de la Literatura Venezolana*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2013, pp. 471-472.

Referencias

- *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina*, cuatro tomos, Caracas, Biblioteca Ayacucho / Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1996.
- “Humberto Tejera”, en *Diccionario de historia de Venezuela*, tomo 4, Caracas, 2010, p. 30.
- “Leopoldo Baptista”, en *Diccionario de historia de Venezuela*, tomo 1, Caracas, Fundación Polar, 2011, pp. 357-358.
- *Diccionario de la Real Academia Española*, España, Editorial Espasa Calpe, 2001.
- “Memoria”, en *Diccionario de la Real Academia Española*, España, Editorial Espasa Calpe, 2001, p. 1484.
- “Testimonio”, en *Diccionario de la Real Academia Española*, España, Editorial Espasa Calpe, 2001, p. 2168.
- *Diccionario de historia de Venezuela*, cuatro tomos, Caracas, Fundación Polar, 2011.
- “Trino Baptista” en *Diccionario de historia de Venezuela*, tomo 1, Caracas, Fundación Polar, 2011, p. 358.
- De Armas Chitty, José Antonio. “Félix Montes”, en *Diccionario de historia de Venezuela*, tomo 3, Caracas, Fundación Polar, 2011, pp. 234-235.
- Ramírez, Fanny. “*Memorias de un venezolano de la decadencia*”, en *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina*, tomo F-N, Caracas, Biblioteca Ayacucho / Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1996, pp. 3079-3083.
- Rivas Dugarte, Rafael Ángel y García Riera, Gladys. *Diccionario de escritores venezolanos*, dos tomos, Caracas, Americana de Seguros / Universidad Católica Andrés Bello, 2012.
- “Pocaterra, José Rafael”, en *Diccionario de escritores venezolanos*, tomo L-Z, Caracas, Americana de Seguros / Universidad Católica Andrés Bello, 2012, pp. 361- 362.
- Silva Álvarez, Alberto. “Salud. Siglo XX”, en *Diccionario de Historia de Venezuela*, tomo 3, Caracas, Fundación Empresas Polar, 2010, pp. 1040-1045.

Textos teóricos y críticos sobre literatura, testimonio, memoria e historia

- AA. VV. *Lectura crítica de la literatura americana. Actualidades fundacionales*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, Colección Clásica, n.º 196, 1997.
- Achugar, Hugo y Beverley, John. *La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa*, Ciudad de Guatemala, Universidad Rafael Landívar, 2002.

- Achugar, Hugo. “Historias paralelas / ejemplares: la historia y la voz del otro”, en Hugo Achugar y John Beverley, *La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa*, Ciudad de Guatemala, Universidad Rafael Landívar, 2002, pp. 61-83.
- Arráiz Lucca, Rafael. *Literatura venezolana del siglo XX*, Caracas, Editorial Alfa, 2009.
- Balza, José. “Literatura venezolana: notas para una historia actual”, en *Lectura crítica de la literatura americana. La formación de las culturas nacionales*, tomo IV, n.º 196, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1998, pp. 705-714.
- Barrera, Trinidad (coord.), *Historia de la literatura hispanoamericana*, tomo III, Siglo XX, Madrid, Ediciones Cátedra, 2008.
- Barnet, Miguel. *Biografía de un cimarrón. Estudios y ensayos*. Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho, Colección Clásica, n.º 251, 2013.
- “Testimonio y comunicación: una vía hacia la identidad”, en *Biografía de un cimarrón. Estudios y ensayos*. Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho, Colección Clásica, n.º 251, 2013, pp. 188-203.
- “La novela-testimonio: socioliteratura”, en *Lectura crítica de la literatura americana. Actualidades fundacionales*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, Colección Clásica, n.º 196, 1997, pp. 795-818.
- Bautista Urbaneja, Diego. “El sistema político gomecista”, en Elías Pino Iturrieta (comp.) *Juan Vicente Gómez y su época*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1993, pp. 59-79.
- Beverley, John. “Anatomía del testimonio”, en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año XIII, n.º 25, Lima, 1^{er} semestre, 1987, pp. 7-16.
- Grosso, Bruno. “Las políticas de la memoria”, en *Sociohistórica*, n.ºs 11-12, Buenos Aires, Universidad Nacional de la Plata, p. 193. Hay versión en línea en http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.3067/pr.3067.pdf (visitado el 7 de septiembre de 2015).
- Caballero, Manuel. *Gómez, el tirano liberal*, Caracas, Alfadil Ediciones, 2007.
- *Polémicas y otras formas de escritura*, Caracas, Editorial Alfa, 2008.
- “Testimonio y ficción en la literatura carcelaria”, en *Polémicas y otras formas de escritura*, Caracas, Editorial Alfa, 2008, pp. 51-60.
- *Historia de los venezolanos en el siglo XX*, Caracas, Editorial Alfa, 2011.
- Carrera Damas, Germán. *Aviso a los historiadores críticos: ...“tantos peligros como corre la verdad en manos del historiador”... Andrés Bello*, Caracas, Ediciones Ge, 1995.
- *Historia de la historiografía venezolana. (Textos para su estudio)*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1961.

Referencias

- . *Metodología y estudio de la historia*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1972.
- . “Los agregados de datos”, en *Metodología y estudio de la historia*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1972, pp. 37-43.
- . “Conocimiento histórico”, en *Metodología y estudio de la historia*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1972, pp. 63-70.
- Carrillo, Tomás. “Rehaciendo memorias e identidades. La reconstrucción colectiva de la historia con organizaciones populares”, en Encuentro Internacional de Historia Oral “Oralidad y Archivos de la Memoria”, 5 al 7 de mayo, Bogotá, 2005, p. 4, versión en línea, enlace <http://es.scribd.com/doc/166008508/Rehaciendo-Memorias-e-Identidades-Alfonso-Torres> (visitado el 7 de septiembre de 2015).
- Eichenbaum, Boris. “La teoría del ‘método formal’”, en Tzvetan Todorov, *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*, Buenos Aires, Siglo veintiuno editores, 2008, pp. 31-76.
- Franceschi G., Napoleón. “Una reflexión sobre la historia y otras disciplinas conexas”, en *Almanaque*, año 1, n.º 2, octubre, Caracas, Universidad Metropolitana, 2012, pp. 93-111.
- García, Antonio y de Molina, Pablo. *Tratado de criminología*, Valencia, España, Editorial Tirant Lo Blanch, 2003.
- Genette, Gerard. *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*, Madrid, Taurus, 1989.
- Gómez Grillo, Elio. *Apuntes sobre la delincuencia y la cárcel en la literatura venezolana*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana / Fundación Guillermo Morón, 2000.
- González Deluca, María Elena. *Historia e historiadores de Venezuela en la segunda mitad del siglo XX*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2007.
- Guzmán, Nelson. *Panorámica de la literatura en la Venezuela moderna*, Caracas, Casa Nacional de las Letras Andrés Bello, 2014.
- . “Memorias de un venezolano de la decadencia o de un mundo convulsionado”, en *Panorámica de la literatura en la Venezuela moderna*, Caracas, Casa Nacional de las Letras Andrés Bello, 2014, pp. 124-129.
- Halbwachs, Maurice. *La memoria colectiva*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004.
- Harwich Vallenilla, Nikita. “Expedición del Falke”, en *Diccionario de historia de Venezuela*, tomo 4, Caracas, 2010, pp. 295-297.
- Huizinga, Johan. *El concepto de historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980.
- . “En torno a la definición del concepto de historia”, en *El concepto de historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, pp. 85-97.

- Jauss, Hans Robert. “La historia de la literatura como provocación de la ciencia literaria”, en *La literatura como provocación*, Barcelona, Ediciones Península, 1976, pp. 133-211.
- Judt, Tony. *Pensar el siglo XX*, Madrid, Taurus, 2012.
- Lasarte Valcárcel, Javier. “Identidad y fabulación: narrativa venezolana del siglo XX”, en Trinidad Barrera (coord.), *Historia de la literatura hispanoamericana*, tomo III, Siglo XX, Madrid, Ediciones Cátedra, 2008, pp. 319-337.
- Lejeune, Philippe. *El pacto autobiográfico y otros estudios*, Madrid, Megazul-Endymion, 1994.
- . “El pacto autobiográfico”, en *El pacto autobiográfico y otros estudios*, Madrid, Megazul-Endymion, 1994, pp. 49-87.
- Levi, Ani. “La ‘novela antidictatorial’ en Hispanoamérica (raíces históricas y literarias)”, versión en línea en http://ebox.nbu.bg/cel/lit02_en.html (visitado el 10 de octubre de 2015).
- Lovera De Sola, Roberto. “Nombres esenciales de la literatura venezolana”, en <http://www.arteenlared.com/lecturas/articulos/nombres-esenciales-de-la-literatura-venezolana.html> (visitado el 6 de octubre de 2015).
- Márquez Rodríguez, Alexis. “Prólogo”, en *Se llamaba SN*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1998, pp. 9-13.
- Martínez, Rhina. “La literatura del testimonio y la crítica”, documento en línea, enlace <http://cpd1.ufmt.br/meel/arquivos/artigos/32.pdf> (visitado el 20 de mayo de 2009).
- Marx, Karl. *El Capital. Tomo I. El proceso de producción del capital*, México, Siglo veintiuno editores.
- Mendiola, Alfonso. *Bernal Díaz del Castillo: verdad romanesca y verdad historiográfica*, México, Universidad Iberoamericana, 1995.
- Mondolfi Gudat, Edgardo. “Entre el documento y la memoria. Reflexiones sobre la *Autobiografía* de José Antonio Páez”, en revista *Almanaque*, año 1, n.º 2, octubre, Caracas, Universidad Metropolitana, 2012, pp. 53-92.
- Nora, Pierre. *The Realms of Memory*, Columbia University Press, 1996.
- Otero Silva, Miguel. “Prólogo”, en José Rafael Pocaterra, *Obras selectas*, Madrid-Caracas, Ediciones Edime, 1956, pp. XI- XIX.
- Ovalles, Caupolicán, *El otro Pérez. Antimemorias*, Caracas, Libros marcados, 2007.
- Oviedo, José Miguel. *Historia de la literatura hispanoamericana. 3. Postmodernismo, vanguardia, regionalismo*, Alianza, Madrid, 2001.

Referencias

- Pérez Oramas, Luis. *La república baldía. Crónica de una falacia revolucionaria (1995 / 2014)*, Caracas, La Hoja del Norte, 2015.
- Pino Iturrieta, Elías (comp.). *Juan Vicente Gómez y su época*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1993.
- *Positivismo y gomecismo*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2005.
- Ramírez, Fanny. *José Rafael Pocaterra. Dos vertientes y un destino*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2006.
- Raynero, Lucía. *Clío frente al espejo. La concepción de la historia en la historiografía venezolana (1830-1865)*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2007.
- Riccio, Alessandra. “La novela testimonio: una provocación. Lo testimonial y la novela-testimonio. El pacto testimonial”, p. 12, documento en línea, enlace <http://revistas.ucm.es/index.php/ALHI/article/download/ALHI9191110249A/23715> (visitado el 15 de junio de 2009).
- Ricoeur, Paul. *La lectura del tiempo pasado. Memoria y olvido*, Madrid, Arrecife Producciones, España, 1999.
- Rowlandson, William, “Prólogo”, en Miguel Barnet, *Biografía de un cimarrón. Estudios y ensayos*. Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho, Colección Clásica, n.º 251, 2013, pp. I-LXXVIII.
- Ruiz Chataing, David. *Historia intelectual de Venezuela*, Caracas, Universidad Experimental Pedagógica Libertador, 2011.
- “Ideas históricas y políticas en Marco Antonio Saluzzo”, en *Historia intelectual de Venezuela*, Caracas, Universidad Experimental Pedagógica Libertador, 2011, pp. 79-89.
- Sanoja Hernández, Jesús. “Prólogo”, en José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, tomo I, Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho, 1990, pp. VII-XX.
- Sarlo, Beatriz. *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, Buenos Aires, Siglo veintiuno editores, 2007.
- “Crítica del testimonio: sujeto y experiencia”, en *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, Buenos Aires, Siglo veintiuno editores, 2007, pp. 27-58.
- “La retórica del testimonio”, en *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, Buenos Aires, Siglo veintiuno editores, 2007, pp. 59-94.
- Segnini, Yolanda. *Las luces del gomecismo*, Caracas, Alfadil Ediciones, 1987.

- “Horacio Blanco Fombona”, en *Diccionario de historia de Venezuela*, tomo 1, Caracas, 2010, pp. 457-458.
- Skłodowska, Elzbieta. *Testimonio hispanoamericano. Historia, teoría, poética*. Nueva York, Peter Lang Publishing, 1992.
- Subero, Efraín (coord.). *Contribución a la bibliografía de José Rafael Pocaterra*, Caracas, Ediciones de la Gobernación del Distrito Federal, 1969.
- Tejera, María Josefina. *José Rafael Pocaterra. Ficción y denuncia*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1991.
- Todorov, Tzvetan. *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Ediciones Paidós, 2000.
- *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*, Buenos Aires, Siglo veintiuno editores, 2011.
- Vallenilla Lanz, Laureano. *Cesarismo democrático y otros textos*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991.
- “Por la democracia venezolana”, en *Cesarismo democrático y otros textos*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991, pp. 198-203.
- Zuloaga, Argenis Rafael. *La proyección política de José Rafael Pocaterra Mac Pherson*, Valencia, Venezuela, Clemente Editores, C. A.
- Zúñiga Cisneros, Miguel. “Testimonio”, en José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, tomo I, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana / Universidad Simón Bolívar, 1997, pp. 21-23.

Material hemerográfico

- AA. VV. “Los escritores recuerdan a José Rafael Pocaterra”, en *El Nacional*, 18 de abril de 1965.
- “Un maestro contemporáneo desaparece con la muerte de José Rafael Pocaterra”, en *El Nacional*, 20 de abril de 1955, p. 34.
- Meneses, Guillermo. “José Rafael Pocaterra, cuentista”, en *El Nacional*, 18 de abril de 1965.
- Rebossio, Alejandro. “Una lista para la esperanza: los 114 hijos de secuestradas recuperados en Argentina”, en diario *El País* (Argentina), enlace http://internacional.elpais.com/internacional/2012/07/05/actualidad/1341484432_107432.html (visitado el 7 de septiembre de 2015).

Obras literarias

- Abreu, José Vicente. *Se llamaba SN*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1998.
- Celan, Paul. “Cambio de aliento”, en *Obras completas*, Madrid, Editorial Trotta, 2004, pp. 207-235.
- Homero. *La Odisea*, Madrid, Edimat Libros, 1998.

Obras testimoniales e historiográficas auxiliares

- Rómulo Betancourt. *Venezuela, política y petróleo*, Caracas, Editorial Alfa, 2014.
- “Discurso de Don Rómulo Betancourt en su regreso del exilio en 1958”, en YouTube, <https://www.youtube.com/watch?v=PW94bHOCJCo> (visitado el 12 de julio de 2015).
- “‘Reencuentro con el pueblo’, discurso de Betancourt, retornando al país, tras una década de exilio político (9 de febrero de 1958)”, en *Selección de escritos políticos*, Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 2006, pp. 271-274.
- De Goda, Luis Level. “Historia contemporánea de Venezuela, política y militar. Discurso preliminar (fragmento)”, en Germán Carrera Damas, *Historia de la historiografía venezolana. (Textos para su estudio)*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1961, pp. 292-298.
- González Guinán, Francisco. “Historia contemporánea de Venezuela”, en Germán Carrera Damas, *Historia de la historiografía venezolana. (Textos para su estudio)*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1961, pp. 240-249.
- Herodoto. *Los nueve libros de la historia*, tomo I: Clío, versión digital de Ediciones Elaleph.com, 2000.
- Junta de Socorros del Distrito Federal. *La epidemia de la gripe en Caracas. Informe al Gobierno Nacional*. Caracas, Litografía del Comercio, 1919.
- Mendoza, Cristóbal. “Historia de Colombia. Introducción”, en Germán Carrera Damas, *Historia de la historiografía venezolana. (Textos para su estudio)*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1961, pp. 300-302.
- Otero Silva, Miguel y Betancourt, Rómulo. *En las huellas de las pezuñas*, Caracas, El Nacional, 2007.

APÉNDICES

La siguiente sección incluye una serie de textos que han sido transcritos con la finalidad de conocer en profundidad parte del pensamiento de Pocaterra antes de ser célebre por su libro, así como la visión que se tuvo de él en vida. Dicho apartado se compone de dos divisiones. En la primera, que se titula *Textos escritos por José Rafael Pocaterra*, se colocan tanto los que publicó el autor en la prensa y en otras ediciones de las *Memoorias...*, mientras que en la segunda, titulada *Textos acerca de José Rafael Pocaterra* aparecen artículos sobre su obra y figura en general.

En consecuencia, debe quedar claro que en la transcripción de los siguientes documentos relativos tanto a la temprana actividad intelectual de José Rafael Pocaterra como a las miradas que sobre su figura se crearon después de su muerte se ha respetado la ortografía y la ortotipografía original en todos sus aspectos. Por lo que debe quedar claro que se trata de rasgos propios de los documentos relativos a su tiempo histórico y no un error cometido por el transcriptor.

Textos escritos por José Rafael Pocaterra

De las letras y de la vida¹ Cartas á un ingenuo

Caracas, setiembre 13 de 1918.-

Estimado joven: Veo por su carta tan llena de sencillez y de ilusiones que usted se forja á propósito de lo que usted llama “vida literaria”, cuán errado es el concepto que priva en ese sentido en el interior. Y aunque ya sabía la candidez con que todos, de jóvenes, vemos estas cosas de la publicidad literaria, creí que no se llevara la fantasía hasta el extremo de suponernos por acá en cenáculos, en gabinetes, en tertulias de redacción ó circulando, acicalados de traje y de literatura entre las sonrisas de las mujeres y la admiración de los hombres, diciendo frases ingeniosas recostados al ángulo de un mueble, ó echados sobre el brazo de una butaca “madrigalizando” princesitas de biscuit ó agitando opiniones sutiles y refinadas en la penumbra de un salón. ¡Qué perspectiva más falsa, estimable joven! La “vida literaria”, a través de los libros, de los versos y de los “suelos” de las sociales, es una engañifa, un espejismo, un desquite si se quiere á la torpe, á la chata, á la vulgar é insignificante existencia diaria. Entre las personas “conocidas” de la literatura acaso no haya completa una media docena de varones que estén bien instalados en sociedad. Son casos esporádicos que obedecen generalmente, á causas absolutamente extrañas á las letras y con las cuales se roza, muy de cerca, probablemente, la fortuna personal ó la posición

que la simule... El resto, ¡casi la totalidad! estimable joven de los que llámanse dignos de la mejor causa “intelectuales representativos” ni representan nada ni nadie los representan ni son presentados ni presentables en ninguna forma. El chaleco deshilvanado de Balzac y las melenas despeinadas de Becquer son cosas de un espíritu exclusivo que á fines del siglo XIX todavía lograba imponer en los salones genios extravagantes con el traje ajado y las botas llenas de polvo... No se figure usted, tampoco, que es asunto de vanidad ó un culto insensato é irracional a la apariencia de las cosas; no, al contrario. Por regla general los “intelectuales” serían bien recibidos, agasajados, considerados entre la *gente bien* (que es la manera de decir en francés el ya tan desacreditado *gente decente*) si estuviesen preparados para ello por una educación de modales de sentimiento cónsonas con el puésto que á veces ocupan entre las celebridades corrientes... “Por qué si un genio, decía el regocijado don Antonio de Balbuena, le pone á usted el pié en el pantalón, usted le dice al genio más genio: hombre, genio, baje su “pata”. He evitado este rodeo para evitar toda otra personalización del “caso” frecuente de geniecillos mal educados, mal peinados, mal hablados y mal lavados... Si se tratase de miseria, de suma pobreza, de lamentable mendicidad de “paltó-levita” sería cruel no sólo el comentario sino hasta la mirada de compasión... Para unos zapatos rotos mejor es mejor que la piedad, el obsequio de otros nuevos. Pero no es eso, ni á esos extremos debe llegarse á un país en donde con mayores facilidades que en otro, se gana algo más que el pan y la sal de la vida... El aspecto deplorable por insincero, por afectado lo usan algunos como una señal de distinción filosófica, de escepticismo; otros en virtud de la pereza y el santo temor á que el agua corra por el cuerpo y lave siquiera las manchas exteriores; algunos ¡desgraciadas gentes! por la obsesión de que “no tienen tiempo” ni jabón á mano. Y todos, ora en formas de

filosofía diogediana bien por incapacidad material para asearse, sólo son víctimas con más ó menos letras, con más ó menos talentos ó más ó menos medios, de una fatal tendencia á la sordidez y al harapo... Que me perdonen esta ruda sinceridad ya que es fácil tomar el asunto desde sus orígenes: es ese despertar á las diez, esos ojos hinchones de sueño, esa pereza del no hacer nada que confina con el cansancio supremo de los grandes esfuerzos y que va encadenando un día al otro y al otro, sin otra manifestación de actividad mental y de actividad material que desahogar la natural envidia de ver á los demás despiertos, limpios, afeitados, dispuestos á rendir la diaria jornada, en frases ingeniosas, en epigramas envenenados, en toda esa “tristeza del bién ajeno” con que el P. Ribalda sintetizó clásicamente uno de los más feos pecados que afligen el mundo, en general, y el mundo de los literatos y de los poetas, en particular.

Hé aquí una de las razones por las cuales ese “mundo literario” con que usted sueña desde su provincia es apenas el mundillo de una docena de personas que se estiman y que se bañan. Y va á creer usted que se trata de una paradoja si le digo que desde el punto de vista literario la ducha diaria y el cuello limpio ya son una credencial de talento. Coloque usted al lado del sucio Diógenes cualquiera de estos impecables atenienses del pórtico entre los pliegues blanquísimos de su túnica y verá cómo emerge un más hondo sentido del arte, de la belleza y de la alegría de vivir—que fué toda la luminosa doctrina de los antiguos griegos—de esta pulcritud que de aquel sucio y cínico despojo de ingenio á quien no seguía una teoría de discípulos, que iban á llamarse luego Platón y Aristóteles, sino los perros más hambrientos de los más hambrientos tugurios de la ciudad.

Podría sostener la influencia del jabón en la Literatura y en las Artes hasta y hasta componer una loa en homenaje á la humilde potasa, reina y señora de la Estética, del Ritmo, de la Forma y de la Belleza...

Después... los modales. Pero esto será objeto para mi próxima carta, pues quiero presentarle á usted todas las faces del asunto. Mientras tanto me voy al baño, que aguarda ya hace media hora, como un diario y respetuoso desagravio que debemos hacerle a esta humilde y fresca divinidad enviada en gruesos tubos por el anciano Avila que lleva siempre sus melenas blancas, limpísimas, doradas por el sol de la aurora, despeinadas por la fresca brisa del amanecer....”

José Rafael Pocaterra

De las letras y de la vida¹

Segunda carta á un ingenuo

Caracas: setiembre 19 de 1918.—

Le prometí á usted la segunda de estas epístolas, considerado joven, sobre “los modales”. Y hé aquí la parte espinosa, hiriente y peligrosísima de la materia. Lo anterior no; lo anterior es pura y simplemente algo tan indirecto, tan suave y tan razonable que debemos sospechar muy fundada y juiciosamente, que más de uno fuese ese día al agua en pos del mejoramiento estético de su persona.

Ahora bien son los modales “el modo de las acciones externas de cada uno” conforme á la clásica definición? Tomándolo así, es claro que el gesto zurdo, ó la falsa modestia ó el pavorealismo de estos seres que os tienden la mano como si os tendiesen la gloria, la dicha y la fortuna junto con el gesto, un si es no es desdeñoso, tienen igual significado... Y es en los gestos, en los movimientos, en las miradas donde advertís de cuánta miseria y pequeñez son capaces algunos hombres. Son falsos esos movimientos que esconden una gran animadversión interior, y esa mirada que no se sostiene de frente jamás, y que se tuerce y se empaña con las nieblas más sucias y amarillentas y biliosas que la vela... Usted conoce en su provincia los disgustillos de vecindario, las frecuentes disputas, hasta esos odios sinceros, absurdos y fuertes de los pueblos pequeños, pero sin duda va á creer que relato cosas fantásticas y literarias, en todo caso de

1 *El Universal*, 19 de setiembre de 1918.

una literatura enfermiza... No, desgraciada, desdichadamente, es exacto, es verdad. Usted está habituado á ver que los seres á quienes usted no quiere bien ni ellos á usted, le esquiven el saludo y hasta le nieguen “el habla” como dicese allá graciosamente; usted sabe que de Fulano no debe aceptar sino el mejor sitio en la acera como se encuentre con él en una calle, que Fulano tampoco recibiría de usted ni la salvación eterna ni una copa de Brandy... Y ya Fulano y usted saben á qué atenerse. Pero el día que llegue á rozar los “modales” suyos, personalísimos, casi diría honradísimos en esta serie de modalidades que inquietan, turban y desconciertan el exacto concepto de las cosas, la noción de la cordialidad, de la amistad, de la simpatía; cuando sienta entre la suya esa mano exangüe, reblandecida, pegajosa y fría como la piel de un reptil, y observe cómo chispean la falsedad, la hipocresía tras esos ojos, y la mueca de los labios le haga odiosa hasta la sacratísima bondad de la sonrisa humana; cuando sepa que aquel que un momento antes le bebió de su vino, le oyó sus palabras más corteses y generosas y hasta le usó sus corbatas, se fué por allí á hablar mal de su vino, de su persona, de sus corbatas, comienza usted á dudar si en el mundo las excelencias morales y las corbatas tienen definitivamente un orden inverso, porque hasta esa deslealtad, esas frases venenosas, esas crueldades verbales, se han cometido con frecuencia lamentable, se han desvirtuado con los hechos de la misma tarde, se tornarán agresivas mañana, pasado mañana serán un ramo de rosas de elogio, después dos pesetas, luego otra infamia, y subsiguientemente la mano reblandecida, fría y lisa como la piel de lo que no quiero nombrar, la palabra desleal que mancha de un modo desagradable y estremecedor como la grasa en una aldaba, la mirada velada en nieblas amarillentas, en nieblas que no engañan y tienen toda la sinceridad colérica de su color de odio.

Con estos “modales” cree usted que haya derecho ni autoridad ni nada que pueda considerarse, acatarse, estimarse? Es justo, es decente que usted sumerja, por una noción sentimental de “compañerismo”—claro que siempre bilateral y del mejor bolsillo para el peor y del mayor para el menor mérito—es siquiera lícito que usted sumerja sus veinte años fuertes é ingenuos en esa cosa blanda, informe, acolchonada y fatigosa como una alfombra vieja, empolvada, rota, que es la imagen que sugiere la psicología de esta clase de hombres?

Prefiera usted mil vces ya que no puede por su juventud y su ineditéz estar entre las grandes figuras á quienes el tiempo y el paso constante de los méritos ha ido limpiando los cauces del alma de líquenes impuros y vegetación de antiguas pasiones, prefiera usted irse para las gentes sencillas, para los humildes que no son “cerebrales” sino “corazonales,” y que si le odian le aborrecen con la admirable y honesta sinceridad de los que no tienen “matices espirituales,” “gama de sensaciones,” “valores culturales” y toda esa amalgama estúpida é inconsciente de frases, de ideas, de cosas bochornosas y tristes adquiridas aquí y allá entre libros leídos de prisa, de lance, biblias ojeadas entre tufaradas de ron, Anatoles Frances copiados en una atmósfera de taberna, Emersons declamados y citados en las barbas del tabernero que imaginará ¡alma cándida é ingenua como la de usted! que Emerson es aquel señor López ó Pérez ó Rodríguez que va á pagar “la ronda” y que se está, silencioso, admirado, estupefacto de alcohol y de literatura, entre el mármol del velador y la pared.

—Traiga lo mismo.

—Por cuenta de Emerson?— pregunta el infeliz tabernero.

Y la “víctima” gentil, ingenua, que llega inocente, que quiere ser amable con todos aquellos “genios”, protesta, suponiendo que alguno allí es el autor de los “Siete Ensayos”:

—No, eso “es mío todo.” No le apunte nada al señor Emerson.

Podría citarle más detalles de esta suerte de “modales”, pero creo que para dar exacto conocimiento de algunos seres, basta un fondo conveniente y un rasgo neto, sobrio y moderado.

Y termino aquí porque la pluma ya está impaciente conmigo, rechina, araña el papel y desea ir á trazar imágenes más puras, algunas líneas en honor á la vida de uno de esos hombres pulcros en el decir, pulcros en el vivir y pulcros para llevar á través de las letras y de la vida la idea del Amor y del Arte.

Creo haber nombrado á José Enrique Rodó.

Dejo así contestada tu carta, y si le ocurre alguna nueva duda acerca de la veracidad de mis afirmaciones, véngase para acá “en intelectual” y luego dígame sus impresiones con la misma sinceridad con que es ahora su amigo,

José Rafael Pocaterra

De las letras y de la vida¹

La humana crueldad

Caracas, agosto 26.–

Nada hay más caprichoso, y á veces tampoco más insidioso, que la interpretación del público. Este es uno de los escollos de la publicidad. En el dibujo general de un *tipo* alguien se empeña en advertir las líneas características de tal ó cual persona de quien ni se recordó el escritor en mucho tiempo. Y á veces el mismo presunto aludido toma actitud de que está enterado. Si no fuera lamentable, sería ridículo; hay tal acopio de necedad, tal suma de pequeñeces grotescas en estos amasijos en forma de hombres que van por el mundo y que se han desarrollado en virtud de una ley de crecimiento de que gozan tanto las flores como las cebollas, se escuchan por ahí tantas y tan varias profesiones de fe “moral” que el criterio tiende á invertirse... El mismo orgullo personal manda disimular lo que no se puede castigar; la propia personería estima como no oído lo que no pudo ser reprendido. Pero un nuevo orden de ideas parece que ha dado en la clave de resolver este problema íntimo: el saludo. Le comenté á usted una picardía, le quitan dinero ú objetos que lo representen, y no se conforman con quitarle esto sino que además le *quitan* el saludo, el inofensivo saludo, el delicioso saludo que en unos es cordial apretón de brazos lleno de voces estentóreas, en otros un original movimiento de tres dedos como si le invitasen

1 *El Universal*, 27 de septiembre de 1918.

á algo *shcking*, en algunos un simple tic angular de la mejilla y en muchos un foetazo cariñosísimo ó un “que hay” que parece un “helado” á la madrugada...

–Pero hombre, qué cosa!

–Me dicen que Fulano se violentó con usted y le cayó á bastonazos el otro día...

–Sí, es cierto, Tuvimos una “diferencia” pero yo no lo saludo!...

Tenemos en este ejemplo el valor “personal” del saludo.

–X y que le faltó el respeto á la señora de Z? preguntamos.

–Por eso será que “no se saludan”. responden.

–Es el “saludo” como sanción social.

–Fulanito le pidió en préstamo unos reales á don Perencejo y ahora le niega la deuda

–Pero no le niega el saludo.

–No, eso nó.

He aquí el “saludo” en su más noble forma de compensación.

–Has visto á Zutano qué “pretencioso” se ha puesto? Yo no lo “saludo”.

El saludo es aquí un valioso y ejemplar correctivo.

Cuando una persona *tiene* algo con otra, no se saludan.
¡Cosa más original!

Ahora días, todo angustiado nos preguntaba un señor: ¿qué *tendrá* Fulano conmigo que no me saluda? Y era de explicarse esta congoja del buen señor; ¿hay algo más cruel, hay castigo dantesco más terrible que negarle á úno el saludo? Nunca imaginaran los suplicadores chinos y los atormentadores verdugos del Santo Oficio nada más despiadado... No saludar; es decir, pasar de largo á vuestro lado erguida la altiva testa, el pie suelto y decidor, la mirada altanera; no ocuparse de vosotros, ni de nuestra hacienda ni de vuestra salud; situar, en mitad de la creación una isla rodeada de un oceano de desdenes; negaros con la actitud el derecho á estar en la vida; desconoceros vuestra parte

del sol; ¡vuestra mísera parte de sol que gozan impunemente las lagartijas y las piedras! Es algo muy doloroso y muy intenso: vosotros no tenéis la culpa de estar en la vida, vosotros nacísteis sin que se os consultara ni el sexo ni el apellido ni aun vuestro físico, del cual más tarde tuvísteis á bien, filosóficamente, sentimientos satisfechos. ¿Y todo esto, señor, es motivo para que se nos deje de saludar...?

Cuán agradable el trato de esas personas atentas, tan amables, tan corteses, tan “saludadoras”. Las hay miopes, que se descubren por prudencia ante cualquier bulto que tenga aspecto humano, y otras excesivamente atentas como un viejo amigo que al hallarle á usted de paso, en la calle, saludaba y se respondía: Como está ese buen amigo.—Bien, gracias ¿y usted? Yo bueno y por allá etc...Y terminaba finísimo, amabilísimo, en plena calle: —Pero pase adelante, siéntese!

Es encantadora una persona así...

Negar el saludo! ¿Pero se enteran ustedes bien de lo que eso significa para la armonía del Universo y el Ritmo de las Esferas?

Hay que reconocer, día por día, que la crueldad humana no tiene límites.

José Rafael Pocaterra

De las letras y de la vida¹

Las floristas

Caracas, 29 de setiembre.–

Por correo urbano, á máquina, firmada “Hermanas A Hermanas P.” recibo esta esquila “Estimado señor: hemos sido informadas de que pronto *una persona masculina* abrirá al público un negocio de florista: ramos, coronas, etc., etc. Y como este es un trabajo de mujeres, hoy muy competido, y donde los hombres se afeminan, pues nos usurpan nuestras actividades, queremos suplicar á usted diga algo en la prensa así como publique esta carta a ver si conseguimos nosotras las mujeres que nos dejen los oficios que son de nosotras. Muy agradecidas etc.”...

Pues, con mucho gusto. La pluma se hizo para las mayores obras de arte y de pensamiento como para la humilde defensa de los humildes ó la modesta justicia de los modestos. Y si son mujeres las defensibles, las amparables, ya se perfila tras la línea de crónica más baladí, al parecer, la alta silueta del asendereado Manchego.

Estas floristas declaran ingenuamente que en el trabajo de flores “los hombres se afeminan”. No, no es verdad. El hecho, la marcada inclinación á los trabajos como “la caída de ojos,” el andar y cierto movimiento laxo de la muñeca que da á la mano un gesto asequible y acariciador, son datos para reconstruir un *tipo* frecuentísimo, de una frecuencia lamentable aunque generalmente disimulado.

1 *El Universal*, 30 de setiembre de 1918.

Realmente eso de hacer “ramos” y “coronas” etc. es, al parecer, más propio de manos femeninas. Un señor de bigotes y perilla tejiendo una corona resulta una cosa peligrosísima para la estética y para las costumbres.

Aspiran las firmantes que á las mujeres “les dejen los oficios” que son de ellas. En tesis general, esto no es posible: el peor enemigo de la mujer, ya lo dijo alguien, es el feminismo, ese feminismo activo que invade el taller, la oficina, la universidad y hasta los cuarteles, cuando debe quedarse—en lo que á nosotros se refiera—en la casa de modas ó tejiendo coronas ó haciendo ramos fantásticos de “mucho gusto”, donde aparecen liras con cuerdas doradas, patos de pico enrojecido, emblemas de la moda, del santo ó del bautizo que “figuran” con más o menos fidelidad el Angel de la Guarda, una cuna, un ferrocarril y dos corazones traspasados.

Estos conflictos entre floristas de ambos sexos sobrevienen, precisamente, ó mejor dicho, los crea la mutua invasión de facultades y aptitudes.

Cuando no es la Naturaleza la equivocada, es la falta de un “deslinde” bien establecido entre las faldas y los pantalones: tal cosa, tal oficio: casilla F. Tal otra, tal trabajo, casilla M. Porque es inútil y hasta perjudicial para el Orden Natural de la Especie que los hombres se dediquen á las labores más arduas y delicadas de la feminidad, como sería absurdo, inútil é incongruente que las mujeres quieran hacer las cosas de los hombres. ¿Qué mundo viviríamos los que estamos obcecados en ser lo que Dios nos ha hecho de una manera resuelta, tozuda, estúpida?

Como proposición previa á mis atribuladas anonimistas les recomiendo esta idea: hagan imprimir y hacer visibles unas tiras de papel con esta saludable advertencia, que es, tan breve, neta y convincente como la de los tranvías: “Cuidado con los *floristos!*”.

Para terminar, quedame una duda: ¿están absolutamente seguras las Hermanas A y las Hermanas P. que su competidor inminente es “una persona masculina”?

Un error, en estas circunstancias, sería la cosa más deplorable. Y casi estoy tentado a escribir con respecto á la filiación del género, esa admirable abreviatura comercial que es un prodigio de la filosofía y de la doctrina de la relatividad: S. E. ú O.

José Rafael Pocaterra

Prólogo de la primera edición de *Memorias de un venezolano de la decadencia*¹

Desde Rosas y Gaspar Francia hasta el tétrico licenciado guatemalteco, América no ha presenciado una cosa más abyecta, más tolerado, más infame y más hipócrita que este largo martirio de una tierra de Libertadores convertida—con apoyo o tolerancia o indiferencia de los demás países hermanos— en una triste, en una increíble amalgama de siervos y de serviles, sometidos a hierro y a látigo, anarquizados por la propia, espantosa tiranía, y al fin precipitados cabeza abajo por una pendiente calofriante hacia el aniquilamiento de la nacionalidad.

No es obra ya de los venezolanos, errantes, dispersos, colgandos sus penates en todas las tierras hospitalarias del mundo. Es labor que incumbe a todas las juventudes de América, a la de Cuba como a la del Uruguay, a la de Colombia como a la de Argentina; que este ejemplo de Juan Vicente Gómez y su familia, esta nueva edición de los Chamorro, más crueles y rapaces, esta larga impunidad de quince años, reconocida, condecorada y hasta adulada por los representantes de países cultos donde hay gobiernos decentes y pueblos libres, esta consagración de la fuerza estúpida, de la bayoneta, del tortol, de la tranca, del cerrojo y del arsénico es más trascendental de lo que se piensa, más peligrosa de lo que vosotros, los que estáis dentro de la zona de influencia dentro de los mandos “personalistas” creéis ...

1 En *Memorias de un venezolano de la decadencia*, Bogotá, ediciones Colombia, 1927, pp. 5-10.

Mirad al Perú, a Bolivia, a algunas Repúblicas de Centro América. No puede decirse, en rigor, que soporten el paralelo con lo de Venezuela, nó, –ni la imaginación delirante podría forjar un libro como éste, que he extraído de las entrañas ensangrentadas de mi pobre patria–pero, a la postre, todos y cada uno de los atentados que se han cometido y se seguirán cometiendo sobre el continente que habla español, alimenta en una remota raíz que chupa renacimientos funestos en los fangales de la nepotarquía venezolana. Desecarlos, eliminarlos es un deber de las juventudes de América, primero por solidaridad de ideario y de raza; después por defensa propia.

No son estos bárbaros tenebrosos ni estos entes aprovechadores e insensatos de ahora los que regirán un futuro de grandeza en los veinte pueblos que hablan castellano en el sur. Será la juventud, la renovación imponderable y sagrada, la que saca de la cuna de las generaciones la sangre más nueva y de la cátedra libre el gajo de laureles más fresco.

Cara a los bárbaros, resueltamente! Ellos os odian, jóvenes de América, porque vosotros sois la luz que llega. Ellos os corrompen con fáciles honores, porque no pueden, en ciertos casos, destruirlos en forma más compatible con sus instintos. Y cuando al fin se arrancan la careta ante la primera rebelión de vuestro espíritu, contemplad cómo se fusila en La Palma o se envenena en La Rotunda; observad cómo se lanzan cargas de esbirros en las calles de Lima o se expulsa en masa o se ejecuta sombríamente en las alturas de Cajamarca o se ataca por las espaldas en los llanos de Casanare a los que esgrimen el acero libertador.

Junto al estudiante está el Obrero; unido a él, indisoluble y virtualmente. Vinculados en un mismo principio: el de la defensa común, no es el estudiante como el llamado “intelectual”–simple parásito de poderosos centros protectores–nó; es el brazo

portador de la antorcha para guiar los pasos del ciudadano en marcha. Cuando el estudiante se divorcia del obrero, esa masa neutra de resistencia indispensable al estado, se resquebraja y cede. Luégo se la pulveriza. Este fenómeno ocurrió en mi patria y ha ocurrido en muchos otros países. Del grupo estudiantil y trabajador, el poder y la corrupción sustraen unos cuantos que pasan a ser enemigos naturales de sus compañeros de antes y que sirven para que las dictaduras abominables asuman un aspecto exterior de normalidad. Estos tránsfugas son, sencillamente, malvados o locos. Ha dicho de ellos el ilustre Unamuno que “hacen de la juventud profesión”.

Los preparadores de tiranías, los técnicos de despotismos suelen aconsejar al júpiter local: –Vamos a darle entrada a los muchachos. ¿Sabéis lo que significa esta entrada? Prestar vuestra virginidad moral para las más feas maniobras; decorar con vuestra alma honrada la cueva donde fornican las fuerzas brutales, fecundadoras de tiranías a través de América. ¡Qué importa que se tornasolen un instante a la luz de la hoguera en que se consumen los principios vuestra frágiles alas! ¡Qué vale el minuto dorado de una orgía extraña! ¡Menos que el billete arrojado en la vasija de la niña que se prostituyó por hambre! He escuchado tantas veces la confesión de estos seres que no dan rostro al deber por miedo a la miseria, que mi desprecio ha ido tornándose en una larga y acerba compasión.

La violencia insensata, nó; ni la destrucción ni la tea incendiaria ni la soga, en el farol de la calle. Estas especies las ponen en circulación pedagogos cursis y leguleyos taimados. La violencia no funda ni edifica nada. Pero no debemos confundir la energía con violencia: violencia es mentir contra el enemigo hasta la hipérbole, y con igual violencia negar al compañero. Ciertos elogios enrojecen las mejillas como bofetadas; ciertos insultos inundan el alma de alegría. Esta violencia que digo,

es cegar de ira ante el fantoche, que representa el papel, y no mover una paja y no emprenderla a tajos, como el buen caballero, contra el tinglado de Ginés de Pasamonte. La violencia, nó, os repito: la justicia. La justicia fría, seca, sin piedad, sin odio, sin amargura. Y sobre todo y por encima de todo: sin miedo.

Si esta obra –que he consagrado y dedicado a la renovación social de Hispanoamérica– con toda su horrible perspectiva despierta un eco en la nueva generación, mi labor está cumplida. Puedo morir en paz. El caso de Venezuela es quizás estímulo para alguna sombría dictadura en proyecto. Señalo sin acusar. Yo no he querido trabajar encerrado en el estrecho egoísmo de los intereses de una posición dada. No pertenezco a esos apóstoles que ejercen el apostolado unilateral o externo e indirecto. Odio los déspotas de Lima tanto como los de Caracas y Bolivia, igual a los de América-Media. No sé de pactos tácitos con el enemigo común, porque esté tras de otra frontera geográfica. Mi batalla no es contra los Gómez de Venezuela sino contra los Gómez de la América Indo-española.

De haber ido a tomar aliento entre mis compatriotas, hace tiempo que hubiera callado: casi siempre sólo encontré en ellos los estigmas de la decadencia: la pequeña intriga, la desidia, una suerte de voluntad enferma; y una propensión malsana al análisis disolvente y al elogio romántico de la acción. ¡Si supieran con cuánta tristeza les veo desfilar por proscenios de alcabala, arrastrando tocas remendadas y recitando yambos heroicos con los labios sucios de adulaciones contemporáneas!

Juventud que va a cruzar la arcada de los veinte años; reserva sagrada; fuerza tremenda de renovación y de purificación: quiera Dios que cuando el hombre que escribió estas páginas no sea ya sino un puñado de cenizas en la huesa de una tierra extranjera, ellas os sirvan de escarmiento y de enseñanza y puedan vivir en vuestro recuerdo, no como venganza de estos mal-

hechores ni de sus cómplices—cuyos nombres irán a borrarse piadosamente en el tiempo—como un testimonio tristísimo de que una generación que se deja sacrificar en silencio merece el exilio, la muerte, la injusticia, el olvido de este grande anónimo que amortaja cuatro lustros de historia.

José Rafael Pocaterra
Montreal, Canadá, MCMXXVI

Prefacio de las *Memorias de un venezolano de la decadencia*¹

A Jacinto López, “héroe civil de la Libertad”

He esperado largos años en el destierro para terminar las últimas páginas de este libro. Su publicación no solo es indispensable: es urgente. Y si tardé un espacio de tiempo entre salida de la cárcel y esta fecha para cerrar sus postreras notas, fue porque quise dejar enfriar la masa de mis recuerdos, entonces en plena ignición, y vaciarla en un molde preciso de medida y de serenidad.

Los que venga a buscar en sus páginas diatribas políticas y retaliaciones personales, ya pueden terminar aquí su lectura; los que soliciten en ellas una atenuante convencional a su conducta, harán mejor con no leerlas.

Yo no escribo para los energúmenos ni para los cínicos.

Escribo para la Historia. Escribo para la Justicia. Escribo para la Libertad. Y mal podría comenzar falseando una, violando otra y haciendo a ésta última cómplice de mis venganzas de hombre y de mis rencores individuales. Así, probablemente, los seres que mayor repulsión me han merecido puede que aparezcan menos maltratados que otros por los cuales experimento una mortal indiferencia y que algunos a quienes, a pesar de todo, estimo y aun llegué a querer...

1 En *Memorias de un venezolano de la decadencia*, Bogotá, ediciones Colombia, 1927, pp. 11-30.

Mi sinceridad de hoy es una expiación, la expiación de mi buena fe. El duro deber que me impongo lo acepta mi juventud como un castigo,—como un castigo más recio y más inhumano que el del hierro y el de la piedra—porque en este crimen de lesa dignidad humana los culpables y los culpados forman una cadena moral de eslabones inquebrantables.

La mayor parte de los episodios que refiero los he presenciado; he sido actor en algunos; otros reposan sobre datos pacientemente acumulados y depurados desde diez y siete años atrás. Todos tienen la garantía de quienes en ellos actuaron; y unos cuantos la solemne sanción de la tumba. Del fondo de ella van a hablarnos los que sucumbieron.

Yo oigo esas voces que se alzan imperiosas, trémulas en lo profundo de mi corazón; las escucho en medio del rumor de las diarias luchas del destierro; las voy a reproducir para siempre. Y como sobre el disco vulcanizado libra la aguja, mi pluma es la punta acerada que va a recorrer en el libro ese tremendo disco, esas espirales de las que surge hasta el oído en sordera de hartazgo o de indiferencia un grito en la noche: el grito de mi juventud.

Soy el postrer representante de una generación sacrificada. E invoco a las que nos sucede, y para ella he trabajado y sufrido, porque traerá las manos limpias y una estrella en la frente.

EL MANDATO DE LOS MUERTOS

Esta noche de mayo, a miles de leguas de mi patria, de las agresiones de sus agresivos, de las intrigas de sus intrigantes y aun por encima de la influencia afectuosa de todos los que amo, porque la muerte y la distancia los arrebató de mi lado; en un paraje cerca ya del polo; solo bajo mi lámpara, mientras las postreras ráfagas del invierno hielan las lluvias en los cristales del balcón,

trazo las últimas líneas de esta obra, que refleja día por día, hora por hora, las memorias de un venezolano a través de la decadencia. Y es que esta noche comprendo, sobre la cuartilla escrita, que el mandato de los muertos se ha ejecutado.

Yo soñé con esta hora de justicia, y ha sonado; yo luché por este día de libertad, y hélo aquí; yo juré sobre el cadáver de las víctimas, y la hora, el día y mi juramento se han cumplido.

Sin amor, sin odio, **semper ídem**, siempre el mismo,—la empresa de mi vida—releo lo escrito. De nada me arrepiento. Con benedictina paciencia, letra a letra, frase a frase, he construído como con piedras. Y ya la base está irremediablemente echada. Es incommovible. Por sincera, por ecuánime, por impersonal.

No son páginas para conmover a bandidos ni para convertir a desalmados. Conozco demasiado la “magnanimidad de los osos blancos y la ternura de las panteras”; no trataré de establecer polémicas con esos despreciables neo-tratadistas del despotismo—me sé de memoria las argumentaciones de semejantes cínicos, que extraen de las bibliotecas, como sabandijas repugnantes, pedazos de doctrinas, fragmentos de postulados científicos... ¿Para ilustrar? ¡Oh! nó: para comer. Los apologistas de los monstruos comen; los monstruos devoran. Y devoran tanto, que a veces engullen de un bocado al panegírico y al panegirista...

Dios sabe cuánto he debido dejar de lado mi devoción al estudio, al arte, a la bella naturaleza de las cosas en la pasión del libro, y dedicarme a este otro oficio de inquisidor, de gendarme, de “gendarme necesario,” sí, y de sepulturero y de médico legista. Voy a informar ante un juez, y es un juez sin apelación. Tiene un estrado, la conciencia; un código, la verdad; una sentencia formidable, este libro.

¿Quién ha erigido semejante tribunal?

Ni yo, ni nadie: la voluntad de Dios.

El me libró muchas veces de las garras asesinas, de las infamias, de la muerte, de las catástrofes de la fortuna. El conservó

mi vida contra el hambre, contra los muros y el cerrojo, contra el veneno, contra todo, para que dijera esta verdad y escribiera esta obra.

Y ella es el mandato de los muertos.

Puede que estas solemnes palabras sean dignas de estas tristes ironías de los literatos de la decadencia.

Pero yo les prometo que si gustan de las cosas regocijadas, van a reír con ella, a reír mucho, a reír tánto, que probablemente mueran de risa.

“...qué truhán, qué malsín a quien le tuerza mi garra el cuello morirá de risa?”

Vivimos en un siglo de **esprit**, de diletantismo filosófico, de “tenianos” de albondiguilla, de “bergsonianos” superficiales, de positivistas “pour-rire,” de olla podría artística y literaria, de deportes pintorescos, de “páginas para las damas” y reseñas sociales de agua de azúcar y de agua de azahar.

Es una generación amasada con agua de colonia y polvo de arroz. Los filósofos se perfuman de escepticismo y de coty. Una literatura borrosa, muy espiritual, muy ficticia, muy amenerada de desenfado, diluye cosas de honor, de patriotismo y de vergüenza, que se retuercen por dentro y estallan a flor de labio en muecas como sonrisas, o en desdenes absurdos. Porque en Venezuela, y en todos los países como Venezuela, sin una cultura propia ni una educación fundamental, lo que llaman allí clase dirigente–politicastros, comerciantuelos, pedantescos profesionales, el gacetillero cursi y el jovencito pusilánime–está a estas horas creyendo que “el mundo es así” y que “en todas partes cuecen habas”.

Indudablemente.; las cuecen, pero en aguas más limpias. Cuando se alza una voz indignada para apostrofarlos, se acogen a un concepto estúpido, a un lugar común risible; y a todas las sonrisas irónicas, y todo el “esprit” y las frases ingeniosas de

salón se les cristalizaban en una declamatoria hueca y ridícula, digna de Homais de Flaubert o del Pacheco portugués: “están desacreditando a la Patria en el exterior”!

¡La Patria! ¿pero saben ellos, sienten ellos lo que esta palabra significa?

¡El exterior! ¿se han asomado a escuchar lo que dicen fuera?

Esa opinión la integran elementos muy variados: prisiones, expatriados, rapiñas, asesinatos, sobornos, esclavitud, inercia, vergüenza social, vergüenza intelectual, vergüenza doméstica; clisés de los periódicos oficiales en el interior y de los subvencionados en el extranjero, haciendo propaganda al papel de estraza y a la mantequilla de sebo de Maracay; carreteras regadas con la sangre y con el sudor de los forzados civiles; edificios para cuarteles y hangares para naves de guerra; inalámbricos para delaciones; estatuas que son una injuria al procerato universal; conmemoración de las grandes batallas gloriosas que ganaron los machos a hierro y plomo para que discurren en ellas los eunucos gordiflones y locuaces; un régimen bancario solapado y avieso; un comercio arruinado, según las estadísticas, pero agradecido y servil, según los periódicos; una agricultura feudalizada; o propietarios expropiados o encarcelados, o siervos de la gleba; una cría que es un servicio de caporales y de peones para lucro de media docena de mayordomos; la pesca, la explotación de perlas en la costa de oriente, la navegación, las salinas, la carne, el comercio de cabotaje, ¡hasta las formas más modestas, hasta las más humildes transacciones de carbón vegetal y de los huevos de gallina, y el maíz, y las papas y el café y el queso y la virginidad impúber de las campesinas, todo, todo es un tributo para ese minotauro insaciable, para ese fibroma tentacular alojado en el vientre de la República! En una reunión anual que se denomina Congreso se legisla de acuerdo con la necesidad o las exigencias que la marcha de estas explotaciones ignominio-

sas impone. Así, las concesiones de hidrocarburos o las disposiciones sobre tierras baldías y ejidos, o la incompatibilidad de ciertos cargos y de ciertos estados civiles, dan lugar anualmente a reformas de la ley en materia. Una observación acuciosa de estas modificaciones y de estas reformas puede irnos señalando fácilmente todos los atropellos que se han cometido, todas las especulaciones que se han verificado...

Junto a estos pobres seres que por una soldada anual y algunas migajas del festín ponen sus talentos, sus conocimientos o su estolidez al servicio de y a la codicia de una avalancha de bárbaros, éstos resultan menos dignos de castigos: son un instinto en marcha; una tribu en tendencia progresiva de apetitos; quizás más tarde se depuraran sus aspiraciones ascendentes para incorporarse como un factor útil del crecimiento material. Y sin darse cuenta ellos mismos, al facilitárseles ahora todo cuanto apetece su impulsividad desordenada, se les hace el peor de los daños, puesto que sin la disciplina civil indispensable que les guíe desde la selva hasta la ciudad, ésta terminará corrompiéndolos; y aniquilándoles la energía que les impulsó a bajar de sus montañas, les arrojará en definitiva como desperdicios, después de asimilar sus mejores fuerzas, hacia las encrucijadas, con un trabuco, o hacia los hospitales, con una lepra...

Cuando el bárbaro contrae nexos con una civilización raquíca, se pervierte y no se asimila: usará la pistola belga de repetición en vez del puñal o la macana; pero al disparar el arma moderna, tras el gesto del tirador se perfilará el salvaje; irá de frac, pero su instinto estará en cueros; su indumentaria puede que sea hasta irreprochable, pero en sus acciones se descubrirá el tapa-rabo.

El período transitorio del hombre primitivo al iniciarse en cualesquiera de las formas civilizadas contemporáneas, es siempre de una de una comicidad irresistible. Y hé aquí que en mi patria podemos observarlo:

El Reparto de una Comedia Bufa

Un tiranuelo estúpido; unos cuantos sicofantes que recogen desperdicios por debajo de las mesas entre las coronas marchitas maculadas de vómito; algunos médicos portando el utensilio que les asignó Molière; concubinas de profesión o de vocación; varios bufones, media docenas de partiquinos, y luego ... “soldados y campesinos que no hablan.” Epoca:1899-1926; país: Venezuela. El melodrama tiene dos grandes etapas: la primera, agresiva, sicalíptica y extravagante; la segunda, hipócrita, especuladora y cobarde. Los cuadros se suceden hasta lo infinito. Los hay terribles y los hay risibles; y los hay admirables... Ciertos descensos morales e intelectuales llegan a ser soberbios, magnos inconmensurables. Cabeza abajo o vientre arriba, úno no saben hasta dónde pueden llegar...

¡La Patria! ¡El Exterior!

¿Sabéis lo que significa eso de Patria para todo el mundo? Una sonrisa de piedad hacia los que no nos atrevemos ni a mencionarla cuando se habla de países civilizados y entre gentes cultas. Diréis que la Patria no es un hombre: ¡pero si vosotros mismos, miserables, habéis proclamado solemnemente que ese hombre y la Patria son una sola entidad!

Y el “Exterior,” ese “exterior” que tánto preocupa a los del gobierno, del periodismo gubernativo y aun de la misma posición, ese “exterior” no es más que un largo desprecio, una burla cruel, una especulación de cada día: míster Bowen con su diplomacia, Mac Goodwins con sus negocios, Roma con su Pietropaoli, Villaespesa con su drama, Francia con su “Jeanne d’Arc” y su ministro cortesano, España con su Borbón, danzarín; de todas partes, ¡hasta de Curazao! aquel gobernador macambo y beodo que fue y vino en una sola borrachera! la persona de Gómez y la de sus seides han recibido visitas, condecoraciones y dedicatorias. A

ella se ha correspondido despilfarrando el dinero de la República en recepciones pantagruélicas; vistiendo de personas decentes a los cuatro patanes que ahí están; pagando en excelente plata venezolana los atentados políticos, económicos y literarios que la taifa extranjera ha venido a cometer impunemente entre una zalagarda de mulatos entusiasmados y de arcos de cartón.

En la historia de todos los pueblos, como en la de todos los hombres despierta interés: o una grandeza indiscutible o una actitud bufa que todos se aprestan a explotar con tanto mejores formas cuanto mayor sea el desdén que merezcan. Casi estoy tentado a admirar la cólera brutal de Cipriano Castro. Echando ministros a puntapiés en La Guaira, ante esta estupefaciente estolidez de Gómez abriendo una pulpería en Washington, a cuyo frente puso a un indio ladino de Coro, ¡sin decoro!

¡El concepto que le merecemos al extranjero! Tratando de los asuntos internos del Estado de Nuevo York, dijo el Honorable Elihu Root en la convención Constitucional de julio 30 de 1915: **“I have been in public life for forty years, and during all that time the Government of the State of New York has been about as representative and responsible as the government of Venezuela”**².

Esta sátira responde elocuentemente acerca del “concepto en que se tienen nuestras instituciones”.

De los cuatro puntos cardinales del mundo una sola pregunta nos hacen: ¿Es que en Venezuela no hay hombres? ¿Los únicos hombres han sido Castro y Gómez?

Da dolor, da vergüenza, da rabia, pero carecemos hace un cuarto de siglo de una respuesta categórica.

2 “Tengo cuarenta años de vida pública, y durante todo este tiempo el Gobierno del Estado de Nueva York ha sido tan representativo y responsable como el gobierno de Venezuela”. (Nota del original).

Sólo el Congreso reunido en sesión solemne en el campo de Carabobo, el día 24 de junio de 1921, contesta a esta lastimosa interrogación, declarando: que Juan Vicente Gómez “es el hombre necesario para el presente y para el porvenir,” porque “la existencia de la Patria está virtualmente vinculada” con la de este señor. Y así tuvimos el otro día de muerte a mi pobre Venezuela con cálculos en la vejiga.

No es el coro de la tragedia griega, nó; es una claqué de descastados, sin concepto de patria ni pudor personal.

¿Cuál recurso queda frente a esta ola de fango, frente a esta marea de infamia que azota y cubre de sedimentos sospechosos las rocas más altas de la nacionalidad? ¿La Oposición? ¿Pero es que existe una Oposición en el sentido positivo, en el valor virtual de su esfuerzo?

Las Tristes Verdades

Entre los hombres que en tierras extrañas, en las cárceles o en la aventura del campamento desfilan ante la expectación nacional, unos son sinceros asumiendo tal actitud, otros se han refugiado en ella por necesidad ante el desprecio que le han merecido al déspota, y algunos para negociar su “arrepentimiento.” Los hay jóvenes e impulsivos que aspiran a “la acción” por actuar, con impaciencia juvenil pero sin un camino definido, a través de la maraña espiritual de las combinaciones egoístas y de las ambiciones retorcidas; los hay bellacos, bachilleretes envejecidos en argucias de juzgados subalternos y de jefaturas civiles, que andan a caza de un padrino político. De tiempo en tiempo, navegando entre dos olas sombrías de recuerdos, cruza un pez gordo, o rodeado de una incauta procesión de besugos; o un pulpo gigantesco extiende sus largas extremidades flexibles, armadas de ventosas, y desaparece en un líquido turbio, en una

ola de tinta de imprenta, adhiriéndose a las rocas de la humana estupidez y ejerciendo el mimetismo hechizador y trágico que le disimula y le confunde con el cuerpo a que está adherido... Deslizáos hasta él y herid sus viscosas entrañas, descubriéndolo, para que se revuelva furioso entre un turbión de espumarajos y de acechanzas.

Esta confusión de valores, esta espantosa mezcolanza de especies zoológicas, ha engendrado en el pueblo venezolano la desconfianza y la suspicacia: las dos determinantes de la inercia.

La gente se encoje de hombros; los que ejercen el oficio, a veces lucrativo, de “enemigos de Gómez,” cuchichean entre sí... ¿Es algún plan contra el tirano? Nó: están revalidando el título a un nuevo adepto o tramando alguna propaganda de descrédito contra el compatriota que no participa de “sus ideas”,—porque, aunque parezca absurdo, esta clase de hombres tiene ideas, “sus ideas”, claro está.—Y la “idea” sale derrotada y en definitiva el perdidoso es el pueblo, que sigue aún más desconfiado y no se apresura a facilitar ni una peseta, ni un hombre, ni un fusil...

Semejante “oposición” se caracteriza por su tendencia a la publicidad, a las hojas sueltas, a la protestas y a las contra-protestas... de vez en cuando un anónimo asqueroso surge de estas cosas en descomposición y hace más letal y pesado el aire que flota sobre el agua dormida de todas las pasividades... Los diversos círculos de la “oposición” se contemplan con ojos de odio; y en algunas almas despierta el viejo instinto domado por el medio, por el sufrimiento, por el sedante de la vida urbana. Tal vez piensan en los grillos “restauradores” de noventa libras, en los torzales de Carmelo Medina, en la descarga de los asesinos de Antonio Paredes o de Horacio Ducharne.

¿Puede lógicamente esperarse algo de tal estado de cosas en el seno de la llamada oposición? ¿Cómo se pretende levantar un solo dólar ni una voluntad, ni un movimiento de apoyo

en la opinión del extranjero, ante esta ferocidad egoísta? Si se forman cenáculos y conventillos para destruir a éste o a aquél, y se echa garra de toda suerte de infamias para desprestigiar a los hombres, ¿en quiénes va a buscar auxilio la idea revolucionaria? Si toda reunión, todo programa, toda asamblea tiene por objeto constituir un mamarracho directivo o investirse de poderes como esos sínodos de la decadencia bizantina que se abrogaban autoridad episcopal para fallar controversias de diáconos enloquecidos y de frailes delirantes, a qué persona razonable, a qué sér que tenga el sentido de las proporciones se le va a convencer de la eficiencia de tales trabajos?

He asistido a unas dos o tres conferencias sobre diversos proyectos y leído un sinnúmero de publicaciones tendenciosas unas y sinceras otras. En principio, todos estábamos de acuerdo. Se formuló el consabido programa, trabajamos, escribimos, invitamos... Perdimos el tiempo, la paciencia y la tinta. Unos asistieron, otros se excusaron cortésmente, porque “no se mezclaban en política”; algunos se manifestaron resentidos, a pretexto de que no se les avisó a tiempo... y hubo uno que se dirigió a mí airadamente, porque le invitaba a un acto semejante.

Mi salud quebrantada y luego mi salida de Nueva York me impidieron continuar en esta lucha contra la sombra; en este desesperado asirme del espacio... Me parecía, oyendo divagar a mis compañeros, que me agitaba entre las sombras de un plano teosófico oyendo voces confusas, divagaciones abstrusas, conceptos esotéricos. Iba perdiendo el sentido de la realidad y de la tangibilidad de los cuerpos. Y junto a camaradas de nobles propósitos y de credenciales limpias, víme obligado a codearme con seres oscuros e insidiosos, cuerpos opacos que tanteaban algo para sí a favor de la hora crepuscular en que trabajábamos.

En síntesis, deduje que mientras el régimen absolutista de Venezuela tenga de frente al régimen covachuelista de la oposición, su anarquía grotesca y sus aspiraciones insensatas, ya podemos pensar en remitir al gastado organismo de Gómez y al ácido úrico que lo está corroyendo, la solución del problema nacional.

La oposición es casuista o declamatoria. Es lógico: el fenómeno de la decadencia se extiende por igual a todos los venezolanos en una hora en que el estúpido azar puso en manos de un hombre y de sus familiares y cómplices poder, oro y látigo, los tres formidables factores para la disolución y predominio.

De modo, pues, que la razón de existir el nepotismo Gómez es sencillamente el predominio de la fuerza bruta que él representa y a favor de la cual las clases dirigentes de Venezuela—con muy contadas excepciones—directa e indirectamente especulan. Menos perjuicio causan a las libertades públicas las doctrinas absurdas de sus sociólogos a ración, y la propaganda mercenaria de los ganapanes de la diplomacia, del ejército y del periodismo, que las concesiones de hidrocarburos. Una riqueza nacional, sí; pero a esta hora y al mando de tales hombres, una fatalidad nacional.

A los venezolanos que se jactan de no ser “políticos de oficio,” pero que fraguan planes y medran en las combinaciones para obtener “parcelas,” no les importa en absoluto la forma en que se ejerza el gobierno de su Patria. A ellos les basta una ley “especial,” un gabinete dócil y, sobre todo, inclinar la voluntad del jefe, interesando en el negocio a algún familiar o allegado, si no al propio jefe.

A las quejas veladas de dentro y a las protestas que se formulan en el exterior, se responde con el desdén, con el sarcasmo, con la injuria. Es más fácil acallar el grito indignado de nuestra conciencia, acusando a los demás de inepticia, de ambición y de

cobardía, para justificar la espantosa pasividad en que se vive. Tal es el sistema de los que aprovechan en y fuéramos de la Patria los relieves de ese festín de Baltasar, que ya dura un cuarto de siglo.

Yo conozco a fondo mi país; he residido en casi todas sus regiones; conviví con sus pobladores, los he estudiado de cerca mucho tiempo. Comprendo y sé cómo “evolucionan” los venezolanos desde los burdeles hasta los templos; desde los presidios hasta los laboratorios. En los cuarteles, en los salones, en las cantinas y en las aulas he logrado ir fijando “tipos”. La suma de estos factores me ha demostrado una verdad terrible: este cuarto de siglo francamente bárbaro es la cosecha preparada a través de nuestra corta historia política.

Venezuela atraviesa la zona de sombra por la cual han atravesado todos estos países... Es inconcebible que se prolongue por más tiempo la situación anormal en que viven los venezolanos de hoy; al prolongarse así, les ha hecho suponer ya natural, lógico, normal esta anormalidad. Y al fin de ajustar su conducta culpable—culpable por complicidad con los usurpadores, culpable por venalidad, culpable por simple indiferencia—a un cánón moral cualquiera, se acusan entre sí y se achacan los fracasos y los desaciertos.

Si una nueva conspiración se delatare, repetiránse iguales crímenes, se tomarán las mismas medidas que relaté en **La Vergüenza de América**³ desde el propio antro en que las pre-

3 Se hicieron diversas ediciones de este folleto en Estados Unidos, y fue extensamente comentado y reproducido en la prensa de España e Hispano-América. Insertóse íntegro en el “Boletín de la Universidad de México,” n.º 7, IV Epoca, Tomo III. Posteriormente, debido al incidente que provocó un agente de Gómez, exigiendo se recogiese la edición de la novela de Blanco Fombona “La Máscara Heroica,” diósele pública lectura al folleto de Pocatererra en el Ateneo de Madrid, como documento probatorio. En el número 3, 1922, de “La Reforma Social,” de Nueva York, hay una curiosa nota bibliográfica, en la que se relata de qué modo pudo el autor de “La Vergüenza de América” hacer salir a

senciaba. Estas medidas son prácticas y dan resultado: el terror ha convertido a los venezolanos en un rebaño que los malos pastores conducen por todos los caminos. Cada hombre ilustre es una nueva decepción.

El **gomecismo-único** no es más que una enfermedad de peculado. Gómez es solo la boca de ese tumor, el punto central de donde se extiende esa cosa succionadora y horrenda, ese fibroma tentacular que está chupándose lentamente la vitalidad nacional. Con semejante monstruo en el vientre, Venezuela va perdiendo su cabeza, sus músculos, su pudor... todo!

Sin ir más lejos: casi todos los venezolanos son revolucionarios, enemigos del actual gobierno... pero “confidencialmente.” Y aquí mismo, aquí, con el Atlántico de por medio, hay gentes que nos huyen como apestados, por el ambiente de desconfianza que el pavor de nuestros compatriotas hacen germinar en derredor nuestro. Otros, más inteligentes,—o más vivos, como allá se dice—la echan de descreídos, de escépticos: ellos sí querrían la revolución, pero “con otros hombres,” con “otros ideales.” Ah! Si hubiera hombres!, suspiran.

Es claro; desde este punto de vista nunca hubo ni hombres ni ideales sobre la tierra. Y los más escrupulosos en la escogencia son: o unos pobres de espíritu que jamás lucharon por nada ni contra nadie, o aventureros de la política, del comercio, de los bajos fondos sociales...

luz en el exterior este folleto, estando aherrojado e incomunicado en un calabozo de La Rotunda, de Caracas. Circuló, naturalmente, con el seudónimo “Un exsecuestrado,” a fin de despistar la siniestra inquisición. Cuando Pocaterra fue puesto en libertad, a fines del año 21, permaneció en Venezuela unos días, escapando luego, con pretexto de dirigirse a Maracaibo, quedándose en la Antilla holandesa de Curazao, escala del buque. Tan pronto como llegó a Nueva York, recogió la responsabilidad de la firma anónima “Un Ex-secuestrado” y comenzó a publicar en “La Reforma Social” estas “Memorias” (nota del original).

Un humorismo que hiela la sangre ha creado en Caracas su vocabulario especial. Sabe a cuartel y a prostíbulo. Diríase un argot de galeotes en asueto. A la goma o **club** de los gendarmes de Pedro García se le dice “jarabe de goma”; a la correccional la llaman “la petite maison”; a la cárcel, la “grande maison”; al castillo, “el chateau.” Oponerse a una arbitrariedad es dar lugar úno a que “lo pise el carro.” Y cuando un hombre resuelve acordarse de que lo es y “se atraviesa” a un propósito o a un negocio de “allá arriba,” a esos le califican de “resbalón de cotizas.” Los jóvenes decentes abrazan y brindan en las cantinas a un oscuro esbirro portorriqueño llamado Frías, para estar “bajo el ala,” o se regocijan y le obsequian licor y cigarros al gendarme **Cara e caballo**, porque es quien da “más fuerte el jarabe de goma.” Hasta para los honestos negocios se trata de interesar a un miembro de la familia Gómez o de sus mujeres.

Tal humorismo y tal vocabulario caracterizan una época.

Una legión de “neo-políticos” irrumpe, por temporadas, ofreciendo nuevos credos, nuevas banderas, nuevos métodos para la “lucha.” Y en definitiva caemos en lo mismo: se trata de lanzar, como si fueran nuevas marquillas de cigarros, otra suerte de ambicionzuelas acéfalas que vendrán a entorpecer más aún el estrecho sendero, ya de suyo bastante torcido. Muy pocos se resignan a este anónimo y fecundo trabajo de los verdaderos hombres de revolución.

Es una ridiculez de la cual ríen largamente en Caracas.

Mientras tanto.. Ah! mientras tanto se pudren en las cárceles centenares de hombres de acción, de hombres de pensamiento, de hombres de trabajo; mientras tanto continúa la exhibición de nuestra impotencia y la insensata actitud de una protesta que no toma forma.

Mientras tanto, la esperanza, de tánto esperar, se torna en cólera, y más tarde en desprecio... Pasarán las “series” de reden-

tores sin redención una tras otra. Una buena mañana matarán a Gómez, o se morirá; recogerá la herencia otro Gómez—quizá el torvo asesino del Táchira o el gordinflón idiota y malvado de Caracas—y regresaremos a la Patria... ¿A qué? Pues a los mismo que estamos haciendo y presenciando: a entre-devorarnos, a acusarnos, a debilitarnos en una perpetua estupidez anárquica...

Al **hecho** Gómez, a la **verdad** Gómez no se debe responder con **ilusiones**; menos con **mentiras**.

La situación es ésta: Tenemos todos los obstáculos internos y externos reunidos contra la viabilidad de una revolución. En Venezuela hay el deseo de “cambiar” el sistema; pero en Venezuela no se consigue un fusil, ni un simple revólver ni un cartucho. Una ley de “porte de armas” le ha dado a Gómez esta envidiable posición: él y seis mil esbirros armados, todo el oro de la república, el apoyo moral, social, comercial de las clases dirigentes, resignadas o sonrientes de servilismo, bajo la fascinación del gozo, del lucro, de los bienes materiales groseramente adquiridos... y de frente, las gentes humildes, silenciosas, pasivas; un mundo callado; un correo de espionaje en el exterior, que lleva de tiempo en tiempo esta noticia tremenda y verídica: —No hacen nada; no harán nada. Viven peleando unos con otros y escribiendo hojas sueltas...

Y si Gómez fuera inteligente, político, en la verdadera acepción, veríamos clarearse la fila opositora de un modo pavoroso.

Por otra parte,—y esto ya lo he escrito en Venezuela misma—hay una generación que debe incorporarse y hacer acto de presencia en estos momentos históricos, ante cuya gravedad algunos parecen tener los ojos nublados. Pero incorporarse sin ridiculeces ni megalomanías: pura, sencillas, fuerte, con la tolerancia que da la fuerza consciente. Toda otra forma de “luchar” es funesta y hasta risible. Es menester, repito, responder al acto Gómez con otro acto. Lo demás no pasa de ser infantil, senil.

Textos acerca de José Rafael Pocaterra

Una visita a José Rafael Pocaterra

Juan Liscano¹

En el apacible pueblo canadiense de Pointe Claire, situado en la Isla de Montreal, defendido por el gran viento que soplaba del Oeste, por la nieve y los velos de aquella mañana de febrero, por la paz de los pinares y el prestigio de los arces, árbol nacional del Canadá, en su casa de madera que tiene una chimenea de ladrillo, un pequeño garaje un cuarto en el que cuelga una hama-ca como una reminiscencia del trópico, rodeado de su gente –la esposa, los hijos, la pequeña de ardiente mirada mística y precoz inteligencia–, he vuelto a ver a José Rafael Pocaterra.

Yo venía huyéndole a Nueva York, árido de estructuras de cemento y hierro, sucio con todo el hollín del mundo, ciego como un gran sótano, nervioso, turbio, cruel como algunas de esas ciudades que cuenta la Biblia, malditas por una profecía.

Me perseguía una pesadilla de zapatos, rieles, ruedas y sótanos que no pudieron ahuyentar los maravillosos paisajes agrestes entrevistos por la ventanilla del tren que me conducía a la ciudad de Montreal, a donde llegué entrada la noche, cegado por las luces de las bombillas y medio asfixiado por la calefacción masiva del vagón.

1 En *El Nacional*, Caracas, 17 de marzo de 1946, p. 9.

A la mañana siguiente, cuando me eché a la calle, el Canadá me tendió una mano ancha, Montreal era una ciudad que estaba al alcance del hombre. Aunque más pequeña que Nueva York, resultaba más hecha, más creada, más sólida, más humana. Nueva York, pese a lo reciente de su desarrollo, me producía una impresión de debilidad, de cosa vieja, de mundo cansado. Parecía siempre estar a punto de estallar, como una fruta podrida. Su propia enormidad inducía a pensar en su destrucción. Empujado por la angustia temerosa, un poco primitiva, me puse a inventar las ruinas de Nueva York.

Durante los días que pasé en aquella urbe acromegálica, crecida demasiado pronto, en la que el tiempo no ha podido organizar la historia ni esa patina perdurable que le otorga un sentido a las cosas, en la que todo parece o a punto de morir o a punto de desbocarse. (lo que en el fondo viene siendo lo mismo, en la que las gentes andan de prisa, como perseguidas, en medio de una escalofriante soledad angustiada, no pude apartar de mi la visión de las ruinas de Nueva York, me sentí rodeado de escombros, de grietas, de huecos y de autómatas destruidos, habitante errabundo de una ciudad abandonada y derruida, semejante a un paisaje lunar.

Las ciudades de Canadá han crecido más organizadamente. En ellas, la vida se ha organizado en torno a una tradición sembrada de porvenir. Las ciudades han sido hechas para el hombre y no los hombres para las ciudades. Entre las costras de edificios de Montreal, sobresalen torres de iglesias y se mira la ternura de los árboles, y sobre ellas, el milagro del cielo. Desde las calles, desde las ventanas, se puede mirar el dibujo de las nubes, sin temor a que una punta de rascacielos a un pedazo de muro nos hiera la mirada y nos devuelva al suelo.

Hay seres que se mezclan a nuestra vida, insistentemente, aun cuando ellos lo ignoran. Pertenecen a una suerte de mitología personal que hemos creado para nuestro propio uso. Entramos en nuestro sentimiento al influjo de una emoción de la infancia, de una experiencia de la mocedad. Fueron, para el ciego correr maravillado de la niñez: ribera de sueño, sombra de misterio, país de júbilo; o señal, llamada, remanso. Nuestro admirable fervor de entonces les rindió culto, en una zona un poco jabonosa de nuestra intimidad. A veces las aguas del tiempo, el viento de los años, socavan el zócalo de aquellas estatuas heroicas que pueblan nuestra memoria. Inesperadamente, descubrimos que una de esas estatuas está derrumbada. Nuestro fervor, lo que queda de él suele levantar nuevos héroes. Hay hombres golpeados en cuyo templo interior no se miran sino ruinas. Hay otros que llevan consigo todo un panteón de inmortales.

José Rafael Pocaterra ocupó puesto de preferencia en el panteón de los héroes que amó mi adolescencia. Hace unos diez y ocho años, cuando mi vida discurría entre comuniones de primer viernes de mes, tareas escolares y domingueros matinales al Rialto, cayó entre mis manos uno de sus libros, traducido al francés. Se titulaba “La Tyrannie au Venezuela”. Constituía un fragmento de lo que más tarde había de ser esa obra monumental, poderosa, azotada por una tempestad de soberbia rebeldía varonil y de honda humanidad desgarrada: “Las Memorias de un Venezolano de la Decadencia”. Aquel libro figuraba en la biblioteca de unos de mis tíos. Me había puesto en él, inesperadamente, al azar de una de mis frecuentes exploraciones por los estantes de aquella biblioteca la cual me enseñó más que todos mis años de aprendizaje escolar. La leí con una suerte de aterrada curiosidad. Me repugnaba y me atraía. Me enteré, entonces, de terribles verdades, de

tremendas acciones que acontecían en mi país. De la maldad de unos hombres que, hasta ese momento, gozaban para mí de una como sagrada inmunidad: la inmunidad del Poder. El término “Gobierno” se me maceró de pronto desde los hondos y atormentados pensamientos que se apoderaron de mi mente, me atreví a mirar cara a cara, por vez primera, al Todopoderoso General, a ese Benemérito General que nos enseñaban en la escuela. Lo censuré y comencé a relacionar hechos, a descubrir señales de aquella “tiranía”. Comprendí el significado interior, inmenso, de ciertas palabras, de ciertos verbos, “cárcel”, “arrestado”, “encarcelar”. Revisé todo el vocabulario trágico mediante el cual expresamos eso que significa “la pérdida de la libertad”. Y dudé, dudé de muchos de mis profesores, de muchos de mis amigos, de mi propia gente, de mis seres queridos. Y odié, empecé a odiar, con toda la pureza de mis sentimientos, con toda la sed de justicia de mi pobre corazón. De aquella lectura salió mi juventud, envejecida, pero rica de una nueva pasión, de un nuevo sentido. En aquella lectura –incendio y fragua– recibió mi vida su primera llamada humana, y resistió, se hizo más duro, más firme, eso que llaman “el ideal”.

Las aguas del tiempo, el viento frío de la experiencia podrán tornar en región inhabitable aquel mi país de fábula y de sueño, más en mi memoria cercada por el olvido, habrá de perdurar en tanto que yo perdure, con toda su espléndida virginidad un poco agria, con todo su poder de evocación, el recuerdo de aquella revelación dolorosa pero fecunda, de aquellas horas y aquellos días cortos para mi ávida curiosidad, en que comencé a conocer la triste y dura realidad de mi país y en que adquirieron para mí, su primer sentido irradiante, las palabras “hombre” y “libertad”.

He tendido el puente de un recuerdo hacia esa solitaria orilla venezolana que ha sido la vida de José Rafael Pocaterra. Soledad de varón, no de anacoreta. Pueblan esa ribera sola, una mujer y unos hijos que, cada día, despiertan las frutas de la carne. Hay el jardín de una casa, la siembra de una obra para los hombres, en esa soledad masculina, patriarcal, que se aviene con el paisaje sobrio, nevado, abierto, de meseta limada por el viento del Oeste, que cruzaron la curiosidad florida de mi esposa y mi andante soliloquio, aquella canadiense mañana de febrero.

Pocaterra regresaba de Moscu, habiendo renunciado el alto cargo diplomático que ejerciera en la URSS y después de haber gestionado el mantenimiento de las relaciones con Venezuela. El nueve de noviembre había dejado encargado de la Embajada a Roberto Gabaldón. Después de diez días de espera pudo embarcarse en el avión. El veinticuatro de ese mismo mes llegaba a Pointe Claire.

Un resto de eso que llaman los del oficio “conciencia profesional”, me obligaba para conmigo mismo a disfrazar mis deseos de verle bajo la apariencia de celo de periodista.

Llevaba en ristre varias preguntas importantes para una posible “entrevista sensacional”. En realidad el hombre y los asuntos que podían ser tratados, se prestaban a toda suerte de “sensacionalismos”. Sabía de antemano que las declaraciones de un hombre como Pocaterra, sobre Rusia y la Revolución, serían leídas con curiosidad por el público venezolano y con inquietud por los simpatizantes o los opositores de la URSS.

En cuanto estuvimos sentados en los cómodos sillones del recibo, frente a un fuego hospitalario que ardía jubilosamente en la chimenea, Pocaterra se adelantó a mis preguntas, contestándolas en parte, formulando otras y arrasando con ancha y comunicativa cordialidad, todos mis bastiones y trincheras de inquisidor. En unos cuantos minutos de charla tumultuosa, franca, supe más de lo que pensaba inquirir. De “entrevistador” me convertí, de pronto, en “entrevistado”. La conversación, casi monólogo las más de las veces, corría al filo de las horas, encrespada o apacible, mientras sentía que me iba dominando aquel su pensamiento sugestivo, apasionado, lapidario de gran liberal y de gran individuo.

Cuando alcancé la hora de regresar a Montreal me di cuenta de que había dejado de pensar en la “entrevista sensacional”, para entregarme de lleno a la estupenda sensación de conocer a un hombre, a un hombre que, en tierras extrañas y en medio del ostracismo, pudo rehacerse y sembrar una casa digna y unos hijos, y en la conciencia de nuestro pueblo, en su futuro, en su presente, unos libros hondos, humanos, arrancados de la vida misma y que han echado raíces.

Renuncié a mi cargo de embajador porque no soy de los que juegan con ciertos principios éticos. Yo presentaba credenciales de un gobierno que había dejado de ser. Otros hombres más ligeros de cascos que yo estarían allá, culipandeando, lanzando improperios a los que sucumbieron y coronando de laureles a los vencedores. Siempre dije que hay que vivir como se piensa para no terminar pensando como se vive.

—De ambos lados me duelen muchas cosas.

–Una profunda consideración me mantiene esperando con todo corazón muchas cosas y un poco desencantado viendo florecer las viejas verdolagas venezolanas de la vulgaridad espiritual y del rencor mal disimulado. Contemplo, con un desinterés absoluto, cómo pierden la cabeza los que la tienen y cómo la tienen los que la perdieron.

–Ha sido error corriente en nuestro país el creer que se trae fórmulas salvadoras y que se hace palidecer el sol. Antes de mí nada, después de mí, nadie, dice cada equipo que llega al poder. Yo considero más que todo la inmensa responsabilidad que tienen los de ahora sobre sus hombros. Quiero que sean en el Gobierno lo que yo creí de buena fe que fueran en la Revolución.

–El pueblo ruso es el material humano más extraordinario que han visto mis ojos... necesitará todavía largos años de sacrificio, de penurias, para lograr el nivel de vida que promete su Gobierno.

–Recogeré todas mis impresiones sobre Rusia e Inglaterra en un libro. Estoy escribiendo y tengo casi listos los tomos tercero y cuarto de las “Memorias”, los cuales están anunciados desde hace tiempo, así como el segundo volumen de “Cuentos Grotescos”. No tengo prisa en publicar. Estoy curado del afán de gloria literaria.

–Sí, a los regímenes de que formé parte les estoy haciendo la justicia que merezcan y, desde luego, la mía propia hasta donde esa responsabilidad me alcance, en los mencionados tomos de las “Memorias”. Quiero recordarle a este respecto el Apólogo de Tolstoi, el cuento aquel de los dos amigos que se topan con un oso. Uno escapa y trepa a un árbol, mientras el otro se tira al suelo y finge de muerto para escapar de la fiera. Los osos no comen muertos. El animal le huele y convencido de que se trata de un cadáver, se aleja. El del árbol baja a tierra y, riendo, le pregunta al otro “¿Qué te contó el oso?” La contestación, amigo Liscano, la hago mía, en esta hora venezolana. Es la siguiente: “Me dijo que el que abandonaba a su amigo en un conflicto es un cobarde”.

–Qué quiere Ud. que suceda en un país en donde los que quieren no pueden y en donde los que pueden no quieren. Con todo, allí comenzó, abigarrado y todo, desigual y todo, una ráfaga de entusiasmo como éstas que vienen oliendo a primavera.

–Aspiro a que todas las fuerzas nacionales tengan representación en el Gobierno. A que la administración pública se depure, a que las libertades políticas se mantengan, a que los venezolanos se dignifiquen y se unan en torno a altos ideales, más que partidistas, humanos y de ética universal.

A pocos días le visitamos de nuevo. La conversación giró sobre literatura y la confianza entró de lleno en nuestros ánimos. Nos dimos mejor al encuentro y a la charla.

–Pocaterra enciende su pipa, sacude su cabeza de león enjaulado, habla.

–Estoy empeñado en la traducción de un místico inglés del siglo XIV. Mire qué curioso ejemplar bibliográfico. La obra se titula “La Nube de lo Desconocido”.

Nos muestra una traducción de las “Rubaiyat” hecha por él del inglés. Otra de “L’Aiglon”, de Rostand, poemas de poetas italianos, ingleses, franceses, vertidos al castellano. Finalmente sus obras inéditas, las “Memorias”, los “Cuentos”, un poemario, dos novelas, “Gloria al Bravo Pueblo” y “La Casa de los “Abila”.

Aquel día empezamos la lectura de esta última novela. Como por arte de magia, la acción del libro, la vida de los personajes, se apoderaron de la atención de su esposa y mía. Nos fue imposible dejarla inconclusa. Se repitieron las visitas y a lo largo de aquellas lecturas se nos brindó, en toda su madura

plenitud creadora, el talento de este escritor venezolano, profundamente hombre y profundamente artista.

“La Casa de los Abila” nos sacudió hasta las propias raíces de nuestra sensibilidad. Se trata de una obra poderosa, concebida con ese brío, esa pujanza varonil, esa súbita ternura, esa violencia lapidaria, ese sentido de la caricatura, ese aliento americano, que caracterizan el estilo de Pocaterra. Escrito en la Rotunda, sobre papel de cigarrillos, con una punta de lápiz en medio de las horas muertas de aquel antro de miseria, constituye un documento extraordinario de vida venezolana. Uno de esos libros necesarios.

–No podría volver a escribir un libro así. Un esfuerzo tal de concentración no se puede llevar a cabo sino en aquellas circunstancias... Las frases caían al papel perfectas, ya pensadas. Lo escribí de un tirón, casi sin borrar una frase. Necesitaba olvidar lo que me rodeaba. La vida de mis personajes me atraía de la realidad circundante.

“La Casa de los Abila” retrata con realistas contornos, matices sugerentes, a menudo, con rasgos caricaturescos, la vida de toda una sociedad caraqueña adinerada, “snobs”, parasitaria, corrompida tras sus máscaras y disfraces de honorabilidad. Constituye una crítica aguda, un penetrante, ensayo de psicología colectiva e individual y una noble llamada a la tierra. Por esas páginas pasa, a veces, un hálito de epopeya. Es un grandioso fresco de la vida venezolana, en vísperas de la primera guerra cuando Juan Vicente Gómez empezaba a desnudar su fría garra de ave de rapiña del altiplano en medio de la molición de una casta decadente.

–Si en las “Memorias” ataque a los hombres, en esta novela quise combatir las castas. En la célula familiar, corrompida, irresponsable, es donde se generaba el cáncer que carcomía a los individuos llamados a actuar frente a la dictadura. Por supuesto, en este libro

todo no es negación. Su pesimismo vital admite el florecimiento de una voluntad en uno de los personajes, en aquel que reacciona contra el medio ambiente parasitario, frívolo y cumple con su deber de hombre. En contacto con la tierra y en medio de la raza agricultora, descubre su propia medida interior. Si no resultara cursi, hubiera titulado este libro “La Historia de una Voluntad”.

Mientras nos lee capítulo tras capítulo del libro el viento de la tarde azota la techumbre de la casa, dobla los arbolillos y hace gemir al sombrío pinar. El fuego corrusquea en el negro hueco de la chimenea. La paz de Pocaterra fluye en el remanso de la casa dormida bajo la ventisca. Las palabras, por un aire mental, las acciones de aquellas gentes necias, endebles, engréidas que se sienten depositarias de la más refinada cortesía y de toda la honorabilidad venezolana, sin parar en su íntima disgregación. Lee, profundamente, el libro, entregado de un todo el milagro de su arte. Las marionetas de la trágica farsa giran entre las luces de una fiesta social. En la noche de la inmensa Venezuela, en un rancho humilde, un campesino rasguea su cuatro, rostro de tristeza y de soledad. Las marionetas bailan al lánguido compás de un tanto pulido como la cabellera de los jovencitos “bien” que estrechan el cuerpo flébil de una muchacha [ilegible]. En la noche de la inmensa Venezuela –llora un niño que acaba de nacer, a la vera de un camino cualquiera o a la luz temblorosa de un candil.

De pronto el lector se detiene. Nos dice con la mirada ausente.

–Cuando escribí este capítulo en la celda de abajo el exterior de [ilegible] de Domínguez de Acosta. Iba de mis personajes a aquel interior. Y mientras los [ilegible] siguen viviendo en la voz de Pocaterra, ya me pongo a pensar el hilo de la lectura, en que la vida de ese hombre, (no ya el político, ni el polémico, ni siquiera el artista sino el hombre unamuniano de carne y hueso), que hoy alcanza una

ribera de plena realización humana, personal, en el seno de una casa levantada por él en el respeto de unos hijos, sembrados por él en la ternura inteligente de una mujer, ganada por él en la fecunda palabra de unos libros, escritos por él, me pongo a pensar, digo, que ese hombre de cabellos grises, hecha a pulso, a esfuerzo, en medio de un destierro pasado que no debe repetirse, en medio de la lucha, luego, en la propia Venezuela, bien pudiera llamarse con el fallido título del libro que ahora nos está leyendo: la historia de una voluntad.

El mejor conocimiento de la personalidad humana de José Rafael Pocaterra, para mí, que ando en busca de hombres que sepan escribir y no de escritores –bueno o malos– que no sepan ser hombres, ha sido uno de los mayores provechos que apunto en mi libreta de viajero.

El escritor, el poeta, el artista no me interesan sino en tanto que su obra y su vida, conjuntamente, puedan ofrecer una solución a la dignidad humana.

Y la vida de José Rafael Pocaterra, en la obra de su carne y en la obra de sus libros, suena limpia. Y tal circunstancia, en un país como el nuestro, basta y sobra.

Me he sorprendido de pronto, pensando en esos escritores de mi país, tan afanosos de gloria literaria, tan inconscientes de la propia dignidad, tan envanecidos sobre sus pequeñas producciones de botillería, tan dados a sentirse únicos y geniales, sin pensar en lo sucio y vulgar de sus vidas íntimas y embargado por esos pensamientos, le he dado al viento de la noche las palabras aquellas, tan hermosas, de Juan Marinello, cuando al referirse a José Martí exclamaba: “Los escritores de su pueblo deben aprender a ser hombres para aprender a escribir”.

Montreal, marzo de 1946.

Un maestro contemporáneo desaparece con la muerte de José Rafael Pocaterra¹

La primera impresión de los escritores ya perfila el juicio crítico que le aguarda en la historia de las letras venezolanas

La muerte de José Rafael Pocaterra en un Hospital de Montreal causó sensación entre los intelectuales venezolanos. Las primeras opiniones que acusan el golpe, reflejan y adelantan lo que habrá de ser juicio crítico histórico, cuando el tiempo funda el duro material de su obra y aclare en definitiva la posición que habrá de ocupar en los capítulos de las letras.

MAESTRO CONTEMPORÁNEO

–Pocaterra ha sido en el cuento y la novela –dijo Don Pedro Sotillo– uno de los Maestros contemporáneos de Venezuela. Sus trabajos iniciales, muy influidos de problemas polémicos, fueron despojándose de ese tono de provisionalidad y entonces pasó de lleno Pocaterra a los altos planos de la literatura:

–Su obra máxima que son los tomos de Memorias, sin duda que se resienten del tremendo dolor que llena buena parte de la vida del autor, pero allí hay muchas, pero muchas páginas magistrales que perdurarán en la historia literaria de nuestro país.

Aparte de esto Don Pedro subrayó que Pocaterra siempre fue un poco candidato a poeta, aunque más conocido como

1 En *El Nacional*, 20 de abril de 1955, p. 34.

humorista o satírico, periodista de larga trayectoria y traductor de ilustres escritores contemporáneos.

—A mi entender todas las generaciones venezolanas posteriores a él que se han preocupado por la realidad de nuestra vida y nuestros destinos, de una u otra manera han sufrido la influencia de Pocaterra. Eso aparte de quienes han caído en calcarlo y de los mentecatos que han querido hacer panfletos políticos con los moldes del gran carabobeño.

VIVIÓ Y MURIÓ EN UN CALABOZO

“Cuando en 1919 entró Pocaterra al calabozo número 41 de la Rotunda, no volvió a salir” recordó Humberto Cuenca:

—A pesar de largas ausencias de la patria, allí vivió y murió. Desde los ángulos más oscuros de aquella celda, trazó magistralmente la gran caricatura social de la Venezuela de entonces. Intervino en su época no sólo mediante ficciones literarias, recogidas en sus cuentos y novelas, sino en calidad humana, siempre al servicio del hombre y de Venezuela.

Por ello estima Humberto Cuenca que “Memorias de un Venezolano en la Decadencia” tendrá siempre un perdurable valor, por ser literatura de carne y hueso, que no es producto de meditación, cultura, lectura o cátedra, sino de experiencia vívida, de atmósfera vital, obra que tendrá siempre profundo arraigo en la conciencia del pueblo.

—A pesar de que tomaba todos sus elementos de la realidad, de que actuaba y vivía en ella, Pocaterra escribía con el sub-consciente y por ello su obra literaria tiene tanta semejanza con la de Andreiev, Dostoiesky y otros. Amó mucho a Venezuela: chupó sus jugos de angustia, vivió la pavorosa soledad y formó parte muy apretada e íntima de su procerato civil. A estas horas debe haber quedado abierto el entraban los vivos y salían los

muerdos, pero por la reja entrejunta parece que la mano de una sombra escribió algo en las paredes.

UNA ETAPA EN LA CUENTÍSTICA

Abrumado por la noticia, Julio Garmendia quería decir cuán grande era el pesar que la muerte de Pocaterra producía a los escritores venezolanos. Por ello prefirió señalar que la desaparición del Maestro era sencillamente acontecimiento dolorosamente trascendental.

–Su obra maestra “Cuentos Grotescos” marca un “turnant”, una etapa en la cuentística venezolana.

–Pocaterra estuvo alejado mucho tiempo del panorama literario nacional. No sé si habrá alguna obra suya inédita que nos hable de lo que parecía ser su vuelta combativa, pero así, reaccionando ante este golpe, sólo sé decir que ejercerá beneficiosa influencia en el cuento.

PESO ESPECÍFICO MAYOR QUE INFLUENCIA

Guillermo Trujillo Durán conoció desde los tiempos de Maracaibo a Pocaterra y ayer recordó su carácter seco al par que su tacto para tratar a personas y asuntos, su genio adusto al tiempo que su saber agradar:

–En el plano estrictamente literario creo que su peso específico en el momento de hacer la obra, es y será indudablemente mayor que su influencia en la posteridad.

Siempre se hacía sentir donde estuviera y con fuerza oratoria llevaba sus convicciones al ánimo de los demás. Esta personalidad de Pocaterra es factor decisivo en su “buena pluma” y en la originalidad de su obra realista.

–El duelo de las letras es grande porque no nace con frecuencia de gran escritor.

LOS VALORES REALISTAS DESCARNADOS

Ida Gramcko ve a Pocaterra como “escritor que concedió a la literatura venezolana los valores realistas, descarnados, de gran vitalidad:

–Especialmente en sus “Cuentos Grotescos”, Pocaterra afirma los valores realistas en nuestra literatura. Hay en el escritor una fuerte calidad, áspera y sombría. Trae aires distintos.

Personalmente, muy personalmente quería Ida esbozar que en los últimos años de José Rafael Pocaterra parece como si no se renovara la capacidad creadora y quizás ello contribuya en aminorar su influencia entre las nuevas generaciones:

–Aunque entre los cuentistas concretamente, su influencia no puede negarse, sería muy difícil decir, dado su alejamiento de años, si ejercerá magisterio su obra, en todo el panorama de las letras.

Pocaterra, el gran memorialista

Guillermo Sucre¹

No se busque pureza literaria donde no hubo obsesión, ni siquiera empeño, por crearla. A veces, el hallazgo de la vida, del hombre, es más estremecedor que cualquier innovación o pulcritud literarias. Quien acepte la realidad, su miseria y su grandeza, no puede ser tan correcto. La “sofrosine” griega –mal simulada por quienes creen poseerla– resulta, con frecuencia, pura abstracción. Queden la asepsia y la virginidad para letrados y académicos. El escritor polémico, comprometido con realidades menos regocijantes e ilusorias, alimenta una más honda vocación. La reciedumbre de su postura vale por todo un sistema de ideas mal asimiladas, o por formas y fórmulas más o menos deleitosas. La forma, en él, adquiere dimensión de destino, de verdad interior, profunda, insoportable. Literatura del hombre y su apasionante tránsito en la tierra. Literatura de interrogantes, de búsquedas, de imperativos.

Releyendo la obra de Pocaterra –sus “Obras Selectas” ahora editadas por Edime– se nos han esclarecido estas meditaciones. Quienes, en ocasiones, hemos permanecido distantes del hombre, consecuencia de su propia identidad quebrantada, nos acercamos ahora a estas páginas con especial comprensión. Nos sobrecoge su mensaje, la huella del doloroso nacimiento. Pocas veces tuvo su autor tiempo de solaz, de dulce intimidad.

1 En *El Nacional*, 7 de febrero de 1957, p. 3.

De ahí estas páginas inclementes, austeras, necesarias. A través de ellas comprobamos hasta qué punto fue Pocaterra contradictoriamente fiel a su destino y cómo los grandes dualismos del alma venezolana encarnan en su vida de hombre y de escritor. Vida desgarradora y cruenta, como nuestra historia, nada propicia, como algunos suponen, para altas y serenas confianzas del espíritu. En nuestro país, la vida de cada escritor ha estado signada siempre por la tragedia moral e intelectual –hablo, claro está, de escritores con pudor, con angustia de destino; para los otros todo ha sido cosa de cuidas, o bien administrar, reputaciones y posiciones. La de Pocaterra, en este sentido, no puede ser más significativa. Muchos de cuantos la han juzgado con más temeridad no han padecido lo que ella padeció. Y aun cuando el sufrimiento no debe ser justificación de inconsecuencias, tengamos respeto, al menos, por la grandeza que alguna vez irradió el hombre. Y que ahora nos queda en su obra.

Fue la suya obra de gran memorialista, única tal vez en nuestro país, aguda, cáustica, sardónica. El testimonio más elocuente de lo que hoy se llama “literatura comprometida”. ¿A través de ella no podríamos, acaso, reconstruir el tempestuoso proceso venezolano desde la época finisecular hasta el año 36? Una reconstrucción viva, una requisitoria patética y lacerante, como un vasto mural goyesco. Hasta entonces nuestra literatura no pasaba de ser vaga y enfermiza contemplación crepuscular. Implacable como pocos, Pocaterra dio la pauta: derribó los viejos fetiches del culto modernistas y preparó la entrada en la abismante realidad venezolana; su prosa se llenó de ráfagas hirientes y muecas burlonas y aun algo de irracional y primario se erizó en sus palabras. Era ya un signo. La admonición salvadora. Admonitoria, discrepante, blasfema, su obra venía a ser la negación de toda esa desfalleciente imaginiería tropical. Algo más que la pura literatura. De ahí su grandeza y su punto

vulnerable también. No olvidemos, sin embargo, que lo fundamental de ella se escribió en las horas más sombrías del drama nacional. No pudo ser, entonces, obra de creación en todos sus planos, mas alcanzó la validez de las grandes memorias de los más verídicos testimonios.

¿Cómo aceptar ahora, con años ya de perspectiva, tesis que con respecto a ella parecen sustentar ciertos críticos y ensayistas? La califican de obra amargada y escéptica. Y metidos a moralistas y a celosos vigilantes de la salud espiritual de los jóvenes, quieren sustraernos a su “pernicioso” contacto. Insinúan que es extremadamente demoledora y corrosiva, que no es ejemplarizante –¡al diablo con la literatura ejemplarizante! Como si cada escritor debiera ser obligado taumaturgo del optimismo. Es la moral de los “amateurs delumières”, como diría Paul Valery. Mas, ¿tendrán estos reparos a la obra de Pocaterra su secreta finalidad? ¿Se querrá, con ellos, plantear una vez más la eterna disyuntiva de la literatura: el regocijante y engañoso juego no sólo de las formas, sino también de las consignas, o la despiadada verdad, sin halagos ni retórica? ¿El despojo, o la toma de conciencia?

Para muchos de nosotros no existe tal disyuntiva. No nos mortifica ni desvela. Hemos querido entrar en la literatura con una ráfaga de pasión, de verdad, no con palabritas dulzonas o hipócritas. Al predicador preferimos al hombre verídico. Tenemos insobornable desdén por los iluminados. Aceptamos la obra de Pocaterra en su desnuda validez: su vocación venezolana. Pocas, como ella, tan fieles a su medio y a su tiempo. Obra de un varón, no la de un descastado. De ahí que la aparición de sus Obras Selectas nos parezca de capital importancia para las nuevas generaciones. Quienes, de entre los jóvenes, aspiren a reconocer el atribulado corazón de la patria, podrán a través de estas páginas sentir su latido más atormentado y desafiante, mas no por eso menos noble y conmovedor.

Pocaterra 2035 y los archivos del exilio

Eduardo Fuenmayor¹

En el Centro de Archivos de Montreal, en Canadá, reposan desde 1970 cuatro cajas de documentos que conforman el archivo personal del escritor y político venezolano José Rafael Pocaterra (Valencia, 1889; Montreal, 1955), entre los cuales se encuentran su testamento; correspondencia personal y oficial; cartas y notas relativas a sus misiones diplomáticas en Colombia, Rusia, Gran Bretaña, Paraguay y Estados Unidos durante los gobiernos de Eleazar López Contreras, Isaías Medina Angarita y Rómulo Gallegos; escritos inéditos, recortes de prensa, libros y dos placas conmemorativas.

En 1922 Pocaterra se exilió en Nueva York y al año siguiente en Montreal, donde se casó en segundas nupcias con Marthe Arcand. Allí hizo de todo: enseñó español en l'École de Hautes Études Commerciales; fue jefe del departamento de traducción al español en la Sun Life Insurance; en 1924 fue nombrado Cónsul de la República Dominicana en Montreal, cargo que aprovechó, gracias a su inmunidad diplomática, para comprar, guardar y luego enviar las armas que se utilizarían en 1929 en la expedición Falke contra Juan Vicente Gómez, las cuales lanzaría al mar antes de huir a Trinidad y por lo que luego algunos lo culparían del fracaso de la misión.

1 *Papel Literario de El Nacional*. Caracas, domingo 25 de noviembre de 2012, p. 2.

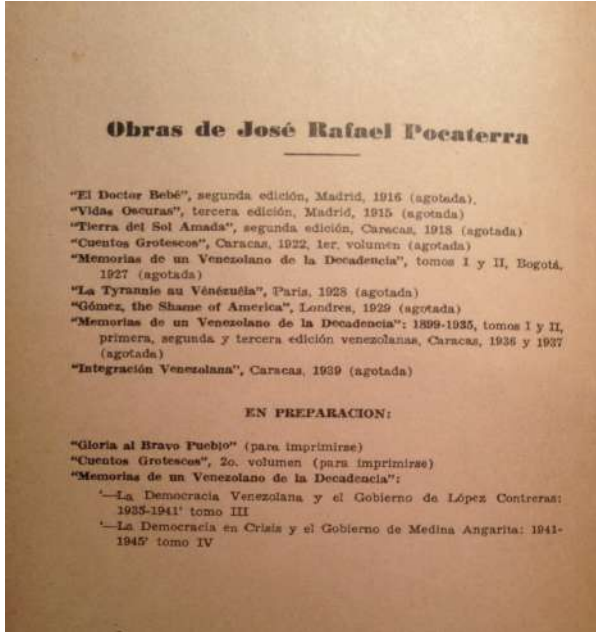
Marthe Arcand prefirió resguardar los documentos de su esposo en Montreal y restringiendo su acceso por el máximo de tiempo que la legislación de entonces le permitía: 100 años para el testamento y los documentos oficiales, 75 años para los manuscritos y las cartas. Eventualmente –y esto apenas está en evaluación tras mi solicitud– sólo podrá accederse en los próximos años a los recortes de prensa, los libros y las dos placas. Para el resto, habrá que esperar hasta el año 2035 en adelante, considerando que la restricción se aplica según la fecha que aparece en el documento.

El archivista jefe del Centro de Archivos de Montreal me explicó que cualquier miembro de la familia Pocaterra pudiera autorizar la desclasificación de estos documentos y hacerlos de acceso público, pero como en sus bases de datos sólo figura el nombre de Marthe Arcand (quien presumiblemente ya falleció) no tienen a quién consultar. Otra opción es que alguna universidad, biblioteca o centro de archivos de Venezuela realice una petición formal de repatriación de los documentos, pero en el mejor de los casos ello sólo procedería si la institución solicitante se compromete a restringir el acceso durante el tiempo que corresponda a cada documento.

Tres dictaduras sometieron a Venezuela durante 53 de los 66 años que vivió José Rafael Pocaterra: primero la de Cipriano Casto, luego la de Juan Vicente Gómez y finalmente la de Marcos Pérez Jiménez. Contra las tres combatió gallardamente y por ello fue perseguido, encarcelado y condenado al exilio. Ignoro si los documentos de su archivo en Montreal serán de gran utilidad o no para esclarecer el capítulo de la historia que vivió tan activamente, pero estoy convencido de que, aunque su cuerpo haya sido repatriado y repose en el cementerio de su natal Valencia, su exilio sólo acabará cuando su memoria pueda retornar definitivamente al país.

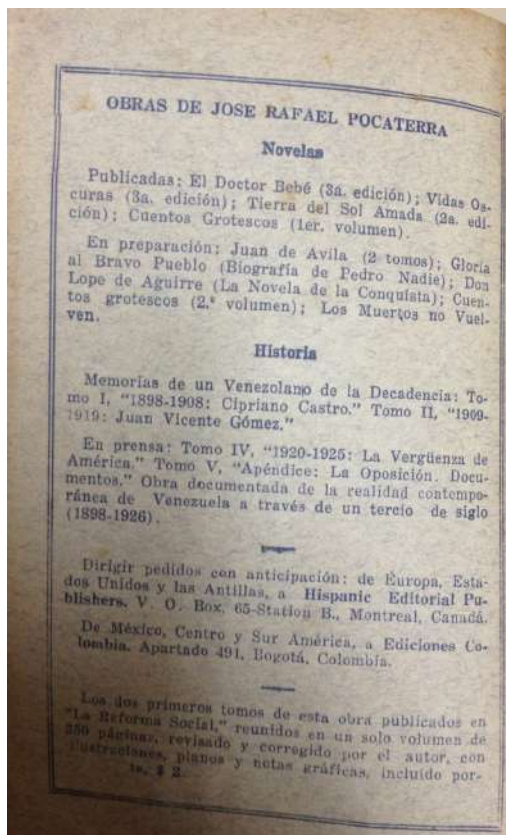
ANEXOS

Ilustración 1. Interior de la primera edición de *La casa de los Abila* del año 1946



Se puede observar que la existencia de los tomos III y IV de las *Memorias de un venezolano de la decadencia* era una realidad. Es muy probable que hoy en día se encuentren en la caja que Marthe Arcand elaboró para resguardar los textos de su esposo. De haber quedado en estado manuscrito (como se presume, pues nunca salió a la luz) deberán pasar setenta y cinco años (de los cuales ya han pasado cuarenta y seis) desde el momento en que se armó la caja (1970) para acceder a ellos, hecho que será posible en el año 2045. Fotografía: Omar Osorio Amoretti. Abril, 2015.

Ilustración 2. Contratapa de la primera edición de las *Memorias de un venezolano de la decadencia* del año 1927



Se puede observar cómo el paratexto cataloga al libro como un escrito histórico. Esta intención será persistente en Pocaterra hasta la publicación definitiva del texto en 1936. Fotografía: Omar Osorio Amoretti. Junio 2015.

Ilustración 3. Portada de la primera edición de las *Memorias de un venezolano de la decadencia* del año 1927



Fotografía: Omar Osorio Amoretti. Junio 2015.

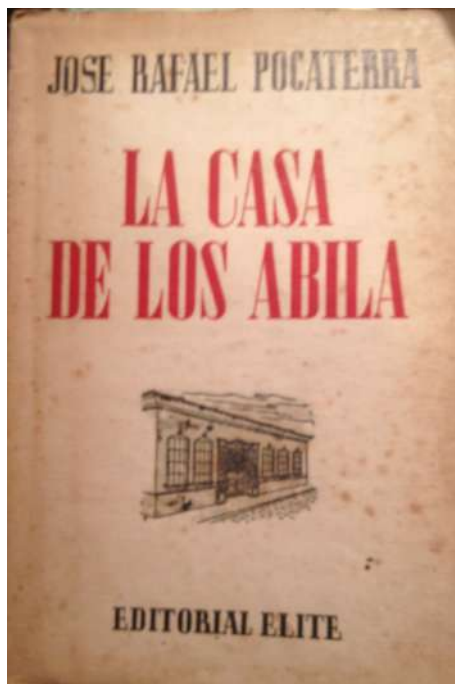
Ilustración 4. José Rafael Pocaterra, embajador de Venezuela en Estados Unidos, condecora a un funcionario del Departamento de Estado. Washington, 1950.



Su colaboración con el gobierno militar liderado por Carlos Delgado Chalbaud (hijo de Román Delgado Chalbaud, su compañero de prisión y de conspiración durante la empresa del Falke) surgido después del 24 de noviembre de 1948 le trajo un relieve oscuro en su historia personal que Rómulo Betancourt en *Venezuela, política y petróleo* se encargó de cincelar para el futuro: "El agente del triunvirato en Washington, José Rafael Pocaterra, saltó a esa posición [la del sector castrense] desde la que estaba ocupando bajo el Gobierno constitucional: embajador de Brasil. Fui presidente de esa

delegación y destacué a Pocaterra para que formara parte de la comisión que elaboró la resolución XXXII, que condenó las actividades de los ‘agentes’ al servicio del comunismo internacional o de cualquier totalitarismo. Y fue ese mismo personaje de tan versátil como indecorosa conducta política quien en Washington imputó públicamente veleidades comunicantes al Gobierno derrocado. Era una actitud del más grosero oportunismo y para aprovechar la histeria antirroja que ya despuntaba en algunos grupos influyentes en la política estadounidense”. El impacto de su interpretación caló de tal manera en sus filas que hoy en día la versión de un Pocaterra traidor de sus ideales y “vendido” a la dictadura de Delgado Chalbaud (hay quienes hablan incluso de la de Pérez Jiménez) sigue vigente en muchas personas militantes o relacionadas con el partido Acción Democrática. Fotografía tomada del libro *La proyección política de José Rafael Pocaterra Mac Pherson*, de Argenis Zuloaga, p. 284. Reproducción: Virgilio González.

Ilustración 5. Primera edición de *La casa de los Abila* del año 1946



Fotografía: Omar Osorio Amoretti. Caracas, abril 2015

Ilustración 6. Foto *post mortem* de José Rafael Pocattera



Había fallecido el 18 de abril en un hospital de Montreal, producto de un cáncer. Al llegar el 22 de diciembre a Valencia fue recibido por una multitud que le rindió honores. La diócesis de Valencia también se sumó al duelo. Durante los días siguientes la prensa será espacio de homenaje por parte de escritores, de semblanzas del personaje y publicaciones de algunos de sus relatos. Fotografía tomada del diario *El Nacional*, 23 de abril de 1955.

Omar Osorio Amoretti (Caracas, 1987).
Licenciado en Letras y magíster en Historia de Venezuela por la Universidad Católica Andrés Bello. Corrector de estilo y docente universitario en las escuelas de Letras y Comunicación Social de la misma casa de estudios. Profesor del Departamento de Lengua y Literatura de la Universidad Simón Bolívar. Creador junto con Krislia Grimán de *Dilatar la Pupila*, página web dedicada al estudio de la literatura y el arte. Ha escrito reseñas en diversos diarios nacionales e internacionales, así como artículos en revistas académicas.

La *historia de la historia*, eso que entre los historiadores se denomina *historiografía*, es un aspecto clave para comprender cualquier obra, una guía básica para prevenir a cualquier lector. Es la *historia* que está adentro de la *historia* que cuenta e interpreta un autor.

Eso es precisamente lo que se propuso descubrir Omar Osorio Amoretti con un texto clave en la formación de la memoria y de la imaginación históricas de los venezolanos: las *Memorias de un venezolano de la decadencia*, de José Rafael Pocaterra. Libro difícil de clasificar, en la intersección entre lo historiográfico, lo testimonial y la novela, su impacto en la construcción del recuerdo del gomecismo y en general de la idea de dictadura en Venezuela, ha sido fundamental. En eso, como en su valor literario, hay consenso; pero ya en su ponderación como un testimonio fiable (y no solo propagandístico) o como un libro de historia, no hay tanta claridad. El autor desenmaraña la madeja a través de la construcción de la obra, o de las obras que terminaron convirtiéndose en este clásico de las letras venezolanas. Recorre el proceso de tres lustros en el que, con variantes en el aliento y en la escritura de la intención central de denunciar al gomecismo, fueron superponiéndose libros (y a veces versiones distintas de cada uno de ellos) hasta generar la síntesis que desde 1936 conocemos como *Memorias de un venezolano de la decadencia*. Pocas veces hallamos un esfuerzo tan detenido en desmenuzar el proceso creativo de una obra para que nos revele sus resortes más íntimos, y por eso son también pocas las veces en las que podemos comprenderlo en toda su amplitud. Si un libro siempre nos dice más de lo que se propone contar, en la obra de Pocaterra esto es especialmente claro, y es lo que Osorio Amoretti nos enseña con su obra. Un aporte, sin duda, para la historia de la literatura y de la historiografía venezolana, pero también una propuesta metodológica digna de atención general.

Tomás Straka